

ROSE GATE

LA MAGIA
del
KARMA



SI TE GUSTÓ *EL KARMA DEL HIGHLANDER*,
DÉJATE SEDUCIR POR LA MAGIA.

La magia del karma



Rose Gate

Déjate seducir por la magia.

Rose Gate

Copyright © 2018 by Rose Gate

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Cecilia Pérez / María Arribas

DEDICATORIA

Este libro está escrito para aquellos que no creen en la magia, para los que en algún momento de su vida sintieron que les abandonaba y dejaron de aceptar que, a veces, lo extraordinario, también puede sucederles a ellos.

Si en algún momento has dejado de creer en la magia abre tus brazos y déjala entrar en tu corazón.

Índice

Capítulo 1 (Didi)

Capítulo 2 (Didi)

Capítulo 3 (Didi)

Capítulo 4 (Brighid y Didi)

Capítulo 5 (Didi y Cédric)

Capítulo 6 (Didi y Brighid)

Capítulo 7 (Didi y Cédric)

Capítulo 8 (Cédric y Didi)

Capítulo 9 (Cédric y Didi)

Capítulo 10 (Brighid y Didi)

Capítulo 11 (Didi)

Capítulo 12 (Cédric, Didi y Brighid)

Capítulo 13 (Didi)

Capítulo 14 (Didi)

Capítulo 15 (Iain y Didi)

Capítulo 16 (Didi y Cédric)

Capítulo 17 (Didi)

Capítulo 18 (Cédric y Didi)

Capítulo 19 (Didi y Brighid)

Capítulo 20 (Didi y Cédric)

Capítulo 21 (Didi) _____

Capítulo 22 (Didi) _____

Capítulo 23 (Cédric, Didi y Bilé) _____

Epílogo (Didi) _____

AGRADECIMIENTOS

Aunque no sé en qué momento este libro caerá en tus manos, lo que sí sé es cuándo terminé la última página. Hoy, justamente, es 31 de diciembre de 2018, hará un mes y medio que terminé este libro y tras pasar por mis lectoras cero, a las cuales adoro, y mis correctoras, que no han parado de trabajar, hoy por fin toca despedirme de estos personajes que tanto me han aportado.

Con este libro cierro un año de locura, muchos son los títulos que, descolgándose de mi cerebro, atravesaron las yemas de mis dedos para convertirse en: Devórame, Ran, Yo soy Libélula Azul, Breogán, amando a una libélula, Ojos de Dragón, Koi, entre el amor y el honor, El Karma del Highlander, un libro que no ha salido todavía a la luz y en algún momento lo hará. Con la Magia del Karma suman un total de nueve libros que me han absorbido dándome muchísimas alegrías.

Escribir tantos libros ha supuesto un gran esfuerzo para mi familia, pues trabajar cuarenta horas y escribir ha implicado que dedique todo el tiempo libre a mi sueño. Así que gracias por vuestra paciencia y apoyo, sin esos ratos que os he robado no habría podido cumplirlo, os quiero mucho.

Pero el esfuerzo no ha sido solo mío, pues cuento con mujeres increíbles que me rodean y me ayudan muchísimo, ellas son mis ojos, cuando me como alguna letra, me salto alguna coma o me invento alguna palabra fruto de mi bilingüismo. Las que amenazan con matar a mis personajes, con las que río cada día y no dejo de emocionarme con pensar que, aunque físicamente no nos conocemos muero por abrazarlas, porque ya las siento en mi corazón como parte de mi familia. Laura Duque, Nani Mesa y Esmeralda Fernández. Nunca os podré agradecer lo suficiente lo que suponéis en mi vida.

A mi Mina Decaka, porque en este mundillo muchos dicen que te atraviesan puñales y en este grupo de autoras y lectoras lo que lanzamos son cuchillos a quien intente hacerlo. Gracias Anabel García, Tania Lighling-Tucker, Nani y Mila Parrado (Mila dile a tu marido que le doy las gracias por lo de Harry Potter, gracias Juan Moya), sois lo más grande que he podido encontrar en este mundillo, os quiero a rabiar y lanzaría todo mi arsenal de cuchillos por vosotras.

A Cecilia Pérez, María Arribas, su equipo de correctoras, gracias por hacer mi novela mejor, por ponerle cariño, escuchar mis dudas y trabajar puliendo esta novela para que salga lo mejor posible.

A Kramer H. por esta “sencillita” portada que me tiene el corazón robado, gracias por ser mi portadista, un mago y un genio.

A mi aquelarre de brujas capitaneado por la inigualable Kathy Pantoja: Jessica Adilene Rodriguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero Lopez, sois muy grandes chicas.

A las páginas de Facebook que sin pedir nada me brindáis vuestra ayuda para poder publicitar los libros, sois muchos, así que si me dejo páginas disculpadme:

Divinas Lectoras, Tertulianas Eróticas, Las Auténticas Devoralibros, Suspiros en la noche by Eve, La caja de los libros, Un café entre sueños de papel, Zorras literarias, Cotorras lectoras, V de Vero, Book's Wings, Cazadoras de Lecturas Erótica, Apasionadas y Sexys lectoras, Adictas a la lectura, Amantes de la lectura romántica y erótica, Libros y Café, Rincón Romántico, mi Hobby es leer, Lectores apasionados, Maynu Readers, Libros al poder, Zorras literarias, Club de lectura erótica, Escritores de literatura erótica, Adictas latinas de literatura erótica, Lectores y Escritores, un Kindle y un café, y un largo etcétera que me ayuda muchísimo.

Y a tod@s mis Devorador@s, que sois much@s, l@s que salís en esta lista sois l@s que os hacía ilusión salir en los agradecimientos de este libro. Así que aunque no aparezcáis tod@s os llevo igualmente en mi corazón. Ahí va la lista:

Luz Anayansi Muñoz, Marisa Gallen, Paz Fernández, Sonia Martínez Gimeno, Marisa Gallen Guerrero, Gael Obrayan, Karla CA, Elena justo, Martina Dacosta Iglesias, Tati Tati, Marcia Rial, Maty Encinas, Yolanda Garcia, Laura Moreno, Maria Rossenia Argüello Flete, Tania Espelt, Montse Carballar, Anna Fernandez, Eva Maria Solano Romero, Mónica Martínez López, Eva Maria Florensa Chanques, Mercedes Liébana Martinez, Maria Jose Valiente Garcia, Jenny Pinel Leon, Paqui Gomez Cardenas, Carmen Alemany, Paulina Morant Diaz, Manoli Romero Martinez, Pepi Vázquez, Lluïsa Pastor, Mary Izan, Rocio Pérez Morales, Itziar Martinez Lopez, Estefania Garcia, Oscary Torres, Veronica Torres, Verónica Naves, Trini Gumbao Martinez, Liliana Marisa Scapino, Lupe Berzosa Faura, Anna Margalef Gallisà, María Camús, Vanessa Jiménez, Paqui Lopez Nuñez, Noelia Gonzalez, Fontcalda Alcoverro Castel, Maria Raquel Saborido, Sofia Mateos, Estefanía Cádiz, Andrea Badillo, Elena Perez, Fari Vivi, Wilkeylis Ruiz, Celeste Martinez Castillo, Maite Sanchez Moreno, Maite Gonzalez, Almudena Escarmena Díaz, Maru Rasia, Cynkhia Feliciano, Cristina Iguíño, Irene Bueno, Flor Guillen de Guatemala, Bea López Ortego, Juani Egea Martinez, Isa Carpio Martin, Tania Elena Hernández, Encarna Prieto, Pili Doria, Rosi Molina Mañodes, Ing Ratona Tower, Mari Carmen Agüera Salazar, Monica Sanchez, Manuela Guimera Pastor, Andrea Carrero, Maria Isabel Sebastian Camarena, Leti la Leti, Maria Jose Gomez Oliva, Ana Garcia Cutanda, Patricia Muñoz Gimenez, Montse Elsel Lara, Maricarmen Lozano, Carolina Gallo,

Rosana Quijada, Elena De Torres, Maria Pérez Cordero, Susana de la Torre, Maria Dolores Hoyo Diañez, Maria Victoria Alcobendas Canadilla, Elisabet Borrell, Cristina Diez Royo, Todo Croche Loli, Carmen RB, Patricia Coletto Tovar, Cielo Blanco, Mireia Loarte Roldan, Ester Trigo, Mari Mari, María Cruz Muñoz Pablo, Anya Perdomo, Maria Giraldo, Janet Gil Quintero, Soraya Aguiñiga Serrano, Victoria Alonso N, Paola Lillo Azua, Opic Feliz Johanna, Asun Ganga, Aurora Gonzalez, Gloria Garvizo, Ana Farfan Tejero,

Yoli Gil, Annie Pagan Santos, Maria Alberca, Montse Suarez, Carmen Maria Lopez Jimenez, Salud Lpz, Toñi Jimenez Ruiz, mi pequeño Víctor Gadí, Mireia Jimenez Lopez, Sulpicia Vulturi McGonagall, Janisa Vidra, Vanessa Alvarez, Maria Dolores Garcia Jodar, Leydis Sabala, Olga Lucia Devia, Yasmina Sierra Segura, Claudia Leal, María Inmaculada Vacas Campos, Mai Del Valle, Mariajose Estreder, M Jesus Peris, Lilian Pacheco, Rosa Maria Benitez Camacho, Andrea Sales, Massiel Caraballo, Marilis Reyes, Ilyn Lectora, Marisol Zaragoza, Eugenia Ramirez, Esperanza Ruiz, Esther Garcia, Sonia Rodriguez, Beatriz Ponsier, Beatriz Carceller Safont, Yuli Ramon Ayala, Mariló Molero Martin, Debora Nuñez, María Valencia Gonzalez, Ana Plana Robles, Soledad Alvarez Almenara, Milagros Rodriguez, Mayra Moreno, Rebeca Catala Moreno, Miriam Cordero, Aurora Reglero, M Carmen Romero Rubio, Brenda Gonzalez Perez, Ana Cecy, Lorena De La Fuente, Encarna Bastida Hernandez, Laura Ortiz Ramos, Sojanyelys Guevara Urbina, Estela Rojas, Zaida Tijeras Garzón, Vanemari1979, Mario Suarez, Maribel Martínez Alcazar, Candela Carmona, María García, Joselin Caro, Eilyn Ferrer, Happybookaholicsmex, Silvia Ayuso, Eva de entre libros y tintas, Carmen LScott, Monika Tort, Mar Pardo, Núria Pazos, Vanessa M. Escapa.

A l@s que no estáis no os preocupéis, prometo ponerlos en el siguiente. Muchas gracias por formar parte de mi mundo.

Y ahora os dejo con la Magia, espero que la disfrutéis mucho.

Sinopsis

Cuenta la leyenda, que el Laird del Clan de los MacLeod conoció a una hermosa hada, de la cual se enamoró por completo.

Entre ellos surgió un amor de los que solo se vive una vez. Para su desgracia tenía fecha de caducidad: un año y un día. Ese fue el plazo que les dio el Rey de las Hadas, después jamás volverían a estar juntos.

Llegado el día, el Hada le entregó al Laird dos regalos muy preciados: su hijo y la Fairy Flag, una bandera mágica que los protegería, que solo podrían usar tres veces.

Didi O'Shea es una mujer un tanto peculiar. Según su abuela, ellas descenden de la mismísima diosa Dana, y su futuro es seguir con la tradición familiar y convertirse en una Brujería moderna, algo de lo que ella no está muy convencida.

Su vida es bastante sencilla y apacible, dueña de una floristería solo tiene un inconveniente con nombre propio: Cédric MacLeod.

Cédric es el último descendiente del poderoso Clan MacLeod. Guapo, despreocupado, y con una empresa de eventos en plena expansión, solo una cosa que se le resiste, más bien una pelirroja con cara de hada llamada Didi O'Shea.

La atracción entre ellos es innegable, sin embargo,. los malos entendidos y sus fuertes personalidades hacen que estar juntos, sea una misión casi imposible.

¿Será que la magia del Karma vuelve a hacer de las suyas?

¿O será el destino quién condena sus almas a no entenderse?

Capítulo 1 (Didi)



Te he dicho que no, *seanmhair*^[1]. No pienso ir al maldito baile de graduación —advertí molesta.

—Pero ¿por qué no, Didi? Ya llevamos cuatro años aquí, has de relacionarte con alguien más, además de conmigo —comentó Morgana. Seguía enojada porque mi abuela había hecho que abandonara mi amada Irlanda, donde estaban todas mis amigas, para venir a Escocia, a un pueblo recóndito en una isla inclemente. ¿A qué adolescente le gusta vivir en un pueblo de doscientos habitantes y abandonar todo lo que conoce para instalarse aquí?

Sentía mucha rabia, porque Morgana me hubiera traído aquí con catorce años, según ella, a conocer mis orígenes y mi futuro. Se empeñaba en decir que las runas le habían anunciado que debíamos volver a Dunvegan, que aquí era donde yo debía estar. Esas runas eran una basura, seguro que me la tenían jurada porque un día las coloreé con pintura para hacer mandalas, pero es que estaba hasta el madroño de que todo dependiera de lo que esas miserables dijeran, además con esos símbolos tan feos, un poco de color era justo lo que necesitaban para alegrarse y no decir tantas sandeces.

Pues ni coloreándolas funcionó. Las malditas piedras anunciaron una gran desgracia, como si ya tuviera pocas, mi madre y mi gemela murieron en el parto, me crie sola, junto a un padre deprimido que brillaba por sus innumerables ausencias y una abuela mística. Toda nuestra vida, o por lo menos la que conocía, giraba en torno al más allá, las piedras, las caracolas, la bola de cristal, los hechizos, las plantas, las cartas..., y no me malinterpretéis, hasta cierto punto puede llegar a hacerte gracia sobre todo si

eres irlandesa. En Irlanda ser nieta de una Druidesa, tenía su aquel; pero no en el maldito culo del mundo, que era al lugar al que mi abuela me había traído, aunque los escoceses también creían en aquellas cosas no era lo mismo.

Dunvegan estaba situado a orillas de un gran lago que tenía el mismo nombre, ¡qué poco originales eran los escoceses! Y curiosamente no era un pueblo sino una ciudad, ¿dónde se ha visto que una ciudad tenga menos habitantes que yo seguidores en Instagram? Y eso que solo tenía a mis conocidos de Irlanda en él.

Era un asco, arrinconada en aquel lugar que parecía haber sido arrasado por un apocalipsis zombi y donde tan solo vivían doscientos supervivientes. Fijo que era la ciudad más minúscula del planeta y con peor clima también. La diversión estaba garantizada, pues el promedio de edad de los habitantes rondaba los cincuenta, pura dinamita para mis diecisiete y encima, si paseabas por ella, solo encontrabas: cuatro hoteles B&B, una panadería, un restaurante, un zapatero, dos tiendas en las que vendían de todo un poco, una estación de servicio, un garaje, la oficina de información turística, una tienda de armas, otra de pesca y una de frutas y verduras. ¡Oh! Sin olvidar el maravilloso punto de reciclaje que mi abuela me hacía visitar de tanto en tanto, no fuéramos a contaminar aquella perfección de la naturaleza.

Más allá de eso, solo quedaba la joya de la corona, el fastuoso castillo de Dunvegan que la gente se emperraba en visitar para ver si encontraba uno de esos *highlanders* buenorros que aparecen en las pelis como *Braveheart*. ¡Cuánto daño había hecho el cine!

Porque eso sí, si algo tenía Escocia era castillos, *highlanders* buenorros pocos, pero castillos a porrillo, parecía que jugaras lo que jugaras en la tómbola, solo pudieran tocarte castillos, eso y unos paisajes vertiginosos prácticamente vírgenes, que hacían que no me quitara la melancolía por mi amada Irlanda de la cabeza.

Nuestro castillo o, mejor dicho, el que había a doce kilómetros del pueblo, pertenecía a los MacLeod, la familia más pudiente e insufrible de la isla, bueno rectifico; el hijo más insufrible, egocéntrico y mimado de toda la isla. Cédric MacLeod era lo peor del mundo, un calcetín apestoso que enturbiaba el ambiente. Era arrogante, sabelotodo, insufrible y un ligón empedernido.

Como mi abuela se emperró que la educación no tiene parangón, me apuntó al mismo maldito instituto que él, teníamos la misma edad, así que para más

inri compartíamos clase. Desde el primer día que nos vimos supe que no íbamos a congeniar. Era mi primer día de clase, a la hora del almuerzo y como nueva que era me senté sola en la única mesa que había libre en la cafetería, cuando el señor del castillo hizo la aparición con su séquito, me vio y me soltó:

—¡Eh, irlandesa, saca tu culo de esta mesa! —Eso fue lo más bonito que atinó a decirme el muy capullo. ¡Era mi primer día de instituto! Podía haber sido algo más condescendiente, pero para qué. Yo había cometido el lamentable error de, sin saberlo, sentarme en la mesa del laird. Sin embargo, a mí no me estornudaba nadie, pues me convertía en un erizo dispuesta a disparar las púas si me sentía atacada.

—¿Disculpa? —le pregunté ignorante de mí dándole la oportunidad de retractarse. Él me miró por encima del hombro como si le sorprendiera que tuviera boca y fuera capaz de hablar, o de tan siquiera osar dirigirme a su eminencia.

—No me gusta repetir las cosas, irlandesa, ¿es que aparte de tener el pelo del color de las zanahorias tienes una metida en cada oreja que te impide oír? —dijo chistoso. Sus amigos y la perfecta rubia que iba agarrada a su cintura cual Barbie lapa, se echaron a reír. Era mi primer día, mi maldito primer día, y no pensaba dejar que un grupito de niños mimados creyese que, por ser la nueva iba a lamerles los pies. Me levanté del banco que ocupaba hecha un basilisco.

—¡Eso es, zanahoria, lárgate a otro sitio! —secundó un moreno que tenía al lado. Torcí una sonrisa y me dirigí directamente al rubio que parecía el rey de la manada.

—Disculpe, su majestad, ¿con quién tengo el honor de hablar? —pregunté haciendo una reverencia, él pareció complacido.

—Con Cédric MacLeod, hijo del laird MacLeod y futuro propietario del castillo de Dunvegan —recitó como un papagayo, como si a mí eso fuera a impresionarme; estaba claro que a Barbie lapa sí, y a sus secuaces, esos que le bailaban el agua, más todavía. Odiaba la hipocresía, la falsedad y la gente que creía que con dinero se podía comprar todo en esta vida, incluso los amigos. Al parecer ese grupito era exactamente así, y yo no era como los demás. En fin, levanté el rostro con una sonrisa angelical agitando las pestañas, como la rubia que parecía que fuera a despegar en cualquier momento con tanto aleteo.

—Por supuesto, laird MacLeod, disculpe mi osadía de ocupar su mesa y no reconocerle, debí ver el halo de luz que salía de vos y las letras grabadas en la mesa anunciando que este es vuestro lugar —le espeté y me miró extrañado—. Tampoco leí la advertencia en mi sopa, ahora que me fijo bien, hasta las letras han formado vuestro nombre cuando os acercabais, fijaos —añadí, y levanté el tazón para enseñárselo. El muy imbécil miró, como si la *cullen skink*^[2], le fuera a hablar. Era mi oportunidad, lo alcé del todo y se lo planté por sombrero.

—¿Es que estás loca, zanahoria? —vociferó dando un salto con la cara empapada.

—Es que os faltaba la corona, mi señor, y no me llamo zanahoria sino Deirdre, Deirdre O’Shea, hará bien en recordarlo. No os crucéis en mi camino MacLeod, ignoradme igual que yo voy a hacer con vos

—afirmé siguiendo con mi papel de doncella indignada—, a vos no os gustan las zanahorias y a mí no me gustan los capullos —declaré.

Barbie lapa no paraba de hacer aspavientos intentando limpiar la sopa que caía por el rostro del joven laird, por suerte no estaba hirviendo, simplemente templada—. Y ahora si me disculpáis debo ir a mi siguiente clase, hasta nunca MacLeod —me despedí.

Después me largué del comedor, yo pasaría hambre, pero ese imbécil se acordaría de mí toda su puñetera vida.

Así pasamos cuatro años, él ignorándome y yo evitándole como a la peste, la relación perfecta.

Yo era distraída por naturaleza, veía el vuelo de una mosca y me despistaba pensando dónde habría estado, cuántas veces agitaba sus alas y cómo era capaz de pillarme siempre antes de que la cazara. Aunque solo me dispersaba en el momento de volcarme con los libros, los detestaba, todos menos las novelas románticas, las de fantasía o los libros de botánica. Para que engañarnos, no me gustaba estudiar, lo veía una pérdida de tiempo, pues ¿de qué me iba a servir saber la raíz cuadrada de quinientos veinticinco? ¿Cuántas veces iba a usarlo en Dunvegan?

Además de no ser un cerebritito, era bastante asocial, vestía demasiado hippie para el gusto de aquella escuela de élite, así que pasaron los años sin pena ni gloria, hasta que en el último apareció una asignatura optativa que me salvó la vida y en la cual me refugié: medio ambiente y botánica.

Siempre se me habían dado muy bien las plantas y las flores, mi abuela decía

que tenía un don y lo cierto es que así era. Todo lo que tocaba florecía, revivía, cogía fuerza y brío, como si fuera capaz de transmitir a las plantas mi energía vital.

Fue en las clases del señor Craig, donde conocí a los que serían mis únicos amigos. Shaw Glenn, un zanahorio como yo, tímido y parco en palabras, aunque de una bondad infinita. Llevaba gafas, brackets y andaba bastante pasado de peso, aunque eso solo reflejaba la inmensidad de su alma, un corazón tan grande necesitaba un cuerpo que lo albergara como se merecía. Y Keiti Sinclair, mi mejor amiga; ella era una guindilla, reivindicativa, morena y de ojos tremendamente oscuros e inteligentes.

Los tres formábamos un gran equipo, aunque nos conociéramos en el último año. Gracias a las clases de los viernes del señor Craig los tres escogimos las profesiones de nuestro futuro.

Shaw era un cerebritito, así que había logrado una beca para marcharse a estudiar a Estados Unidos, su sueño era ser biotecnólogo, sé que suena raro, pero es la carrera que se estudia para mejorar los cultivos, las flores, nuevos combustibles o medicinas. El sueño de Shaw era poder desarrollar nuevas vacunas o cultivos resistentes a las enfermedades con materias primas de bajo coste, así sería capaz de hacerlas llegar al tercer mundo a un precio más que razonable, me parecía de lo más loable, sobre todo viniendo de un muchacho que era asquerosamente rico.

Keiti, por su parte, quería estudiar ciencias forestales, era una gran amante del medioambiente. Ella quería trabajar en el cuidado y conservación de las plantas en bosques, praderas y todo el entorno natural de su amada Escocia. Su padre era constructor, así que la idea de Keiti era darle a la empresa de su padre un vuelco, proteger el planeta era algo fundamental, pues tierra solo hay una; así que mi amiga soñaba dar un giro a las construcciones de su padre para que fueran más respetuosas con el entorno y no supusieran una explotación forestal. Con ello ayudaría a la conservación de especies en peligro de extinción dotando de conciencia ecológica a la empresa. En resumen, otro cerebritito, y en medio de ellos dos estaba yo; Didi la loca, como amablemente me llamaban.

No me veía estudiando en una universidad, de hecho, simplemente no me veía estudiando, así que opté por algo mucho más práctico, el próximo año iba a apuntarme a un curso que se impartiría de jardinería y arreglos florales, era un módulo que duraba ocho meses y que era práctico al setenta por

ciento; ideal para mí.

—Vamos, Didi, seguro que tus amigos van —insistió mi abuela de nuevo, resoplé.

—Como si eso me importara, nunca hago lo que hacen los demás o lo que se espera de mí, después de diecisiete años deberías saberlo

—repliqué. Mi abuela sacudió la cabeza.

—Ya sabes que solo lo hago por tu bien, además, él estará allí esta noche — me indicó. Puse los ojos en blanco. Mi abuela se empecinaba en que las malditas piedras le habían dicho que mi compañero de vida iba a estar en ese maldito baile y que debía acudir sí o sí, era mi destino y con eso no se jugaba.

—Te he dicho que no y es que no, además, no tengo nada que ponerme — comenté. Ella lanzó una de esas sonrisas que solo pueden poner las abuelas, esas cargadas de pícaro sabiduría.

—Anda, ven —dijo y me llevó a la trastienda.

Nada más llegar a Dunvegan, y tras vender todas nuestras pertenencias de Irlanda, mi abuela compró una casa de dos plantas. La planta superior era nuestra modesta vivienda, un sencillo piso de dos habitaciones y apenas setenta metros cuadrados, y la de abajo donde estaba nuestro negocio; una tienda. Aparentemente mi abuela se dedicaba a la naturopatía y plantas medicinales, aunque era mucho más que eso.

Morgana era una mujer de gran poder, siempre lo había sido. Nada más poner un pie en la localidad se hizo con el control de las mujeres con rapidez. Fue sencillo, tenía un don innato para la venta, además que sus remedios realmente funcionaban. A partir de ahí fue el boca a boca, unos se lo dijeron a otros, se corrió la voz y la gente comenzó a visitarla desde cualquier parte de Escocia. Principalmente venían en busca de sus remedios y sus digamos “consejos”. Caracolas, runas, bola de cristal, mi abuela tenía un don, sobre todo para llenarnos el estómago.

Nunca pasamos hambre, cobraba la voluntad de sus “tratamientos” y sus pequeños “consejos”, sin embargo, la gente estaba tan contenta con los resultados que ofrecía que eran más que generosos. Cuando se trataba de la salud y el porvenir todo les parecía poco. Gracias a ello nunca nos faltó nada. Fui con ella y me ordenó que me sentara en el sofá, allí sacó una caja y me la tendió.

—Anda, ábrelo. —Lo hice, era un vestido precioso, poco convencional, hecho de encaje y gasa lavanda.

—Es maravilloso —dije, y acaricié el suave tejido hipnotizada.

—Era de tu madre —observó emocionada, con las lágrimas pugnando en sus ojos—. Sé que ella hubiera querido que te lo pusieras hoy, y que se sentirá muy orgullosa allá donde esté viéndote con él puesto —declaró, y no pude evitar emocionarme tanto como ella.

No había conocido a mi madre, ella falleció en el parto y aunque mi abuela no dejaba de hablarme de ella, ocupando muchas veces su lugar, siempre me sentí incompleta. Morgana había puesto mucho empeño en educarme, igual que hizo con mi madre, pues mi padre viajaba asiduamente, a veces estaba meses sin verle, hasta que un día desapareció, murió en uno de sus viajes y nunca más supe de él. Así que en Irlanda los recuerdos apagaban a mi abuela, demasiados recuerdos tristes. Según ella, necesitábamos sanar y para ello era imprescindible regresar a Escocia, el país donde vivieron algunas de nuestras antepasadas.

—Eres una chantajista emocional, lo sabes, ¿verdad? —exclamé. Ella sonrió.

—Y tú una chica muy lista, anda, cámbiate que tu acompañante debe estar a punto de llegar.

—¿Mi acompañante? —cuestioné. Eso sí que no lo esperaba, ella sonrió ufana.

—Tus amigos van como pareja y tú no puedes ir sola... —¿Y qué pretendía, sacar a mi acompañante de la chistera? Aunque conociendo a mi abuela me temía lo peor, «seguro que era el nieto de los Duncan», pensé horrorizada, ese chico tenía cara de ardilla, y no solo eso, le daba por cazar y disecar a esos pobres animalillos colgándolos después en la zapatería de sus padres. Le faltaba más de un hervor y le sobraba más de una ardilla.

— *Seanmhair*... —dije en tono de advertencia.

—Estate tranquila, te busqué un buen mozo, guapo, agradable y muy simpático. El mes pasado le traté una dolencia a su padre y a cambio le pedí que su hijo te acompañara al baile —comentó. «¡Mierda el *carardilla!*», pensé.

—¡*Seanmhair!* —exclamé horrorizada.

La puerta de la tienda sonó.

—Rápido, ve a cambiarte, estoy segura de que se trata de tu acompañante —me apremió. Yo estaba histérica, había pasado de no ir al baile a tener vestido y a un roedor como acompañante; sería el hazmerreír de la fiesta. Subí a la carrera intentando hacer algo con mi desgarbada apariencia.

Mi pelo era demasiado rojo, demasiado largo, demasiado rebelde y salvaje. Así que hice un amago de recogido, un moño bajo que suavizaba mis facciones un tanto angulosas y exageradas.

Era alta, delgada y con menos tetas que una tabla de surf, en eso había salido a mi padre pues mi abuela tenía una buena delantera. Ella decía que no me preocupara, que eran como dos capullos en flor, pues ya me podían haber tocado un buen par de tetas y no dos tabletas. Morgana se emperraba en que florecerían, sin embargo, yo no estaba del todo segura, con mi edad pocas primaveras le quedaban a ese par.

Mi mayor virtud eran unos enormes ojos azules, unos labios gruesos y una piel inmaculada, para ser pelirroja era una suerte no parecer la vía láctea.

Me desvestí dejando caer sobre mí aquella maravillosa prenda de mi madre. Estaba hecho para ir sin sujetador, pues era escote halter y la espalda estaba totalmente descubierta hasta la cintura, donde la suave gasa se arremolinaba sobre mis piernas.

Me puse unas sandalias, algo de brillo de labios y pellizqué mis mejillas para darles un poco de color. Debo reconocer que el resultado era bastante agradable, y aunque no podía disimular mi carente delantera, con aquel vestido poco importaba, parecía una ninfa de los bosques, *carardilla* se debería conformar además no estaba él como para exigir algo mejor que yo en aquel momento.

Cogí un pequeño bolsito con lo imprescindible y bajé dando saltitos.

«Sé amable, Didi», me repetí mentalmente, seguro que *carardilla* también se había visto en un compromiso. Oí las risas de mi abuela, esperaba que por lo menos fuera simpático y no estuviera toda la noche dándome la brasa con su afición por la taxidermia. Abrí la cortina de la trastienda y me quedé con la sonrisa congelada, el invierno había llegado de golpe y me había pillado en bragas, y sin nada que ponerme. Era imposible, debía tratarse de un error ¿qué demonios hacía Cédric MacLeod en mi tienda, con un elegante esmoquin y un ramillete del mismo color que mi vestido?

No dijo nada, simplemente me miró de arriba abajo, como si fuera la primera vez que me veía, enarcando una ceja y elevando la comisura derecha de sus labios, de aquel modo tan petulante que solo le quedaba bien a él.

—Vaya, señora O’Shea, cuando me pidió que acompañara a su nieta no imaginaba que fuera una hermosa *fairy*^[3] —comentó. Casi se me desencaja la mandíbula ante el cumplido, porque eso había sido un cumplido ¿verdad? Mi

abuela volvió a sonreír.

—Ya te dije, joven Cédric, que mi nieta era muy guapa y que haríais una gran pareja.

—Sin lugar a duda —respondió zalamero como si fuera el chico más dulce y amable del planeta, por Dios, ¿cómo había sido capaz de engañar así a mi pobre abuela? Bajo esa apariencia de príncipe encantador se escondía un verdadero capullo. No entendía nada ¿por qué Cédric se había prestado a ir conmigo? ¿Qué extraña alineación planetaria le había llevado hasta aquí? Todas las chicas estaban locas por él, podía escoger a cualquiera, ¡además, tenía novia!

—¿Dónde has dejado a Phemie? —pregunté entrando en la estancia, con cara de haberme comido un limón.

—¿Os conocíais? —conjeturó mi abuela.

—Nos hemos visto en el instituto, alguna vez —intercedió Cédric con amabilidad—, pero nos movemos en círculos distintos —aclaró. Unos que se repelían y rebotaban una y otra vez contra las paredes del aula destinados a no converger jamás. ¡Si somos como el agua y el aceite! Aunque había que reconocer que Cédric estaba muy guapo con aquel esmoquin negro, su pelo rubio cobrizo cayendo desenfadado y sus bonitos ojos ambarinos, como los de un gato, mirándome con fijeza. Era alto, bastante más que yo, con un físico atlético, pues era el capitán del equipo de remo y unos labios perfectamente dibujados. ¡Mierda! ¿Le había repasado? ¿Le estaba mirando la boca? Parecía que sí por cómo se curvaron sus labios hacia arriba, sabedor de que estaba oteando la mercancía. Sentí un ligero calor acumulándose en mis mejillas—. Phemie estará en la fiesta con Lean —aclaró. Otro que tal bailaba, era el mejor amigo de Cédric, remaban juntos en el equipo y era guapo a rabiar—, yo ya me había comprometido con tu abuela para llevarte a ti —aseguró. Pensé que el favor había sido extremo, no sé qué le habría sucedido a su padre para que Cédric aceptara llevar al baile a la rara del instituto.

—Bueno, chicos, no perdáis más tiempo o llegaréis tarde, esas flores son para Didi, ¿verdad? —apuntó mi abuela señalando el ramillete, que Cédric sostenía entre las manos.

—Claro, qué cabeza la mía —respondió. Me daba tanta rabia la desenvoltura que demostraba, ojalá las flores tuvieran un abejorro y le picara en esa nariz de engreído, pese a eso, debía reconocer que la combinación de violetas y

rosas blancas eran preciosas.

Cédric se acercó a mí e hizo un gesto para que le diera la mano, a regañadientes lo hice, no quería ser descortés y hacer lo que verdaderamente me apetecía, que era darle una patada en su duro y redondo trasero que estaba para echarle de comer a parte. Las palabras de mi abuela se repetían en mi mente, mi madre iba a estar mirándome y querría que se sintiera orgullosa de mí, no avergonzarla con mis impulsos era esencial, pues me sentía más una *banshé*^[4] que una *fairy* respecto a MacLeod.

Cuando sus dedos tocaron ligeramente la piel de mi muñeca, me ericé por completo, sentí una extraña corriente desconocida que me dejó anhelante y con ganas de más, ¿qué me ocurría? Cédric también se quedó parado con las pupilas fijas en las mías, como si pudiera percibir aquella extraña conexión desconocida hasta el momento.

Mi abuela carraspeó sonriente.

—¿Ya está Cédric o necesitas ayuda? —preguntó Morgana. Él se separó algo más rápido de lo esperado, aunque se recompuso con rapidez volviendo a ser el conquistador que era.

—Sí, señora O’Shea, todo controlado. ¿Tú estás lista, bella *fairy*? —inquirió colocando el brazo para que me agarrara. Pasé la mano sutilmente y me agarré de aquel bíceps, era la primera vez que me cogía así de un chico y me daba algo de reparo. Su musculatura estaba tensa bajo mi agarre, tenía un brazo fuerte que me calentaba la palma y hacía que se me agitara el corazón. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué sentía todo aquello?

Pasamos por el lado de mi abuela y la miré confundida por todo aquel cúmulo de emociones vividas por primera vez. Me miró con ternura, con aquella solemnidad de una mujer reconociendo los sentimientos de otra; sabía exactamente lo que estaba sintiendo, lo que me sucedía, lo percibía en cada poro de mi piel; no apartó la mirada e hizo nuestro gesto, un círculo con el índice y el pulgar apoyado en su corazón y los otros tres dedos hacia arriba. Era su manera de recordarme quién era, que sintiera mis raíces; que no tuviera miedo, pues ella me amaba y yo formaba parte de algo que, por el

momento, no había experimentado del todo.

Yo era una futura Druidesa como ella, me debía a mis creencias, a mis orígenes y en ellos no había espacio para el temor; aunque en ese momento lo sintiera, debía fluir, agarrarme a la vida y conectar con mi yo interior.

Le sonreí algo más tranquila, iba a intentarlo.

—Pasadlo bien —se despidió antes de que saliéramos por la puerta. No había advertencias, ni reglas, yo no era una chica como las demás y mi abuela me había educado de un modo muy distinto; desde el respeto a mí misma y a quien era.

Fuera había una limusina blanca esperándonos, Cédric me abrió la puerta como un auténtico caballero y yo entré rumbo a lo desconocido. En cuanto él entró mi verdadero carácter pugnó por salir.

—Ya está MacLeod, puedes dejar de fingir —le dije, y él me miró con extrañeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A que tú y yo no nos soportamos, para ti siempre seré la zanahoria y tú para mí el capullo —le expliqué. Él soltó una carcajada—. ¿Te hace gracia?

—le interrogué. Estaba enfadada, no me gustaba entrar en jueguecitos donde sabía que iba a salir escaldada de antemano. Él era un guaperas y yo una friki.

—¿No querías ir al baile conmigo?

—No —le aclaré rotunda—, fue una encerrona de mi abuela, yo no tenía intención de ir.

—¿Y eso por qué? —inquirió cómo si a él le interesara.

—No me van estos rollos, deberías saberlo, ¿o acaso has visto que participe en alguna de las fiestas que se han organizado antes?

—¿No te gusta bailar, los vestidos bonitos y divertirte? —Me miraba con curiosidad.

—Me gusta bailar, aunque de un modo que no entenderías —respondí. Recordaba los rituales que hacía con mi abuela bailando en el bosque, para alguien que no conociera nuestra cultura podríamos parecer un par de enajenadas mentales bailando en pelotas con los árboles, no podía ni

imaginarme lo que le pasaría por la cabeza a Cédric si alguna vez me hubiera visto así—. La ropa, creo que es algo necesario para no pasar frío, aunque me importa un pimiento ir a la moda o no, si alguna vez me has mirado sabrás que no me preocupa si llevo un calcetín de cada color —añadí, y él sonrió ante mi observación—. Divertirme supongo que lo hago a mi manera.

—¿Y cómo es esa manera? ¿Cómo te diviertes? —No pude evitar suspirar.

—Me gusta pasear bajo la lluvia, sentir el agua deslizándose por mi cuerpo notando la caricia de la hierba bajo los pies desnudos. No puedo evitarlo, me entusiasma el petricor.

—¿Qué te gusta el picor? ¿Te da alergia o algo así? —Inevitablemente solté una carcajada.

—El petricor es como se llama al olor de tierra mojada, no me da ningún picor en sitio alguno —le expliqué. Él también se rio.

—Extraña palabra, nunca la había oído.

—Hay tantas cosas que desconocemos, que miramos pero no vemos, que percibimos y sin embargo, no sentimos o que oímos, aunque no escuchamos —declaré mirándole, como si le viera por primera vez. Me resultó curioso, llevábamos un rato hablando y no me había sentido para nada incómoda. Estábamos solos, en la parte de atrás de una limusina en marcha sin que me hubieran dado ganas de saltar de ella y arrojarme por un acantilado.

—¿Por qué nunca habíamos hablado? —preguntó Cédric. Yo me encogí de hombros.

—Supongo que a ti no te gustan las zanahorias ni a mí los lairds capullos —repliqué, y sus ojos brillaron.

—¿Quién te ha dicho a ti que no me gusten las zanahorias? Son unas de mis hortalizas preferidas, me encanta saborearlas, son deliciosas y refrescantes, crujientes por fuera y dulces por dentro —manifestó, y yo tragué con dificultad. ¿Cédric MacLeod estaba coqueteando conmigo?

—Pues entonces, deben ser las pelirrojas las que no te gustan. O tal vez sea simplemente yo.

—O tal vez sea que el día que nos conocimos merecía que alguien me pusiera en mi lugar —alegó. Wow, eso sí que era una sorpresa—. Llevo dos años queriendo acercarme a ti para pedirte disculpas, no estaba pasando por mi mejor día, de hecho fue uno de los peores de mi vida y tú pagaste los platos rotos. Sé que llego años tarde, pero lo siento, estabas en tu derecho de darme un baño en sopa de letras —aseguró. Casi se me escapa la risa, aunque el

momento no lo requería; era una de las pocas veces que me quedaba sin habla y no sabía que responder al respecto—. Por favor, Didi ¿puedo llamarte Didi? —Asentí como una idiota—. Dime que aceptas mis disculpas, ¿me ayudarás a aligerar la carga de mi conciencia? —No tenía sentido no aceptarlas, el rencor no trae nada bueno. Me aclaré la garganta.

—Está bien, las acepto —afirmé. Su rostro se iluminó.

—Perfecto porque voy a hacerte pasar la mejor noche de tu vida para celebrarlo —decretó, y abrió el mueble bar, sacó dos copas y champagne. Descorchó la botella sirviendo el dorado líquido—. Vamos a brindar, preciosa, por las segundas oportunidades —comentó.

¿Me había llamado preciosa? Volví a sentir calor en las mejillas, mucho calor, cogí la copa sin pensar. Nunca antes había probado el alcohol, no era de salir, bebía agua y punto. Por una copa no iba a suceder nada ¿no? Me encantó la sensación burbujeante del refrescante líquido deslizándose por la garganta, ambos sonreímos y seguimos bebiendo el resto del camino.

Cuando llegamos al colegio, donde se celebraba el baile, habían caído un par de copas y me sentía completamente desinhibida y achispada. Bajamos de la limusina riéndonos sin parar y entramos del mismo modo, hasta que los amigos de Cédric nos rodearon, allí estaba el equipo de remo al completo, con sus respectivas parejas, incluidos Lean, el mejor amigo de Cédric y Phemie, su novia. Ella no pudo disimular la animadversión que sentía por mí, mientras Lean me miraba apreciativamente.

—Vaya, fijaos, Cédric ha convertido a la pequeña zanahoria en la ninfa o hada de fuego, menudo cambio —comentó. El rictus de Cédric cambió a uno más adusto.

—Discúlpate ahora mismo, Lean, que llames así a Didi no ha tenido gracia alguna —le regañó. Lean parecía perplejo por la reprimenda—. Yo ya me he disculpado en el coche por no haber sido de lo más acertado con ella cuando la conocimos, debí ser más amable y no actuar de aquel modo; así que no espero menos de ti, hermano, te agradecería que no seas tan capullo como yo lo fui —declaró. Me había quedado muda del asombro, no esperaba aquella defensa por parte de mi acompañante, Lean parecía tan asombrado como yo, pero como era de esperar hizo caso a su amigo y capitán.

—Disculpa, Didi, no quise ser descortés.

—Y ahora que ya habéis llegado, no creo que a Didi le importe que hagamos cambio de parejas —dijo Phemie, que había escogido un diseño en pedrería con escote palabra de honor y falda de seda en color verde turquesa. Iba a juego con sus bonitos ojos que había maquillado en exceso dándole mucho dramatismo a su mirada. Se colgó del otro brazo de Cédric que estaba desocupado.

—Lo siento, preciosa, ya te dije que esta noche no podía ser, me comprometí con la señora O’Shea para cuidar de Didi. Hoy voy a ser su acompañante y Lean cuidará bien de ti —dijo Cédric. La rubia se enfurruñó poniendo morritos.

—Pero esto es un sin sentido, Ced, tú eres mi novio ¿qué pinta ella en esta ecuación? ¡Está claro que sobra! ¡Esta iba a ser nuestra noche, nuestra gran noche y tú lo vas a estropear todo! —exclamó. No podía creer que Phemie estuviera teniendo aquella rabieta infantil delante de todos, aunque era cierto que ella era su novia y no yo; tal vez si me pasara a mí me ocurriría lo mismo. Decidí interceder.

—No pasa nada, Cédric, ya me has traído hasta aquí, iré en busca de mis amigos y así tú puedes disfrutar con los tuyos —manifesté. Me mordí el labio inferior y vi como él recorría con intensidad mi boca.

—No me gusta faltar a mis promesas, Didi, mi equipo y Phemie lo saben, me comprometí con tu abuela como tú acompañante y eso voy a ser.

—¡Pero tú y yo estamos nominados a rey y reina del baile! —berreó la rubia.

—Y si salimos elegidos —respondió él condescendiente— subiré contigo al escenario y bailaremos juntos, sin embargo, el resto de la noche estaré con ella. Tenemos muchos momentos para compartir,

Phemie, ya lo hemos hablado.

—¡Eso no es verdad! ¡Tú decidiste por los dos! —profirió Phemie. Me sentía muy incómoda por estar en medio de aquella situación.

—De verdad, Cédric, que no hace falta todo esto, ya somos mayorcitos y a Phemie le va a dar algo si no pasa la velada contigo; yo ni siquiera iba a venir. Me voy a sentir muy incómoda si fuerzo esta situación sabiendo que ambos lo pasaréis mal por mi culpa, y de rebote yo tampoco disfrutaré —declaré. Me deshice de su brazo, aunque lamenté su pérdida al instante. Él miró el punto exacto que había quedado vacío—. Créeme, es mucho mejor así, gracias por traerme, estás perdonado y ahora disfruta de tu noche con tus

amigos que yo haré lo mismo.

—Pero tu abuela...

—Mi abuela no se enterará —sentencié tranquilizadora, mientras la arpía rubia sonreía por su triunfo—. Disfrutad de la noche, chicos —les desee. Di una mirada global y me marché en busca de mis amigos.

Capítulo 2 (Didi)



Me aparté del grupo y fui en busca de Shaw y Keiti, la verdad era, que el viaje hasta allí había sido uno de los mejores momentos que había vivido hasta el momento en Escocia.

Sentí la mirada de Cédric, mientras me alejaba, lo cierto era que me hubiera encantado pasar la noche con él. Lejos de ser el capullo engreído que imaginaba, resultó que había otro Cédric, uno que, al parecer, había conquistado a mi abuela tanto como a mí aquella noche. El gimnasio estaba precioso, la temática era el bosque encantado, así que casi todas las chicas habían elegido vestidos vaporosos emulando ser ninfas. Encontré a mis amigos en la mesa del ponche y los canapés. Shaw llevaba un traje verde que le quedaba algo justo y Keiti parecía una pequeña elfa con su vestido verde y morado.

—Hola, chicos —los saludé. Ambos me miraron con sorpresa.

—¿Quién eres y qué has hecho con nuestra amiga? —preguntó Keiti poniéndose al estilo Karate Kid.

—¡Quieres parar, chiflada! Van a pensar que somos más raros de lo que ya piensan —exclamé. Miré hacia un lado y otro para ver si alguien nos miraba.

—Definitivamente nos la han cambiado, ¿desde cuándo le importa la opinión pública? —cuestionó mirando a Shaw, él por su parte se había puesto rojo como una cereza—. ¿Y a ti qué narices te pasa ahora? —Lo miró con fijeza, mientras el pelirrojo no decía nada—. ¡Rápido, Didi, creo que se está ahogando y no puede respirar! —clamó. Antes de que pudiera hacer nada, la menuda de Keiti se colocó tras Shaw agarrándolo con todas sus fuerzas y le

apretó la panza, porque más arriba no llegaba.

—¿Quieres estarte quieta?! —Shaw había hablado e intentaba desembarazarse de ella, que pendía de él como un bolso riñonera.

—¿Entonces, no te estabas ahogando? —interrogó descolgándose de él.

—¿Cómo pretendías que me ahogara si no estaba comiendo?

—Y yo que sé, tal vez con alguna fruta del ponche, has comenzado a ponerte rojo y pensaba que el siguiente color era el morado; no es porque no me guste que vayas a juego con mi vestido, pero paso de estar toda la noche con un muerto —comentó, y Shaw resopló—. ¿Entonces, qué te ha ocurrido? ¿Por qué te has puesto así? —me miró de refilón y volvió a encenderse, Keiti desvió la mirada hacia mí y parpadeó dos veces—. No me lo puedo creer ¿te has puesto así por Didi? ¡Joder, Shaw, que solo es un maldito vestido! Debajo sigue habiendo la misma tabla de planchar, desgarrada y sin filtro que tenemos como amiga.

—¡Vaya, muchas gracias, me has hecho sentir mucho mejor! Creo que ahora la que no tienes filtro eres tú —exclamé, y Keiti rezongó.

—Es que me da rabia ver cómo afecta una simple prenda de ropa a las personas, mira a MacLeod, no te quita ojo —comentó. Desvié la vista hacia Cédric y en efecto, allí estaba mirándome con intensidad—. ¿Qué mosca le ha picado? Debe ser la misma que a Shaw —añadió sarcástica. Volví la vista hacia mi amigo que parecía muy incómodo. Shaw era muy tímido y Keiti le estaba incomodando.

—No te preocupes, Shaw, ambos sabemos cómo es, no se lo tengas en cuenta.

—¡Eh, pelirroja, no hables como si no estuviera! —protestó Keiti.

—Pues entonces, cierra tu enorme boca y no hagas sentir incómodo a Shaw, simplemente se ha sorprendido igual que Cédric —la regañé. Ella abrió los ojos.

—¿Y desde cuándo el capullo de MacLeod ha pasado a ser Cédric? —preguntó incrédula.

—Desde que me ha traído aquí y se ha disculpado por ser tan imbécil en el pasado, no es lo que parece Keiti —declaré. Ella se cruzó de brazos.

—Claro, y eso lo sabes porque tras años ignorándote ha decidido que cuando Cenicienta se ha convertido de fregona en princesa merece la pena.

—¡Yo no soy Cenicienta!

—Cierto, te pega más Mérida que Cenicienta, con su pelo rojo, su arco y sus

flechas; pero para el caso es lo mismo. Has de reconocer que hasta que no te has cambiado las pintas don perfecto te rehuía y hoy parece que seas deliciosa miel. Tienes a todo un enjambre de tíos mirándote como si quisieran rebañarte por completo, ¿se puede saber qué has hecho? ¿No te habrás echado perfume de ese de feromonas que vende tu abuela, no? —cuestionó. Puse los ojos en blanco. A mi abuela le había dado por alegrar la vida a las mujeres del pueblo y cercanías. Había dicho que la falta de entusiasmo y de energía de muchos se debía a que su vida sexual no funcionaba, así que se puso en contacto con una empresa y se había hecho vendedora de pasión, o mejor dicho, hacía reuniones de tuppersex las cuales iban viento en popa.

—¡Yo nunca me echaría de eso! —le recriminé.

—Pues ya me dirás qué has hecho para tenerles a todos babeando, incluso Shaw parece haber caído en tus redes —manifestó jocosa. Otra explosión carmín inundó el rostro del pelirrojo, a este ritmo el pobre salía ardiendo.

—Ves fantasmas donde no los hay, es solo un vestido, mañana volveré a ser el mismo desastre de siempre, lo que ocurre es que me ven rara, no entienden que alguien como yo haya podido venir así y les genere curiosidad.

—Bendita curiosidad, MacLeod te mira como si fueras un refresco de naranja y él, el tío más sediento del planeta, creo que le he visto relamerse, mientras a la lagarta de Phemie le crecían las garras —apostilló Keiti.

«No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas», me repetí mentalmente, aunque no sirvió de nada pues lo hice, volví a mirarle, y allí estaba esa mirada amarilla que me quitaba el sentido, alcanzándome como un rayo, mientras a la rubia le crecían garras y colmillos. Él no dejó de mirarme y yo me perdí en el calor de sus ojos.

Se agachó, le dijo algo a Phemie y la dejó allí para comenzar a caminar hacia nosotros.

—Ay no, ay no, ay no —comencé a musitar nerviosa.

—Ay sí, que MacLeod viene hacia aquí —me rebatió Keiti. En cinco zancadas de sus largas piernas, cruzó la sala con aquella sonrisa de perdonavidas que derretía a la más pintada.

—Hola —nos saludó, cuando estaba a un paso de distancia. Sentí como a mi refresco le salía el tapón disparado y empezaba a agitarse.

—Creo que te has confundido de grupo —soltó Keiti a bocajarro, mientras su sonrisa se ampliaba—. Nosotros somos los frikis, los guays son con los que

estabas, por si te has dejado las gafas.

—No uso gafas, por si no te has dado cuenta —replicó Cédric sin dejar de sonreír. ¿Quién no iba a darse cuenta de la perfección de ese rostro?

—Pues tal vez deberías, creo que debes pedir hora para el oculista —atacó de nuevo Keiti. Hay que ver, con lo minúscula que era mi amiga y la mala leche que calzaba. Le di un codazo un tanto intenso para que se callara.

—¡Au!, ¿qué mosca te ha picado? Casi te cargas mis intestinos del golpe.

—Perdona, ha sido sin querer.

—Sí claro, sin querer evitarlo, me has dado un codazo para que me calle y deje en paz al *Príncipe Encantador* —comentó, y yo me sonrojé—. Otra que se pone roja, ¿es que hoy es el día de la bandera de China?

—Hoy es el día de que cierres tu maldita boca, porque no paras de meter la pata —le recriminé con cara de pocos amigos, ante un divertido Cédric que no apartaba los ojos de mí.

—Keiti ¿verdad? —Alargó la mano para estrechársela a mi amiga y ella respondió haciéndolo con rudeza—. Soy Cédric.

—Creo que todo el mundo sabe quién eres, capitán, o debería llamarte laird cap...

—Con Cédric bastará. —le corté antes de que soltara lo de laird capullo. Llevábamos tiempo llamándole así, e iba a ser difícil cambiarlo—. Él es Shaw —presenté a mi amigo que se estaba llevando un canapé a la boca.

—Claro, con Shaw fui a la guardería, nuestros padres eran muy amigos —declaró Cédric. Keiti y yo nos sorprendimos, mi amigo nunca hizo alusión a Cédric ni a la amistad entre sus familias, aunque pensándolo bien, MacLeod había hablado en pasado, ¿qué habría ocurrido entre sus padres? Se dieron la mano, miré en la lejanía y ahí estaba Phemie intentando fulminarme con la mirada, aunque no le estaba saliendo bien pues se había puesto a bizquear—. He venido para pedirte el siguiente baile. —Si hubiera abierto más los ojos me habrían dado la vuelta.

—¿A mí? —pregunté, y él asintió—. Ya te dije que no hacía falta que hicieras nada por compromiso.

—No es por compromiso, me apetece bailar contigo —manifestó. OMG, decididamente mi refresco se había desbordado. Tenía un nudo en el estómago que me calentaba todo el cuerpo.

—Por nosotros no te cortes, Didi, seguro que disfrutas moviendo el esqueleto con el laird además, igual así se te quita la tontería que llevas —apuntó Keiti,

que era incapaz de morderse la lengua.

—Cédric —le corrigió con amabilidad—, no soy el laird, ese es mi padre.

—Como tú digas, pero antes bien que te hacías llamar así.

—Antes era un poco imbécil —afirmó él. «¡Pero qué mono!», ¿había pensado yo eso? Al parecer sí.

—¿Qué me dices, *fairy* bailamos? —insistió. Me lo estaba pidiendo por segunda vez.

—Bueno, yo... es que no bailo...

—Eso no cuela, antes me dijiste que te encantaba bailar —aseguró. Keiti, que sabía lo que hacía con mi abuela estalló en una carcajada.

—Sí, pero creo que no es plan que se despelote y se ponga a refregarse con los árboles desnuda como hace habitualmente en el bosque, estos de cartón no aguantarían sus arremetidas —aclaró sarcástica. Esta vez fue a Cédric a quien casi se le desencaja la mandíbula.

—¿Es broma verdad? —inquirió. La cosa no podía ir a peor, a grandes males grandes remedios. Le di un tirón de la mano y lo saqué a la pista conmigo, mientras la música cambiaba, las luces bajaban y sonaba *Sorry Seems to be the Hardest Word* de Elton John y Blue.

¿Qué tengo que hacer para que me ames?

¿Qué tengo que hacer para hacer que te importe?

¿Qué hago cuando un relámpago me golpea?

Y despierto para encontrar que no estás allí

¿Qué tengo que hacer para que me quieras?

¿Qué tengo que hacer para ser escuchado?

¿Qué digo cuando todo ha terminado, pequeña?

Cuando lo “siento” parece ser la palabra más difícil

Es triste, tan triste, es una triste, triste situación.

Y se ha hecho más y más absurdo.

Es triste, tan triste,

¿por qué no podemos hablarlo?

Oh me parece a mí, que lo “siento” parece ser la palabra más difícil

...

Parecía que la letra hablara de nosotros, Cédric volvió a mirarme con intensidad antes de agarrarme por la cintura, y prácticamente practicar la fusión nuclear con su cuerpo y el mío. Creo que jadeé por la impresión, no estoy segura, lo único que recuerdo es que mi cuerpo comenzó a vibrar en una extraña sintonía, en un acorde que me impulsaba a apoyar las manos en su espalda y poco a poco acercarlas a su nuca para sentir aquella porción de piel bajo mis dedos.

No me contuve y lo hice, percibiendo como el cabello dorado caía como un suave manto protector sobre mis manos.

El aspiró mi cabello.

—Me encanta como hueles —afirmó. ¿Podía una simple frase hacerte palpar? Al parecer sí.

—Es el jabón que hace mi abuela de violetas y miel, hidrata mucho —comenté. Pude percibir su sonrisa sobre mi cabeza.

—Hueles deliciosa, dan ganas de comerte —declaró. Enterré mi cara en su pecho, pues por el calor que emanaba estoy convencida que había traspasado todos los matices de rojo posibles. No dijo más, simplemente calló y dejó que nuestros cuerpos hablaran por sí solos.

Sentí las sutiles caricias de las yemas de sus dedos marcándose en mí, tejiendo una marca invisible que me envolvería como una tela de araña. Las palmas de sus manos eran de hierro candente, cada vez me apretaban más dándome la sensación de que era capaz de fundirme contra él. Me estaba deshaciendo por momentos, mi cuerpo se convertía en lava ardiendo en cada punto que su cuerpo impactaba con el mío. Y entonces, lo sentí, algo duro creciendo entre los dos.

Era joven, pero no ingenua, mi abuela me había preparado para saber lo que significaba aquella rigidez entre las piernas de un hombre. Me había hablado del despertar sexual y de cómo un día sabría qué habría llegado el momento. Mi cuerpo de *Druidesa* despertaría al reconocer él que, sin ninguna duda, era el elegido; oía sus palabras como si las estuviera escuchando en ese preciso instante.

—Le reconocerás, pequeña.

—Pero ¿cómo, abuela? ¿Llevará un cartel como el de esos señores que van a recoger gente al aeropuerto? —pregunté. Ella me sonrió paciente.

—No cielo, no será algo tan evidente. Tu cuerpo resonará, entrará en comunión con el suyo, se hará oír; no te preocupes, mi pequeño ángel de fuego, cuando le encuentres, le ofrecerás a tu compañero “la amistad de tus muslos”, nada ni nadie podrá detenerte. Es así, siempre ha sido así desde que la Diosa Brighid nos engendró. Estamos hechas para elegir, no para que nos elijan. Tú vas a hacerlo, igual que hice yo, o tu madre. Elegirás a tu guerrero, al más fuerte, al más hermoso y le honrarás con tu cuerpo. No debes temer, es ley de vida y cuando suceda deberás entregarte sin temor, sin restricciones, porque esa es nuestra naturaleza, nuestra razón de ser, estamos hechas para el amor.

¿Era posible que Cédric fuera mi elegido? Sus manos bajaron algo más de lo que marcaba la línea fronteriza con mi trasero empujándome de nuevo hacia su erección, y yo respondí, enrosqué los dedos en su pelo y froté mi abdomen contra aquella parte abultada. Mi compañero contuvo la respiración y creo que llegó a gruñir.

Estaba tan embelesada que no escuché cuando la música cambiaba de ritmo, nosotros seguíamos allí abrazados, escuchando la melodía que emanaban nuestros cuerpos cuando un fuerte tirón me sacó de aquel trance.

—Creo que hay cambio de pareja. —La desagradable voz de Phemie me sacó de aquella ensoñación, lanzándome a los brazos de Lean. La conexión se fue diluyendo al mismo ritmo que nuestros corazones volvían a latir en la distancia.

—Menuda sorpresa estás resultando zanahoria —susurró el moreno a mi oído —, parece que te has convertido en el tierno bocado de la noche, ¿te gustaría que te hincara el diente? —dijo mordiéndome en el cuello, y yo le empujé.

—¡Pero qué te has creído, idiota! —exclamé.

—Shhhh —advirtió pegándose de nuevo a mí—. Será mejor que no me montes el numerito, ambos sabemos que Cédric está fuera de tus posibilidades, por mucha novedad que representes. Él es de Phemie, están hechos el uno para el otro, ambos son guapos, ricos, influyentes... Todos saben que se acabarán casando cuando terminen la universidad. Tú eres un mero entretenimiento, como pueden ser las otras chicas que han pasado por la cama de Ced. ¿Eso es lo que quieres? ¿Pasar por su cama? —comentó. La

indignación crecía en mí—. Era justo lo que parecía cuando hace un momento te frotabas contra su polla —añadió. Intenté apartarme de nuevo, pero no me dejó—. Vamos, zanahoria, no huyas, si lo que quieres es pasar un buen rato puedo darte la diversión que necesitas, nunca he estado con una pelirroja —afirmó agarrándome del trasero y con total descaro frotando su bragueta contra mí—. Lo pasaremos en grande —terminó de decir. Se me habían hinchado las narices, levanté la rodilla con todas mis fuerzas proyectándola hacia su entrepierna, esperaba que así se le quitaran las ganas de meterse en jardines ajenos. Se dobló en dos.

—Yo seré una zanahoria, pero tú eres un nabo y no precisamente por lo que ha dejado de existir entre tus piernas. No vuelvas a acercarte a mí, ni a insinuarme nada de lo que has dicho o, la próxima vez te arrancaré las pelotas con los dientes —le amenacé. Lean levantó la cabeza y me miró con odio

—Didi ¿estás bien? —Keiti y Shaw me flanquearon, uno a cada lado, protegiéndome como hacían siempre.

—Perfectamente, vamos chicos, creo que me ha entrado hambre, eso de golpear a un cerdo me ha hecho pensar en jamón ahumado y huevos revueltos.

El resto de la noche lo pasé con Shaw y Keiti, no pude evitar mirar de tanto en tanto a Cédric, sin embargo, Phemie le mantenía bastante ocupado...

Era la hora de nombrar al rey y la reina del baile, todo apuntaba a que el capitán de remo y la jefa de las animadoras saldrían coronados, irían a estudiar a la universidad y terminarían casados criando a pequeños y perfectos niños rubios, que con la edad, serían la nueva generación de reyes y reinas de instituto.

—¿Vienes a la terraza? Paso de ver cómo coronan a ese par de memos, me da urticaria —me preguntó Keiti.

—Id vosotros —le dije a Keiti—, yo voy al baño, ahora y os alcanzo —respondí. Shaw y ella salieron, a mí tampoco me apetecía verlo, aunque no me pude resistir, tenía un punto masoquista que me impedía moverme. Aguanté hasta que se pusieron a bailar juntos sobre el escenario y Phemie le comió la boca delante de todos. Adiós a mi sueño de películas románticas imposibles, si es que no se podía ser más lerda que yo. El chico guapo y rico nunca se queda con la friki, eso solo pasa en los libros y en las pelis.

Fui al baño y cuando regresé, camino de la terraza, escuché dos voces masculinas, una la reconocí, era la de Lean.

—Menuda patada en los huevos te arreó antes la zanahoria. —La otra voz pertenecía a Cliff, otro de los chicos del equipo de remo.

—Porque estábamos en el gimnasio, sino no se libra, lleva provocando toda la noche con ese vestido que se ha puesto. Todavía no sé cómo Cédric no se la folló de camino en la limusina, ese coche es infalible, aunque supongo que está esperando a estrenar a Phemie primero y de regreso tirarse a la pelirroja —comentó Lean. Me quedé muy quieta, apenas podía respirar—. Ced es la leche, dos pájaros de un tiro, de mayor quiero ser como él, ¿has visto de qué manera suspiraba la zanahoria por sus huesos? Le ha bastado un viaje en limusina para querer arrancarse las bragas como una perra en celo, y tragarse el rollo que le ha metido —añadió. Sentí mis ojos arder, «¿qué esperabas, idiota? Lo tenía todo planeado, seguro que se estaba riendo de ti con sus amigos y tú haciéndote ilusiones con él», pensé—. Vamos, que deben estar a punto de terminar de bailar y ya sabes que debemos distraer a la concurrencia, para que el rey y la reina tengan su particular gran fin de fiesta en el asiento trasero.

Esperé hasta que se marcharon para salir, todavía no sé ni cómo llegué a la terraza. Desde allí vi cómo efectivamente Cédric abandonaba el baile con Phemie, escoltados por los chicos del equipo. «Tonta, tonta y más que tonta, ¿qué narices esperabas?», me

recriminé en silencio. En qué maldito momento había accedido a ir con ese capullo al baile y después bailar con él.

Recorrí con la vista la oscuridad para hallar a mis amigos, que estaban en un rincón contemplando los jardines.

—Hola, chicos, ya estoy aquí.

—Sí que has tardado —protestó mi amiga— o había mucha cola, o tenías un pino gigantesco creciendo en tu intestino.

—No seas soez, Keiti, ya sabes que a todas nos da por ir al baño en el mismo instante —declaré. Shaw me sonrió tímidamente—. Por cierto, ¿cuándo te marchas, Shawi?

—Un mes antes de que empiece el curso, necesito hacerme al lugar —respondió. Era lógico, pasar de un lugar tan pequeño a una universidad tan inmensa, en un país tan gigantesco debía ser un cambio que asustaba.

—¿Te da miedo? —le interrogué. Él se encogió de hombros.

—Supongo que los cambios siempre asustan, pero al fin y al cabo, voy a ir para estudiar lo que me gusta y después regresaré —aseguró, y me miró algo

cohibido.

—Lo dudo mucho, eres un cerebritito, seguro que te ficha alguna de esas macroempresas cuando vean tu potencial y de nosotras ni te acordarás —repliqué, mientras suspiraba agarrándome a Keiti.

—Eso es imposible, ambas sois muy especiales para mí, aunque no os lo diga mucho, ya sabéis que me cuesta expresarme —afirmó. Mi amiga y yo nos miramos, Shaw era como un gran osito de peluche.

—A la de tres —le susurré a Keiti al oído, ella sabía a qué me refería—. Uno, dos y tres —dije, y las dos saltamos atrapando a Shaw entre nosotras, yo por delante y Keiti por detrás al grito de:

—¡Sándwich de zanahorio! —Solíamos hacerlo cuando Shaw estaba nervioso o preocupado; cosa que solía sucederle cuando intuía que en un examen podía sacar menos de un diez. Aunque era prácticamente imposible, su nota media era de matrícula de honor y era justo lo que necesitaba para ir becado a Estados Unidos.

Le cogí muy fuerte sonriendo y perdiéndome en aquellos bonitos ojos que se empañaban por el cristal. Hice lo de siempre, frotarme contra él como una culebrilla, aunque esta vez fue distinto, fue breve, sin embargo, lo percibí, al sándwich de zanahorio se le estaba levantando la rebanada de pan, y no porque me separara, sino porque había algo que se clavaba en mi abdomen empujándome hacia delante... Desde luego que el vestido de mi madre debía tener algún poder con los chicos, porque iban tres izadas de bandera en una noche.

Me aparté con suavidad, mientras él se quedaba mudo y rojo. Keiti seguía arremetiéndome por detrás, pues era tan bajita que ni se había percatado que yo ya me había soltado.

—Ya está, Keiti —intenté hacerle notar que yo ya no estaba agarrada.

—Si es que no se puede ser más mono y dulce que nuestro zanahorio, anda Didi, sácale a bailar que conmigo no ha querido y sé que se muere de ganas por pegarse un buen bailoteo —comentó Keiti. Me mordí el labio, no sabía si era lo más conveniente después de haber notado su alegría, pero qué demonios, era mi amigo y aquello había sido por culpa del maldito vestido.

—Venga, Shawi, vamos a demostrarles cómo se las gastan un par de zanahorios como nosotros.

—No hace falta, de verdad —me dijo apurado.

—Claro que hace falta —repliqué. Shaw se movía súper bien, aunque no lo

hacía a menudo. Era mi amigo e íbamos a estar mucho tiempo sin vernos, me apetecía tener un buen recuerdo de aquella noche, era obvio que el capullo de MacLeod finalmente no iba a dármelo, aunque mis amigos sí.

Salimos a la pista y aunque no nos convertimos en los reyes del baile, disfrutamos como si lo fuéramos.

Sonó una lenta dando fin a la fiesta y él me miró algo cohibido.

—No hace falta que bailemos esta sino quieres —comentó apurado.

—Pues claro que quiero, nunca voy a tener mejor pareja de baile que tú.

Fui yo quien dio el paso y le agarré por los hombros para dejarnos llevar con una balada de Sarah McLachlan, *I will remember you*

Yo te recordaré.

¿Tú me recordarás?

No dejes que tu vida pase de largo.

No llores por los recuerdos.

Estoy tan cansado, pero no puedo dormir
parado en el borde de algo demasiado muy profundo.

Es divertido nos sentimos tanto, pero no podemos decir una palabra.

Estamos gritando por dentro, pero no podemos oír.

Yo te recordaré.

¿Tú me recordarás?

No dejes que tu vida pase de largo.

No llores por los recuerdos.

Tengo tanto miedo de amarte, pero temo más perderte
aferrándome a un pasado que no me deja elegir.
Una vez ahí estaba una oscuridad, profunda e infinita noche
me diste todo lo que tenías, oh tú me diste la luz.

...

Por primera vez me fijé en sus facciones, bajo aquel aspecto, grande y anodino, se escondían unos rasgos hermosos, no solo por la belleza que se intuía bajo sus lentes, sus brackets, o el exceso de equipaje; sino por la bondad de su corazón, Shaw era un gran chico y estaba convencida que iba a convertirse en un hombre todavía mejor; algún día una chica sería muy afortunada de tenerle como pareja.

Bailamos en silencio, contemplándonos, como si fuera la primera vez que nos veíamos, fue extraño contemplarle de aquel modo y sin esperar lo sus labios se posaron sobre los míos, en lo que fue mi primer beso, uno muy dulce y entregado.

La música cesó, sus labios abandonaron los míos con suavidad, abrimos los ojos reconociéndonos en las pupilas del otro. Había sido un momento especial, uno que seguramente atesoraría en mis recuerdos, uno que me mostró que Shaw era mi amigo, pero no iba a ser nada más.

Desvié la vista y me encontré con Cédric mirándonos atentamente, con los puños apretados a escasa distancia de nosotros. Instintivamente me separé de Shaw y él vino a mí.

—Sí ya has terminado, nos vamos, debo llevarte a casa —dijo entre dientes.

—Déjalo, MacLeod, ya encontraré otro transporte, no hace falta que te sacrifiques —declaré. No quería que pensara que después de tirarse a Phemie yo iba a ser la siguiente—. Además, tú debes llevar a tu novia, seguro que te está esperando.

—Lean ya se ha marchado con ella, viven cerca, no tiene sentido que la lleve yo, al igual que no tiene sentido que molestes a nadie para llevarte a Dunvegan cuando me pilla de paso —manifestó. Tenía su lógica, pero no quería ir con él—. Además, le prometí a tu abuela que te llevaría de regreso, viniste conmigo y te irás conmigo, eres mi responsabilidad.

—Yo no soy nada tuyo, ni responsabilidad, ni nada —aclaré. Estaba enfadada, me había sentido herida por él, por crear falsas expectativas en mi cabeza.

—Obvio, si fueras algo mío no te estarías morreando con este —sentenció. Ahora el ofuscado era él.

—Este tiene un nombre y es Shaw, yo me morreo con quién me apetece y cuando me apetece, tú no eres nadie para decirme qué debo hacer y con

quién; además, que yo sepa tú has hecho lo mismo con Phemie, eso y vete a saber qué más. Yo no me meto en lo que tú haces, así que tampoco tienes derecho a meterte en lo que yo hago.

—Su pecho subía y bajaba casi tan agitado como el mío.

—Está claro que lo único que somos es acompañantes el uno del otro, creo que eso quedó claro desde el principio —afirmó. ¿Qué pretendía diciéndome eso?

—Más que claro —aseveré.

—Pues entonces, no sé por qué me estás montando todo este circo, cualquiera diría que estás celosa.

—¿Celosa yo? —cuestioné. Ver para creer—. Si acaso celoso tú que eres quién me pide explicaciones sobre con quién me beso o dejo de hacerlo, además ¿de qué se supone que debo estar yo celosa? —Me crucé de brazos—. Que yo sepa quién ha empezado toda esta absurda discusión eres tú y no yo.

—Yo no he empezado nada, simplemente te he dicho que nos íbamos porque debía llevarte a casa.

—Y yo te he dicho... —me callé de golpe, aquello era ridículo y absurdo, estábamos entrando en bucle y de ahí no nos iba a sacar nadie si uno de los dos no cedía—. Esta discusión no va a llevarnos a ningún sitio.

—En eso te doy la razón —dijo, y yo resoplé.

—¿Quieres que te acerque yo? —Shaw intentaba hacer de mi salvador, aunque estaba claro que esa noche no me salvaba ni Dios. Además, vivía a mucha distancia de mí.

—No, tranquilo —intenté enfriar mis pensamientos, mi abuela siempre decía que ante una situación tensa contara hasta diez, respirara y viera las cosas con perspectiva. Así lo hice, analicé fríamente la situación; al fin y al cabo, debía darle la razón a Cédric, era ridículo que hiciera que mis amigos dieran la vuelta de la vida para acercarme a casa, él y yo vivíamos muy cerca; además, no iba a ocurrir nada entre nosotros y menos con la bronca que acabábamos de tener—. MacLeod tiene razón, es mejor que me marche con él. Despídeme de Keiti y dile que la llamaré —añadí. No había vuelto a ver a mi amiga, vete a saber dónde se había metido. Shaw asintió—. Nos vemos, Shawi —me despedí, besando su mejilla. Él se quedó parado, contemplando cómo me iba con Cédric.

¿Me había equivocado respondiendo al beso de Shaw? Él era mi amigo y no

había pretendido que se confundiera, no nos había dado tiempo a hablar de lo sucedido, pero seguramente para él había significado lo mismo que para mí, de lo contrario hubiera dicho algo al respecto, fuimos presos del momento; no debía darle importancia a algo que no la tenía.

Cuando entré en la limusina no pude evitar mirar la tapicería en busca de algún indicio, una mancha pegajosa que indicara lo que había ocurrido allí. No vi nada sospechoso, así que inspiré intentando captar algún matiz en el ambiente, parecía un perro de presa buscando el rastro para echarle en cara lo que acababa de ocurrir allí dentro.

—¿Estás bien? Te noto muy rara... —Me di cuenta, que Cédric debía estar flipando con mi cuerpo agazapado y olisqueando cual sabueso.

—¿No lo notas? —disimulé—. Huele como a rancio —afirmé. Él comenzó a olisquear como yo en busca del rastro perdido.

—Yo no huelo a nada —declaró. Me sentí un poco malvada por hacer que estuviera volviéndose loco buscando algo que obviamente no existía, sin embargo, no contenta con eso, necesitaba que me reconociera que había estado allí con ella.

—Pues yo sí lo noto, estoy convencida que a tu novia se le ha caído algo de esa mala leche que calza y se ha agriado con el calor que hace —afirmé. Él me miró estupefacto como si le estuviera hablando en arameo, aunque dada mi explicación, podía entenderle, aunque yo seguí en mis trece—. Entenderás que no quiera manchar el último legado que me dejó mi madre —dije señalando el vestido— con cualquier tipo de fluido corpóreo que haya podido caer en la tapicería —comenté. Su gesto cambió al momento y soltó una sonora carcajada.

—Eres increíble, ¿has montado todo esto para preguntarme si me he tirado a Phemie en el asiento de atrás? —Menudo lumbreras estaba hecho. Me hice la indignada.

—No te lo estoy preguntando, lo estoy dando por hecho, al fin y al cabo, era vuestra “gran noche” —entrecomillé los dedos para que me entendiera, si pensaba que me la iba a colar, iba listo. Seguía mirándome sonriente y algo petulante.

—Phemie no ha pisado este coche, así que es imposible que te manches con su mala leche, o con cualquier otra cosa como has sugerido —manifestó. Le miré interrogante.

—¿Me estás diciendo que no has subido a tu novia a este pedazo de limusina

para darle una vuelta y celebrar la coronación? —Por no decir que se la había subido para meterle de todo, menos saldo al móvil. Él negó divertido.

—La única chica que ha pisado este coche has sido tú, ¿qué te ha hecho pensar que había traído aquí a Phemie? —Me encogí de hombros.

—Os vi salir después de vuestro baile, pensé que la habrías llevado... ya sabes... a dar una vuelta —dije. Con mi tono podía interpretar perfectamente el tipo de vuelta en el que había pensado. Él asintió.

—Pues te equivocaste, es cierto que salimos, pero no lo hicimos solos, fuimos con todos los chicos del equipo hasta el embarcadero del lago, a despedirnos de nuestro bote de remo, es una tradición que se hace al dejar el instituto, ya nunca más volveremos a remar juntos, así que dimos una vuelta, mientras, las chicas se quedaron charlando. Cuando terminamos la fiesta estaba a punto de concluir, así que fui a buscarte —me explicó. Menuda metedura de pata, ¿entonces, no se había acostado con ella? ¿Por qué? ¿Ya no quería un dos por uno como había sugerido Lean? No entendía nada y tampoco podía preguntarle directamente, ni decirle el tipo de conversación que había escuchado a hurtadillas; elegí la vía fácil, cambiar de tema para hacer tiempo hasta que llegáramos a Dunvegan.

—¿Sabes qué vas a estudiar?

—¿A caso tú no? —Vale, tal vez había sido una vía de escape demasiado facilona.

—Si no quieres no hace falta que contestes.

—Disculpa, es que tengo unas sensaciones muy extrañas contigo, por un lado, parece que te conozca de toda la vida, como si fueras una amiga que llevo años sin ver, no sé cómo explicarlo; es como si ya tuvieras que saberlo todo de mí; sé que es una locura, así que olvídalo, deben ser los nervios por tantos cambios —declaró. ¿Si era una locura, por qué a mí me sucedía lo mismo? Tenía la misma extraña sensación, justamente del mismo modo que decía Cédric, en cuanto llegara a casa hablaría con mi abuela, necesitaba explicaciones y seguro que ella las tenía todas—. Me marchó a París —prosiguió—, voy a estudiar dirección de empresas y quería cambiar de aires, tengo ganas de recorrer mundo, conocer sitios nuevos, no quedarme anclado aquí, aunque sé que tarde o temprano regresaré —comentó. Así que iba a marcharse, me desilusioné, había pensado que tal vez Lean se hubiera confundido respecto a Cédric y ahora que Shaw se iba, tal vez podía tener un amigo nuevo; uno que me hacía sentir cosas

verdaderamente confusas y que estaba como un queso.

—¿A tu padre le parece bien?

—Mi padre ha accedido, al fin y al cabo, es mi futuro, primero estudiaré en París y después ya veremos, tengo intención de hacer un máster, ¿y tú?

—Yo no me muevo de aquí, haré un curso de floristería —expliqué con algo de nostalgia—, quiero ampliar la tienda de la abuela montando una, no hay ninguna en el pueblo o alrededores, así que quiero tener mi propio negocio, ser mi propia jefa para llevar una vida tranquila y apacible; no soy muy ambiciosa ni tengo grandes pretensiones, me conformo con ser feliz.

—¿Para seguir bailando desnuda por mis bosques? —Arqueó las cejas de un modo muy sugerente.

—Yo no he dicho que haga eso.

—Pero tampoco lo has negado —acotó. Ni iba a hacerlo, no acostumbraba a mentir.

— Además, no son tus bosques.

—Son los bosques del laird y no creo que Keiti mintiera.

—Eso no lo sabes ni lo sabrás, y los bosques no son del laird ni de nadie, la naturaleza no tiene dueño al igual que las personas.

—¿Al igual que tú? —Su mirada cobró intensidad.

—Por supuesto, yo no tengo dueño y nunca lo tendré.

—¿Y Shaw? —preguntó.

—Shaw es un amigo —aclaré. Podría haber dado otra respuesta, pero tampoco tenía por qué negar la verdad.

—No parecía tu amigo cuando te besaba en el baile —afirmó, yo torcí el gesto.

—Pues lo es —sentencié. Volví a cambiar de tema, mi beso con Shaw había sido algo fortuito que no debía justificar ante él ni ante nadie—. ¿Qué piensa Phemie de que te vayas a París?

—No lo lleva muy bien, pero es lo que hay, somos muy jóvenes, nos queda mucho por vivir.

—Creía que vosotros ya lo teníais todo planificado, boda, niños, casa... — Volvió a sonreír.

—Tal vez ella sí, sin embargo, yo no lo tengo tan claro *fairy*, la vida puede dar muchas vueltas, nunca sabes qué te puede sorprender en el camino.

—¿Entonces no estáis juntos? —le pregunté.

—Yo no he dicho eso, simplemente que a veces la distancia te une o te

desune, no sé qué sucederá, tal vez deba preguntar a las caracolas de tu abuela.

La limusina se detuvo y él me miró con intensidad, habíamos llegado a la puerta de mi casa.

—Podrías, pero ahora es muy tarde —comenté.

Por unos instantes no dijimos nada simplemente nos miramos sintiendo de nuevo la misma conexión que cuando bailamos. Cédric la rompió al bajar del coche, dar la vuelta y abrirme la puerta extendiendo la mano para que me agarrara a ella. Lo hice, la cogí percibiendo cómo se estremecía bajo mis dedos. Caminamos hasta la puerta sin soltarnos, cogidos de la mano con los dedos cruzados en un férreo agarre.

—Espero que lo hayas pasado bien esta noche y que hayas cambiado el concepto de mí —dijo, y su voz estaba cambiando a una más grave.

—No debería importarte lo que piense de ti, yo no soy nadie que merezca la pena.

—Lo eres, aunque creo que lo he descubierto algo tarde. —Mi corazón se agitó ante aquellas palabras.

—Debo entrar —dije. ¿Por qué había sonado como si me apenara separarme de él?

—Por supuesto, espero que podamos vernos antes de que me marche.

—Yo siempre ando por aquí —comenté, él asintió, me tomó la mano y besó el dorso como si fuera un caballero de la antigüedad, por un momento le vi con un kilt, el pelo mucho más largo y algo más mayor. Duró unos instantes, los suficientes para hacer hormiguitar el punto exacto donde había depositado su beso—. Buenas noches, laird —musité en un susurro.

—Buenas noches, *fairy*.

Capítulo 3 (Didi)



Seis años más tarde

¿En serio, abuela, que es necesario esto? —dije señalando el gran pene hecho con crema pastelera que había en la trastienda.
—Ya sabes que a las mujeres les encanta el momento de “córtale la punta y chúpasela”, la reunión no sería lo mismo sin él —contestó, y yo me eché a reír.

Hoy tocaba una reunión de tuppersex para celebrar el compromiso de Phemie MacDougall con Cédric MacLeod, increíble pero cierto, o tal vez no tan increíble, al fin y al cabo, es lo que siempre se había esperado de ellos.

Desde aquella noche que me llevó a casa en limusina no había visto al laird. De su promesa de vernos antes de que se fuera, nada de nada, el verano transcurrió y supe de su marcha por una de las clientas de mi abuela. ¿Qué podía esperar? Todo fue una quimera, nada de lo que pudo suceder ocurrió y terminó difuminándose en el tiempo.

En cuanto atravesé el umbral de mi casa aquella noche, mi abuela me estaba esperando, me preguntó cómo había ido la fiesta mucho más sonriente de lo habitual, tal vez fuera porque se sentía orgullosa de haberme conseguido acompañante y que finalmente hubiera accedido a ir con el vestido de mamá. Hizo que le explicara todo de cabo a rabo, sin que me dejara un solo detalle, y eso fue precisamente lo que hice. En primer lugar, le reconocí que Cédric y yo ya nos conocíamos desde que ambas llegamos de Irlanda, que habíamos tenido un mal inicio, aunque al final, me hizo pasar una gran velada.

—Entonces, no lo entiendo —parecía confusa—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás perdiendo la virginidad con él en este instante? —Por un momento dudé ante la pregunta, ¿en serio mi abuela me preguntaba eso?

—La que no lo entiende soy yo, *seanmhair*, ¿pretendías que me acostara con él esta noche? ¿Pero si antes de hoy ni siquiera nos hablábamos?

—¡Eso son tonterías! Las palabras están sobrevaloradas, ¡hay que sentir, Didi! —exclamó—. Las druidesas no necesitamos etiquetar lo evidente, era tu noche, estaba escrito, él estaba ahí, tú también, todo fluía y por mucho que le dé vueltas no logro entender por qué no culminaste. —La que no lo entendía era yo.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Te estás oyendo, *seanmhair*? —Su cara era de auténtico estupor.

—Está claro que tus habilidades deben estar atrofiadas o es que yo lo he hecho fatal contigo. ¿Es que no lo sentiste? ¡Si no has dejado de nombrarle en cada maldita frase! Que si Cédric esto, Cédric lo otro... ¡Despierta, Didi! ¿De verdad me estás diciendo que no percibiste vuestra conexión? Si hubiera sido un camión fijo que te hubiera arrollado, era más que evidente que tenías que hincarle el diente, si hasta yo lo sentí, vuestra química era palpable.

—Lo que se palpaba era una buena hostia si me lo llego a tirar, ¡que tiene novia, *seanmhair*! —comenté. No podía negar que había notado aquella extraña energía, sin embargo, si me hubiera liado con él hasta el final se hubiera armado la marimorena con Phemie.

—Pfffff, paparruchas, esa chica no es para él, ¡es tu compañero! —

¿Era posible que lo fuera?—. Dime que no lo sientes, que no fluye ya en tu corazón; que cuando te ha tocado no lo has percibido bajo tu piel incrustándose sin remedio.

—No estoy segura —respondí dubitativa.

—¿Qué no estás segura? Si dudas es que lo sabes, esfuérzate un poco, tal vez estés un poco atribulada, vamos, Didi, pon de tu parte, no reniegues de lo que eres; esto es mucho más grande que tú y que yo. Os vi en la tienda, percibí el flujo de energía que os conectaba al uno con el otro, sé de lo que hablo y tú también; no te hagas la ingenua, ¿por qué no te entregaste? ¿Por qué no diste rienda suelta a tu deseo? —inquirió Morgana.

—¡No soy una cualquiera, *seanmhair*! —exclamé finalmente enfadada.

—Deirdre O’Shea, dime que no acabas de decir lo que acabas de soltar de corazón, que te has confundido y que has sufrido una enajenación mental

transitoria. ¿Una cualquiera? ¿De verdad crees que una mujer que se entrega a su compañero es una cualquiera? ¿Crees que las mujeres de nuestra cultura lo son? —Si le explicabas a una mujer de sesenta años que tu abuela te animaba a que te desvirgaras con un chico que tenía novia te tomaba por loca, y ahí estaba Morgana echándome la bronca justamente por eso, por no haberme tirado a Cédric; ver para creer.

—¡Es que él no es mi compañero sino el de Phemie! —Traté de hacerle entender—. Ella es su novia no yo.

—Porque él no sabía quién eras hasta esta noche, tú debías hacérselo notar, él es tuyo, Didi, y de nadie más. Nosotras somos las que tenemos el poder de decisión, no ellos, nunca lo olvides.

—Y tú no olvides que ese chico no es para mí —declaré. Mi abuela suspiró resignada, se marchó a su habitación dejándome con la palabra en la boca y la duda de si había hecho lo correcto.

El tiempo me dio la razón. Yo seguía sin compañero y Phemie iba a casarse con Cédric en un par de semanas. La despedida de soltera era hoy e iba a realizarse en el que iba a ser el futuro hogar de la pareja, el castillo de Cédric. Las chicas tenían destinado uno de los seis edificios que componían el castillo y los chicos otro, con un poco de suerte ni me cruzaría con el laird capullo.

En seis años las cosas no habían cambiado mucho, yo seguía siendo la misma aunque por suerte había ganado algo de peso, el suficiente para redondear mi cuerpo donde antes solo había hueso, y eso me había hecho ganar un par de tallas de sujetador. Daba gracias cada día por tener una ochenta y cinco, y no una minúscula setenta y cinco. Ya sabéis lo que dicen, teta que cubre la mano, no es teta sino grano. Pues mis granos habían crecido algo, lo justo para que la ropa no me cayera tan mal y que con un buen sujetador pareciera que fueran atrayentes.

La tienda iba viento en popa, decían que mis arreglos florales eran mágicos, así que se había corrido la voz y comenzaban a caerme encargos algo más grandes; algún día mi empresa crecería algo más, aunque no demasiado, la ambición no era algo que me caracterizara.

Seguía con mi estilo hippie, aunque me había pasado al que Keiti denominaba *boho chic*, es decir, lo mismo, pero en refinado, muchas ropas de marca como *Desigual*, se habían sumado a esta tendencia y tras unos cuantos fines de semanas de compras en Londres, mi armario se transformó en uno

algo más glamuroso, aunque sin perder mi esencia.

La amistad con Keiti perduró a lo largo de los años, ella también había logrado su objetivo y trabajaba codo con codo con su padre, era muy feliz, pues gracias a sus iniciativas les concedieron un premio muy importante que incluía la concesión para construir un edificio público en el New Town de Edimburgo. No podía sentirme más orgullosa por mi amiga, Keiti se había convertido en la hermana que perdí al nacer, a la que siempre eché de menos, supongo que convivir en el vientre materno en un espacio tan reducido, crea lazos que el cerebro se niega a romper. Aunque no la conocí, igual que a mi madre, no pude dejar de pensar en ambas y mis oraciones siempre iban para ellas y para papá, allá donde estuvieran. Estaba convencida de que estaban los tres juntos en algún lugar, observándome desde la lejanía para que las cosas me fueran siempre bien.

A ellos no fue a los únicos que perdí, con mi amigo Shaw también terminamos perdiendo el contacto, nunca regresó a Escocia de nuevo. Nos mandábamos mensajes por Skype, al principio uno a la semana, después uno al mes y finalmente, en el cuarto año de Universidad, le perdimos la pista. Llevábamos dos años sin noticias suyas, estaba convencida que, como predije, le habría fichado alguna empresa importante y ahora estaría engendrando una familia propia.

La vida era así, a veces te traía personas sorprendentes y otras las alejaba de ti sin poder hacer nada al respecto, el mundo seguía, no se detenía por nada ni por nadie; así que solo quedaba seguir viviendo y echándole narices.

Keiti conoció al que fue su novio durante cinco años en la fiesta del instituto, por eso no la encontramos aquella noche; ella sí que perdió la virginidad y estuvo con él hasta que se les acabó el amor de tanto usarlo y le pilló con Brian, su socio en la empresa, haciéndole algo más que fotocopias en el cuarto de la fotocopidora. Debía haberse estropeado el cacharro y habían pasado a la estampación artesanal, aunque con tanto toma y daca, más que artesanal era del todo anal.

Para Keiti supuso un mal trago, pero no hay nada que una buena noche de juerga y alcohol no cure y una buena polla depure; o eso decía mi amiga. Yo seguía sin haber catado una, pese a la insistencia de mi amiga y de mi abuela. Sabía que el día iba a llegar tarde o temprano y no me preocupaba, además, que ese apéndice está sobrevalorado, yo lo pasaba la mar de bien con una de las varitas mágicas de mi abuelita, que no servían para hechizar a nadie,

aunque si para arrancarte unos buenos orgasmos. Había leído mucho sobre ello y estaba convencida que yo era cien por cien clitoriana, no necesitaba meterme nada para gozar.

—*Seanmhair*, ¿lo tienes todo? —pregunté cargando los últimos ramos de rosas rojas en la furgoneta.

—Sí, cielo, todo listo —respondió mi abuela. En una mano llevaba la tarta envuelta y en otra su maletita de color rosa chicle en el que llevaba todo el instrumental sexual. Un cirujano no operaba sin sus instrumentos y mi abuela no se movía de casa sin los suyos, que eran mucho más placenteros. No quería ni imaginar lo que sucedería si algún día perdía la maleta.

Aparqué mis pensamientos, pues habíamos llegado al castillo y tocaba trabajar. Nos recibió una mujer del servicio, era Gertrude, venía muchas veces a la tienda de mi abuela, como todo el pueblo que tarde o temprano terminaban desfilando por allí.

—Adelante, la señorita MacDougall las está esperando, ya han terminado de cenar —dijo en tono serio, ella sí que sabía separar cuando estaba trabajando. Cualquiera que la hubiera visto en la trastienda probando uno de esos látigos con corazones en la punta alucinaría al verla tan estirada.

—Gracias, Gertrude. Disculpa, ¿puedes dejar esto en la cocina? Es la tarta de crema, se puede estropear si se queda fuera —explicó mi abuela sonriente.

—Hágalo usted misma, señora O'Shea, tengo mucho trabajo pendiente y que me requiere en este momento, Gerome le indicará el camino —comentó señalando a un muchacho que parecía más despistado que nosotras, menudo carácter calzaba la mujer.

—Trae, abuela, ya la llevo yo a la cocina —me ofrecí.

—¿Estás segura?

—Claro, además, tengo que descargar las flores y preguntar dónde van.

—Muy bien, pues yo voy a por esas mujeres, queda muy poco rato para que dé comienzo la fiesta.

Por raro que pareciera nunca había estado en el interior del castillo, y eso que estaba abierto al público como “museo”, aunque claramente hoy lo habían cerrado para la celebración.

Me sorprendió gratamente, todo estaba muy bien conservado, había muchas vitrinas con reliquias que se notaba que eran muy antiguas. Intenté ir leyendo lo que podía, sentía mucha curiosidad por ver algo en concreto y de momento

no lo había visto. Se trataba de la Fairy Flag, una bandera que era un bien muypreciado para los MacLeod y que me daba mucha curiosidad.

Cuando dejé la tarta en la cocina le pregunté a Gerome dónde se encontraba dicho objeto, él me hizo toda una descripción gráfica sobre dónde podía hallarla, sin embargo, al ver mi cara de falta de orientación se ofreció a echarme una mano; primero me ayudaría con las flores y después me acompañaría él mismo. Era un chico guapo, debía ser cuatro o cinco años más joven que yo, alto, corpulento, rubio y con una sonrisa muy bonita.

—No te había visto nunca en Dunvegan —observé colocando el último ramo en su lugar.

—Eso es porque no soy de aquí, he venido por el enlace, me han contratado unas semanas para que ayude en la casa, necesitan mucho personal ¿sabes?

—respondió.

—No, no lo sabía, pero supongo que un enlace como este tendrá mucha faena —comenté yo, y él asintió—. ¿No te aburres?

—No tengo tiempo de aburrirme, siempre hay muchas cosas que hacer.

—Imagino, este lugar es enorme —dije dando el último toque al ramo—. Esto ya está.

—Pues entonces, creo que es el momento de ver la bandera de las hadas ¿no crees? —señaló volviéndome a ofrecer otra de sus sonrisas, decididamente era muy guapo; si Keiti estuviera aquí le estaría tirando los trastos o alentándome para que se los tirara yo.

—Me muero de ganas —le respondí entusiasmada.

—Pues vamos, pelirroja, que eso está hecho —afirmó. Al llamarme así me di cuenta de que no me había presentado.

—Que maleducada soy, disculpa no te dije ni mi nombre, soy Didi.

—Genial, Didi, mejor llamarte así que pelirroja, ¿no crees? —comentó jovial.

—Sí, mucho mejor.

Gerome me condujo por los pasillos cargados de ornamentos antiguos, cuánta historia encerraban aquellos gruesos muros de piedra. Me sorprendió la cantidad de armas que pendían de las paredes, y las armaduras colocadas estratégicamente en algún que otro rincón.

Cuando llegamos al lugar en el que estaba la bandera me quedé sorprendida. No imaginaba que fuera un simple amasijo de tela zurcido de color amarillo, y que estuviera expuesta en el interior de un cuadro.

—Esta es —me informó Gerome hinchando el pecho. Me quedé inmóvil contemplando aquel retal que tantas leyendas acumulaba. Siempre había escuchado que la bandera era más leyenda que otra cosa, que existían dos versiones, la mágica y la histórica; aunque yo en la situación que estaba sabía que los dos mundos a veces podían confluir—. Es inquietante ¿no crees? —expresó.

—¿El qué? —pregunté sin apartar la vista de aquel retal.

—Que este trocito sea el mayor tesoro del clan MacLeod —acotó. En ese momento una voz tronó detrás de nosotros.

—El valor de las cosas no se mide por lo que valen sino por lo que significan para uno, joven Gerome. La importancia de este “trocito” como tú le has llamado, radica justamente en lo que no se ve, en el valor sentimental, que es el más poderoso de todos. —No quería girarme pues, aunque la voz era mucho más grave que la que recordaba, estaba convencida de saber perfectamente a quién pertenecía.

—Disculpe, señor MacLeod, Didi quería ver la Fairy Flag y yo quise mostrársela.

—Está bien, muchacho, no pasa nada, puedes seguir con tu trabajo, yo me quedaré con la señorita O’Shea y saciaré su curiosidad.

—Por supuesto, señor, encantado de conocerte, Didi —soltó Gerome, mientras se alejaba a paso apresurado.

¡Mierda, mierda y más mierda! Yo no quería quedarme a solas con él, ni tan siquiera quería coincidir y mucho menos que me saciara nada. La estancia se quedó en silencio, solo podía escuchar la acompasada respiración del laird capullo, la cual se iba acercando cada vez más. Escuché una exhalación cerca de mi nuca y vi su reflejo a mis espaldas, a través del cristal. No le recordaba tan alto, ni tan ancho, ni tan endemoniadamente guapo.

—Cuenta la leyenda, que el jefe del clan de los MacLeod conoció una hermosa hada, de la cual cayó profundamente enamorado, por suerte no fue el único pues ella también se enamoró de él —comenzó a narrar. Mi cuerpo estaba tenso, el cuello se estiraba hasta un punto doloroso donde impactaba el cálido aliento de Cédric, causándome una lenta tortura—. Ambos se amaban hasta el infinito, así que el hada pidió permiso a su padre, el rey de las hadas, para casarse con él. Este se negó, pues el matrimonio con un humano solo podía traerle dolor, le rompería el corazón al ver que el humano envejecería y moriría rápido. Sin embargo, ante las lágrimas amargas y las súplicas de su

hija el rey accedió a la petición, con la condición de que solo podría permanecer en la tierra de los humanos durante un año y un día. Después de ese tiempo ella debería regresar a su mundo y abandonar al humano —prosiguió. Había escuchado la leyenda, aunque nadie me había preparado para oírla a través de la voz de Cédric, que le daba un dramatismo sobrecogedor—. Durante este tiempo, el hada y el jefe del clan tuvieron un niño y fueron muy felices, hasta que el día señalado como el de la separación, llegó. Ella se vio obligada a marchar, dejándoles un amuleto mágico, que nadie que no fuera del clan de los MacLeod podría tocar, o de lo contrario se desvanecería. Antes de irse con su padre, sobre el puente de las hadas, le hizo prometer a su marido que el niño nunca sería abandonado, que no le dejaría llorar porque el sonido de sus gritos alcanzaría la tierra de las hadas y ella no lo podría soportar —siguió contando Cédric. Mis ojos se humedecieron, casi podía palpar el dolor de aquella mujer, la voz rota de Cédric me empujaba a sentir como si en lugar del hada fuera yo la que debía separarme de él—. Ella le dio la Fairy Flag, una bandera mágica que solo se podría utilizar tres veces. Si alguna vez el clan estaba en peligro mortal, un ejército de hadas y duendes acudiría en su ayuda si ondeaban la bandera. MacLeod, con todo el dolor de su corazón, cumplió su promesa, sin embargo, estuvo deprimido y triste por la pérdida de su esposa toda la vida. Se dice que la bandera se ha utilizado dos veces, por lo que solo queda una tercera. La primera de ellas fue en una batalla contra el clan de los MacDonald, cuando la situación era crítica para los MacLeod, estos ondearon la bandera y ganaron la batalla. La segunda, después de que una plaga hubiera matado a todo el ganado, el jefe del clan decidió ondearla, pues el invierno se avecinaba y la hambruna hubiera causado estragos en el clan. Nunca ha sido ondeada por tercera vez, así que nuestro clan sigue protegido por el poder de la bandera —terminó la historia. —Ya había escuchado esa historia, es muy bonita, aunque dicen que no es cierta, que lo más probable es que sea una bandera que procede de las cruzadas —intercedí, intentando calmar el golpeteo de mi corazón—. Aunque sea como sea, la historia no deja de ser hermosa y entiendo que vuestra familia la quiera proteger —afirmé. No me sentía preparada para darme la vuelta.

—Hola, Didi —me saludó. Hice de tripas corazón para girarme sin esperar aquel torrente de emociones que me arrasó.

—Laird MacLeod —cabeceé dando un paso atrás—, disculpe, creo que ya

me he entretenido mucho, debo regresar junto a mi abuela para ayudarla —añadí. Él curvó una sonrisa.

—¿Qué tal está la señora O’Shea? —inquirió.

—Bien, como siempre —le corté, necesitaba largarme de ahí, no estaba segura de qué ocurría, pero era como si mi reloj biológico se hubiera despertado de golpe, había escuchado que cuando el reloj biológico de una mujer despierta siente muchas ganas de concebir; bien, pues yo me moría por practicar la concepción justo en aquel momento. Cédric estaba vestido como un highlander, cosa que me impactó, llevaba una camisa blanca y un tartán de color amarillo mostrando sus piernas desnudas. Olía ligeramente a vino, aunque eso no impedía que me siguiera pareciendo el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra. «Escapa, Didi, escapa», me dije intentando autoconvencerme—. Por cierto, enhorabuena por el enlace espero que sean muy felices, si me disculpa debo regresar —dije y me dispuse a salir de allí, pero Cédric me bloqueó el paso agarrándome del brazo.

—¿Qué ocurre, *fairy*? ¿Por qué huyes? ¿Por qué no me tuteas? —preguntó. Mi cuerpo se agitaba bajo su férreo agarre.

—No me llamo *fairy*, soy Deirdre y no una marca de jabón para la vajilla. No huyo, voy a seguir con mis obligaciones, pues he venido a trabajar y no como invitada; ya he perdido demasiado el tiempo y

no le tuteo porque no somos amigos. Su familia me ha contratado para decorar el castillo y eso es justo lo que he hecho —sentenció.

Sus ojos brillaban algo vidriosos por el efecto del alcohol.

—Creo que es innecesario que me hables de usted cuando hemos sido compañeros de clase y fuiste mi pareja de baile en fin de curso, los años se han portado más que bien contigo, Didi, estás muy hermosa —manifestó. El calor emergió involuntariamente tiñendo mis mejillas, llevaba un vestido corto repleto de flores que se anudaba a la cintura—. Ahora mismo podrías ser la princesa de las hadas y yo mi antepasado —señaló. Se acercó más y yo di otro paso atrás instintivamente.

—¿Has bebido? —cuestioné, y él sonrió ladino.

—Acaban de someterme a la ceremonia de laird, ¿la conoces? —inquirió y yo negué—. Es una tradición familiar, mi padre ha decidido pasarme el testigo ahora que me caso, así como el control del negocio, quiere retirarse y descansar. ¿Sabes en qué consiste la ceremonia, *fairy*? —insistió, mientras yo movía la cabeza negativamente dándole pie a que me lo contara—. Es una

tradición muy antigua llamada *Rory Mor's Horn*, los nuevos jefes del clan tienen que pasar una prueba y beber dos litros y medio de vino sin parar, de la copa del cuerno.

—¿La copa del cuerno? —Fue lo único que atiné a decir.

—Exacto, se cree que mi antepasado Malcom MacLeod regresaba de una reunión con una mujer del clan Fraser —empezó. ¿Una reunión privada de un MacLeod y una Fraser? Eso no me daba buena espina —. Mientras él iba por el bosque se encontró de cara con un toro salvaje que vivía en los alrededores. Armado tan solo con una daga céltica, se enfrentó al animal acabando con su vida, como trofeo le quitó uno de sus cuernos para llevárselo. Después de este acto de valentía la mujer del jefe del clan Fraser abandonó a su marido para irse con Malcom, dando lugar a una larga disputa entre los clanes. Del cuerno del toro se fabricó una elegante copa con la que perpetramos la tradición que te he contado —me explicó. Ahí estaba, la reunión no era tal, fijo que MacLeod se beneficiaba a la Fraser haciendo que los cuernos del toro se quedaran cortos comparándolos con los que debía llevar el marido.

—Ya veo, así que uno de tus antepasados aparte de matar a un pobre animal indefenso y arrancarle un cuerno, se tiró a la mujer del jefe del clan vecino para después quitársela e instaurar como tradición emborrachar a todos sus descendientes. Me parece un tipo genial como antepasado —solté. Cédric sonrió.

—Supongo que hoy en día no tendría mucho éxito, los partidos animalistas se le echarían encima.

—Desde luego conmigo no tendría ninguno —aseguré. Mi respuesta pareció interesarle.

—¿Y quién es el afortunado que tiene éxito contigo, pequeña *fairy*? ¿Tal vez el joven Gerome? Parecías sentirte muy a gusto con él —comentó. Otro paso y sentí la fría pared a mis espaldas. Era una mujer alta, sin embargo, Cédric me sacaba una cabeza y con su envergadura me hacía sentir pequeña.

—No digas tonterías, Gerome es un crío, además ¿acaso importa? Lo que haga con mi vida no es asunto tuyo, ¿qué más da lo que haga?

—Da, preciosa, da —dijo acercando su nariz a mi cuello e inspirando con fuerza. Estuve a punto de desfallecer con ese simple acto, mi corazón se había desbocado por completo—. Hueles tan endemoniadamente bien, violetas, sigues oliendo a violetas, ese se ha convertido en mi aroma

predilecto —declaró. Intenté hablar, pero la voz no me salía.

Una de sus rodillas se abrió paso entre las mías, la piel me hormigueó cuando sentí el vello suave de sus piernas y su lengua recorrer la fina piel de mi cuello. ¡Oh Dios, me estaba lamiendo como si fuera un helado! Mis pezones se pusieron en guardia cuando el firme pecho impactó con el mío, su mano no perdió el tiempo dibujando el contorno de mis labios que se abrieron como una flor ante su presión. Introdujo el índice en ellos y lo atrapé con mi lengua, justo como me pedía el cuerpo, succioné del mismo modo que Cédric hacía con mi cuello, con fuerza, como si de algún modo pretendiera marcarme. Gruñó cuando notó la manera en la que le absorbía y con rapidez cambió el dedo por su lengua.

¡Dios! ¡Nadie me había preparado para un beso así! Era como si todo lo que hubiera conocido hasta el momento careciera de importancia, todo estallaba y se fragmentaba en mil pedazos, igual que si del fin del mundo se tratara.

—¿Qué me estás haciendo, *fairy*? —inquirió. Ni yo misma lo sabía, no podía pensar, solo sentir y dejarme llevar por aquella extraña corriente que me empujaba hacia el abismo. Noté su dureza bajo la falda, cómo tiraba del lazo de mi vestido y se abría mostrando mi cuerpo desnudo, cubierto por un simple tanga de encaje morado. Menos mal que llevaba hecha la depilación láser—. Eres una puta locura, nena —anunció. Aquella boca perfecta descendió hacia mis pechos para tomarlos en ella, saboreándolos como arándanos maduros, a la par que su mano vagaba alcanzando el pequeño triángulo oculto entre mis piernas. Sin demasiados preámbulos separó el fino encaje para palpar mi más que plausible humedad—. Pequeña, estás más que lista para mí —anunció tirando con fuerza para arrancar la pequeña pieza de ropa y dejando mi sexo completamente expuesto para él.

Levantó mi pierna encajándola en su cintura y, sin previo aviso, me penetró llegando hasta el final de mi útero, un grito atronador salió de mi garganta, aunque él pareció no escucharlo. ¡Dios, cómo dolía! Mi abuela no me dijo que fuera así, según ella las druidesas siempre sentían placer, tal vez una pequeña molestia, pero no aquel dolor tan lacerante que parecía estar partiéndome en dos.

Cédric seguía empujando, por suerte fue rápido, solo duró un par de embestidas y se unió a mi grito. ¿Le estaría doliendo a él también? Me pregunté. Todo aquello me desconcertó, aunque lo peor estaba por llegar. No

me di cuenta de lo que ocurría hasta que me vi rodeada de gente, hombres y mujeres nos miraban perplejos, sobre todo una en concreto, la reconocí al instante pues era Phemie, que me miraba desencajada, mientras Cédric seguía en mi interior.

—¿Cédric, se puede saber qué haces?; ¿Te estás tirando a una puta en nuestra fiesta de compromiso?! —chilló. Aquella pregunta me golpeó con toda la cruda realidad.

Cédric resollaba, se incorporó como si apenas pudiera mantenerse en pie. ¿Cómo no me había dado cuenta de que su estado de embriaguez era tan acusado? ¿Por qué le había dejado hacerme eso sabiendo que estaba a punto de casarse? Intenté separarme de él, aquello era muy embarazoso, pero era como si de algún modo estuviera anudado a mí, cuando salió de mi interior grité fulminada por el dolor, no esperaba aquella dolencia tan aguda que me aniquiló, después todo se volvió oscuro.

Capítulo 4 (Brighid y Didi)



Templo de Kildare

¡Eres un maldito inútil! —le grité enfurecida. Era Brighid, la triple Diosa Celta y el maldito Angus, dios del amor, acababa de fallarme—. ¡Solo debías hacer una maldita cosa, una! Controlar a Deirdre para que no se tirara al MacLeod, ¿y qué has hecho? Cagarla como siempre —bramé. El dios rubio me miraba compungido.

—Fue un leve despiste, mi Diosa, intenté no despegarme de ella, pero no podía desobedecer a MacLeod, ya que me mandaste como su siervo, hubiera sido muy extraño que el nuevo le desobedeciera; además, creí que desde la noche del baile habías hechizado a MacLeod para que olvidara su atracción por Deirdre —comentó. Estaba furiosa, un halo de fuego iluminaba mi cabellera roja.

—Y también te dije que era su pareja de vida, ¿sabes el poder que eso implica en una *Druidesa*? ¡Ellos no eligen, idiota! Creé a esas mujeres fuertes e independientes a mi imagen y semejanza, nacieron de mis entrañas para ser lo que son, mujeres libres que no necesitan a un hombre más que para complacerse y procrear. No puedes subestimar jamás el poder de una de mis hijas porque, aunque no sean Diosas, son muy poderosas. ¡Ellos no debían follar! ¡La orden era clara y concisa!

—Lo arreglé, mi Diosa, cuando me di cuenta de lo que ocurría me encargué de descontrolar al laird, que no pudiera dominar sus impulsos, y que la tomara sin un ápice de delicadeza. Engrosé su miembro para infringir dolor a Deirdre de modo que no tuviera un buen recuerdo.

—Eres un inconsciente, aunque hayas hecho eso él ha sentido el vínculo, no puedo deshacer eso.

—Dudo que ella desee repetir con él, pude leerlo en su mente, notar sus dudas; piensa que se equivocó, que no es su pareja —me replicó. Yo caminaba nerviosa arriba y abajo sin poder creer que me hubiera fallado.

—¡Virgen, la quería virgen y a él muerto en vida! ¡Ya lo sabes! Pero tenías que encapricharte de la maldita MacDougall tanto, que aprovechaste que se te puso a tiro para tirártela, mientras ellos estaban a solas ¿y ahora qué? ¿Eh?

—Haré lo que quieras, Brighid, te complaceré eternamente para que me perdones, me convertiré en tu esclavo sexual si es lo que quieres —dijo. Debía reconocer que Angus era hermoso, con el cabello dorado como el sol, un cuerpo esculpido sin un gramo de grasa y un miembro enorme hecho para satisfacer.

—Ahora mismo estoy tan enojada que no puedo pensar en acostarme contigo, además has herido a mi *Druidesa*, la has desgarrado por dentro, su cuerpo es el mío, me has dañado —afirmé. Él se arrodilló ante mí.

—Te juro que lo lamento no pensé que fuera a suceder eso.

—¡Se la tuvieron que llevar en ambulancia! ¡¿En qué pensabas?!

—Mira el lado positivo, Brighid, dudo que quiera intentarlo con él jamás, sé que ya no es virgen y eso no puedo solucionarlo, pero no va a amarle, no va a convertirle en su compañero de muslos y le va a odiar para siempre por lo que le ha hecho en público.

—Por tu bien espero que sea así, porque si no acabaré contigo —sentencié. Angus gateó hasta llegar a mis pies y comenzó a lamerlos con devoción.

—Sabes que haré lo necesario para que me perdones, déjame que te demuestre cuanto lo siento, Diosa mía —pidió, mientras apartaba la fina gasa de mi túnica para ascender buscando mi clítoris con la boca. Necesitaba relajarme, desconectar y si Angus podía ofrecerme algo en aquel momento era justamente eso.

Le dejé hacer, le dejé intentar redimirse a través de sus labios, mientras me corría una y otra vez en su boca. Le iba a costar caro, no iba a dejar que dejara de complacerme hasta que me sintiera completamente satisfecha y eso podía durar mucho, mucho tiempo.

Dunvegan, una semana después.

—Te he dicho mil veces que no, *seanmhair*, me importa un pimiento que quiera hablar conmigo, yo no quiero hablar con él.

—Vamos, pequeña, tenéis que hablar sobre lo que sucedió —me comentó mi abuela. Yo estaba en la trastienda haciendo unos arreglos que me habían pedido—. Ha cancelado su boda.

—Y qué, ¿eso es culpa mía también? ¿Acaso le pedí yo que hiciera lo que hizo? —Estaba indignada por lo ocurrido.

—¿Le dijiste que no en algún momento? —contraatacó mi abuela—. Sabías que era tu destino, lo eludiste durante seis años, tarde o temprano iba a ocurrir, lo decían las runas.

—De eso nada, te equivocaste, reconoce por una maldita vez que esas piedras que tiras fallaron, que me tienen manía desde que las pinté. Puede que con los demás funcionen, sin embargo, está claro que conmigo fallan más que una escopeta de feria. ¡Me desgarró, abuela! Fue horrible, no creo que quiera repetir la experiencia en mucho tiempo, si es que quiero volver a hacerlo alguna vez.

—Cielo, no sé por qué ocurrió eso, no debía suceder así... —explicó pesarosa.

—Exacto, me lo has repetido una y otra vez hasta la saciedad, el cuerpo de la mujer *Druidesa* se prepara hasta tal punto con su compañero que apenas duele, no hay sufrimiento, solo un placer infinito. Yo no sentí placer, fue atroz e insisto, no pienso repetir. Sal fuera y dile que se largue, no quiero verle en mi puñetera vida. ¡¿Me oyes, MacLeod?! —grité como una posesa—. ¡Lárgate de una maldita vez y haznos un favor y cástate con Phemie que ella sí te quiere! —chillé. Mi abuela salió finalmente resignada. Todavía me dolía, los médicos no se explicaban el destrozo que me había hecho, me dijeron que en todo el tiempo que llevaban no habían visto algo tan impresionante, ni en una violación múltiple que habían atendido hacía mucho tiempo. No sabía qué tenía Cédric exactamente entre las piernas, tal vez fuera el monstruo del lago Ness, pero fuera lo que fuera estaba claro que entre las mías no iba a volver a entrar.

—Ya está, se ha marchado —me dijo Morgana. Asentí, mientras colocaba las gardenias en el ramo—. Me ha pedido que te dé esto y que te diga que lo siente, aunque le gustaría disculparse en persona —añadió, mientras dejaba

un sobre encima de la mesa en la que yo hacía los arreglos.

—Por mí puedes quemarlo, no me interesa lo que tenga que decir —aseguré.

—Hija...

—Ni hija ni nada, *seanmhair* y ahora déjame, debo terminar el ramo antes que Gilbert venga a buscarlo para su mujer.

—Está bien, como quieras —acató mi abuela, que volvió a dejarme sola.

Así era como me apetecía estar, no tenía ganas de salir de casa, ya no por el dolor, que cada vez iba a menos; ni por la vergüenza de que todo el pueblo conociera lo sucedido, que también, sino porque no quería cruzarme con él, no me sentía preparada para verle y revivir aquellas sensaciones tan contradictorias. Si me había entregado era porque le había deseado infinitamente, porque no me había podido controlar, porque me sentí consumida por aquel fuego abrasador que me empujó a ello, ¿y todo para qué? Iba a ser la comidilla del pueblo durante años, la que se metió entre Cédric y su novia de toda la vida para tirárselo y hacer que rompieran su compromiso. La desvergonzada que se abrió de piernas ante el laird, como la descarada de la Fraser, o peor. Todos me vieron desnuda y tuvieron que llevarme en ambulancia al hospital porque no dejaba de sangrar.

Seguro que los amigos de MacLeod le golpeaban en el hombro por su hombría, dándole la enhorabuena por tirarse de aquel modo a la zanahoria de O'Shea. No podía dejar de pensar en ello, aquellas voces se repetían día tras día en mi cerebro como si alguien las estuviera susurrando continuamente, aunque quisiera dejar la mente en blanco era incapaz; aquella maldita voz regresaba una y otra vez alentando el macabro recuerdo.

Necesitaba espacio, necesitaba tiempo y sobre todo distancia; necesitaba alejarme de MacLeod. Por eso cuando días después Keiti se presentó con un par de billetes de avión diciendo que nos había organizado unas vacaciones y que mi abuela estaba al corriente, no lo dudé, acepté con los ojos cerrados sin preocuparme de lo que dejaba atrás.

Nos largamos un mes entero a Tailandia, a la otra punta del mundo, donde recorrimos parte del país con una mochila al hombro. Saboreé las mieles de la auténtica libertad en un viaje que recordaría toda la vida.

El primer día llegamos al aeropuerto internacional de Bangkok, tras trece horas de vuelo directo, con un jet lag de un buen par de narices. Sabíamos que el primer día lo perdíamos, pues estábamos tan agotadas que lo pasamos dormitando y cargando pilas en el hotel hasta bien entrada la noche, fue el

momento que escogimos para salir, nos encontrábamos algo más descansadas y teníamos mucha hambre, así que visitamos el Patpong en la zona de Silom, uno de los mercados nocturnos más famosos de la ciudad donde iba multitud de turistas.

Encontramos de todo, aunque su principal reclamo eran las innumerables falsificaciones de ropa, calzado, souvenirs, CD y DVD. Cabe decir que, aunque las miramos, no compramos ninguna de esas cosas, Keiti y yo estábamos muy concienciadas contra la piratería y la explotación infantil. Sabíamos que tras aquello se movía una industria millonaria que enriquecía a los de siempre abusando de los más débiles, así que simplemente paseamos entre los puestos.

Tras comer un plato de noodles con carne picante en una paradita callejera por cuarenta y cinco bat, que vendrían a ser un euro diez, tomamos una gigantesca cerveza entre las dos, ya que allí eran de setecientos centilitros, regresamos al hotel plenamente satisfechas agarradas del hombro y cantando *God Save the Queen* de Queen.

El segundo, tercer y cuarto día nos dedicamos a recorrer la capital, visitamos el Palacio Real y los templos del Buda Esmeralda, del Buda Reclinado que era un tipo enorme pintado de dorado y tirado a la bartola y el Templo del Amanecer. En todos ellos no nos dejaron entrar en pantalón corto, así que tuvimos que comprarnos un pareo para poder acceder, no fuera a ser que por vernos las piernas se desmayaran.

También visitamos la casa de Jim Thomson y comimos en el mercado de Chatuchak donde hicimos un curso de cocina tailandesa la mar de divertido en el que nos hartamos a comer. La cocina tailandesa resultó ser muy rica y variada, más de lo que nos hubiéramos imaginado, nos estábamos poniendo las botas a un precio irrisorio. Fijo que si seguíamos comiendo así nos hacían pagar por exceso de peso en el vuelo de vuelta.

El último día en los alrededores de Bangkok visitamos un mercado flotante que nos pareció de lo más curioso. Escogimos el de Taling Chang, curiosamente era el más cercano y uno de los más pequeños. Nos recomendaron ese, pues pese a su tamaño era un lugar realmente auténtico donde apenas se veían turistas.

Lo recorrimos en barca, una especie de canoa algo desvencijada pero que, al fin y al cabo, nos llevaba. Lo que distinguía este mercado de los otros era que en el Taling Chan vivían lugareños, por lo que aparte del colorido

espectáculo de los puestos de mercado flotantes, vimos a los niños jugando en el agua con total libertad o las mujeres trabajando en sus casas. Encontramos unos puestos geniales para comer y para que nos dieran un buen masaje de pies que nos dejó la mar de relajadas, para que engañarnos, no estaban siendo unas vacaciones tranquilas, andábamos mucho, así que una sesión de cuidados extras no iba a irnos nada mal.

Las tardes y las noches las aprovechábamos para pasear por las zonas comerciales y visitar algún que otro club nocturno, donde bailábamos hasta horas prudenciales; al día siguiente siempre tocaba madrugar para seguir explorando aquel maravilloso país de gente amable y sonriente.

El sexto día visitamos las ruinas de Ayutthaya, una ciudad a ochenta y cinco kilómetros al norte de Bangkok que fue la capital del Reino de Siam desde 1350 a 1767 D.C. Los restos de esa capital, mayoritariamente templos y stupas medio en ruinas, ocupaban un área de quince kilómetros cuadrados y era uno de los lugares históricos más importantes de Tailandia, ya que se le declaró Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1991. Durante estos cuatrocientos años pasaron un total de treinta y tres reyes, viviendo en ella más de un millón de personas. Gracias a eso se convirtió en una de las ciudades más grandes del momento.

Recorrimos las ruinas en bici, podíamos haber elegido hacerlo en tuk-tuk, uno de los transportes más típicos de Bangkok y algunas ciudades de Tailandia. Eran una especie de motos de tres ruedas, muy coloridas, con un techo rígido para las inclemencias del tiempo. El conductor iba delante y había un asiento triple detrás. Nos pareció un método de transporte de lo más curioso y lo usamos en alguna ocasión, aunque no aquel día, no queríamos perdernos ningún rincón de aquel entorno tan mágico y especial, así que tocó pedalear.

Las construcciones en Tailandia eran tan distintas a las nuestras, que no podíamos dejar de contemplar maravilladas aquellas formas ascendentes hechas en piedra, ni las maravillosas esculturas vestidas con ropa amarilla; parecían guardianes custodiando aquel remanso de paz. Creo que fue uno de los lugares que más me impactaron.

No dejamos de sacarnos fotos y pasarlo verdaderamente en grande.

Los cuatro días posteriores los pasamos en Chiang Mai visitamos el hermoso Parque Nacional Doi Suthep-Pui, donde vimos un auténtico pueblo tribal, el Khun Chankian Hmong y el Monasterio de Wat Phrathat Doi. También

hicimos una ruta de *trekking* donde paseamos por bosques repletos de bambú, nos bañamos en las cascadas del bosque e incluso nos tiramos con lianas a modo Jane de la Jungla.

La loca de Kaiti lo hizo al más puro estilo Tarzán, al grito de *Aaaaah ah ah ah aaaah ah ah ah aaaah!*. No podía parar de reír cuando tras salir del agua lo hizo perdiendo la parte de arriba del biquini, mientras el pobre guía se volvía loco intentando encontrarla para taparle los cocos, estaba claro que el topless no era un hábito muy extendido.

En el siguiente día de *trekking* visitamos un poblado Karen para ver a las famosas mujeres jirafa, conocidas como Padaung, aunque el guía nos explicó que prefería que las llamaran Kayan. Nos chocó mucho verlas llenas de anillos en el cuello estirándolos hasta límites que rallaban lo imposible. Se decía que los usaban para protegerse del ataque de los tigres, ya que estos grandes felinos suelen lanzarse al cuello de sus víctimas. Otra de las teorías que se había extendido era que los collares evitaban que fueran esclavizadas por asaltantes birmanos, ya que el gran peso de sus adornos les impedía realizar tareas pesadas, reduciendo su valor como esclavas. La tercera creencia hacía referencia a que era para que las mujeres se vieran como un dragón, una figura importante en su cultura y que las protegía de los peligros de las montañas y de las enfermedades.

En ningún caso aquellas afirmaciones eran ciertas, nuestro guía nos contó que la realidad era que cuanto más largo era el cuello es mayor el atractivo hacia los hombres de la etnia. En resumen, unas esclavas de la moda igual que las occidentales. Además de resaltar su belleza, llevarlo era signo de que la mujer procedía de una familia rica, lo que nosotras llamaríamos aparentar. Al final, con estas cosas te dabas cuenta de que siempre habría cosas que conectarían a la humanidad, sobre todo las que tenían que ver con los pecados capitales.

También nos contó que los anillos en el cuello se van incrementando, uno por año desde los cinco a los doce. A partir de eso se le añaden la mayor cantidad de anillos hasta que el cuello llegue al tope. Los anillos nunca se los quitan, duermen, se bañan y hacen todo en su vida con este armatoste alrededor de la garganta.

El día terminó con una sensación muy amarga, aquella visita resultó apabullante, pues te dabas cuenta que esas mujeres estaban siendo usadas más como reclamo turístico que como otra cosa. Era una nueva forma de esclavitud encubierta, según nuestro guía hoy en día lo hacían más por un

tema económico que por seguir una tradición, muchas madres obligan a sus hijas a seguirla solo para asegurarse el futuro, volviéndose un “atractivo turístico” para los miles de visitantes que llegan a la aldea de Karen Padaung y todas las otras aldeas de “Mujeres Jirafa” del Norte de Tailandia. Lamentablemente en aquel lugar el turismo era su única fuente de ingreso, así que mucho más no podían hacer. Nos fuimos con un nudo oprimiendo el pecho, pensando en aquellas niñas de brillantes ojos oscuros portando el peso de la esclavitud en forma de anillos dorados en el cuello.

Keiti y yo nos prometimos al salir de la aldea que intentaríamos buscar alguna asociación en nuestro país que intentara ayudar a aquellas niñas a ser libres y poder elegir el futuro que ellas deseaban, y no el que les había sido impuesto por nacer en el lugar en el que lo habían hecho.

Hicimos noche en un campamento de la jungla, rodeadas de la más absoluta quietud y de animales salvajes por doquier, si te quedabas en silencio podías sentirte en comunión con la naturaleza a la par que un tanto asustada por no saber qué podías encontrarte allí fuera.

—Te juro que si esta noche tengo pis me lo hago encima —dijo Keiti. No podía parar de reír ante la afirmación de mi amiga.

—Anda, Keiti, no seas cagueta.

—Claro, lista, sal tú a ver si con un poco de suerte te encuentras con un elefante y te mete la trompa —comentó. Me quedé en silencio recordando lo que seguía tratando de olvidar. Pensé que en Tailandia las voces de mi cabeza dejarían de susurrar, pero no fue así, además de no dejar de hacerlo, soñaba con aquella noche una y otra vez.

—Lo siento —murmuró Keiti— no pretendía recordarte...

—Está bien —la interrumpí, Keiti me acompañó durante los tres días que estuve ingresada en el hospital.

—No, no está bien, Didi, no has querido hablar con nadie del tema y eso no puede estar bien de ningún modo. ¿Te violó, es por eso por lo que estás así? Didi, yo te apoyaré, denunciaremos juntas, ese cerdo pagará por lo que te hizo, aunque tenga todo el dinero del mundo; te juro que...

—¡Basta! —la corté—. No voy a denunciar a nadie porque no me violó.

—¿Entonces? —inquirió. Estábamos en la pequeña tienda de campaña, dentro del saco de dormir, aunque era incapaz de hacerlo pensando en que el sueño se repitiera.

—No lo sé Keiti, fue todo muy rápido, doloroso y confuso. No sé cómo

explicarlo, yo lo deseaba, creo que no he deseado nada tanto en mi vida; realmente me sentía preparada y dispuesta, recuerdo la humedad entre mis piernas, el ardor de mi cuerpo y lo siguiente un dolor terrible, como si me estuvieran partiendo en dos.

—Es que eso fue precisamente lo que hizo ese animal, para dejarte como lo hizo debe tener una polla de caballo —soltó. En otro momento me hubiera reído o tal vez hubiera intentado hacer una gracia, pero no me veía con ánimo —, o de burro, porque se ha de ser muy burro para hacer lo que hizo.

—No sé cómo la tiene, no se la vi, solo la sentí y con eso tuve suficiente.

—No me extraña, ojalá se le caiga a trozos.

—Yo con que no me moleste tengo suficiente —dije resignada.

—¿Ha seguido molestándote? —preguntó, y yo suspiré.

—Digamos que ha intentado contactar conmigo agotando todas las vías, pero no me siento con fuerzas de hablar con él.

—Supongo que habrá querido disculparse.

—Supongo, aunque su perdón no me interesa, el daño ya está hecho —aseguré. Keiti se giró hacia mí.

—¿Sabes que fue él quien rompió el compromiso con Phemie? —negué—. La muy imbécil pretendía casarse con él igualmente, intentó que todos creyeran que tú le habías intentado seducir y Cédric lo desmintió; dijo que toda la culpa había sido suya.

—¿Cómo sabes tú eso? —Mi abuela no me había dicho nada.

—Ya sabes que mi madre es amiga de la madre de Phemie —comentó. Aquello era cierto, la madre de Keiti era bastante snob, por suerte mi amiga había salido a su padre—. Siempre había sido su ilusión, que Cédric se casara con su hija.

—Pues no sé por qué tuvo que cancelar nada si ella estaba dispuesta a casarse con él.

—Tal vez si hablaras con él lo averiguaríamos —declaró. La miré en la oscuridad.

—¿Pero tú de qué lado estás? —cuestioné.

—Del tuyo, por supuesto, pero...—Escuché un sonido parecido al de unas tuberías seguido de un olor parecido al de las vacas cuando pastan.

—¡Oh Dios, que peste! —exclamé sin entender la procedencia de aquel terrible hedor—. ¡Madre mía, madre mía! ¿Es que no lo hueles? —Comencé a abanicarme intentando que esa inmundicia desapareciera de mis fosas

nasales, cuando volví a oír ese sonido como de cañería y me fijé que mi amiga estaba extrañamente silenciosa y doblada en dos, no me extrañó nada esa pestilencia era capaz de tumbar a cualquiera—. ¿Keiti, estás bien?

—Lo siento —murmuró— me duele mucho el estómago.

—Tranquila, no pasa nada, con este olor no me extraña que te duela, fijo que te ha perforado algo, a mí me están entrando arcadas.

—Lo siento, Didi, es que no me aguanto.

—¿Qué no te aguantas qué?

—¡Joder, Didi, que he sido yo! Que creo que algo me ha sentado mal y voy a abonar toda la tienda como no salga rápido.

—¿Ahora?! —Estaba todo muy oscuro, los guías nos habían advertido que era mejor no salir, pues había animales salvajes y no me refería a un chiguagua desatado, sino tigres, serpientes y demás animales para nada domésticos.

—¡Ya! ¡Sal, ya! —Volvió a gritarme. Aquello eran palabras mayores, así que abrí la cremallera de la tienda y Keiti salió como pudo—. No me dejes sola por favor —me decía adentrándose en la espesura del follaje, con los nervios no había cogido ni el móvil para alumbrarnos, así que como pudimos y sin alejarnos demasiado nos separamos unos metros para que Keiti pudiera evacuar.

—¿Estás bien? —le pregunté. Me encontraba a una distancia prudencial de ella.

—Sí, ya estoy terminando —dijo. Esperaba que por lo menos ella hubiera cogido pañuelos de papel.

—¿Tienes con qué limpiarte?

—Sí —respondió. «Menos mal», pensé dejando transcurrir uno o dos minutos—. Oí un crujido a mis espaldas, estaba segura de que se trataba de Keiti cuando algo largo peludo y rasposo me acarició el cuello. Fijo que mi amiga intentaba gastarme una broma para que me asustara, con una rama seca o algo así, le di un manotazo, comprobando que de rama nada—. ¿Keiti? —pregunté algo asustada.

—Sí, voy, que me estoy limpiando —dijo levantando la voz. Si ella se estaba limpiando, ¿qué era lo que me estaba tocando?... No pensé, di un grito atronador pensando en las innumerables serpientes que había en la jungla y salí corriendo como una loca hacia donde debía estar Keiti, no di ni dos pasos cuando sentí cómo mi pie se metía en algo denso, resbaladizo y gigantesco.

Patiné, cayendo de culo sobre ello, para gritar de nuevo.

Alerté a todo el campamento, el resto de los turistas y nuestro guía salieron disparados hacia el lugar en el que yo me encontraba. Las linternas me apuntaron justo en los ojos, mientras intentaba levantarme de aquella plasta, que resultó ser una enorme boñiga de elefante.

La serpiente peluda debió ser la trompa de uno de esos malditos bichos, que como Keiti decidió usar la selva como retrete sin tener en cuenta que yo también estaba en ella. ¡Menuda noche de mierda que estaba teniendo! Primero mi amiga me gaseaba y después me daba un baño en caca de elefante delante de todo el campamento.

En cuanto me levanté se apartaron como si fuera una apestada, y no era para menos.

—¿Está bien, señorita O'Shea? —me preguntó el guía.

—¿Usted qué cree? Si quiere puede hacerme compañía a ver qué tal le sienta, que esto no es como un baño de barro.

—Podría haber sido peor, son heces frescas, los elefantes son muy agresivos, podrían haberla golpeado hasta la muerte —me explicó.

—Lo que me faltaba, que después de nadar en la mierda me matara un elefante de un trompazo —solté. Mi amiga que había llegado hasta allí con cara de susto no pudo evitar soltar una carcajada al verme—. Eso, bonita, encima ríete.

—Ya les dije que no salieran de la tienda de noche —nos reprochó el guía con tono de advertencia.

—Eso mejor se lo dice a mi amiga que se emperró en echarle abono a la jungla.

—¿Cómo dice? —inquirió el guía sin entender.

—Digo que si vamos a estar toda la noche de cháchara o voy a poder sacarme toda esta mierda de encima —repliqué mostrándole mi cuerpo embadurnado, menos mal que no era demasiado escrupulosa, otra ya estaría vomitando.

—Puede bañarse en el río, no puedo hacer más, montaré guardia mientras se asea, no vaya a ser que le pique un escorpión o le chupe la sangre alguna sanguijuela.

—¡Lo que me faltaba! A usted no le dieron el título de animador profesional en la universidad, ¿verdad? ¡No sea pájaro de mal agüero o le vacío el cargador del rifle entero! —Señalé el arma que pendía de su hombro.

—No tenemos de esos pájaros aquí, puede estar tranquila —contestó, y yo

resoplé resignada.

—Anda, Keiti, coge algo de ropa y jabón, a ver si logro sacarme el hedor de encima —le pedí a mi amiga, mientras el guía me llevaba al río. El agua estaba congelada, pero prefería eso que oler a excremento de elefante.

Una vez en la tienda de campaña Keiti no podía dejar de reír.

—Creo que rememoraremos este viaje cuando ambas seamos ancianas y vivamos en una residencia.

—Claro, yo contaré como intentaste terminar conmigo convirtiendo tu culo en una trampa mortal, y como no lo lograste intentaste que muriera ahogada en una gigantesca caca de elefante —comenté Keiti lloraba presa de un enorme ataque de risa que no era capaz de controlar, terminé uniéndome a ella hasta que empezamos a escuchar voces pidiendo silencio—. Al final nos van a echar por escandalosas.

—No sé si nos van a echar o no, pero lo que yo me estoy riendo no tiene precio y volver a ver como tú ríes tampoco, así que si esto ha servido para devolverte la sonrisa, lo repetiría mil veces. ¡Viva la mierda de elefanteeeeeeeeeee! —gritó mi amiga para que toda la selva la escuchara.

—¡Si tanto os gusta la mierda volved a ella, pero callaros ya que queremos dormir! —Nos reímos por lo bajito de nuevo.

—Gracias —le dije a Keiti abrazándola y ella a mí.

—De nada, apestosa.

—Eh, eso tú, que me has dejado medio loca con esa arma química nuclear que llevas en los cachetes.

—Soy un arma de destrucción masiva, nena.

—Ni que lo digas.

Los siguientes tres días estuvieron llenos de nuevas experiencias, hicimos rafting en el río Mae Wang, una excursión a lomos de elefantes, disfrutamos de un baño en las aguas termales de Pai donde visitamos también las impresionantes cuevas de Lod Cave. De regreso a Chiang Mai paramos a tomar una clase de yoga y disfrutar de un masaje tailandés, pues al día siguiente nos tocaba coger un vuelo hacia Krabi, ya que nuestros últimos quince días íbamos a pasarlos en el sur.

Visitamos las islas de la costa de Krabi, Koh Gai (la isla del pollo) con su fabulosa lengua de arena que la unía a Koh Tup, donde tomamos el sol en su playa y jugamos entre las olas. A mediodía visitamos Koh Mor disfrutando del snorkel, nunca había visto tantos peces de colores juntos y para terminar

vimos el atardecer en la paradisíaca Koh Poda llena de palmeras y agua cristalina.

Uno de los lugares que más nos llamó la atención fue la cueva de Phra Nang, o cueva de la Princesa. Era un lugar pequeño y repleto de ofrendas, aunque lo que más llamó nuestra atención fueron los

Lingam, o como nosotros diríamos, los pollones de madera. Cuando los vimos nos quedamos estupefactas, no por la diversidad de tamaños y colores; sino porque los lugareños creían que si tirabas un falo de madera al mar siempre llegaría a esa cueva, y a la vista estaba de que así era, nunca había visto tanto falo junto.

—¿Crees que se enfadarían si me llevo una de recuerdo? —susurró Keiti a mi oído—. Fíjate en esa, menuda tranca y con la punta roja como si fuera la seta de David el gnomo.

—Dudo que David el gnomo tuviera una polla como casa —repliqué sonriendo.

—¿Y tú qué sabes, tal vez su seta fuera la polla? —No pude más que terminar riéndome con ella y sus burradas, cuando le preguntó a nuestro nuevo guía, con quién llevaba un buen tonto, dónde podía hacerse con una como aquella, él ni corto ni perezoso le soltó que entre sus piernas, que si quería se lo podía demostrar en vivo y en directo.

Keiti no se hizo rogar, me guiñó el ojo, y me dijo que se iba a por su demostración privada, mientras yo tomaba el sol en la playa; a mí no me importó, que yo me hubiera autoimpuesto la castidad no significaba que ella tuviera que hacer lo mismo. Regresó una hora después, con una sonrisa de oreja a oreja diciendo que se había llevado el mejor souvenir de toda la isla.

Los últimos días los pasamos en las Islas Phi-Phi sin hacer nada más que comer, hacer yoga, pasear, bucear y tomar el sol.

El último día por la noche Keiti se olvidó de colocar la mosquitera en su cama y amaneció como una barrita de arroz inflado, no había parte en su cuerpo que no luciera un buen habón.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero qué te ha pasado? —exclamé al verla.

—¿Es que no los oíste anoche? —inquirió ella, mientras se embadurnaba de *Autan*, la loción para las picaduras—. Se metieron cinco en mi cama y se montaron una gran orgía, dijeron que de ahí no se movían hasta que no me dejaran seca. Los muy cabrones entraron como mosquitos y salieron como salmones de cinco kilos cada uno, creo que uno hasta potó del atracón de

sangre que se metió.

—Vamos, Keiti, que esto no es para tomárselo a broma, aquí los mosquitos te pueden pegar cualquier cosa.

—Y por eso me pusieron más banderillas que a un toro de lidia en la consulta del médico antes de venir aquí. No sufras, soy una tía dura, seguro que lo único que me sucede es que me rasco hasta la saciedad, espero que no me queden marcas, menudo viajecito de vuelta que me espera —comentó.

—Preguntaremos en recepción a ver si tienen algo para las picaduras, aquí no creo que tengan las plantas que necesito para hacerte un ungüento natural, otra cosa que puedes hacer es usar amoníaco si las picaduras son frescas.

—Déjate que ya te veo venir... No pienso bañarme en pis por mucho amoníaco que contenga, que a ti te molara lo de probar nuevas experiencias con excrementos de animales, no quiere decir que yo quiera probar con la lluvia dorada. Además, eso solo funciona si te acaban de picar —me soltó entrecerrando los ojos, mientras a mí se me escapaba la risa.

—Está bien, preguntemos en recepción, igual tienen algún antihistamínico, dudo que seas la única turista incauta que se olvidó de echar la mosquitera. Después venimos a por las maletas que no podemos perder el avión —le dije, y fuimos hasta la puerta cuando Keiti se detuvo.

—Sobre todo recuérdame que meta en tu maleta el recuerdo que le he comprado a Morgana.

—Claro, por si nos las registran que encuentren en la mía el gran nabo de punta roja que le has comprado ¿no? —repliqué. Con el paso de los días había logrado volver a bromear con esas cosas.

—Siempre tienes la opción de guardarlo en otro sitio —repuso moviendo las cejas arriba y abajo.

—No creo que a mi abuela le gusten usados, así que mejor lo guardas tú y se lo das tú misma en el aeropuerto, si te pregunta el policía de aduanas qué llevas, siempre puedes decir que el mejor recuerdo que una mujer se puede llevar de este glorioso país.

—¡Amén, hermana! —Salimos riendo de la habitación.

Aquel viaje fue la mejor cura que podía haber hecho, eso y las innumerables horas que pasé charlando con Keiti, volví a Dunvegan completamente renovada y con ganas de ser más yo que nunca.

Había tenido una mala experiencia con el primer hombre con el que me había acostado, pero la vida no terminaba ahí, debía seguir adelante y eso era

justamente lo que iba a hacer.

Capítulo 5 (Didi y Cédric)



Llegamos a casa bastante cansadas. El vuelo de Bangkok a Londres fue igual de bien que el de ida, después tomamos el tren hasta Edimburgo donde pasamos la noche durmiendo como marmotas.

Todavía nos quedaban nueve horas en coche para llegar a Dunvegan, aunque con Keiti al volante cualquier viaje se hacía corto, nunca se le acababa el tema de conversación y eso me fascinaba, creo que era uno de los principales motivos por los cuales nunca nos aburríamos la una de la otra.

—Tengo unas ganas enormes de ver a mi abuela —comenté. Apenas quedaban cinco minutos para llegar a casa, y ya sentía un gran anhelo de abrazarme a ella y contarle todo lo que había vivido.

—Imagino, un mes sin verla es mucho tiempo y Morgana se hace querer, es tan peculiar.

—Mucho, a veces me da la sensación que soy yo la abuela y ella la nieta —dije, y Keiti se echó a reír.

—Todavía recuerdo el primer fin de semana que pasé con vosotras y me obligó a hacer el ritual de la cosecha, cantando y bailando en pelotas por el bosque, mira que yo soy friki de la naturaleza, la conservación y todo lo que supone vivir en comunión con la naturaleza, pero aquello me superó. Creo que nunca había pasado tanta vergüenza en mi vida.

—Claro, sobre todo cuando estabas abrazada a ese árbol tan enorme y apareció *carardilla* intentando cazar una, nunca te había visto correr tanto en la vida y encima no dejabas de gritar: *Bansheeeee, Bansheeeee* —me carcajé con lágrimas en los ojos.

—Cualquiera no corría con esa escopeta de caza y aquel pobre animal muerto colgando de la mano.

—¿Y qué esperabas gritando aquello?

—Pues que me confundiera con una de ellas, al fin y al cabo, solo vio mi blanco culo correteando entre las plantas.

—Aunque no le dio por disparar —seguía carcajeándome sin poder contenerme—. Todavía no sé cómo te atreviste a repetir la segunda vez que te quedaste a dormir en vez de quedarte en casa.

—Es que tu abuela es la persuasión personificada., hace sentirse guapa hasta a la bruja de la sirenita; ¿no recuerdas todo lo que me soltó sobre amarse y aceptarse a una misma? Creo que no me he visto más guapa en toda la vida que aquel día y eso que todavía mi madre no me había llevado a depilar, aún no sé cómo *carardilla* no me confundió con una cría de osa y decidió hacerse una alfombra con mis pieles, con lo peluda y morena que soy.

—Mira que llegas a ser exagerada, aunque es verdad que más naturales no podíamos ir, bendita depilación láser —afirmé. Busqué en el bolso un pañuelo de papel para enjuagarme las lágrimas.

—Aunque creo que tu abuela no es la única que usa la persuasión, mira allí —señaló Keiti. Plantado en la puerta de mi casa con las manos en los bolsillos y cara de determinación estaba Cédric.

—Pero ¡¿qué hace el laird capullo ahí?! Da la vuelta —le ordené a Keiti.

—De eso ni hablar, has vuelto renovada, hemos hablado largo y tendido sobre lo que ocurrió y llegamos a la conclusión que si él quería disculparse por lo menos le escucharías. No puedes pasar la vida evitándole, ha sido una mala experiencia, en eso ambas estamos de acuerdo; pero el mundo no acaba aquí y mucho menos tu vida sexual, habrán otros y mejores, eso te lo garantizo —afirmó con determinación—. No serás la primera ni la última que tenga una mala primera vez, aunque eso no va a determinar tu futuro, simplemente, ahora sabes qué es lo que no quieres y es a ese capullo entre las piernas. Es mejor que habléis las cosas y deis por zanjado el asunto; escuchemos al asno y vayamos a por un tío que te de un verdadero orgasmo —sentenció. Sabía que tenía razón, sin embargo, era verle y me asaltaban todas las dudas del mundo.

—Sé que tienes razón, pero...

—Vamos, Didi, mira que cara trae, está muy desmejorado; si tiene dos surcos negros bajo los ojos, aclara las cosas y ambos os sentiréis mejor. No creo que

se haya puesto ninguna medalla por lo que ocurrió.

—Está bien, le escucharé —acepté cuando mi amiga aparcó frente a la tienda. Cédric, con paso presuroso corrió a abrirme la puerta, y en cuanto puse los pies en el suelo me saludó.

—Hola, Didi.

—Cédric —respondí desganada.

—Sé que no quieres hablar conmigo, pero por favor necesito que me escuches, no te robaré mucho tiempo, tenemos que aclarar las cosas antes de marcharme; no puedo irme con este cargo de conciencia que tengo sobre las espaldas, te garantizo que serán solo unos minutos —me pidió. ¿Marcharse? ¿Dónde iba a irse?

—Está bien, dame un momento. Dejo la maleta en casa, saludo a mi abuela y salgo para que hablemos —declaré, él asintió con una tímida sonrisa.

—Deja que te ayude con la maleta —se ofreció, y sin que pudiera negarme fue al maletero del coche, saludó a Keiti con amabilidad y la sacó; había llegado el momento de enfrentarme a él.

Por fin había accedido, estábamos sentados en una mesa en el Lochside Crafts, y pese a tener cara de cansada por el viaje estaba verdaderamente preciosa, aquel mes fuera le había sentido de maravilla, mientras a mí se me habían estado comiendo los demonios. Nunca me había sentido tan mal por algo.

Fijé la mirada en ella, su piel blanca e inmaculada había cogido algo de color, los ojos se veían más azules que nunca y el pelo más rojo e intenso. Decididamente estaba hermosa, me aclaré la voz, había pensado multitud de veces cómo pedirle disculpas, sin embargo, ahora que la tenía delante no sabía por dónde empezar, aunque lo mejor era no andarse con rodeos.

—Lo siento —dije. No era muy original, pero decididamente era imprescindible que lo supiera.

—Yo más —respondió seca sin un ápice de empatía. «¿Qué esperabas, listo, una palmadita en el hombro? ¡Despierta, imbécil, la jodiste, pero bien!», no había nada como la conciencia para mejorar la confianza de uno mismo. Estaba claro que no iba a aceptar mis disculpas así como así, después de lo

que le había hecho.

—Te juro que me siento terriblemente avergonzado, Didi, tanto que no sé ni por dónde empezar.

—El mejor lugar para empezar suele ser el principio, aunque si no lo tienes claro, ¿qué te parece si lo dejamos? Estoy exhausta y tengo ganas de regresar a casa junto a Keiti y mi abuela, no tengo ganas de seguir perdiendo el tiempo, además ya has dicho lo que querías ¿no? —Hizo el amago de levantarse.

—Por favor, Didi —intenté retenerla tomándola de la mano y ella se soltó como si quemara.

—¡No me toques! —chilló. Alcé las manos, no podía estar haciéndolo peor. La cara de asco con la que me miró me llegó al alma.

—Está bien, pero por favor, no te marches todavía —le pedí, y volvió a acomodarse. El camarero vino y pedí un par de infusiones, necesitaba calmar los nervios. Nos habíamos sentado en una mesa del rincón con vistas al lago. Me aclaré la garganta pues sentía una bola en ella que me impedía prácticamente hablar. «Sosiégate, Cédric, busca otra conversación que te acerque y no que te distancie», me dije a mí mismo. Siempre se me había dado bien

conectar con los demás, mi padre decía que tenía don de gentes, aunque con Didi lo perdía por completo, necesitaba recuperarlo—. ¿Te gustó Tailandia?

—Tal vez si comenzaba por algo más neutral lograría romper la tensión que se había instalado en el ambiente como una telaraña invisible que nos impedía avanzar.

—Mucho —respondió. Otro monosílabo, estaba claro que no tenía ganas de dar demasiadas explicaciones. Ladeó el rostro para fijar sus pupilas a las mías —. Mira, Cédric, te pondré las cosas fáciles. Lo que ocurrió fue un lamentable error que nos costó muy caro a ambos, me han dicho que cancelaste la boda —comenzó. Yo asentí—. Lo lamento, me ha costado mucho asumir lo que ocurrió aquella noche, pero tampoco puedo echarle toda la culpa a ti, tú mismo me dijiste que habías bebido y yo no supe detenerte, no lo hice en ningún momento; aunque todavía desconozco el motivo, supongo que simplemente me dejé llevar por el instante y la maravillosa historia que acababas de contarme sobre el hada y el highlander. No sé, yo misma me lo he preguntado unas cuantas veces y no le he encontrado otra respuesta que no fuera esa, alcanzaste mi espíritu romántico y me sentí dentro

de la película como si ambos fuéramos los protagonistas de la historia —me explicó. Yo también sentí algo así, como si la historia que contaba no fuera la de un antepasado sino la mía con ella, la sentí tan cerca que no pude resistir la tentación de saborearla entre mis brazos; después perdí la cabeza y la cordura al primer contacto de sus labios con los míos.

—Tal vez no me creas, pero nunca me había pasado nada igual, te juro que jamás había perdido el control de ese modo y sigo sin entender muy bien qué ocurrió —traté de explicarle, mientras me pasaba las manos por el pelo, apartándolo del rostro.

—Fácil —apuntó como si tuviera la respuesta—. Alcohol, poca comida en el estómago y una pelirroja medio idiotizada que se te abrió de piernas... Vamos que fui el cebo perfecto para un día de pesca —esclareció, di un golpe sobre la mesa enfadado por lo que daba a entender, ella no había sido eso para mí.

—¡Basta! ¡No hables así de ti! ¿Me oyes? Si algo tengo claro es que el único culpable fui yo, eras virgen maldita sea y yo el jodido imbécil que te violó —bramé. El camarero se acercó poniendo las bebidas sobre la mesa, mientras Didi me miraba con los ojos muy abiertos y algo asustada—. Disculpa no pretendía asustarte, es que no quiero que te plantees ni por un momento que fuiste culpable de

algo, llevo un mes y una semana sin pegar ojo, no logro comprender cómo pude hacerte eso, ¡abusé de ti, Didi! —Estaba muy atormentado, apenas podía decir aquello en voz alta de lo mal que me sentía.

—¡Suficiente! —Esta vez fue ella la que me cortó—. La cosa tampoco fue así, como te he dicho, no te detuve en ningún momento, no me negué o me resistí, por tanto, no hubo abuso. Además, sabía que habías bebido y no me importó que en dos semanas te fueras a casar. Fui tan culpable como tú —comentó. Vi sorpresa y determinación en su mirada, como si por primera vez se diera cuenta de algo que yo no lograba comprender, algo que se me escapaba y que ella había logrado esclarecer en el rato que llevábamos hablando—. Cédric, no me digas por qué, pero creo que lo que ocurrió era porque teníamos un asunto pendiente entre nosotros —dijo. ¿Un asunto pendiente? ¿De qué hablaba?—. Lo que pasó esa noche debió haber sucedido años atrás y nunca llegó a pasar, yo me bajé de la limusina y no nos volvimos a ver —siguió diciéndome. Se había sonrojado ligeramente, tuve una especie de flashback, recordando aquella noche que la hice mi compañera de baile.

Reviví aquel recuerdo que estaba adormecido en alguna parte de mi memoria, todos los sentimientos encontrados que tuve hacia ella aquella noche. Quería que el mundo desapareciera y nos quedáramos a solas, todos sobran, excepto Didi.

Cuando bailé con ella me sentí el hombre más afortunado del mundo, como si por fin la hubiera encontrado, hubiera dado todo lo que era en aquel momento por seguir abrazado a ella toda la noche, sin embargo, nos separaron; cuando la vi besarse con Shaw un instinto asesino se despertó en mí, la sentía como mía y ella estaba besando a otro. Sabía que aquella noche todo el mundo esperaba que Phemie y yo lo hiciéramos, de hecho, Lean me azuzó en varias ocasiones para que cumpliera, pero fui incapaz, solo podía pensar en mi *fairy*, con aquel vestido color lavanda y su intenso aroma a violetas y miel.

En el viaje de regreso a casa quise poseerla, quise hacerla mía porque así la sentía. Creí ver el mismo deseo en el fondo de su mirada, como si su piel guardara un secreto que sería revelado bajo la yema de mis dedos. Recordé nuestra despedida, cómo le prometí que nos volveríamos a ver, con la esperanza de que lo nuestro fuera más que un simple baile. No llegué a cumplir mi promesa, nunca la llamé; me marché dejándola atrás sin darle explicación alguna. ¿Cómo pude olvidarme de algo así si ahora lo veía con total nitidez? ¿Por qué tuve aquella reacción? ¿Por qué extravié aquella promesa hecha bajo la luz de la luna?

—Te dije que nos veríamos —murmuré, y ella me miró extrañada—, y no lo hice, rompí mi compromiso y me olvidé —seguí diciendo. En la profundidad de aquellos pozos azules algo se prendió, desilusión, entendimiento, sentimientos que para nada eran lo que yo quería en ese momento.

—Es lógico, yo no era nadie importante, lo dijiste para quedar bien, tu novia era Phemie y yo, simplemente tu pareja, una “impuesta” por hacerle un favor a una anciana —declaró. No había sido así, por lo menos yo no lo percibí de ese modo—. Aquello ya pasó, yo también lo borré, Cédric, no te tortures por algo que no tuvo importancia.

—Pero la tuvo, Didi, más de la que imaginas, aquella noche yo...

—Aquella noche fue hace mucho, éramos muy jóvenes y nuestras hormonas andaban revolucionadas. Supongo que hay cosas que quedan ahí, ocultas en algún lugar, agazapadas esperando un simple click para activarse y hacer estallar todo por los aires. Lo de hace un mes fue un asunto pendiente que no salió bien —manifestó. ¿Era posible que Didi tuviera razón?—. No te voy a

negar que durante este tiempo te he odiado y mucho, me ha costado asimilar todo lo ocurrido, aunque supongo que más por lo que supuso el dolor de romper el sueño romántico de mi primera vez con un chico. No voy a negarte que también hubo dolor físico, pero el emocional lo superó con creces. Imaginé fuegos artificiales y un placer infinito, y me di de bruces con algo hiriente y fugaz. Dicen que la realidad siempre supera la ficción —dijo con pesar. Sacudí la cabeza ¿podía sentirme peor?

—Lo lamento tanto, te juro que sigo dándole vueltas y no logro entender por qué me comporté de ese modo, te juro que yo no hago esas cosas con las chicas, o por lo menos no de esa manera, siempre procuro ser suave, complacer a mi pareja antes que a mí, sin embargo, contigo todo se desdibujó.

—Ibas bebido, no sabías que era virgen y no pudiste contenerte, nada que no haya ocurrido antes a otros hombres según Keiti —alegó. Me molestó que me compararan con otros, aunque no podía pretender que no hablara con nadie del tema, era lógico que se desahogara con su amiga.

—Pero a mí no me había sucedido jamás, te lo juro, tampoco sé cómo pude desgarrarte, es cierto que mi tamaño es considerable, aunque no tanto como para eso, no sé qué decir —dije. Estaba abochornado, ella sonrió con dulzura.

—Bueno, tal vez tengas a *Nessie*^[5] bajo los pantalones, o yo fuera muy estrecha, o algo mucho más simple, no encajamos bien, no estamos hechos para hacer ese tipo de cosas juntos —declaró. La miré extrañado, sabía que carecía de experiencia, pero llegar a plantearse eso...

—Sé que eres inexperta, pero esto no funciona así, el sexo de una mujer está hecho para albergar el de un hombre.

—Pues está claro que el mío no está hecho para albergar el tuyo, es como si pretendieras meter un portaviones en la caseta del perro, físicamente imposible —respondió tan segura que no la quise rebatir, cualquier hombre se sentiría halagado si compararan su miembro con algo tan descomunal, pero a mí, gracia no me hacía ninguna, pues lo que Didi daba a entender es que nunca más iba a estar conmigo y eso carecía de todo el sentido del humor del mundo. Era

un rechazo en toda regla—. Mira, Cédric, agradezco tu insistencia, que no desfallecieras ante mis negativas y que todo fuera para disculparte. Tal vez deberíamos haber aclarado antes las cosas, aunque yo no estaba por la labor, necesitaba tiempo para asimilar lo ocurrido y darme cuenta de que se trata de

algo muy simple. Tú y yo

no encajamos, somos como el azúcar y la sal, las hamburguesas extras con queso y beicon y hacer dieta o los hombres e ir de compras —enumeró. ¿De dónde sacaba esas ocurrencias? No sabía si echarme a reír o a llorar, mi cara debía ser un poema, nunca había estado con una chica así, que me sacara de mi zona de confort y me hiciera sentir tantas cosas al mismo tiempo—. Somos completamente incompatibles sexualmente —afirmó con rotundidad dejándome perplejo—. No estamos hechos para tener algo más que no sea una simple amistad, así que lo mejor será que recuperes a tu prometida y te cases con ella. Con Phemie encajas, no tuviste problemas de este tipo, así que vuelca tus esfuerzos en recuperarla, seguro que tarde o temprano te perdonará —afirmó. Me estaba dejando completamente descolocado con toda aquella diatriba, solo me daban ganas de sentarla sobre mis rodillas y besarla hasta que dejara de parlotear. ¿Acababa de decirme que me casara con lo que había sucedido entre nosotros?—. Lo mejor es que tú hagas tu vida y yo la mía.

—¡No voy a casarme con Phemie! —ataqué.

—¿Es por qué no te ha perdonado? Tal vez le cueste, no es plato de buen gusto encontrar a tu prometido tirándose a otra en la que va a ser tu casa, el día de vuestra despedida de solteros. Inténtalo con flores, bombones o joyas, a las chicas como a Phemie les fascinan esas cosas, seguro que si le vas con un diamante del tamaño de un garbanzo es capaz de perdonar eso y más —comentó. Estaba perplejo—. ¿Me estás entendiendo? No te habrás perdido en la parte del garbanzo, no vayas a irle con una legumbre y la liemos más todavía —continuó. Debo de confesar que me estaba costando seguirla, ¿hasta qué punto podía esa mujer divagar? Decidí detenerla antes que decidiera explicarme la manera en la que debía cocinar los garbanzos.

—Frena, Didi, no es por eso por lo que no vamos a casarnos —le aseguré. De hecho, Phemie había querido seguir adelante con la boda, en ningún momento se planteó cancelarla. Fui yo quien me negué—. Ella me exculpó desde el primer momento achacándolo al alcohol, como tú, pero yo no puedo hacer lo mismo, no puedo excusarme, engañarme atribuyéndolo a eso. Si fui capaz de traicionarla contigo a dos semanas de casarnos fue porque verdaderamente no la amaba —le expliqué. Sus ojos estaban muy atentos, abiertos de par en par, el azul era tan nítido que hubiera podido perderme en él—. Estos días sin ella me han servido para pensar, para plantearme qué quería verdaderamente —tensé la mandíbula, darse cuenta de que uno se ha

equivocado cuesta tanto—. Supongo que seguí adelante con Phemie porque era lo que siempre se esperó de nosotros, por nada más, la aprecio, la quiero, aunque no la amo. Me siento desbordado, necesito tomar distancia y aclarar quién soy y qué quiero; por eso he decidido marcharme a Francia de nuevo —terminé. Vi cómo me miraba con perplejidad.

—¿A Francia? —Asentí.

—Me han ofrecido un gran puesto como asistente del director general en una importante empresa que se dedica a la explotación de Chateaux. Los usan para celebrar fiestas, banquetes y eventos de alto nivel. Creo que Dunvegan tiene muchas posibilidades en ese campo, así que iré a trabajar para adquirir experiencia suficiente como para convertir a Dunvegan en un lugar de referencia del sector.

—Me parece una gran idea, creo que puedes hacer un gran trabajo —afirmó. Yo también lo creía. Habíamos terminado nuestras bebidas.

—Gracias —repliqué. Ella me sonrió, sus ojos eran como un mar en calma tras la tormenta.

—No digo nada que no sea obvio. Además, para mí ha sido muy importante que te disculpas y lo intentaras con tanta vehemencia.

—Y para mí tu perdón —aseguré. Cuando Didi se levantó esta vez no la detuve.

—Espero que tengas suerte en Francia y logres tus propósitos —me deseó. Sabía que me lo decía de corazón, aunque no sé por qué me sentía algo decepcionado, en mi fuero íntimo me hubiera apetecido que me pidiera que me quedara para conocernos mejor y poderle demostrar que no éramos tan incompatibles como ella pensaba. No podía quitarme de la cabeza sus besos, su olor, su cuerpo entre mis brazos; su entrega y aquella gloriosa sensación al sentirme en su interior.

—Volveré —prometí mientras ella se volteaba hacia mí.

—Hasta pronto, entonces.

—Hasta pronto — me despedí. Tal vez ambos necesitábamos tiempo y yo estaba dispuesto a dárselo.

Dunvegan 9 años después.

—Hijo, Roma no se construyó en un día —replicó mi padre.

—Lo sé, *athair*^[6].

—He seguido todas tus instrucciones año tras año, esas que venías a darme en Navidad —comentó, y noté el tono reprobatorio con el que me hablaba. Era hijo único, así que mi padre, además de sus hermanos, no tenía otra familia que no fuera yo. Mi madre falleció el fin de semana antes que comenzara el instituto, recuerdo aquel año como el peor de mi vida, me volví un imbécil, di de lado a mucha gente y pagué mi mal humor con quien menos debía.

—Lo siento, sabes que el trabajo me tenía muy absorbido, cuando me ascendieron a director general todo se complicó, me pasaba el día viajando, trabajaba más de cincuenta horas semanales, muchas veces no sabía ni en qué país iba a dormir.

—Rodeado de mujeres y de fiesta en fiesta, una vida muy dura y exigente —manifestó cruzándose de brazos y alzando las cejas. Mi padre no aprobaba ese tipo de vida y yo lo sabía. Siempre había sido hombre tradicional y de una sola mujer, físicamente se parecía bastante a mí, aunque mi don de gentes era claramente de mamá. Yo no es que aprobara o dejara de aprobar la vida que había llevado, ir de fiesta en fiesta formaba parte de mi trabajo, y para qué vamos a engañarnos, si lo hacía del brazo de una preciosa mujer, mejor que mejor.

—*Athair*... —Mi tono de advertencia fue suave, no pretendía enfadarme con él ahora que había vuelto—. Vamos, que ahora estoy aquí y es para quedarme.

—Faltaría más —resopló—. Hace nueve años que te hice laird de los MacLeod para relajarme, te cedí el testigo pensando que ya estabas listo, que ibas a casarte con la mujer de tu vida, darme nietos y que ibas a ocuparte del negocio... Hasta que te tiraste a aquella pobre chica en tu fiesta de compromiso —comentó, y su ceño se frunció.

—Frena, frena, *athair*. Lo que pasó, pasó, no pienso recrearme en el pasado, Phemie no era la mujer de mi vida, era mi novia de toda la vida que es distinto. Éramos demasiado jóvenes y yo me confundí, quise ser como tú; que mi historia fuera como la tuya con mamá, pero no pude seguir adelante, lo que yo sentía era cariño no amor, no podía engañarme.

—¿Por eso tuviste que tirarte a Deirdre O'Shea? ¿Y hacerle lo que le hiciste?

—Le miré con pesar.

—No, aquello fue mucho más que un error, fue algo imperdonable. Pero ella y yo lo hablamos y lo solucionamos.

—Debiste casarte con ella, le arrebataste su honra y eso es algo incuestionable —declaró mi padre, que insistió mucho en ello en aquel momento. Era un hombre tradicional y de valores. Debo admitir que yo también me lo planteé, sin embargo, al ver lo reticente que estaba Didi conmigo no creí que aceptara una propuesta por mi parte.

—Ella no hubiera querido de ningún modo, *athair*, aún no sé ni cómo me perdonó, si yo hubiera sido ella me hubiera denunciado y habría pedido una orden de alejamiento.

—Las mujeres son criaturas románticas por naturaleza, además, tú eres guapo y un buen partido, dudo que se hubiera negado si te la hubieras trabajado un poco, porque no será por las veces que has venido a visitarla —dejó caer. Me encogí, aquello era cierto también, aunque siempre le mandé una postal para Navidad mandándole mis buenos deseos.

—Ahora ya estoy aquí y pretendo recuperar el tiempo perdido, voy a ofrecerle algo que no va a poder rechazar.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —Sus ojos se iluminaron.

—Las cosas de palacio van despacio, te he dicho que le ofreceré algo que estoy convencido que desea mucho y que representa un compromiso por mi parte.

—Pues espero que sea un anillo, porque ambos tenéis treinta y dos años, al final se os va a pasar el arroz —rezongó mi padre. Solté una carcajada.

—Vamos, *athair*, que eso de casarse y tener hijos joven ya no se estila.

—No sé si se estila o no, lo que sé es que quiero nietos y un cabeza de clan responsable —afirmó. Me acerqué a él y lo tomé por el hombro.

—Y lo tendrás, te juro que te sentirás orgulloso de mí.

—Siempre me he sentido orgulloso de ti, eso no lo dudes nunca, por mal que hayas hecho las cosas siempre has sabido pedir perdón y eso te honra, hijo mío.

—Gracias, *athair* —respondí. Ambos nos abrazamos como hacía tiempo que no hacíamos—. ¿Qué te parece si voy a comprarle a Didi un ramo de flores frescas para mamá, y ambos la visitamos en el panteón por la tarde?

—Creo que es una idea fantástica.

Cogí las llaves de mi nuevo Aston Martin DB11 rojo y salí camino de la floristería. Esperaba que estuviera en ella, tenía un regalo que le quería llevar

para sellar mi promesa. Lo había encontrado en un anticuario, en uno de mis viajes a Irlanda, fue verlo y saber que debía ser para ella, así que lo compré. Aparqué fuera de la tiendecita y hogar de Didi. Seguía exactamente igual que cuando me marché, parecía que el tiempo se detuviera en Dunvegan, mientras en el resto del mundo era una vorágine de minutos y segundos desperdiciados. Entré y el suave tintineo de la puerta anunció mi llegada.

—Ya voy. —Reconocí la amable voz de la señora O’Shea, aquella mujer siempre se había portado muy bien con mi familia. Cuando salió de la trastienda abrió los ojos sorprendida.

—¡Dichosos los ojos que te ven, Cédric MacLeod! Pero muchacho, si estás guapísimo —exclamó la mujer. Llevaba una camisa blanca y unos tejanos azules que me sentaban como un guante, siempre me había gustado vestir bien.

—Gracias, señora O’Shea, los años no pasan por usted, está exactamente igual que cuando me marché —declaré, ella emitió una risita cantarina.

—Anda, adulador, si ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez, demasiado para mi parecer —comentó. Parecía una regañina, aunque con su timbre de voz era difícil de dilucidar—. ¿Por cuánto tiempo te vas a quedar esta vez?

—Creo que para siempre, por lo menos esa es la intención —contesté. Pareció sorprendida por mi respuesta.

—Entonces ¿has venido para quedarte?

—Eso parece —respondí divertido.

—Eso tengo que verlo, acompáñame —me pidió. Hizo que la siguiera a la trastienda, esperaba encontrar a Didi allí, pero al parecer estaba sola—. Siéntate, va a ser solo un momento, me acomodé en una silla amplia de madera tallada, que tenía aspecto de cómoda y estaba enfrente de una mesa redonda. Aquella trastienda me recordaba a las películas de las pitonisas, llenas de hierbas, símbolos e incluso una gran bola de cristal.

Morgana sacó un saquito de terciopelo verde que agitó entre sus manos.

—¿Vas a darme un caramelo? —bromeé.

—Voy a darte algo mejor, saca una —me ordenó. Metí la mano en la bolsita y saqué una piedra blanca redonda y con un símbolo dibujado en ella.



OTHALA

—¿Eso es un pez? ¿Me voy a ir de pesca? —No creía mucho en aquellas cosas que tanto parecían divertir a los escoceses.

—*Othala* no es ningún pez, es un runa vikinga, que representa una persona que ha superado varios obstáculos y que al fin ha llegado a casa para descansar y disfrutar de la vida que merece —me explicó. «Vaya, menuda casualidad, justo lo que le había dicho minutos antes», pensé. No quise interrumpirla, pero estaba claro que simplemente esa piedra estaba constatando algo que yo le acababa de decir, la señora O’Shea prosiguió con cara de concentración—. Esta persona ha llegado al punto en su vida en el que ha alcanzado el éxito; ahora es momento de reconocer la importancia del hogar y la familia y disfrutar de sus frutos. Así que no has mentido, vienes para quedarte —afirmó rotunda. Le sonreí ampliamente.

—Yo nunca miento.

—Eso parece, ¿y qué me dices del amor? ¿Tienes alguien quien ocupe tu corazón y haga que eches raíces aquí? ¿Alguien con quien formar tu propia familia?

—No, señora, mi corazón no tiene dueña, soy libre como el viento.

—Veamos qué dicen las runas —replicó. Volví a meter la mano en el saquito, para mí aquello era un juego, aunque ella parecía tomárselo muy en serio.



THURISAZ

—Fíjese, está claro que esa bandera es la que agita mi viento —comenté. Ella entrecerró los ojos sin reírse al respecto.

—No es ninguna bandera, es *Thurisaz* —adujo. Su expresión seguía siendo de concentración—. *Thurisaz* es la fuerza de la destrucción y la defensa. Representa al martillo de Thor, el Mjölñir, es el arma destructora de ettins y protectora del Midgard y el Asgard —comentó. Resoplé, nunca se me había dado excesivamente bien la mitología.

—¿Y eso qué quiere decir, que en el amor me va a ir a martillazos? ¿O que algún marido celoso me va a golpear la cabeza? —Era imposible que me tomara aquellas piedras en serio, aunque sabía que había mucha gente que creía en ellas.

—La cabeza te la voy a golpear yo como no te tomes estas cosas en serio —me recriminó, y se marcaron las arrugas de su entrecejo intentando mostrar seriedad, aunque la sonrisa le llegaba a los ojos, sabía que la estaba conteniendo. Le caía bien, aunque no sabía el por qué después de lo ocurrido con Didi—. Esta runa tiene polaridad entre lo negativo y lo positivo; avisa de que hay trabajo que hacer con uno mismo y que habrá golpes de suerte que abrirán o cerrarán el camino. *Thurisaz* es la espina al despertar, señala treguas antes de tomar decisiones y cruzar el umbral. Has de hacer balance, esta runa trae conflictos y puede llegar a confundirte en tus decisiones. Has de tener calma, desapegarte de todo lo inútil y prepararte para el viraje que va a dar tu vida.

—Pues le haré caso, señora O'Shea, me tomaré las cosas con calma que eso siempre viene bien, lo digan unas piedras o no —aseguré guiñándole un ojo—. Total, tampoco me dicen que el amor vaya a entrar ahora mismo por esa puerta —dije señalando la dirección donde estaba la puerta de entrada de la tienda. Ambos nos miramos sorprendidos, porque en ese momento exacto sonó el característico tintineo de la puerta indicando que alguien entraba, ¿sería el amor? Los dos nos quedamos muy quietos embebidos el uno en los ojos del otro hasta que escuchamos una voz cantarina

—*Seanmhair*, ya ha llegado algún imbécil al pueblo, fijo que es un *sassenach*^[2] ningún escocés de pura cepa iría con uno de esos cochazos de:

“te vas a enterar nena, soy tan feo y tan viejo que lo único bonito que puedo enseñar es mi coche para poderte follar”. —Didi hizo una entrada teatral restregándose con el marco de la trastienda como si fuera un animal en celo, tarareando un “sí nena, sí, ven a mí” dándose azotes en el culo y frotándose contra el marco sin cesar. Estaba de espaldas a mí, así que lo único que yo veía era una abundante cascada de cabello pelirrojo que caía indomable hasta la cintura, mientras la falda del vestido amarillo que llevaba se arremolinaba enmarcando un redondo, duro y prieto trasero que se movía arriba y abajo. ¡Joder, me acababa de empalmar con aquel movimiento! Morgana carraspeó.

—Deirdre O’Shea, ¿crees que esta es manera de entrar en la tienda cuando estoy ocupada con una visita? —El movimiento paró en seco y ella se volvió recolocándose el vestido presurosa. Menudo cambio que había dado Didi estaba claro que había hecho muchas prácticas, mientras había estado fuera, ese movimiento me había dejado loco. Tanto, que cuando su rostro se encontró con el mío no estaba preparado para ser arrollado por un autobús.

¡Joder! ¡Era la perfección hecha mujer! Ya no quedaba nada de la Didi que conocí, bueno en parte sí, era la misma, solo que ahora era ¡Boooooom!

Sus facciones se habían perfilado, su rostro parecía tallado con un cincel, era absolutamente arrebatador; el cuerpo seguía siendo delgado, de curvas suaves, pero claramente hacía deporte y estaba terriblemente en forma. Solo podía imaginar sus piernas desnudas enrolladas en mi cintura para que hiciera justo lo mismo que un instante atrás.

En un primer momento se quedó tan perpleja como yo, después, el rojo fresón incendió sus mejillas.

Capítulo 6 (Didi y Brighid)



● Ay Dios mío! ¿Se puede tener más capacidad para hacer el ridículo que yo?

▮ Viendo mi deleznable baile del froti-froti estaba Cédric, el laird capullo, mucho más, más, más... ¡Oooohhhh! ¡Mierda! Mucho más todo que la última vez.

Estaba sentado en la mesa de la trastienda, que se había encogido ante su energía y su tamaño, ¿o era yo la que me había encogido? ¿Por qué cada vez que le veía estaba más guapo que la anterior? Eso debería estar prohibido, como mínimo se podría haber quedado alopécico, tener más barriga que Papá Noel, o tener más entradas que el Easter Road de Edimburgo, en una de sus finales de liga.

Pero no, ahí estaba él, la perfección hecha hombre, con aquella pose de magnanimidad; como si fuera el rey del castillo, con aquel pelo rubio perfectamente despeinado, su exquisito rostro y aquel cuerpo que estaba segura que era el milagro contra la grasa.

—Hola, *fairy* —me saludó. ¿Fairy? Eso es con lo que seguro se duchaba el muy cabrón. Aunque yo no me podía quejar, la grasa no era una de mis principales preocupaciones, más bien la ausencia de ella.

—Sigo siendo Didi, MacLeod, las hadas no existen —repliqué. Él soltó una de sus sonrisas devastadoras, una que me dio ganas de borrar de un bofetón para después hacerle una exploración deamígdalas profunda. Necesitaba que el cosquilleo que sentía en el abdomen, y que no eran gases, se detuviera de una vez.

—Pues a mí sigues pareciéndome una, sobre todo con ese bailecito que te acabas de marcar, si quieres saco unos billetes y continuas —comentó

sarcástico agitando la mano como si tuviera un fajo—. Y si era para el propietario del coche de ahí fuera, creo que podías repetírselo, ahora que lo tienes enfrente —declaró. Si mi cara ya estaba ardiendo, terminó estallando.

—Será mejor que no, a tu edad podría darte una subida de tensión —comenté jocosamente, y él soltó una carcajada.

—¿Quieres que te lo enseñe? ¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta y opinas sobre mi nueva adquisición con conocimiento de causa? —Arqueeé las cejas. Primero me lo encontraba ahí, con un “Hola, Didi”, como si nos hubiéramos visto la semana anterior y no nueve años atrás, ¿y ahora pretendía que me fuera a dar una vuelta con él para restregarme el cochazo en toda la cara? ¿Es que estábamos locos? No me subía ahí ni muerta.

—Todavía no sé cómo me has convencido —dije. Miraba atónita el interior del vehículo que, si ya de por sí era impresionante por fuera, por dentro parecía una nave nodriza dotada de la última tecnología. ¿Para que serían tantas luces y botones? Mejor no tocar ninguno a ver si iba a ser como el coche del Inspector Gadget y me veía propulsada hacia la luna.

—Sencillo —respondió pagado en sí mismo—. Morgana —dijo. Eso era cierto, aquella era la palabra mágica, pues en cuanto mi abuela se puso a soltar lo descortés que estaba siendo con el pobre Cédric después de tantos años y lo impropio de mi entrada, no me quedó más que ir con él, con tal de no oírla.

—Es que no entiendo qué especie de rara atracción tenéis los tíos con los coches como este, os volvéis locos por un cacharro que simplemente sirve para llevaros y traerlos, os llenáis la boca con palabras como Apple Carplay, Mirror Screen, Park Assist, Pure Tech y un montón de cosas más que seguro no vas a usar en tu puñetera vida, ¿o acaso me vas a decir que sabes para qué sirven todas esas

luces que llevas en el salpicadero y que podrían iluminar la ciudad por entero?

—Pues para no entender de coches sabes bastante sobre ellos —observó sonriente. Eso era culpa de Keiti, que le chiflaba todo lo que tuviera cuatro ruedas y algo debía pegarse después de pasar tanto rato con ella—, y para saciar tu curiosidad te diré que sí, sé para qué sirve todo lo que lleva el coche, se llama prestaciones y confort —declaró. Resoplé, no había cosa que más rabia me diera que esa actitud de listillo.

—A lo que iba, señor manual de instrucciones, es que no entiendo la relación entre un hombre y un coche, fíjate, ¡en el tuyo solo caben dos personas! —

exclamé.

—Las suficientes —respondió tajante—, no necesito que cuando esté contigo haya alguien más —aseguró. ¡Zasca, bum! Y el premio era para MacLeod. Acababa de caer un meteorito del tamaño de Panamá sobre mi cabeza. Solo él era capaz de soltarme algo así y dejarme sin palabras, sin embargo, no iba a ponérselo tan fácil.

—Pues yo tengo suficiente con Mila y no necesito tanta ostentación.

—¿Mila? —Había despertado su curiosidad.

—Exacto, Mila, mi furgoneta Seat Siata cosecha del setenta y seis.

—¿Sigues teniendo ese cacharro? —preguntó entre divertido y estupefacto.

—Pues sí, a las mujeres nos gusta lo sencillo, lo práctico, lo cómodo, lo fácil de manejar ¡ah y que nunca nos deje tiradas bajo ningún concepto! —A ver si pillaba la directa.

—Parece que hables de un tío en vez de un vehículo —comentó. Moví mi dedo negativamente.

—De eso nada, monada, los tíos siempre te dejan tirada —afirmé rotunda, y la gran Didi O’Shea remata de cabeza para marcarle un goooooool en toda la portería—, mi Mila es furgoneta y por tanto es mujer, si fuera furgoneto seguramente me hubiera dejado ya abandonada en alguna cuneta. Las mujeres no hacemos esas cosas, veremos que hace tu Armstrong.

—¿Armstrong? —preguntó extrañado.

—Es el nombre que debería llevar tu coche si con él piensas clavar tu bandera —manifesté. Cédric soltó una carcajada.

—Creo que las mujeres me prefieren a mí antes que a mi coche —respondió engreído, lo peor era que yo opinaba lo mismo—. Además, seguro que las mujeres sois un dechado de virtudes, mientras los hombres somos terribles.

—Ya sabes que es así, es una deformación genética.

—Será mejor que lo dejemos, no quiero entrar en guerra contigo.

—Será lo mejor —decreté, y me crucé de brazos sabiendo que en ese tema no iba a poder conmigo.

—Lo que no entiendo es como aguanta ese cachivache todavía —comentó. Pensé en mi vieja furgoneta decorada con flores pintadas a mano, sería vieja, pero estaba impecable.

—Yo a veces también me lo pregunto, por eso le puse ese nombre, Mila es un diminutivo de Milagro, es una palabra española que vendría a ser *miracle*.

—Muy adecuado, ¿por qué se lo pusiste en español?

—Porque cada vez que voy al mecánico, que es de Madrid, me dice que es un milagro que siga rodando tan bien —aseveré. Cédric soltó una carcajada.

—Eres única.

—Si te refieres a rara o extravagante ya estoy acostumbrada a que piensen eso de mí, puedes decirlo sin tapujos —manifesté. Me miró fijamente antes de detener el vehículo.

—No me refiero a eso sino a única, como el túnel de nieve que hay bajo el volcán Mutnovsky, la catarata del Salto del Ángel o la llanura de Nullarboor en Australia donde parece que estés contemplando el fin del mundo —sentenció. No había visto todos esos sitios, pero sonaban increíbles, nunca nadie me había dicho nada tan bonito.

—¿Has estado en todos esos lugares? —asintió.

—Nueve años dan para mucho, he trabajado hasta la saciedad, aunque también he descubierto sitios asombrosos, ¿tú has viajado estos años?

—Poco, desde que fui a Tailandia solo he estado en Londres, Edimburgo e Irlanda, fui a visitar a mis amigos de la infancia, cuando dejas pasar tanto tiempo parecen auténticos desconocidos, pero basta un abrazo para conectar y recuperar el tiempo perdido. Me he dedicado a la tienda y a ir ampliando el negocio.

—¿A nada más? —preguntó curioso.

—¿A qué más quieres que me dedique, a la siembra de la patata roja? —La carcajada que contuvo llegó a sus ojos.

—No sé, tal vez a tener una pareja, con lo guapa que eres seguro que tienes a media Escocia detrás de ti —comentó. La que no evitó esta vez la carcajada fui yo.

—Claro, ¿no te has dado cuenta de lo desgastado que está el asfalto alrededor de la tienda? Cuando es la época de apareamiento salen de debajo del agua del lago un montón de *kelpies*^[8] en mi busca, los llevo a todos locos —dije socarrona. Esta vez no se contuvo, rio con ganas y yo me dejé llevar—. Tú eres quien siempre está bien acompañado.

Tuve que soltarlo, me reconcomía por dentro. Había detenido el coche en uno de mis lugares predilectos, un mirador desde donde se veía el castillo de Dunvegan y la inmensidad del lago.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Abrí la puerta y salí fuera, la intensidad de su mirada me estaba dando calor, necesitaba que el aire fresco me bajara la temperatura del cuerpo. Cédric bajó tras de mí y me siguió, ambos nos

sentamos en el capó contemplando la inmensidad que nos rodeaba.

—Esto es muy pequeño, laird, las noticias vuelan —comenté. Sabía que él no había perdido el tiempo, Cédric era importante dentro del mundo en que se movía y mi amiga Keiti una chismosa de cuidado, no dejó de mandarme fotos que sacaba de las redes sociales durante todo el tiempo que mi laird capullo estuvo fuera.

—Ya veo, ¿así que aparte de los *kelpies* fogosos que pretenden secuestrarte no estás con nadie?

—Estoy con mi abuela, con el trabajo, con Keiti, que no es poco, con todo eso tengo suficiente —declaré. Intentaba que no viera cuanto me afectaba que me hiciera esa pregunta, eso era lo que solía preguntarte un hombre si le interesabas ¿verdad? Si él quería respuestas yo también tenía preguntas que requerían de ellas.

—¿Y tú qué necesitas, Cédric? ¿Tienes bastante con Dunvegan o vas a volver a marcharte? —Le miré con fijeza.

—Creo que lo que necesito lo tengo justamente aquí, ante mis ojos, necesito a una mujer como tú y no veo nadie que sea más perfecta en este momento —sentenció. El corazón se me disparó. ¿Se estaba declarando? ¿Es que el viento de Escocia le estaba afectando al cerebro?

Vi cómo sacaba una cajita del pantalón y me la tendía. Su pelo se agitaba, era todo tan perfecto. Volví a sentir aquella mágica atracción que me impulsaba a tírame sobre él, sin importar lo que hubiera ocurrido en el pasado.

—Deirdre O’Shea —dijo con aquella voz tan solemne sin abrir la caja—. Lo he estado pensando durante mucho tiempo, lo he hablado con mi padre y estoy convencido que la determinación que he tomado es la mejor para ambos. Sé que te quiero en mi vida como mi compañera, que no podría haber una mujer más perfecta para estar a mi lado, tal vez te parezca precipitado, pero por muchas vueltas que le dé no veo una opción mejor, sencillamente creo que encajamos —comenzó a hablar. ¡Oh, Dios mío! ¡Había vuelto para casarse conmigo! ¿Por qué me sentía tan contenta?—. Sé que no empezamos con buen pie, que después estropeé las cosas empujándote hasta el límite, sin embargo, he dejado pasar mucho tiempo; creo que las heridas han sanado, he vuelto para quedarme y necesito saber si

puedo contar contigo para tenerte junto a mí —continuó con su diatriba. La cabeza me daba vueltas, me sentía mareada, una extraña alegría rebotaba en todas las células de mi cuerpo, no podía dar una explicación lógica a lo que

me sucedía, aunque sabía que no quería estar con otro que no fuera él. ¿Podríamos volver a intentarlo? ¿Me gustaría aceptar su propuesta de compartir la vida a su lado? Los ojos le brillaban— ¿Quieres ser mi...? —«No pienses tanto, Didi,

has de dejarte llevar como dice Keiti, sabes que siempre ha sido él», ahí estaba esa vocecilla, empujándome a aceptar su proposición, seguro que encontrábamos la manera de solucionar nuestro pequeño-gran inconveniente sexual. No le dejé terminar, ya había decidido; me lancé directa a sus brazos, llena de entusiasmo para besarle con auténtico fervor.

Al principio pareció sorprendido, sin embargo, no necesitó demasiado para responder como yo esperaba, buscando mis labios con la misma desesperación que yo buscaba los suyos, atrapándolos en una marea de deseo incontrolable.

Madre mía, cómo le sentía, se levantó sin soltarme, me cogió por los cachetes empujándome hacia delante en el capó, mientras se colocaba entre mis piernas. Podía haber fundido toda la carrocería de Armstrong en aquel momento. Ya sentía aquella bandera izada intentando clavarla en el planeta rojo que había oculto entre mis muslos. Su lengua batallaba contra la mía, lamiéndola, sorbiéndola con la misma ferocidad que yo atacaba la suya.

Mi sexo palpitaba abierto completamente a él, deseoso de ser colonizado.

—Joder, Didi, tú y yo vamos a llevarnos más que bien —comentó. Su boca trazó el sendero de mis labios a las suaves cimas de mis pechos, los mordisqueó sobre el vestido y yo gemí con fuerza, rozándome contra él. Una de sus manos pellizcó el tenso botón provocando que me arqueara, buscando su boca con ahínco, para calmar aquella sed que me inundaba—. Te juro que, si sé que ser mi socia en la empresa que quiero montar te pone así, vuelvo antes —declaró. Mi cerebro hizo un click, ¿socios? ¿Empresa? ¿Qué empresa? ¿Por qué no había hablado de casarse conmigo? Me levanté de golpe reaccionando justo a tiempo, le empujé con fuerza sin avisar para justo después propinarle un buen bofetón que recordaría el resto de sus días.

Cédric me miraba incrédulo aguantándose la mejilla donde lucía mi estampación manual.

—¿Y ahora qué narices te pasa? ¿Es que te has vuelto loca? —

Lógicamente estaba tan confuso como yo unos instantes antes.

—¡Que te has confundido conmigo!

—¡¿Qué me he confundido?! ¿En qué parte? ¿En la que me has saltado

encima como una gata salvaje? ¿En la que me has comido la boca como si fuera el plato del día? ¿O en la que te has restregado hasta que has hecho que me empalmara?

—Simplemente te estaba poniendo a prueba —le solté, quedándome tan ancha, con toda la templanza que pude fingir.

—¿A mí? ¿A prueba? ¿Qué prueba? ¿Necesitabas comprobar si aún se me levantaba contigo?

—No seas vulgar, laird. Sospechaba que me ibas a ofrecer trabajo, ¿qué podía interesarte de mí que no fuera eso? —Él entrecerró los ojos como si me estuviera evaluando—. Simplemente estaba fingiendo, quería demostrarte que es imposible que trabajemos juntos, a la primera de cambio se despertarían esos impulsos que tienes de seductor nato y forzarías a Nessie para que apareciera y lo estropeará todo.

—¿Nessie?

—Exacto, ese monstruo que habita entre tus piernas y ha decidido mudarse del lago Ness a tus pantalones —afirmé. Creo que no sabía si reír o enfadarse, estaba completamente descolocado—. Yo no puedo trabajar con alguien que es incapaz de apartar las manos de mí o de cualquier mujer. Tu reputación te avala.

—¿Perdona? —Levantó las dos manos sosteniendo todavía la cajita misteriosa, si no era mi anillo de compromiso, ¿qué contendría?—. Mira mujer pantera, soy capaz de eso y de más. No te hubiera tirado la caña, ni te hubiera besado de ese modo si no lo hubieras hecho tú primero, en mi casa me enseñaron a complacer a las damas y eso era justo lo que estaba haciendo —se defendió. Arqueé las cejas.

—Así que según tú se trataba de eso, de hacerle un favor a la pobre zanahoria. Pues no te ha salido muy bien conmigo, ya sabes que no somos compatibles, no quiero nada de ti, pensaba que te había quedado claro la última vez. Sé que soy la tentación hecha mujer —aseveré con descaro—, pero desde luego que no estoy hecha para ti.

—¿Esto es en serio? ¿Dónde está la maldita cámara oculta? —Me bajé del capó como si fuera un tobogán.

—No hay cámaras, lo que ves es lo que hay, y ahora que están las cosas claras entre nosotros ¿me puedes llevar a casa, laird?

—¿Claros? —Descolocado era poco, ahora parecía que se lo llevaran los demonios—. Si esto es una broma no tiene ni puta gracia, Didi —bramó.

Claramente se había mosqueado, y yo tampoco gozaba de muy buen humor, me sentía engañada, ultrajada y rechazada. Aunque en el fondo, muy en el fondo, en una esquinita oculta de mi cabeza que ahora mismo estaba cerrada por vacaciones, sabía que quién se había equivocado esta vez había sido yo. Me había precipitado, había sacado conclusiones erróneas lanzándome al vacío sin red y al parecer me había estampado de lo lindo. Cédric solo había querido ofrecerme una sociedad limitada a su negocio y yo había imaginado una ilimitada en su vida. La había liado parda. Ahora no sabía cómo salir del entuerto, así que era mejor seguir en mis trece haciéndome la ofendida.

—No es ninguna broma, haz el favor de llevarme a casa, no he venido hasta aquí para discutir contigo, solo para escucharte y ya tienes mi respuesta, que es un no —contesté con vehemencia—. No vamos a ser socios, tengo trabajo para aburrir y si lo que quieres son mis servicios pues los pagas, las medias para las mujeres y no veo que tú seas una, a no ser que seas un fetichista y las lleves puestas. —Su expresión no tenía precio, estaba claro que estaba muy desubicado, del enfado pasó a algo parecido a la tristeza.

—Pensé que te gustaría la idea, no soy un mal tío, aunque no use pantis —me aclaró—. Los negocios se me dan bien y pensé que de este modo podría compensarte por lo sucedido en el pasado, sigo sintiéndome culpable por lo ocurrido entre nosotros —dijo. Hasta ese momento no me enfadé, pero con lo último que había dicho lo vi todo rojo.

—¿Pretendías pagarme por mis servicios o por mi silencio? —Subió la cabeza de golpe contemplándome con horror.

—¡Ninguna de ambas cosas!

—¡Sí que lo pretendías! —exclamé muy segura de haber interpretado bien sus palabras.

—¡Te equivocas!

—No me equivoco, acabas de soltarlo bien clarito, estás intentando expiar tus pecados con dinero, ofreciéndome una sociedad que desconoces si llevaríamos bien o no. La dignidad es algo que se gana o se pierde, pero ni se compra, ni se vende —declaré. Me di media vuelta y entré en el coche, estábamos a unos cuantos kilómetros del centro, así que no pensaba ir andando hasta mi casa.

Tardó un minuto en entrar, sus manos se abrían y se cerraban hasta que crujió los dedos y entró en el coche.

—¿Por qué siempre termino equivocándome contigo? —Parecía

apesadumbrado y sus ojos se habían teñido del color del brandy añejo—. Haga lo que haga o diga lo que diga me da la sensación de que nunca acierto —comentó. Me supo mal verle así, pero el daño ya estaba hecho—. Toma, lo compré para ti, aunque con mi suerte imagino que me lo lanzarás sobre la cabeza —añadió. No sabía qué contenía la cajita, aunque sabía que fuera lo que fuera iba a hacer que me sintiera mal por cómo me había comportado. La tomé entre mis dedos para abrirla con temor a lo que me pudiera encontrar. Dentro había un extraño colgante, parecía muy antiguo y tenía un fino engarce que le dotaba de mayor belleza a la pieza. Tenía mucha personalidad, era una piedra, una especie de obelisco rosa con miles de fragmentos brillantes que se adherían saliendo de la propia piedra, nunca había visto nada que se le asemejara.



—¡Es precioso! —exclamé emocionada, nunca un hombre me había hecho un regalo antes, excepto mi padre.

—Lo vi en un anticuario y no pude resistirme, estaba hecho para ti —aseguró. Acaricié la piedra y sentí una corriente magnética en la yema del dedo ¿sería un imán?

—¿Qué es? —sentí curiosidad.

—El anticuario no lo sabía, lo tenía olvidado en una vitrina, oculto entre un montón de cosas, ni recordaba haberlo puesto ahí.

—Me encanta —manifesté. Mi cabreo había bajado en picado y ahora me sentía peor que una colilla—. Cédric respecto a lo de antes...

—Déjalo, me ha quedado claro, crees que soy un capullo que se acuesta con todo lo que se mueve, que voy a ser incapaz de controlarme contigo; me has puesto a prueba, he fallado estrepitosamente y por si fuera poco te he hecho sentir como una profesional...

—¿Una profesional?

—Sí, bueno, ya sabes... Como que quería pagarte por lo que hicimos aquella noche y para nada había sido mi intención. No voy a negarte que me atraes, sin embargo, soy una persona que sabe contenerse, si no hubiera creído que deseabas... —dudó al seguir— ya sabes...

—¿Que deseaba acostarme contigo? —Asintió.

—No lo hubiera intentado, mis intenciones eran otras, pero me nublé —dijo dando un golpe de frustración en el volante—. ¿Por qué la cago tanto contigo? —Me recliné hacia atrás en el asiento del copiloto intentando dar una explicación lógica a lo que sucedía entre nosotros.

—No eres solo tú, tal vez yo no debí colocarte en esa tesitura y también me equivoqué —comencé. No podía dejarle solo ante la culpa, de algún modo necesitaba expiarme—. Creo que la vida está plagada de malas decisiones, y cuando tú y yo nos juntamos somos incapaces de controlarlas. Tendemos a meter la pata el uno con el otro. Aunque debo reconocer, laird capullo, que el colgante me ha encantado. Muchas gracias —afirmé. Cédric me miró con complicidad.

—¿Me has llamado laird capullo? —Sonrió.

—Te llevo llamando así desde el primer día que te conocí, así que dudo que puedas cambiarlo —declaré. Su sonrisa se volvió más amplia.

—Así que ese era mi mote de guerra ¿zanahoria? —Le devolví la sonrisa levantando mi nariz de forma descarada.

—Exactamente.

—Me parece justo, a veces soy bastante capullo.

—Y otras veces no tanto —aseguré. Tras la tormenta había llegado la calma y esa dulce complicidad que se respiraba entre nosotros, me gustaba mucho.

—¿Entonces, podemos llegar a un trato? ¿Aceptas colaborar conmigo sin ser mi socia en la empresa? Será una especie de colaboración —aventuré encantado—. Todos los encargos florales para mi empresa de eventos serán tuyos.

—¿Qué te parece si antes de tomar una decisión te enseño mis trabajos y hablamos de números? —Su expresión esperanzada me conmovió.

—Siempre me han gustado las mujeres de negocios, al parecer he dado con un hueso duro de roer.

—Más bien con una zanahoria —bromeé y él sonrió mucho más relajado.

—¿Qué tal si hablamos mientras almorzamos? —tanteó—. Estoy muerto de hambre, después puedes enseñarme lo que quieras —agitó pícaramente las

cejas.

—Está bien —admití— dicen que la mejor forma de cerrar un trato es comiendo o cenando.

—Chica lista —observó—. Ah, y que no se me olvide, necesito que me prepares un ramo, quiero llevárselo a mi madre esta tarde —comentó. La tristeza enturbió el ámbar de su mirada que instantes antes había recuperado el color.

—Prepararé el ramo más hermoso del mundo —aseguré. Cédric asintió mientras arrancaba el coche. Aspiré profundamente captando aquel sutil aroma que nos envolvía.

—¿A qué huele? —Una de las comisuras de sus labios se elevó.

—A violetas, mi coche siempre huele a violetas —declaró. Aquello me calentó el corazón.

Unas horas después. Tienda de Didi

—¿Ya se ha marchado Cédric? —preguntó mi abuela quién nos había dejado a solas hasta que este se marchó.

—Sí, ya se fue, iba con su padre a llevarle flores a su madre.

—Pobre chico —dijo Morgana. La lástima se apoderó del timbre de voz de mi abuela que había cogido un plumero y se disponía a hacer una fiesta de ácaros a mi alrededor.

—Hay cosas que no podemos decidir y la muerte es una de ellas.

—Y con las que podemos decidir nos equivocamos y caemos de cuatro patas —manifestó. Sabía que mi abuela iba con segundas, conocía esa mirada.

—¿Qué quieres, *seanmhair*? —la insté.

—Es que hay algo que se me escapa en esto vuestro.

—No hay nada “nuestro” —apunté. Ella me miró resabiada.

—Oh, sí que lo hay, claro que lo hay, aunque no sé por qué extraño motivo lo repelís y no os dais cuenta que es inevitable. Cuando salisteis antes por la puerta, con vuestra energía impregnando la trastienda, tiré los *buzios*^[9] y pregunté por vosotros. —Esperaba que en las caracolas no hubiera visto el ridículo tan espantoso que había hecho con lo de la proposición de matrimonio.

—¿Y...?

—Y nada.

—¿Nada? —Eso sí que era raro.

—Es como una densa niebla, algo que os envuelve y no os deja avanzar, no me había ocurrido nunca; jamás había visto algo así, es como si una fuerza superior os retuviera. Sé que vuestro destino era estar el uno en brazos del otro, pero hay algo que lo impide —comentó extrañada. Chasqueé los dedos.

— Pues ahí lo tienes.

—¿El qué?

—Está muy claro, entre nosotros no habrá nada, solo trabajo que es para lo que Cédric me necesita, por eso no ves nada más allá.

—¿Y tú para qué lo necesitas? —preguntó suspicaz meneando tanto el plumero que provocó que yo estornudara.

—Para darme cuenta de que no está hecho para mí y que debo comenzar a ampliar mis horizontes; Cédric tiene muchos encargos que me darán trabajo suficiente para que vivamos con holgura.

—Siempre lo hemos hecho —refunfuñó.

—Lo sé, pero tal vez es hora de que dejes de vender pollas de goma y te dediques a lo que mejor se te da.

—¿Y por qué debo dejar de venderlas? —protestó—. Hago muy feliz a infinidad de mujeres, incluida a ti, que pronto te voy a hacer la *pollagold*, eres mi mejor clienta. Pareces resignada a darle a las de mentira cuando podrías tener las que quisieras de verdad —declaró. Sabía que era cierto, tal vez había llegado el momento de dar un paso al frente.

—Cierto, no voy a quitarte la razón, tus juguetes me han ayudado mucho, creo que he ganado elasticidad con las bolas chinas y la última que me trajiste. No creo que todos los hombres la tengan tan enorme como Cédric, ahora con los juguetes ya no me duele, así que solo hace falta ver con quién me atrevo a probar.

—Creo que el nieto del zapatero...

—¡Ah, no, ese sí que no!, con *carardilla* paso, que ese antes de metérmela ya me ha disecado y expuesto en la tienda de su abuelo.

—Pues a ver si te preocupas ya de encontrar candidato, en la bola vi una gran migración de arañas australianas que pretendían venir a vivir entre tus piernas.

—¡Serás bruta! No hay una abuela como tú en el mundo —la abracé.

—Eso seguro, porque soy única y ahora ¿me vas a enseñar qué es esa cajita que he visto en la trastienda? —No se le escapaba una.

—Es un regalo que me trajo Cédric, anda vamos, que te lo enseñe a ver si tú sabes qué es.

Templo de Kildare.

—¿Cómo es posible que tenga eso? ¡¿Cómo ha llegado a sus manos?! — Angus se encogió—. ¡Creí que lo habías destruido!

—Sabes que ese tipo de cosas no se pueden destruir, lo escondí muy bien — alegó. Resoplé, mientras caminaba nerviosa arriba y abajo.

—¡Tan bien no debiste esconderlo cuando lo tiene en su poder! —repliqué.

—Pero no se lo ha puesto —señaló Angus que estaba nervioso, sabía qué representaba que Didi tuviera ese colgante.

—Ni debe hacerlo, tú te encargarás personalmente de ello.

—Vamos, Brighid.

—Brigitte, será mejor que me llames así, has de ir acostumbrándote a ese nombre —decreté. Estábamos metidos en un asunto complicado y no podíamos cometer errores con mi nombre.

—Muy bien, pues Brigitte, sabes que ahora mismo estamos liados en Barcelona, con lo de Kenan y Sarah, no puedo desdoblarme y ocuparme también de Didi —comentó. Sabía que era cierto, pero le necesitaba en ambos lugares o aquello podía convertirse en una catástrofe. Me acerqué a él, caminando desnuda, sus ojos brillaron con deseo al contemplarme.

—Vamos, Angus, eres un Dios, sabes cómo hacer dos cosas a la vez —dije zalamera. Lamí su cuello pegando mi cuerpo al suyo. No podía negar que Angus era muy guapo y un buen amante, aunque nunca sería como Bilé. Él gruñó y yo bajé mi boca hasta tener su miembro erecto rozando mis labios. Capturé con la punta de la lengua la primera gota de líquido preseminal provocando un gruñido—. Dime que lo harás, Angus, dime que serás de nuevo su guardián y te premiaré. —Le necesitaba y sabía cómo ser muy persuasiva con él.

—Está bien, te ayudaré y creo saber cómo hacerlo —contestó. Su respuesta me gustó tanto que encajé su gran miembro en mi garganta—. ¡Joder! Eres única, nadie me hace unas mamadas como tú. Aquello también era cierto, mi precioso Dios tenía una verga descomunal que pocas mujeres eran capaces de recibir por entero.

—Pues prepárate para sellar el pacto —afirmé. Volví a enterrarlo en mi garganta una y otra vez. No nos amábamos, pero en la cama funcionábamos y para mí era suficiente.

Ya había amado, tanto que cuando mi marido me traicionó jamás pude recuperarme, mi corazón se fragmentó esparciéndose por el mundo, convirtiéndose en un polvo imposible de recomponer.

Me juré que nunca más volvería a caer en su trampa y casi volví a caer treinta y tres años atrás, por suerte tuve la cordura suficiente como para huir antes de que la cosa empeorara y sufriera de nuevo, ahora tenía una misión y a Angus que me saciaba, eso era lo único importante.

Capítulo 7 (Didi y Cédric)



Llevaba más de seis meses colaborando con Cédric. Meses donde no pude quitármelo de la cabeza ni a sol ni a sombra.

Los eventos del castillo habían cobrado mucha importancia, galas benéficas, entregas de premios, bodas, parecía que todo el mundo quisiera a Dunvegan para sus celebraciones, aunque no era de extrañar, el entorno era de cuento de hadas y el castillo estaba en un estado inmejorable. Se notaba que Cédric era un maniático del orden y la perfección, no como yo que era algo caótica en ese aspecto. Supongo que nos equilibrábamos, él ponía la disciplina, y yo la creatividad.

Encontrarme sentada con él planificando los arreglos florales de cada acto, era poco más que una tortura, su energía flotaba atrapando la mía en una vorágine de sensaciones que cada vez me costaba más evitar.

No había vuelto a intentar nada conmigo, se mantenía alejado en ese aspecto, aunque no en los demás, era prácticamente un suplicio sentir esos pequeños y descuidados roces al pasarme un papel, esas seductoras sonrisas que formaban parte de su personalidad, el modo en el que se inclinaba sobre mí para ver alguno de mis bocetos con apenas un milímetro de separación. Notaba su calor, su olor, su energía y eso era suficiente para que más que una mujer, pareciera un erizo.

Ahora mismo estábamos sentados en su despacho, codo con codo. Siempre se sentaba a mi lado para ver los dibujos que le presentaba con mis composiciones florales, era una costumbre que a mí me atacaba por su proximidad.

Solía traerle ejemplares de las flores para que pudiera olerlas y acariciarlas, decía que todo era importante, el aroma, la textura, el color, todo debía evocar lo que la celebración representaba. Cédric era muy cuidadoso y a mí

me gustaba que lo fuera.

Era junio, el calor comenzaba a notarse y estaba siendo un mes inusualmente cálido en las Highlands, el paisaje se teñía de un verde brillante, los colores resaltaban como nunca, el verano y la primavera eran mis dos estaciones predilectas, pues era época de flores y frutos.

Su rodilla estaba rozando con descuido la mía, mientras se inclinaba a oler el brezo, dudé si aquel vestido había sido el ideal para reunirme con él, pues entre sus bermudas y mi falda sentía la caricia de su rodilla contra la mía erizándome la piel.

—Mmmmm, me encanta este olor —comentó. Sus pestañas reposaban plácidas sobre sus mejillas y tenía el rostro ligeramente inclinado.

—A mí también —dije intentando recolocarme y que su rodilla desnuda dejara de acariciar la mía, sin embargo, a la que me moví él lo hizo junto a mí, como si estuviéramos sincronizados y lo único que logré fue que parte de su muslo se encontrara con el mío.

Ya estaba sudando, notaba las pequeñas gotas deslizándose por el tobogán de mi espalda, como si fuera un parque acuático. La ligereza del vestido no me aportaba frescor sino más bien todo lo contrario, era tan fino que le sentía todavía más provocando una ola de calor que se expandía por todo el cuerpo.

—Me recuerda a Escocia, las dos flores principales deben ser brezo y lavanda, como las flores que aparecen en el libro ganador de W Romantic Ediciones —declaró. Su voz era suave, envolvente igual que el aroma a limpio que emanaba.

—Lo sé, también te he traído lavanda —apunté. Cédric me había repetido hasta la saciedad la importancia de este evento, vendría gente muy significativa del panorama literario escocés, también del mundo de la política, la cultura y el turismo; él decía que era el EVENTO DEL AÑO, en mayúsculas.

El cesto de las flores estaba justo detrás de mí, así que me levanté de la silla para agacharme y tomar una muestra. Cédric se removió inquieto; cuando me giré, no le dio tiempo a cambiar la dirección de su mirada que apuntaba directamente hacia mi trasero, podría no haber dicho nada, pero lo hice.

—¿Me estabas mirando el culo? —pregunté con descaro.

—¿Yo? Jamás se me ocurriría —replicó agitando la mano tratando de restarle importancia, aunque veía el brillo de quién es cazado *in fraganti* en la mirada —. Simplemente me ha parecido que tenías una cadera más arriba que la otra

y quería cerciorarme de que se trataba de un espejismo, no me gustaría que tuvieras un percance y sufieras de cojera; eso te restaría muchos puntos a la hora de que un hombre se fijara en ti —apostilló. ¿Me estaba llamando coja? Menuda excusa más mala.

—Puede estar tranquilo, mi laird, mis caderas no sufren ninguna deformidad, aunque a veces dudo de que su cerebro no la sufra —ataqué. Esas pullas habían pasado a ser normales entre nosotros, ambos nos divertíamos pinchándonos. Cédric se hizo el sorprendido y un poco el ofendido, aunque estaba claro que era puro teatro, conocía las expresiones de su rostro tras esos meses.

—Pues yo diría que tienes una cadera más alta que la otra, déjame comprobarlo es un tema muy serio, más de lo que imaginas —comentó y se puso en pie, justo detrás de mí apoyando sus fuertes dedos en mis caderas, el calor de sus manos traspasaba la suave tela. Al parecer se había despertado juguetón y yo también, para que iba a mentir—. Inclínate un poco hacia delante —susurró en mi oído lanzándome el aliento en el cuello. Todo el vello de mi cuerpo se encrespó.

—¿Ahora eres traumatólogo? ¿O fisioterapeuta? —No me moví un ápice, mientras su pulgar palpaba sutilmente el hueso de la cadera provocando espirales de placer arremolinándose en mis costados.

—No lo soy, pero recuerda que era capitán de remo tanto en el instituto como en la universidad, y sigo practicando en el lago, me han hecho más de un reconocimiento de este tipo; de hecho, una vez al mes, siempre voy al fisio a que me descargue, tal vez deberías probar.

—¿A ir al fisio? —Aquellos dedos seguían recorriéndome y yo no podía dejar de sentir calor, mucho calor.

—No, a que te descargue —afirmó con la voz muy grave— yo podría ayudarte a hacerlo —añadió. ¿Era yo o se me estaba insinuando?—. Anda, Didi, será solo un momento, inclínate con suavidad hacia delante y deja que compruebe si lo necesitas.

Llevaba casi siete meses conteniéndome, intentando comportarme como un perfecto caballero con ella para que no pensara lo que no era, o lo que sí era, ya ni lo sabía, esa mujer estaba haciendo que perdiera la cabeza por

completo.

No dejaba de ir a verla, de implicarla en todos y cada uno de mis proyectos, aunque la persona que requería mis servicios no quisiera flores. Era una de mis condiciones, si no querían flores, no había celebración, formaba parte del paquete y debían aceptar sí o sí. Así me aseguraba tener dos o tres reuniones semanales con Didi. Además de las reuniones, el día del montaje lo pasaba pululando por el castillo, aprovechaba para comer con ella y pasar todo el tiempo que podía a su lado. Incluso había veces que le hacía repetir el boceto del diseño que estaba ya perfecto por el simple placer de verla trabajar sobre mi mesa. Me encantaba ver esa pequeña arruga de concentración que se le marcaba en el ceño, mientras hacía trazos con sus lápices de madera de colores.

No voy a negar que intenté salir con alguna que otra mujer durante aquel tiempo, pero ninguna me llenaba lo suficiente, creo que salía con ellas más por intentar provocar sus celos que por otro motivo, pero ella parecía convencida de que lo nuestro no iba a funcionar. Aunque cuando le decía que tenía una cita no podía evitar mirarme con disgusto, y digo yo, que eso querría decir algo ¿no?

Necesitaba entrar de lleno en la acción, comportándome como un amigo no estaba consiguiendo que me viera como algo más, y si algo tenía claro era que la quería en mi cama y en mi vida.

Didi era divertida, ingeniosa, inteligente y muy guapa; jamás me bailaba el agua como todo el mundo y eso me encendía como un volcán.

—Esto no será algún tipo de juego sucio, ¿verdad?—preguntó dubitativa.

—Para nada —le respondí duro como el granito. Su aroma ascendía a mi nariz alborotándome la sangre.

—Está bien —terminó concediéndome aquella falsa inspección que me estaba levantando algo más que el ánimo. Siguió mis indicaciones flexionando el cuerpo como le había pedido, entretanto, yo palpaba sus tersas caderas. Sabía que salía a correr a primera hora de la mañana, cuando todavía no había despuntado el alba, alguna vez la había visto oculto tras un árbol pues compartíamos afición. El primer día que la vi detenerse ante el lago, para ver cómo se despojaba de toda la ropa y se sumergía en las frías aguas, me empalmó de golpe. Aunque me planteé en más de una ocasión sumergirme tras ella y ver cómo reaccionaba, con la intención de poseerla allí mismo, no lo llegué a hacer. Me conformaba con espiar aquel exquisito

cuerpo danzando en el agua, para terminar como un burdo obseso aliviándome con la mano. Estaba convencido de que si me veía huiría despavorida y perdería aquellos mágicos momentos donde soñaba que se entregaba voluntariamente a mí—. ¿Lo estoy haciendo bien? —inquirió pegando su adorable trasero a mi entrepierna, que estaba excesivamente feliz al verla. Tuve que contener un gruñido al notarla encajada en mí.

—Muy bien, *fairy*, excesivamente bien —declaré. Mi voz sonó especialmente ronca.

—¿Sigo bajando? —No estaba seguro de poder aguantar el morbo que me estaba dando, aunque estaba respondiendo tan bien, estaba convencido que podía sentir mi erección y no se apartaba, eso era un avance muy serio que no pensaba desaprovechar.

—Sí, por favor, baja un poco más, lo estás haciendo genial, preciosa —afirmé. Mis dedos pulgares seguían recorriéndola, mientras los otros arriesgaron un poco acercándose peligrosamente a sus ingles. Creí sentir como contenía el aliento, metía la cabeza bajo la mesa y llegaba a la punta de los pies. ¡Jesús! Si le subía la falda y me desabrochaba la bragueta podría tomarla por detrás.

—¿Lo notas? —empujé entre medio de sus cachetes.

—¿Qué debo notar? —¡Pues que te quiero follar!, me dieron ganas de responderle.

—La tensión —respondí, ella suspiró—. Justo aquí, empujé insistentemente, con el tronco tan flexionado que le estaba dando justo en el clítoris, mientras los pulgares seguían su vaivén. Ella emitió un ruidito, ¿estaría tan excitada como yo? Era difícil saberlo—. Es justo aquí —insistí. Una embestida más fuerte con fricción en la cresta ilíaca incluida.

—Mmmmmm —salió de su boca. ¿Eso era una protesta o un gemido? ¡Dios, estaba al rojo vivo!

—Voy a balancearte un poco, para ver si la movilidad está perjudicada por tanta tensión acumulada, creo que todo viene de la pelvis —comenté. Iba a jugármela.

—E-está bien —murmuró contenida. Mecía las caderas con suavidad, sabía que estaba sintiendo todo mi grosor y mi extensión en el punto más caliente de su anatomía, ambos estábamos hirviendo, podía percibirlo. Didi protestó y yo gemí cuando la puerta se abrió interrumpiéndonos, de repente.

—¿Hijo, estás ocupado? —Mi padre acababa de abrir la puerta de par en par,

mirando con sorpresa la escena—. Disculpa, no sabía que estabas ocupado — observó comedido, desde donde estaba no podía advertir qué ocurría con claridad, hasta que ambos escuchamos un terrible golpe. Miré hacia abajo, ahí estaba mi pelirroja, que había

intentado levantarse sin contar con el mobiliario y se acababa de dar un buen golpetazo en la cabeza.

—¡Auch! —gritó agarrándose con fuerza. La mesa era de madera maciza y el tatarazo había sido de órdago.

—¿Didi, estás bien? —intenté ayudarla.

—¡S-sueltamé! —exclamó emergiendo roja como un fresón, intentando desembarazarse de mi agarre. Mi padre nos miraba entre preocupado y divertido.

—Eso debió doler, muchacha, voy a por un poco de hielo, los golpes en la cabeza no son buenos pueden dejar muchas secuelas, ahora mismo regreso.

—Estoy bien, señor MacLeod, se me cayó un lápiz y Cédric me estaba ayudando a encontrarlo, ¿verdad, Ced? —Había comenzado a llamarme con aquel diminutivo que tanto me gustaba.

—Pues creo que más que buscarlo, mi hijo te estaba tendiendo el suyo — señaló mi padre. Didi abrió los ojos estupefacta, los ojos de mi padre se dirigían hacia mi entrepierna. Cuando a mi padre le daba por bromear, era terrible, y con las ganas que tenía de que tuviera una pareja formal, más.

—Haz el favor, *athair* —le reñí.

—Era solo una broma ¿necesitáis que os ayude a encontrarlo?

—¡No! —exclamó Didi presurosa—. Ya lo he localizado, muchas gracias. — Por suerte mi padre no insistió.

—Venía para saber si os apetece una taza de té, es tarde y seguramente tendréis hambre, Gertrude ha preparado sus deliciosas galletas de mantequilla para acompañar.

—Me parece una gran idea a Didi le encantan, así podremos aprovechar y ponerle hielo en la cabeza, no vaya a ser que le salga un huevo.

—¿Un huevo? Eso es lo que pienso retorcerte como te los pille si no te callas de una maldita vez MacLeod —rezongó por lo bajo, y tuve que contener la risa.

—Os espero en la cocina, entonces —señaló mi padre que se alejó, aproveché para darle la vuelta y volverme a encajar en ella, aunque esta vez por delante.

—¿Qué dices querer retorcer, señorita O’Shea?

—¿Estás seguro de querer comprobarlo? —Me gustaba cuando me desafiaba.

—Creo que ese tipo de cosas todavía no me van —me aparté un poco—. ¿Cenamos el viernes?

—¿C-cómo? —Se había puesto nerviosa.

—Cenar, ya sabes, eso que se suele hacer unas horas antes de acostarse —apunté jocoso. Se mordió el labio haciendo que yo tragara con dificultad, sabía que estaba en el filo de la navaja, que me la estaba jugando, pero llevaba demasiado tiempo esperando por ella.

—Dijimos que nada de intimidad entre nosotros.

—Sé muy bien lo que dijimos, te prometí que me comportaría y eso he estado haciendo, ¿es que no puedes cenar conmigo para acabar de ultimar la presentación del libro del sábado?

—Has dicho cenar y acostarnos —comentó. Sonreí, así que su cerebro había asociado aquellas dos palabras, esto prometía.

—No —volví a acercarme y a mirarla con intensidad—, solo te he explicado la acción de cenar porque parecías no entenderla, como bien has dicho, no hay ningún tipo de intimidad entre nosotros y no pensaba en acostarnos juntos, claro está —mentí como un bellaco, ella parecía al borde del colapso, me acerqué más todavía clavando mi erección en ella, quería que se acostumbrara porque el siguiente sitio donde la iba a notar iba a ser entre sus piernas. Le susurré en el oído—. Tengo muy claro dónde están los límites ¿y tú? —Tenía el pecho pegado al mío, su calor corporal se filtraba volviendo más sensibles los lugares que alcanzaba.

—Clarísimos —respondió con la respiración entrecortada.

—Genial, porque entonces el viernes te paso a buscar, no tienes excusa —decreté. Ella puso las manos sobre mis hombros para apartarme con suavidad.

—De eso nada, yo voy con Mila y tú con Armstrong, no vaya a salir alguna de tus amiguitas por ahí y quieras terminar acostándote con alguien —entrecerró los ojos, dándome a entender que me conocía muy bien. Pues lo llevaba claro.

—Si voy a cenar contigo créeme que el resto del mundo me importa muy poco, cuando ceno con una mujer toda mi atención está puesta en ella y más si esa mujer eres tú. Y ahora vamos con mi padre, no le gusta que le hagan esperar.

—Te digo que este vestido negro es ideal —señaló Keiti. Volví a mirarme en el espejo, no estaba para nada segura, no sé porque le había dicho a Keiti lo de la cena con Cédric, bueno, sí lo sé. Necesitaba a alguien a quién contárselo. Había insistido en que ella me traería un vestido ideal para la ocasión, que tenía justo lo que necesitaba. Deslicé los ojos por mi cuerpo, era una pieza de mi estilo sin serlo, todo el pecho era de ganchillo negro cogido en la parte alta del cuello y dejando la espalda al descubierto. El escote era más profundo de lo habitual y la falda, de un tejido más sutil, caía suelta a medio muslo.

—No sé qué decirte muestro demasiada carne por aquí —señalé mi escote, ella bufó.

—Vamos, tienes el pecho perfecto para este tipo de escotes, y el recogido que te he hecho le sienta fantásticamente bien a tu espalda.

—Es decir, para enseñar más carne, ni que fuera la pieza del día en la carnicería —volví a protestar.

—Vamos, Didi, cualquiera diría que eres pudorosa y no la versión nudista de Barbie *Fairytopia*, que ambas sabemos lo que haces en el bosque.

—Una cosa es lo que yo haga en el bosque con los rituales, y otra muy distinta es mostrarme porque sí —observé, mientras seguía evaluándome frente al espejo. El recogido desenfadado que mi amiga me había hecho me sentaba realmente bien, sabía que, aunque protestara era muy favorecedor, me despejaba el rostro y mostraba la tersa blancura de mi piel.

—Preciosa, no vas a mostrarte porque sí, vas a cenar con Cédric un eón después de que te desvirgara y te traumara para siempre —comentó, y yo puse los ojos en blanco.

—Mira que llegas a ser exagerada, de un eón nada y acepté por... por... —comencé a decir, pero me dio la vuelta y encajó sobre mis labios una barra de labios color coral.

—Aceptaste porque te gusta, Didi, y tú le gustas a él, no hay nada de malo en ello, ni hay que darle más vueltas. ¿Por qué no lo aceptas de una puñetera vez? Siempre te gustó, siempre fue él, te has estado preparando concienzudamente para esta noche —sentenció. La miré con desdén.

—Yo no me he estado preparando para... —Guardó la barra y se cruzó de brazos.

—¿Ah, no? Tu abuela me ha hablado de tus clases de gimnasia vaginal — declaró. Me quedé tiesa como un palo, mi abuela era una bocazas, cuando la pillara...

—Eso era para fortalecer los músculos de Kegel —contraataqué

—Que yo sepa no tienes incontinencia urinaria y según Morgana podrían llevarte al Circo del Sol, me dijo que eres capaz de llevar durante horas un gran huevo de jade y que tienes un maletín lleno de amiguitos de silicona a cuál más grande y más ancho —afirmó. Mis mejillas se pusieron a arder—. Conmigo no has de avergonzarte, simplemente reconoce que todo esto ha sido por él, para poder ampliar horizontes, darle cabida y que no ocurriera lo de la primera vez; en el fondo sabes tan bien como yo que no existe otro para ti. Venga, Didi, si ni siquiera has podido acostarte con otro en todo este tiempo, que porque no eres virgen que sino ya te habrían canonizado — manifestó. Cerré los ojos un tanto abochornada, en el fondo era cierto, ella era Keiti, mi amiga, conocía todos y cada uno de mis secretos. Tal vez sin pretenderlo había estado haciendo justamente eso, supongo que mi subconsciente había hecho exactamente lo que insinuaba. Suspiré y la miré firme.

—No sé qué decir.

—No has de decir nada, a mí no; solo hazme un favor, por una noche fluye, déjate llevar, compórtate como haces conmigo cuando salimos juntas, deja que Cédric vea la maravillosa mujer que se oculta en tu interior, la divertida, inteligente, espontánea y alocada Didi. Deja de juzgarle por quién fue o lo que hizo y límitate a sentirle como es ahora. Todos cometemos errores y todos merecemos a alguien que nos dé una segunda oportunidad. Durante estos meses has visto otro Cédric, le has conocido y no me digas que no te ha gustado, porque con todas las veces que le has nombrado y la cara de imbécil que se te ponía es imposible —aseveró, y no pude hacer más que sonreír para después volver a caer en mi capullo de preocupación.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si no nos complementamos? ¿Y si no funcionamos en horizontal?

—¡Pues lo intentáis en vertical! —Keiti se dio la vuelta y fue directa a mi mesilla de noche.

Ohhh, no, allí era donde tenía a... Abrió el cajón y vi cómo envolvía a *Moby-Dick* en uno de mis calcetines para agarrarlo con ambas manos y sacarlo del cajón. Lo cierto es que impresionaba su tamaño.

—Cariño, si eres capaz de albergar este monstruo entre las piernas podrás con Cédric, créeme.

—¿Cómo sabías que...? —No terminé la pregunta.

—Todas tenemos uno en la mesilla, además, mientras te duchabas y buscaba las bragas perfectas me topé con él, como para no toparse ¡es gigante! Ahí abajo debes de tener capacidad para albergar una flota de autobuses o tal vez podrías plantearte abrir una despensa de pollones.

—Claro, pollas encurtidas de la señorita O’Shea, ¡no te fastidia! —Ambas nos echamos a reír.

—Solo te falta algo para completar el atuendo, necesitas un colgante, ese escote lo merece. —Fui hacia el joyero y cuando lo abrí reconocí la cajita de inmediato, como si me estuviera llamando. Nunca llegué a estrenar el colgante que Cédric me regaló, tal vez fuera el momento, no podía pensar en otra pieza más perfecta que aquella. Saqué la cajita y se lo mostré a Keiti.

—Creo que es el colgante perfecto —declaré y ella sonrió.

—Yo también, déjame que te ayude —dijo. Cuando terminó de atármelo pensé que nunca me había visto más hermosa. El cristal calentaba el punto exacto donde caía, que era mi corazón. Me sentía poderosa, sexy y más segura que nunca de mi misma—. Es el complemento perfecto, estás espectacular —afirmó Keiti tomándome de los hombros, y nuestras miradas cómplices se encontraron a través del espejo.

—Gracias por todo, Keiti —respondí y ella me dio un apretón reconfortante justo antes de que mi abuela llamara a la puerta y entrara con una botella y tres vasos de chupito.

—Vamos a brindar chicas, traje *Uisge Beatha*.

—Mmmmm —se relamió Keiti a quien le encantaba el whisky tradicional que preparaba mi abuela y que podía tumbar a media Escocia—. Trae aquí un trago Morgana que Didi lo necesita más que nunca —aseguró. Mi abuela movió la cabeza afirmativamente, puso los vasitos sobre mi tocador de cedro y los llenó hasta arriba.

—Coged uno cada una y brindemos —alzó el suyo y nosotras la acompañamos—. Por la vida, por dejarse llevar y fluir.

—Por las segundas oportunidades —apuntó Keiti mirándome con fijeza.

—Y por las mujeres que más quiero. —Entrechocamos los vasos y los apuramos de un trago al grito de *Sláinte*^[10].

Llegué al restaurante y aparqué a Mila fuera, estaba terriblemente nerviosa,

las palmas de las manos me sudaban profusamente. Mi laird ya estaba allí, apoyado en Armstrong con las manos en los bolsillos y un pie cruzado sobre el otro.

Fue contemplarlo con aquella camisa azul celeste y los tejanos oscuros, y sentir como mi cuerpo comenzaba a vibrar. «Céntrate, Didi, es solo un hombre», me repetí. Pero cuando caminó con aquella seguridad, sin apartar su mirada de la mía y abrió la puerta del conductor para tenderme una mano y ayudarme a descender, supe que no era solo un hombre, era mi hombre, el que me gustaba hasta la locura, el que desencadenaba aquel estado de máxima tensión en mis revolucionadas hormonas que no dejaban de rebotar como bolas de *pinball*.

Sus dedos calentaron los míos, hice el amago de bajar sin llegar a hacerlo, pues me tomó de la cintura para deslizarme por su cuerpo dejándome sin respiración.

—Estás preciosa, O'Shea —afirmó. Calor, calor, calor ¿por qué sentía tanto calor en el pecho? Casi podía sentir aquella piedra encenderse.

—Tú tampoco estás mal, MacLeod —repliqué. Él enarcó una ceja torciendo una sonrisa.

—Gracias, viniendo de ti es todo un cumplido —declaró. Miré sus labios, no pude evitarlo, tenía tantas ganas de que me besara, le tenía tan cerca que captaba aquel sutil aroma mentolado en su aliento—. Si sigues mirándome así voy a tener que cumplir con lo que me piden tus ojos —comentó. Parpadeé, debatiéndome entre seguir el juego o ponerle fin. Levanté la mirada hacia la suya.

—¿Y qué sabrás tú sobre lo que piden mis ojos?

—¿Quieres apostar? —Contuve un gemido cuando me apretó contra él haciéndome sentir su erección, no me aparté, le necesitaba, le quería justo ahí—. Créeme, lo sé —sentenció. Lógico que lo supiera, me sentía como un libro abierto, tenía las manos en sus pectorales que subían y bajaban al ritmo de los míos. Mi mirada volvió a descender, desde aquellos orbes ambarinos a aquella sonrisa ladeada que mostraba unos dientes perfectos. Mi pecho se pegaba a él agitadamente, seguíamos allí unidos el uno al otro, con la respiración alborotada y nuestros ojos retándose, ninguno se atrevía a mover ficha. Hasta que mi lengua se movió sola acariciando la parte superior de mis labios, y las fosas nasales de Cédric se dilataron, al igual que sus pupilas—. Tú lo has querido —dijo, y su boca cayó sobre la mía como la lluvia sobre el

desierto, colmando mi apremiante necesidad de sus besos que pronto se transformaron en tormenta.

Le necesitaba con apremio, no sabía ni cómo, ni por qué, pero estaba claro, que mi cuerpo le exigía estar junto a mí, la urgencia por estar con él crecía a pasos agigantados. Su lengua recorría mi boca a la perfección, ni demasiado suave, ni muy brusco, tanteando, mientras

la mía salía a su encuentro, para enredarse, acariciarse y enlazarse en un cúmulo de sentimientos desbordados. Mis dedos habían trepado

hasta su nuca, para enredarse en ella y los suyos me agarraban por la cintura para ascender por mi espalda desnuda.

Le sentí crecer contra la parte baja de mi vientre, encendiéndome cada vez con mayor intensidad, gemí entre sus labios cuando comenzó a amasar mis glúteos pegándome más a él. Puso fin al beso apoyando su frente contra la mía.

—¡Joder, Didi! Te juro que necesito parar o te follaría aquí mismo, contra tu maldita furgoneta, sé que seguramente no es lo que querrías oír en este momento y, lo siento si hiero tus delicados oídos, pero es que no puedo controlarme, mujer, me tienes al borde del acantilado y tú llevas las riendas, dime qué quieres que haga y lo haré —me pidió. ¿Mis delicados oídos? ¿Estaba de broma? «Repítelo otra vez, Sam», decía la vocecilla de mi cabeza, Cédric quería follarme, aquí y ahora, y yo no podía ver nada más perfecto que eso. Seguro que era el efecto secundario del whisky de mi abuela.

Que un hombre como MacLeod me cediera el control me llenaba de una energía poderosa y extraña, de hecho no había dejado de sentirme así, desde que me había tomado entre sus brazos, como si esta noche el mundo estuviera bajo mis pies. Quería jugar, quería tontear, quería disfrutar, pero sobre todas las cosas quería hacerle mío, aunque no todavía.

—Tengo hambre y te quiero comer —solté. Cédric gruñó y resopló a la vez.

—¿Cómo dices? —Aquellas pupilas se dilataron tanto ante mi afirmación, que sus bonitos ojos dorados parecían negros.

—Que quiero comer —respondí sonriente, haciéndole creer que su mente le había jugado una mala pasada.

—Claro, la cena, disculpa, preciosa, pero es que mi calenturienta mente me juega malas pasadas; debes tener mucha hambre —susurró recolocándose el pelo y tomando algo de distancia.

—Ni te lo imaginas, MacLeod, ni te imaginas el hambre que siento —afirmé.

Su mandíbula se tensó ante mi afirmación.

—Pues vamos a saciar parte de ese apetito, porque espero que la otra parte solo la pueda saciar yo —declaró. Sus ojos me abrasaban, se detuvieron en el colgante y lo miraron con sorpresa—. Te lo has puesto —exclamó. Parecía contento y eso me ilusionó. Asentí.

—Creo que le va genial al vestido.

—A ese vestido lo que le va genial eres tú —aseguró. Mis mejillas se sonrojaron—. Esta noche voy a ser el hombre más afortunado y envidiado de toda Escocia —decretó. La noche prometía, ahora solo podía pensar en si sería capaz de dejarme llevar. Me tomó de la cintura y me llevó al interior del restaurante.

La cena fue mucho mejor de lo esperado, Cédric me hizo sentir muy cómoda, hablamos sobre su trabajo en París, los lugares tan increíbles que había visitado y cómo había sentido la necesidad de volver a ocupar el lugar, que según él, le correspondía.

—Entonces, regresar ha sido más bien un deber para ti —tanteé. Si era así estaba claro que tarde o temprano volvería a marcharse.

—No, siempre supe que mi lugar estaba aquí, aunque no puedo negarte que vivir fuera me ha dado una visión mucho más amplia y que si no me hubiera marchado tal vez no hubiera conocido los lugares tan increíbles que visité. No me arrepiento de haberme ido, creo que sin esos años fuera de Escocia no me habría convertido en el hombre que soy —comentó, y yo asentí. Me gustaba ese Cédric que no tenía miedo a mostrarse y que me hablaba de igual a igual.

—¿Te costó adaptarte? —Dio un sorbo a su café, de hecho habíamos terminado de cenar hacía un buen rato, estábamos alargando la velada, supongo que porque ambos nos sentíamos cómodos.

—Como ya había estudiado allí no me costó en exceso, aunque a lo que me costó adaptarme fue a mi jefe, era un auténtico cabronazo y un maníaco del control —aseveró. Le miré suspicaz.

—¿Algo así como tú? —Él sonrió desenfadado, creo que una de las cosas que más me gustaban de Cédric era justamente eso, aquella perpetua sonrisa que hacía que todo pareciera fácil, como si nada en la vida hubiera sido difícil para él.

—¿Te parezco un jefe cabrón? —Lo que me parecía era un bombón, con las ganas que tenía de lamerlo por entero, estaba segura que seguía

teniendo esos ricos cuadraditos de chocolate que lucía en el instituto. Por su parte parecía sorprendido ante mi observación—.

Eso es porque no conociste a Damien, muchos dicen que es el auténtico demonio, esclaviza a sus trabajadores, nunca tienes horarios ni vida propia cuando trabajas para él; eso sí, sabe compensarte con creces.

—¿Y eso incluye las fiestas con mujeres? —Ahí estaba mi aguijón, como buena escorpio siempre lo lanzaba cuando menos lo esperabas. A Cédric se le borró la sonrisa, volvió a meter la cucharilla en el café solo y sin azúcar, y se puso a remover. Me pareció curioso, supongo que era una forma de defensa y de meditar la respuesta que iba a darme, pues no tenía nada más que disolver que sus dudas o preocupaciones. Tras unos segundos fijó la mirada en la mía.

—No voy a engañarte, Didi, ha habido muchas mujeres en mi vida y no voy a restarles valor como hacen muchos tíos, algunas han sido más importantes que otras, pero siempre me han aportado algo. No he tenido nunca una verdadera relación, me refiero a una seria, una de esas que hace que te plantees una vida en común.

—Excepto con Phemie —le corté.

—Cierto, excepto con ella —reconoció pensativo—. Aunque ya te conté los motivos que me impulsaron a creer que debía compartirla con ella y que estaba equivocado —añadió, y yo asentí—. Las mujeres con las que he estado durante este tiempo buscaban lo mismo que yo, diversión, pasar un buen rato y nada más, así que por ambas partes obtuvimos lo que necesitábamos —me explicó. Me parecía justo lo que estaba diciendo, aunque no podía evitar sentir una punzada de celos al saber que había estado con otras.

—Nunca volvió a pasarte... ¿Lo que te ocurrió conmigo? —pregunté con temor, mientras él hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Nunca, sé que ya lo hablamos, aunque te juro que sigo sin entender qué pasó, no quiero que malinterpretes lo que voy a decir,

porque no quiero que te sientas culpable por nada, ya que no lo eres;

pero es que la única explicación que puedo darle es que eras inusualmente estrecha, yo te toqué —empezó a decirme, y estaba enrojeciendo por segundos—, estabas más que lista para mí, aunque

puede que al ser virgen eso no fuera suficiente, créeme que es la única explicación que puedo darle. ¿A ti te ha vuelto a ocurrir con algún hombre?

—Quise fundirme con la silla ¿acaso esperaba que él no me preguntara nada?

Bueno, a esa pregunta podía responder sin quedar como una mojjigata, no iba a decirle que solo había estado con él y mis parejas de goma.

—No, no me ha vuelto a suceder —repliqué. Vi alivio en su expresión.

—Puedes decidir contestarme o no a la siguiente pregunta, porque sé que es muy personal, pero ¿eran tan grandes como yo? —La boca se me secó. «Vamos, échale valor, ¿no quedamos que hoy ibas a ser tú?», respiré dispuesta a responder.

—No te la llegué a ver, así que no puedo comparar tu tamaño con el de mis compañeros sexuales, sé que es algo que soléis hacer los hombres, pero en ese sentido no puedo esclarecer nada; aunque te diré que el último de mis compañeros se apodaba Moby-Dick y con eso creo que respondo a tu pregunta —respondí. Cédric se quedó perplejo ante el nombre, no había que ser demasiado listo para ver a qué hacía referencia, necesitaba refrescarme—. Si me disculpas, voy al baño —añadí y me levanté con aire regio como si no acabara de soltar por mi boca que había tenido a una ballena entre mis piernas. Casi me echo a reír al ver la cara de incredulidad del laird que seguía contemplándome. Ahora seguro que estaría comiéndose la cabeza y pensando si lo que calzaba sería suficiente para mí. Eso le pasaba por preguntar, seguro que cuando saliera del baño se le habría pasado la curiosidad de golpe.

Capítulo 8 (Cédric y Didi)



Ahora sabía que significaba estar de los nervios, esa mujer tenía la capacidad de que temblara como un colegial.

Intenté no pensar en el beso que nos habíamos dado, reconducir la velada y que no me viera como el tío que pretendía colarse bajo su falda, pero es que no podía apartar la mente justamente de ese lugar, aquel vestido que llevaba la convertía en una auténtica tentación, un caramelito al cual quería quitar el envoltorio para comérmelo entero. Y eso me incapacitó para pensar cómo debería, sino no me hubiera encontrado hablando con ella sobre el tamaño de las pollas de los tíos con los que se había acostado, ¡sería zoquete! Solo a mí podría ocurrírseme hablar de tamaña tontería, para enterarme que había estado con un tío apodado Moby-Dick, y por la manera que lo dijo, no se refería a la dimensión de su espalda, precisamente.

Cuando regresó del baño lo tuve claro, iba a hacerla mía, me importaba tres pares de narices si su último amante la tenía como un garrote, ninguna de las mujeres con las que había estado se había quejado de mi tamaño y mucho menos del manejo. Bueno, ninguna menos ella, era mi maldito talón de Aquiles, la única espina que tenía clavada en mi amplio currículum sexual, la única mujer que no solo había dejado insatisfecha, sino además dañada. Aquello lo llevaría por el resto de mis días como una cruz, a no ser que me doctorara *cum laude* en sexología, por la universidad de Didi O'Shea y creedme si os digo que lo estaba deseando.

Ese, por el momento, era uno de mis objetivos, después ya se vería, porque esa mujer me atolondraba de tal manera que no era capaz de razonar lo

suficiente como para saber qué pretendía exactamente; podía intuirlo, de hecho estaba casi convencido de que era la mujer que había estado esperando toda la eternidad, sin embargo, necesitaba saber que éramos compatibles en todos los aspectos. Para mí el sexo era fundamental, no me gustaba saber que mi pareja no quedaba ampliamente satisfecha, así que era un escollo que deberíamos saltar.

Me levanté de la mesa, viendo como mi *fairy* hacía volver las cabezas a su paso sin percatarse. Estaba convencido que no era consciente del deseo que despertaba en los hombres, su cuerpo, casi etéreo, unido a aquella cara de hada era la fantasía de cualquier tío hecha realidad y por supuesto la mía también.

—¿Estás preparada para hacer arder Dunvegan? —Ella entrecerró los ojos y mordió su labio inferior, quise atacar como un perro de presa y ser yo quien lo mordiera, pero me contuve.

—¿Qué propones, MacLeod?

—Vamos al pub de Reggie's, tomamos unas copas y bailamos un rato, ¿sigue gustándote bailar? —Sabía que sí, me había hecho un montón de cinco contra uno imaginándola con sus danzas en el bosque. Solo pensarlo mi amiguita ya se ponía en guardia.

—Claro, ¿tú bailas? —inquirió modulando la voz.

—Contigo, hasta quedarme sin suelas —apostillé. Una cascada de risas cayó al vacío desde su garganta como un montón de cascabeles repiqueteando.

—Muy bien, laird, veamos qué eres capaz de hacer, quedamos en la puerta del Reggie's en cinco minutos —declaró. Apenas fue a girar la detuve tomándola de la mano y cruzando nuestros dedos.

—¿Por qué no vienes conmigo y con Armstrong? —Ya me había familiarizado con el nombre que Didi le había puesto a mi coche.

—Porque ya te dije que una de las condiciones era esa, yo en mi vehículo, tú en el tuyo y ya veremos qué ocurre —declaró. Estaba claro que no lo decía molesta, su tono era juguetón, en el juego de la seducción era un experto.

—Muy bien, entonces nos vemos allí —acepté y besé el acelerado pulso de su muñeca antes de dejarla ir.

Fui a pagar la cuenta, hubo un problema de conectividad con el Tpv. El maldito aparato para cobrar con tarjeta se negaba a funcionar, así que tardé algo más de lo que esperaba, el próximo día me aseguraría de llevar

suficiente efectivo para no perder un puñetero minuto.

Cuando llegué al Reggie's Mila estaba aparcada en la puerta, el pub no era excesivamente grande y el pelo de Didi era algo fácil de encontrar, había muchas pelirrojas en Escocia, pero el pelo de Didi era de un color intenso y brillante, no parecía pajizo o estropajoso, era como terciopelo hecho cabello. Entré nervioso buscándola entre el gentío, ¿de dónde había salido toda esa gente? Había mucha más de lo habitual, era una vorágine de cuerpos bailando sudorosos al ritmo de la música más actual.

Divisé una cabellera roja en mitad de la pista, con un simple vistazo supe que se trataba de ella; ya la tenía localizada, estaba de espaldas a mí moviéndose de una manera tremendamente sexy. Primero fui a la barra, pedí un trago que apuré al momento para infundirme el valor que necesitaba e ir hacia allí. Didi era mi presa y yo el cazador; esta noche iba a ser épica.

Me aproximé lo suficiente como para notar que se había cambiado de ropa, parecía llevar una camiseta anudada mostrando el abdomen y la parte baja de la espalda, tal vez lo había hecho para bailar más cómoda, fuera como fuera no me importaba, la encontraba sexy, además, pretendía dejarla sin ropa sobre mi cama, con mi piel como único abrigo.

Me pegué a sus caderas que me parecieron algo más generosas, no estaba seguro si es que no lo había percibido hasta el momento o es que el lingotazo de whisky me estaba afectando la percepción. Ella no se separó y siguió deleitándose con sus movimientos, tentándome hasta que me acerqué a su oído.

—Me encanta cómo te mueves —susurré, mientras ella seguía contoneándose, no se apartó ni un ápice, parecía estar muy cómoda, excesivamente cómoda, así que aventuré mis manos a recorrer el lateral de su cuerpo, arriba y abajo. Me estaba volviendo loco, Didi no dejaba de frotarse contra la erección que pulsaba en mis pantalones—. Cada segundo que pasa estás más guapa, no te recojas el pelo, me encanta tu melena pelirroja, suéltala para mí —le pedí. Llevaba toda la noche pensando en su cascada de pelo enredándose en mis dedos. Sus largos brazos subieron y deshizo el recogido sorprendiéndome. No esperaba aquello, ¡se lo había cortado! Sabía que el pelo de Didi le llegaba a la cintura, lo había visto centenares de veces cubriendo parte de su trasero, mientras se metía en las gélidas aguas de Dunvegan y ahora no llegaba ni a media espalda. Aunque carecía de importancia era una de las cosas que me gustaban de ella, más largo o más

corto estaría igual de hermosa, total, el pelo siempre crecía.

Era el momento de ver si podía dar un paso más, me sentía en un tablero de ajedrez siendo un peón y queriendo devorar a la reina. Iba a por todas, así que arriesgué de nuevo murmurando con voz ronca.

—Eso es, preciosa, muévete conmigo, no sabes lo caliente que me pones —le susurré. Bajé el rostro hasta el lugar del cuello donde le latía el pulso, estaba tan acelerado como el mío, aquello era buena señal. Sin previo aviso se dio la vuelta, me miró por un instante con intensidad y después fue directa a por mis labios agarrándome del cuello. Ahí lo tenía, jaque mate, la reina era mía.

Me entregué con fiereza rebatiendo sus envites y alentándolos, era un beso mucho más brusco e incendiario que el que nos dimos antes de cenar, estaba desatada y yo dispuesto a entregarme en cuerpo y alma a sus exigencias. Mi lengua buscaba de nuevo la suya cuando noté como se desprendía de repente de mí, como si la estuvieran arrancando de mis brazos. Me costó reaccionar, abrí los ojos para encontrarme frente a, ¿dos Didis? Una que me miraba perpleja y lucía los labios hinchados y rojos a causa de mis besos, y otra que no dejaba de gritar. ¡Aquello era imposible, no había bebido tanto! ¡Las mujeres no se desdoblán y yo no iba tan borracho! Fijé mi atención sobre la Didi peleona que se desgañitaba para hacerse oír sobre la música, mientras, la otra Didi nos miraba estupefacta.

—Te lo advertí, MacLeod, yo no soy como las demás con las que acostumbras a acostarte, si querías montarte una fiestecita me lo tendrías que haber dicho. Si es que yo no sé cómo creí que lo nuestro podía funcionar —me gritó arreándome un empujón y comenzó a golpear tan salvajemente mi pecho que no me quedó otra que fijarme bien. Estaba claro que me había confundido de chica, pero es que eran casi dos gotas de agua. Ahora que las veía bien era cierto que había diferencias, ¿pero cómo iba a saber yo que la doble de Didi iba a estar esta noche en el pub? Necesitaba hacerle entender que había sido un error, otro maldito error que colgar en la enorme lista de cagadas que cometía con ella.

—¡Diablos, muchacha, escúchame! ¡Creí que eras tú! —Detuve el ataque enfurecido de sus puños.

—¡Claro, porque todas las pelirrojas somos iguales! ¿No? Pues perdona que te diga, pero el pandero que tiene esa zorra no lo tengo yo —escupió. Eso era cierto, la otra pelirroja era de curvas mucho más generosas, si ya decía yo que le había notado más mullida de lo normal, pero tal había sido mi afán de

conquista que no había reparado en nada—. ¿Qué pensaste, que me había crecido mientras iba al baño? ¡Entérate, lo único que crece sin que te des cuenta son los pelos de las orejas y los de la nariz! Y creo que no es el caso, ¡además, yo nunca vestiría así! —Otro tanto para Didi, ¿por qué pensé que se cambiaría en la furgoneta con lo guapa que iba? Era un maldito imbécil—. ¡Los culos no crecen en cinco minutos! Se necesita tiempo para tener uno como el suyo. —Estaba completamente fuera de sí y con razón. Con lo que me había costado que aceptara salir conmigo y yo me liaba con la primera pelirroja que se le parecía, ¡joder!—. ¡No me llames, no me busques, no te acerques porque si lo haces acabaré contigo! —Se dio la vuelta y no me dio tiempo a decirle nada o a detenerla, miré a la otra chica que parecía seguir perpleja. ¡Madre mía, tenía que disculparme con ella también!

—Lo siento, te juro que te confundí, creí que eras Didi.

—¿Didi? —me preguntó como si no entendiera de quién le hablaba.

—Sí, Deirdre, para una vez que accede a salir conmigo... ¿Sabes cuánto me ha costado? —Ella negó. ¿Pero qué hacía hablando con ella? Debía ir a buscar a la verdadera Didi y no perder el tiempo—. No importa, debí darme cuenta que tú no eras ella. ¡Joder! ¿Cómo he podido equivocarme de mujer? Disculpa, pero debo ir tras ella —me disculpé. Sin decir nada más intenté abrirme paso entre el gentío para llegar a la puerta. Pero cuando lo hice la furgoneta de Didi salía quemando rueda. Solté todo tipo de imprecaciones, con un poco de suerte Mila la dejaba tirada en la cuneta, fui a por Armstrong e intenté alcanzarla.

Prácticamente salté del coche en marcha cuando vi que estaba abriendo la puerta de la tienda para entrar a su casa.

—¡Didi! ¡Didi! —grité sin obtener respuesta más que un portazo en las narices, pues justo cuando la alcanzaba ella cerraba tras de sí. Sabía que no eran horas, que era tarde, que seguramente Morgana estaba durmiendo y no podía ponerme a aporrear la puerta como un energúmeno, pero es que necesitaba explicarme, que entendiera que se había tratado de una maldita confusión.

Cogí el móvil y la llamé, pero nada, lo había apagado, no se podía ser más desgraciado que yo. ¡Maldita sea! Me largué de allí maldiciéndome una y mil veces por mi falta de visión.

Idiota, idiota, idiota y mil veces idiota, eso es lo que era. Yo haciéndome ilusiones y el muy imbécil liándose con otra en mi propia cara, no quise ni mirar a la zorróna en cuestión, solo le vi el culo y el pelo, después mi visión túnel enfocó a la cara del laird capullo que acababa de destrozarme de nuevo el corazón.

El muy imbécil me había perseguido y pretendía hacerme creer que se había confundido conmigo. ¡JA! ¡A otra con esos cuentos que yo no pensaba tragármelos!

Keiti estaba roncando en mi habitación cuando subí en tromba y se despertó ipso facto debido a mi mala leche al abrir la puerta.

—¿Pero qué demonios haces aquí? —Se frotaba los ojos, mientras yo caminaba como un león enjaulado.

—¿Que qué hago aquí? Eso mejor se lo preguntas al laird capullo y a la pelirroja con la que se morreó delante de mí.

—¿Cómo? ¿Qué? —Estaba claro que la había pillado en el séptimo sueño.

—Lo que oyes, que se lio con una zorra en mis narices.

—¡Pedazo de cabrón! —Se levantó como un resorte—. ¿Pero cómo hizo eso?

—Pues el momento inicial me lo perdí porque estaba haciendo cola en el baño, pero la traqueotomía sin anestesia la vi en directo. Lo intenté Keiti, te juro que intenté largarme, darme media vuelta y no interceder, pero fue superior a mí. Fui hasta ellos enfurecida, ¡antes de cenar me estaba besando a mí! Se me insinuó y una hora después le estaba comiendo la boca a otra —le expliqué como pude, pues las palabras me salían a borbotones—. Cuando le arranqué aquella zorra de los brazos tuvo la desfachatez de decirme que se había confundido, que creía que era yo, como si fuera el juego de las siete diferencias y él un maldito topo. ¡Si tenía un culo enorme e iba con pantalones!

—Ese tío es imbécil o ve menos que una polla vendada —declaró Keiti. Puse los ojos en blanco y me dejé caer sobre la cama, que esa noche íbamos a compartir, pues estaba claro que de meterme en la de Cédric nada de nada.

—Creo que para Cédric la vida es como un buffet repleto de mujeres, ahora picoteo de aquí, ahora de allí, y pasa de quedarse con un simple y soso menú —comenté resignada.

—Perdona, pero tú de simple y de sosa no tienes nada, además, todo el mundo sabe que la comida de buffet es la peor del mundo, mientras que

cuando pides un menú en un buen restaurante la comida es deliciosa — aseguró Keiti.

—Mira, yo lo que sé, es que paso de ese capullo, ¿me oyes? No pienso quedar más con él, por mucho que insistáis mi abuela y tú. Eso de dejarme ir se acabó, por lo menos con él —afirmé levantándome y quitándome el colgante, no quería nada sobre mi piel que me recordara a Cédric.

—Ay, cielo, lo siento tanto, de verdad que creí que había cambiado y que lo vuestro funcionaría —comentó Keiti. La voz de mi amiga sonaba acongojada.

—Pues ya ves que no —repliqué. Estaba muy agobiada y dolida por lo ocurrido, ese hombre siempre me decepcionaba y yo seguía cayendo a cuatro patas—. Este fin de semana creo que va a ser mi último evento en su empresa, después le diré que no pienso trabajar más con él. He dejado de lado muchas celebraciones para dedicarme a Dunvegan, así que volveré a retomarlas, paso de verle esa cara de... de... —declaré. Quería decir algo horrible, pero lo único que me venía en mente era guapo.

—¡De cabrón! Dilo, no te cortes, ahora mismo voy a la despensa a por el *Uisge Beatha* de Morgana y tú y yo vamos a cogernos una cogorza de aúpa, voy a borrarle la imagen del cerebro y en cuanto vea a ese malnacido voy a coger la Silk-épil y se la voy a pasar por los huevos —afirmó rotunda. No pude contener la carcajada.

—No, mejor lo hacemos con pinzas, pero no las de las cejas, sino las que tengo para cuando Mila se queda sin batería, así se le van a quitar las ganas de repetir lo que ha hecho, le voy a abrasar las pelotas, se le van a quedar más arrugadas e inútiles que un par de uvas pasas —sentenció.

—Además, no es la primera vez que lo hace, se ve que le va eso de tener una y liarse con otra en la retaguardia. Primero en su fiesta de compromiso tú fuiste la otra, y ahora te engañó a ti con la zorrón culo gordo, este tío necesita un escarmiento de los grandes, se le van a quitar las ganas de ir de dos en dos como las natillas, palabra de Sinclair —prometió Keiti entrelazando su meñique con el mío igual que cuando éramos adolescentes. Después se fue a por el whisky de mi abuela.

Nos pasamos parte de la noche planeando escarmientos y torturas varias para las pelotas de MacLeod. Lo último que recuerdo fue abrazarme a mi amiga cantando: “El dolor de los dolores, el dolor más inhumano es cascar sus huevos con la sartén en la mano”.

Desperté con un terrible dolor de cabeza y el culo de mi amiga aplastándome la cara ¿cómo demonios había llegado a parar allí?

Me levanté renqueante y sujetándome la cabeza, ¿qué maldito día era? La verdad me alcanzó en forma de círculo rojo sobre mi calendario de pared. ¡Mierda! ¡Hoy era el evento de los libros en el castillo de Cédric! Miré el despertador, ¡era muy tarde y no tenía tiempo!

Tras una ducha rápida fui a la cocina para encontrarme con mi abuela que me miraba contrita.

—¿Una mala noche?

—La peor, necesito... —empecé a decir, pero antes de que siguiera me tendió una de sus infusiones mágicas. La reconocí por el aroma que destilaba, era anti-resaca, sabía a perro muerto, aunque era infalible.

—Lo siento —dijo afligida, no sabía cómo se había enterado de mi mala noche, sin embargo, estaba claro que lo sabía.

—Más lo siento yo —rezongué. Agarré la taza y di un sorbo poniendo cara de asco—. No quiero hablar del tema *seanmhair*, así que si vas a hablarme de tus piedras o del destino búscate a otra.

—No pensaba hacerlo —respondió cauta—, con tu expresión, la que os agarrasteis Keiti y tú anoche, y vuestras canciones de vengadoras *cortahuevos* tuve suficiente. No voy a insistirte más sobre ese muchacho, tal vez tengas razón y mis poderes no funcionen contigo, o es que estoy perdiendo facultades —comentó. Verla triste me rompió un poco el corazón, me acerqué a ella y la abracé, como cuando era pequeña y necesitaba consuelo.

—No seas dura contigo misma *seanmhair*, simplemente él no es para mí, hay que asumirlo y listo —declaré. Ella asintió contra mi cabeza y me besó la coronilla.

—Te he preparado un desayuno reconfortante, sé que hoy tienes mucho trabajo.

—Tal vez demasiado y ya voy tarde, pasaré el día fuera, intentaré esquivar a Cédric todo lo posible, no me apetece hablar con él.

—Sabes que te buscará.

—Y al final me encontrará, pero no para lo que se imagina, no voy a seguir trabajando con él, voy a dejarle las cosas bien claras y poner cada punto en cada i. MacLeod terminó para mí y se lo voy a dejar muy claro —sentencié. Ella suspiró y no dijo nada más al respecto, cuando se me metía algo en la

cabeza no había nada que hacer.

Y eso fue justamente lo que hice, por suerte cuando llegué había salido y cuando él apareció me dediqué a evitarle, me quedaban cuatro arreglos y todo quedaría listo para poderme largar, la fiesta estaba a punto de comenzar y me quedaba el último jarrón.

Los invitados y la música sonaban de fondo, escuchaba pasos a mis espaldas por doquier, sin embargo, yo seguía trabajando, no me gustaba interactuar con la gente que acudía a ese tipo de fiestas, solían ser un poco snobs y estirados, mientras yo era más simple que las amapolas de campo.

Escuché unos pasos acercándose por detrás, estaba dispuesta a ignorarlos como al resto, pero no pude, en un instante un cuerpo grande y duro se pegó al mío, por si fuera poco, me encontré con unas manos de hombre agarrando mis pechos con posesión, era demasiado temprano para que uno de esos snobs alcoholizados se propasara conmigo, no estaba de humor para aguantarle nada a nadie y menos que me manosearan sin permiso. Me di la vuelta cogiendo impulso para soltarle un sonoro bofetón al moreno que tenía enfrente. Estaba claro que no se la vio venir porque me miraba con pasmosa estupefacción, como si no entendiera de dónde le había venido.

—¡¿Pero que hace so guarro?! ¿Se piensa que por ser un señorito y estar invitado a la fiesta puede tocar todo lo que ve? Yo no formo parte del castillo y mis tetas aún menos. ¡A mí no puede tocarme y le juro que como vuelva a hacerlo, le arrancaré las pelotas y se las daré de comer a los kelpies! —Saqué mi parte más barriobajera a relucir, no es que me gustara mucho hablar así, pero tenía comprobado que era un escudo perfecto para aquellos tipos con dinero. Sus ojos oscuros pestañeaban igual que si no entendiera mi idioma, estaba

convencida que lo único que le ocurría era que no entendía cómo aquello le podía estar ocurriendo a él. Se llevó la mano donde mis preciosos cinco dedos habían plasmado un tatuaje rojo. No podía negar que el hombre era guapo, muy guapo, con un magnetismo que a más de una le haría suplicar. Seguro que se escudaba en eso para hacer lo que acababa de pasar, sin embargo, yo no era cualquier mujer, no me vendía por muy guapo y mucho dinero que tuviera. Esperaba que le hubiera quedado claro.

—Discúlpeme, señorita —se excusó azorado—, la confundí. Está claro que usted no es quién pensaba que era. La mujer con quién la he confundido tiene un cuerpo más generoso —comentó. El muy imbécil empezó a gesticular

poniendo las manos frente a su pecho, haciendo un gesto que se me antojó obsceno, para indicar que la susodicha con quien me había confundido tenía más delantera que un equipo de fútbol. Abrí los ojos de par en par.

—¡Claro! Ahora me dirá que creía que yo era más pechugona, ¿no?

—¡Exacto! —Estaba perdiendo toda la paciencia que tenía, ayer Cédric me confundía con la culona y hoy este decía haberme confundido con una pechugona, por su cara estaba claro que esperaba encontrar mayor género que el que encontró en mi escasa delantera. Estaba harta, cansada de excusas baratas. Me giré cogí las flores del jarrón y blandiéndolas cual espada comencé a atizarle con ellas.

—¡Es un cerdo! ¡Las que no tenemos pechos enormes somos igual de deseables que las que los tienen! ¡No hace falta que me restriegue mi falta de delantera, porque entonces yo le restregaré su falta de cerebro! —No sabía qué me ofendía más, si el manoseo, su excusa barata o la manera sutil de decirme que era una tabla de planchar. Una voz retumbó tras nosotros.

—¿Qué ocurre aquí? —Sabía a quién pertenecía ese timbre, fue tal rabia la que me poseyó que le arreé otro ramazo al idiota que tenía enfrente, para después dirigirme al laird capullo, que a esas alturas ya asomaba el rostro.

—Que sea la última vez MacLeod, que uno de los imbéciles a los que invitas a tus fiestas me mete mano —le advertí. El moreno se dio la vuelta contemplando de frente a Cédric, era alto y muy ancho, así que no podía ver bien la cara que estaba poniendo el laird, pues me privaba de toda visión.

—Disculpe, señorita —oí una voz suave y melódica de mujer con un extraño acento, que se unió a la fiesta. Estaba claro que Cédric no podía estar solo, siempre acompañado, eso me puso de peor humor si cabía—, está claro que mi escritor no es bueno en sus modales y últimamente busca la inspiración en cualquier parte —comentó. Ahora había pasado a ser cualquier parte, así que el moreno era escritor y era propiedad de aquella voz que se enredaba en el ambiente. Empujé al moreno para encararme a ella.

—Pues átele en corto, me ha tocado todas las te... —empecé a despotricar, cuando mis ojos enfocaron a la mujer que tenía enfrente. No lo podía creer, era una réplica exacta, ¡una jodida copia mía! Aunque estaba claro que su cuerpo era mucho más generoso, además del dinero que destinaba a su vestuario, peluquería y maquillaje. Ambas nos quedamos estupefactas,

contemplándonos de arriba abajo sin comprender como era posible un parecido tan exacto.

—Lo ves, Didi —dijo MacLeod como si fuera Newton y acabara de descubrir la gravedad—, ella es Sarah Alcántara, la mujer con la que te confundí anoche en la discoteca. Sabía que estabas aquí y subíamos para aclarar la situación de ayer. Supongo que a él le ha ocurrido lo mismo que a mí, ¿no es cierto señor...?

—Mackenzie, Kenan Mackenzie —anunció el supuesto escritor, yo seguía sin salir de mi asombro. Era imposible, esa mujer era yo misma con unos cuantos kilos y unas muchas curvas más que yo.

—Cierto, disculpe, me quedé en blanco —alegó Cédric estrechándole la mano al tal Mackenzie—. Soy Cédric MacLeod y ella es Deirdre O’Shea —me presentó sin que pudiera hacerles caso, estaba flipando tanto que era incapaz de apartar la vista de la tal Sarah. No solo me ocurría a mí, la pelirroja voluptuosa no dejaba de evaluarme tanto como yo a ella—. Señorita Alcántara, déjeme que le presente a Deirdre, ella es la encargada de los arreglos florales de la fiesta que tanto estaba ensalzando, tiene una floristería en el pueblo

—comentó Cédric. A Sarah le costó reaccionar, pero finalmente lo hizo dirigiéndose a mí.

—Disculpe a Kenan y a Cédric, señorita O’Shea, como le ha dicho el señor MacLeod fue todo una confusión. La otra noche creyó que yo era usted y a la vista está el porqué. ¡Madre mía, si podría ser mi gemela! —¿Gemela? ¿Había dicho gemela? Fue un fogonazo, una extraña energía me recorrió por completo ante aquella palabra, pues de hecho, yo sí había tenido una gemela, una que había muerto en el parto junto a mi madre, aunque mi abuela nunca viera el cadáver; una a la que siempre eché de menos sin saber por qué, pues nunca la había conocido. Sin embargo, al ver a Sarah algo se removió en mi pecho, algo que me empujaba hacia aquella desconocida tan parecida a mí—. Dicen que las personas tienen un doble en algún lugar, así que no me negaré que nuestro parecido es asombroso —comentó. Ella parecía encantada, mientras yo no sabía que decir, necesitaba convencerme de que todo era una increíble casualidad, aquella mujer no podía ser mi hermana muerta. Supe qué debía preguntar exactamente para salir de aquel extraño bucle cerebral en el que me veía envuelta.

—Disculpe mi impertinencia, señorita Alcántara, pero... ¿cuántos años tiene?

—Ella me sonrió.

—Treinta y dos, el once de noviembre cumpliré los treinta y tres — respondió. Mi garganta emitió un grito que se quedó en graznido, pues mi tráquea se había cerrado por la impresión. ¡Esa era la fecha de mi cumpleaños y aquella mujer tenía mi edad! Las manos me temblaban, pero aun así no pude evitar hacer la siguiente pregunta.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué? —Parecía no entenderme, pero es que a mí me estaba costando la vida hablar.

—¿Dónde nació? —le aclaré.

—En Barcelona —contestó. Ante aquella afirmación solté el ramo, o más bien no pude retenerlo entre mis dedos. Las flores cayeron a mis pies, mientras yo subía mis manos a la garganta y negaba con vehemencia ante aquel descubrimiento. ¡Era imposible! ¡Esa mujer no podía ser mi hermana!

—Es imposible, es imposible —era lo único que podía murmurar.

—¿Qué es imposible, Didi? —inquirió Cédric con preocupación, necesitaba aire, necesitaba pensar, necesitaba a mi abuela, debía hablar urgentemente con ella, debía salir de allí a toda prisa.

—¡Te-te-tengo que irme, lo siento! —repliqué titubeante. Recogí mi falda que me llegaba a los pies y corrí escaleras abajo tan rápido como me permitieron las piernas, no podía estar un segundo más allí, estaba segura, estaba convencida, ¡aquella mujer era mi hermana!

Capítulo 9 (Cédric y Didi)



¿Cómo podía correr tan rápido? Supongo que sus largas carreras matutinas favorecían aquella buena forma física en la que parecía estar. Vi una falda blanca revolotear tras la esquina y supe al instante que era ella, pues el aroma a violetas y miel se hizo más intenso, apreté el ritmo lo necesario para alcanzarla antes de que se metiera en Mila.

—¡Espera, maldita sea! —la agarré por el brazo, tenía el rostro desencajado, blanco como la cera; cosa rara después de la carrera que se había metido, su respiración desacompasada y aquella expresión de pérdida me puso en alerta—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —Estaba claro que no lo estaba, pero debía preguntárselo por cortesía.

—¡Es que no puedes dejarme en paz! ¡Suéltame, necesito ir a hablar con mi abuela con urgencia!

—No puedes conducir en este estado, estás demasiado nerviosa y podrías chocar contra cualquier cosa —observé preocupado.

—Mientras no choque contra un laird capullo puedes estar tranquilo, seguro que si lo hago también te cargas mi transporte, ¡jodes todo lo que tocas, MacLeod! —resopló.

—Vamos, Didi, creo que ya ha quedado claro que lo que sucedió anoche fue un error, yo no sabía que tenías una doble, te juro que nunca hubiera besado a otra teniéndote a ti.

—¡Pues lo hiciste! —me recriminó—. Y me da igual si se parece o no se parece, estoy convencida de que si hubieras puesto una mínima atención habrías visto que, pese a que nuestras caras son casi exactas, hay bastantes

diferencias, como la talla, el volumen de determinadas partes del cuerpo, la largura del pelo o la ropa. Suficiente como para saber que te estabas equivocando de boca antes de rebañársela a la señorita Alcántara —me soltó. Sabía que tenía razón, pero es que en aquel momento me dejaba llevar por mi segundo cerebro, ese que cae justo debajo de la cinturilla del pantalón y que al parecer carece de visión.

—Lo lamento, Didi, de verdad, te juro que no volverá a ocurrir si me das otra oportunidad, te prometo que...

—¡Basta! —levantó la mano para silenciarme—. No va a haber más oportunidades, está claro que no funcionamos, no voy a perder ni un segundo más en algo que está abocado al fracaso y tú deberías hacer lo mismo. Seguro que en esa fiesta hay más de una dispuesta a tus dobles juegos, pero yo no. Por cierto, esta es la última vez que colaboramos juntos, no vamos a seguir con nuestro acuerdo, renuncio —dijo y se cruzó de brazos mirándome fijamente. ¡Ah no, eso sí que no! Estaba molesta, y lo entendía, aunque no iba a ser tan fácil que se desembarazara de mí.

—Lamento decirte que firmaste un contrato por un año y por lo menos durante ese tiempo estás obligada a seguir trabajando conmigo, de lo contrario deberás compensarme económicamente y dudo que puedas pagar dichos importes —afirmé rotundo. Un fuego azul incendió sus ojos.

—Me da igual el maldito dinero, parece que no me conocas. ¡Prefiero pagar un crédito antes que seguir trabajando contigo! —Esa mujer me exasperaba a veces, estaba claro que Didi no era materialista, debía atacarla por otro lugar.

—No puedes ser tan poco profesional, Didi, dice mucho de ti que dejes un acuerdo a medio cumplir cuando sabes que ya tenemos todo el año programado, el castillo tiene eventos cada semana —traté de hacerle razonar. Abrió la boca como un pez fuera del agua, las aletas de su nariz se habían hinchado con indignación.

—¿Yo? ¿Poco profesional? Creo que eso te lo deberías decir a ti que ayer no dejaste de frotarte contra mí como un animal en celo, mientras decías comprobar no sé qué de mis caderas. ¡Eso es acoso y te podría demandar! —bramó furiosa. Me acerqué peligrosamente a ella.

—Podrías hacerlo si tú no hubieras hecho exactamente lo mismo —comenté. Nuestras bocas estaban a pocos centímetros de distancia, sentía su aliento fundirse con el mío—. No puedes negarme que te gustó tanto como a mí, que tu clítoris empujaba ardiente contra mi polla porque querías que te follara

tanto como yo quería follarte a ti —declaré, mientras la aprisionaba contra la furgoneta—. A mí no me engañas O'Shea, tu cuerpo habla de lo mucho que me anhelas, y eso está bien porque justamente es lo que me ocurre a mí —decreté, y no le di tiempo a pensar. Apresé sus labios con los míos en un beso castigador, en un principio me empujó, intentó apartarse, pero no fue suficiente. Agarré aquella melena pelirroja y tiré hacia atrás para mejorar mi ángulo de ataque. La forcé a abrir sus labios que zigzagueaban bajo los míos, hasta que finalmente los abrió. Su cuerpo se volvió más maleable, adaptando cada curva al mío, la tenía justo donde quería, metí la lengua en busca de la suya, y entonces, un grito de dolor escapó de mis labios—. ¡Me has mordido! —exclamé. Aprovechó mi sorpresa para empujarme, el sabor de la sangre se deslizó por mi boca.

—Y no va a ser lo único que haga como no te alejes de mí, entre tú y yo no hay nada. ¡¿Me oyes?! ¡Nada! Y ahora apártate, quiero irme a casa y ni tú ni nadie me lo vais a impedir —chilló. Estaba fuera de sí, estaba claro que no era un buen momento para seguir insistiendo.

—Esto no quedará así, Didi —le advertí. Ella entró en la furgoneta dando un portazo.

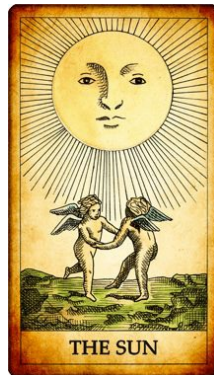
—Eso ya lo veremos, MacLeod —afirmó retadora. El motor rugió y partió sin mirar atrás. Estaba claro que no me lo iba a poner fácil, pero yo tampoco iba a hacerlo, en el amor y en la guerra todo valía, y yo era un guerrero. Con mucha reticencia volví a la fiesta para atender a los invitados, al fin y al cabo, para eso me pagaban.

No sé ni cómo llegué a la puerta de mi casa, no recuerdo absolutamente nada del camino. Tuve que dar gracias a que nadie se cruzara en él, Cédric tenía razón, en mi estado no estaba para conducir, pero milagrosamente había llegado sana y salva sin matar a nadie por el camino.

En cuanto entré fui directa a la trastienda para subir las escaleras que llevaban al piso de arriba, dónde esperaba encontrar a mi abuela, sin embargo, no pude llegar pues ella estaba sentada en la mesa con los dedos cruzados y la mirada fija en la bola.

—*¿Seanmhair?* —pregunté con voz trémula. Ella parecía estar muy lejos como si estuviera en medio de alguna de sus visiones, aunque de un modo

extraño, pues necesitaba apoyar sus manos en la esfera y no lo estaba haciendo. Volví a susurrar su nombre, las pupilas extremadamente dilatadas empezaron a volver a su lugar, hasta que logró focalizar y mirarme a los ojos. Me di cuenta de que sobre la mesa estaba una de sus barajas de cartas, había dejado una sola hacia arriba.



—Cuéntamelo —murmuró sin que yo dijera nada. Cuando hacía esas cosas se me erizaba todo el cuerpo. Yo seguía quieta sin poder hablar—. Golpeó la mesa con el puño cerrado haciendo saltar todas las cartas por los aires sobresaltándome, clavando aquella mirada oscura sobre mí—. ¡Por lo que más quieras habla!

—Ella estaba allí —fue lo único que fui capaz de decir, mientras su cabeza asentía. Abrió los brazos y fui directa a ellos para refugiarme y llorar desconsolada. No estaba muy segura de qué me sucedía solo que necesitaba liberarme, sacar toda aquella congoja que se había anudado dentro de mi pecho. Mi abuela me consolaba cantando la canción de cuna que tarareaba cuando era pequeña y tenía miedo por las noches de que un alma oscura se me llevara. Cuando logré controlar las lágrimas ella besó mi pelo y se separó para mirarme el rostro.

—Lo vi todo Didi, sabes que dije que no iba a meterme en tu relación con Cédric, pero mi curiosidad me pudo, lancé las cartas para ver cómo iba a ir esta noche y salió una tirada sorprendente. Me hablaba del regreso del pasado y después esta carta —señaló la carta de la baraja que seguía sobre la mesa—, la del sol o los mellizos. Primero dudé, no entendía qué querían decirme los arcanos, pero cuando miré la bola y os vi a ambas lo supe, ¿está viva verdad? Mi otra nieta está viva —dijo. La primera fue una pregunta, la segunda una afirmación.

—Sí *seanmhair*, Sarah está viva.

Nos abrazamos sin decir nada más rompiendo a llorar de nuevo, aunque esta vez fuera de felicidad, mi hermana había regresado de entre los muertos y no podía haber una noticia mejor para nosotras.

Pasé la noche pegado a Sarah, al parecer había algo entre ella y el escritor; quería usarme para poner celoso al susodicho y como buen caballero que soy le ofrecí mis servicios.

Mientras bailábamos una lenta, le susurré al oído:

—Tu escritor está que muerde, creo que quiere lanzarme una daga desde la otra punta de la sala —comenté. Ella sonrió sin apartar sus bonitos ojos azules de los míos.

—Déjale, se lo merece por capullo, un poco de sufrimiento no le vendrá mal —declaró. La hice girar alrededor de la pista.

—Como deseas.

—¿Lograste convencer a Deirdre? —me preguntó, mientras, yo la miraba con pesar y acariciaba mi dolorida lengua contra el paladar.

—Esa mujer es muy escurridiza, no sé cómo lo hace, pero siempre se me escapa. No pude atraparla, mañana intentaré acercarme a su tienda para hablar —aseguré. No iba a decirle la discusión que habíamos mantenido, apenas la conocía y no tenía la confianza suficiente.

—¿Hace mucho que la conoces? —inquirió curiosa, mientras yo asentía.

—Desde el instituto, su familia es un tanto peculiar. Su abuela y ella se mudaron aquí tras la muerte del padre de Didi, su madre falleció en el parto.

—¡Qué horror! —exclamó.

—Vive con su abuela en el pueblo, tienen una tienda multifuncional —traté de explicarle, pues era algo complejo dar una tipografía exacta a la tienda de Morgana y Didi.

—¿Multifuncional? ¿A qué te refieres?

—Bueno, pues que ellas son diferentes al resto —aclaré. La música terminó y la invité a dar un paseo por el jardín. Sabía que eso encendería al escritor que no dejaba de mirarme como si me quisiera asesinar.

—¿En qué sentido? —La colgué de mi brazo y paseamos bajo la luz de la luna.

—La abuela de Didi montó una tienda de terapias alternativas cuando llegó aquí, es una mujer muy peculiar y puede quitarte cualquier dolencia —comencé, mientras ella me miraba interesada—. Didi fue creciendo instruida por su abuela, así que siempre fue un espíritu libre. A mí siempre me fascinó, pero ya sabes cómo son los adolescentes. En esa época yo era un poco idiota y me regía por las apariencias.

—¿Y ahora no? —Pude ver cómo contenía la sonrisa, Sarah era una mujer fuerte hecha a sí misma, tenía un carácter muy distinto al de Didi, otra diferencia más que anotar. Aunque estaba claro que se asemejaban en el tipo de humor.

—Pues lo cierto es que tengo la esperanza de haber cambiado, ahora sé lo que quiero y Didi es lo que ahora ocupa mi mente las veinticuatro horas. —A ella no pareció molestarle mi declaración de intenciones.

—Así que su abuela es curandera —comentó, mientras nos sentábamos en un banco de piedra.

—Más o menos, las malas lenguas dicen que es *Druidesa* —le expliqué. Seguro que no tenía ni idea de qué significaba aquella palabra. Abrió mucho los ojos.

—¿*Druidesa*? —cuestionó y yo asentí—. Dicen que descende de una familia de poderosas mujeres druidesas irlandesas. En la antigüedad una tatarabuela de Didi se instaló en esta isla con su nieta y aquí estuvieron un tiempo. Después se marcharon y Morgana, que así se llama la mujer, volvió para encontrarse con sus raíces.

—Menuda historia —aseveró.

—Dicen que, en la familia de las O'Shea, el poder se transmite solo a las mujeres, de abuelas a nietas, siempre se salta una generación.

—¿Así que Deirdre ha heredado los poderes de su abuela? —Me encogí de hombros, todas las mujeres eran un poco brujas, pero la verdad es que Didi nunca había dado muestras de ello, a excepción de sus danzas rituales que me volvían loco y me tenían completamente hechizado. Tal vez sí hubiera obrado algún tipo de magia en mí.

—No sabría decirte, no son demasiado dadas a hablar de estas cosas. Cuando Deirdre terminó el instituto no quiso estudiar una carrera, hizo un curso de jardinería y arreglos florales. Ambas mujeres ampliaron el negocio y ahora se dedican a eso y al fascinante mundo del tuppersex —le dije bajando el tono por si alguien nos oía.

—¿Tuppersex? ¿Didi vende consoladores? —Moví la cabeza negativamente.
—Didi no, es Morgana quién vende juguetes eróticos. —Ella soltó una carcajada.

—¿En serio? ¿La abuela? —Afirmé divertido.

—Pues tal vez mañana te acompañe, me encantan los juguetitos —comentó. No me extrañaba, esa mujer era pura sensualidad y parecía muy ducha en ese aspecto.

—¿Qué tipo de juguetitos? —preguntó una voz a nuestras espaldas. Ambos nos giramos, habíamos sido interrumpidos por Kenan que tenía una mano en un bolsillo y sujetaba una copa de licor con la otra. Me levanté, la intensidad de su mirada me hablaba de retirada, Sarah no era para mí, así que no tenía sentido que me peleara con él.

—¿Te interesa el sector de la juguetería, Mackenzie? —le pregunté divertido dando una puntillita al moreno.

—Depende —respondió sin apartar la mirada de mi compañera—. Sarah tiene una pasión inusitada por los juguetes, sobre todo por los articulados que parece que tengan vida propia —comentó interesante, así que esos dos follaban. No era de extrañar, se palpaba la tensión entre ambos.

—Interesante —tomé la mano de Sarah y la besé a modo de despedida—. Discúlpame, Sarah, tengo invitados que atender, ha sido un placer hablar contigo y será un placer que me acompañes mañana —afirmé. Caminé hasta Kenan e incliné la cabeza a modo de despedida—. Mackenzie.

Me devolvió la inclinación y me retiré al interior del salón, debía seguir con los invitados.

Cuando entré vi a las amigas de Sarah algo nerviosas, una morena llamada Mar vino hacia mí.

—Di-disculpa, Cédric, tenemos problemas.

—¿Problemas? —inquirí. Ella señaló a una espectacular morena que iba acompañada por un rubio también muy apuesto.

—¿Quiénes son? —demandé.

—La prometida de Kenan y Sind, un exrollo de Sarah, les están buscando y están algo alterados. —Arqueé las cejas, estaba claro que no podían deparar nada bueno un ex y una prometida. La pareja salió al jardín en la dirección donde había dejado a Kenan y Sarah, así que no pude hacer otra cosa que salir tras ellos para intentar interceptarlos.

Les pillé justo donde estaba la pareja oculta tras un seto, así que me mantuve

en la distancia escuchando la discusión que mantenía Sarah con ambos, la voz de Kenan no se escuchaba por ningún lugar, me oculté tras un árbol y esperé a que la ventisca arreciara y ellos se marcharan.

—¡Oh Dios, sí! ¡Por fin! —gritó ella a los cuatro vientos.

Fui hacia Sarah para ver si necesitaba algo y para mi sorpresa vi unos pies de hombre saliendo bajo su falda, me agaché de nuevo tras el seto la mar de divertido. Menudo estaba hecho Mackenzie, mientras su prometida discutía con su amante, él se ocultaba bajo su falda y dudo mucho que fuera porque se le había caído una lentilla. Cuando ella gritó presa de la pasión, me quedó muy claro que el escritor era todo un campeón.

—Ahora, ya sabes por qué gritaste en casa de mis padres —anunció Kenan con voz satisfecha, una vez fuera de su cálido escondite.

—Lo que no sé, es por qué no gritaste tú. —Me sentí un poco mal por estar escuchando una conversación tan privada, pero ahora no podía salir.

—Pues porque fui un imbécil poco precavido, no llevaba preservativos encima y cuando bajé al coche y volví a subir, mi adorable pelirroja dormía como una gatita satisfecha —afirmó. ¡Jesús! Me estaba acalorando de escucharlos, necesitaba sexo urgente, pero ya.

—¿Por qué has seguido si Brigitte estaba aquí? —ronroneó Sarah.

—Creo que ya sabes la respuesta, dulce Sarah, pero por si no te ha quedado claro te lo voy a decir. Todo lo que deseo está aquí, justo delante de mí —aseveró. Menudo Casanova era Kenan, si su prometida supiera lo que le decía a la pelirroja y lo que le acababa de hacer, ese hombre no sobrevivía a esa noche. El sonido de sus besos me ayudó a que pudiera incorporarme sin hacer más ruido del necesario, era el momento de anunciar que estaba allí, lo hice con discreción alejándome unos pasos y dándoles tiempo a recomponerse.

—Disculpad la interrupción —me aclaré la garganta dándoles la espalda por si necesitaban intimidad.

—¿Qué ocurre, MacLeod? Ya puedes girarte, no pasa nada —preguntó Kenan. Me giré despacio.

—Hay un par de personas en la fiesta que no paran de incordiar buscándote, una es una mujer y dice ser tu prometida —intenté que mi voz fuera lo más neutra posible.

—Ya —respondió él.

—Tal vez sea mejor que regreses sin Sarah y te ocupes de calmar los ánimos, está bastante nerviosa y el ambiente comienza a ser algo tenso —comenté.

No quería inmiscuirme, pero era lo mejor, sabía que la morena no cejaría en su empeño de encontrarle.

—Ve, Kenan, tenéis que hablar —le instó la pelirroja.

—No quiero que dudes ni por un instante, que lo que te dije antes no iba en serio —dijo Kenan mirándola con seriedad.

—Tranquilo, haz lo que debas —contestó. Mackenzie le cogió el rostro y le dio un suave beso en los labios, después me miró a mí.

—Cuídamela —me pidió y yo incliné la cabeza para darle la certeza de que lo haría.

—Será un placer.

—Gracias, te debo una —acotó. Después se alejó.

No quise decir nada al respecto, Sarah tampoco, un silencio algo tenso se cernió sobre nosotros después ella me miró.

—Cédric, no quiero que pienses que... —Levanté la mano.

—Yo no pienso ni juzgo, no me debes ninguna explicación, ya sois mayores como para saber en qué jardines os metéis. Por mi parte mis labios están sellados, podéis contar con mi total discreción —apunté y ella asintió.

—Gracias por no juzgarme.

—No soy juez, ni tampoco Dios, así que no tengo por qué hacerlo. ¿Qué te parece si regresamos a la fiesta y bailamos un rato? No hay nada como bailar para evadirse de los problemas —afirmé. Ella se levantó sonriente y me agarró del brazo.

—Será un placer, MacLeod.

Bailamos un buen rato, Kenan había desaparecido con su prometida y veía como los ojos de Sarah le buscaban intranquila, no podía hacer nada para calmarla salvo mantenerla entretenida, y eso hice, hasta que Kenan apareció.

Interrumpió nuestro baile diciendo que debía marcharse urgentemente a Edimburgo, pues al parecer al padre de Brigitte, que así se llamaba su prometida, le había dado un infarto. Le prometió a Sarah que regresaría para la sesión de fotos que tenían prevista para la tarde siguiente y le pidió que confiara en él. Sentí la tensión de la pelirroja como si fuera la mía propia, ¿cómo confiar cuando tu amante se larga con su prometida? Esperaba no encontrarme nunca en una situación similar.

Finalmente, Kenan se fue y Sarah se apagó para el resto de la noche.

Intenté levantarle el ánimo junto a sus amigas, pero fue imposible. Todos aguantamos hasta que el último de los invitados se largó y después nos

marchamos a dormir, mañana sería otro día, uno donde visitaríamos la tienda de Didi y en el que esperaba poder solucionar las cosas.

Tras desayunar Sarah y sus chicas, Jud, Marge y Mar, nos encaminamos todos, rumbo a casa de las O'Shea. Aparqué justo delante de la puerta, y las cuatro miraron con persistencia el cartel de la tienda dónde rezaba: *O'Shea's Talamh*, que era el nombre del lugar.

Abrí la puerta y el tintineo característico anunció que alguien había entrado en aquel mágico lugar. Era como una tienda de cuento, que olía a especias y flores frescas, donde todo tenía un inusual orden y un hermoso tapiz, con una *Druidesa* pelirroja que llamaba la atención tras el mostrador.

—Ahora salgo —se escuchó la voz de Didi, y me puse nervioso, froté una mano contra la otra deseando verla de nuevo. Asomé la cabeza tras la cortina, sin embargo, sus ojos no me alcanzaron. Se quedaron clavados en Sarah que la contemplaba sonriente—. *Se-seanmhair*—llamó titubeante. Yo me acerqué al oído de Sarah que no entendía nada.

—Acaba de llamar a Morgana. *Seanmhair* es abuela en gaélico. Lo que no entiendo es porqué está tan rara, parece muy nerviosa —le comenté. La cortina se descorrió y al lado de Didi apareció Morgana, que era una mujer menuda de cabellos largos y grises. Sarah se tensó al instante y murmuró.

—Morag. —¿Morag? ¿Se habría confundido de nombre? La abuela de Didi la miraba con dulzura, extendió los brazos como si estuviera esperando que la pelirroja saliera a la carrera para hundirse en ellos.

—Ven aquí, *nighean*^[11]. —Para mi sorpresa Sarah se puso a andar, como si sus pies se movieran solos, todos estábamos aguantando la respiración. Las chicas era la primera vez que veían a Didi, así que estaban algo consternadas, el parecido era abrumador. Morgana era mucho más bajita que Sarah y Didi, les llegaba a la altura del mentón. Así que cuando estuvo frente a ella tuvo que agacharse para abrazarla como la anciana le pedía.

—Creímos que habías muerto, *piuthar*^[12] —dijo Didi. Abrí los ojos de par en par, como todas las presentes excepto Didi y Morgana. ¿De qué hablaba? ¡La acababa de llamar hermana!

—¿Cómo? —preguntó Sarah como si no entendiera nada.

—En el parto, los médicos nos dijeron que habías muerto con mamá —aclaró Didi, como si aquello lo explicara todo.

—Creo que te confundes. Yo tengo padres, están vivos y son de Barcelona —afirmó Sarah. ¿Es que a Didi se le había ido la cabeza? ¿Cómo iba a ser Sarah

su hermana?

—Yo también nací en Barcelona, el once de noviembre de hace treinta y dos años. Nuestros padres estaban de viaje, nos adelantamos un mes y por eso nacimos allí. Mamá empezó a encontrarse mal y a sangrar, se le desprendió la placenta, o por lo menos eso fue lo que le dijeron los médicos a nuestro padre. Tuvieron que provocar el parto, como todo se complicó, le hicieron una cesárea de urgencia. Mamá

falleció por una fuerte hemorragia, no pudieron hacer nada por salvarle la vida y nos dijeron que tú te habías ahogado con el cordón umbilical — explicó Didi con voz trémula.

Aquello parecía una película de ciencia ficción.

—Pe-pero... es imposible —murmuró la pobre Sarah intentando llevarle la contraria a Didi, que parecía muy segura de lo que decía.

—¿No lo ves? ¿No lo sientes? En cuanto te toqué lo supe, nuestra conexión sigue ahí, eres mi gemela —aseguró Didi rotunda. Creo que a las chicas y a mí solo nos faltaban el refresco y las palomitas para estar ante la película del año, menuda tensión. Estaba convencido de que fueran hermanas o no necesitaban intimidad, así que sería mejor que les diéramos privacidad, mi charla con Didi debería esperar.

—Em, chicas, ¿qué os parece si las dejamos y os invito a tomar un café, mientras aclaran las cosas? —les propuse a las demás.

—Me parece una idea genial. Sarah, te esperaremos en el bar, no creo que te pierdas, este lugar no es muy grande —comentó Marge.

—Está bien, creo que necesito aclarar las cosas con ellas —declaró Sarah. Todos asentimos y me las llevé de allí.

Sarah tardó dos horas en regresar y no lo hizo con buen aspecto, por nuestra parte decidimos obviar lo que acababa de suceder, hablamos de la fiesta, de Dunvegan, de temas generales, pero ninguno abrió la boca sobre lo acontecido en el interior de la tienda, supongo que todos esperábamos que fuera ella quien diera el pistoletazo de salida, aunque no lo hizo. Nuestro gozo en un pozo, regresamos al castillo en el más absoluto de los silencios. Sarah no tenía ganas de hablar y todos lo respetamos, no debe ser fácil digerir una historia como aquella, fuera o no cierta. No sé cómo hubiera reaccionado yo si un tipo idéntico a mí me contara que era mi hermano y que nos separaron al nacer, dándome por muerto y arrancándome de mi verdadera familia. Era de locos, sin embargo, no era un suceso aislado, había

muchísimas noticias de niños robados, así que podía ser verdad. Cada uno se sumió en sus propios pensamientos por un rato, elucubrando lo acontecido. Después, por mi parte estos viajaron hacia la pelirroja que había dejado en el pueblo, pues no creía que estuviera mucho mejor que Sarah y eso me preocupaba.

Fui al despacho a revisar los eventos que tenía pendientes, pero mi cabeza no dejaba de pensar en Didi, en cómo se estaría sintiendo. Comí algo rápido con las chicas y cuando llegaron los de la sesión de fotos y Kenan me largué. Tenían permiso para fotografiar todo lo que quisieran, y yo necesitaba ir a ver a Didi.

Esperaba que hubiera podido perdonarme un poco, al fin y al cabo, ahora estaba claro que tenía motivos para equivocarme, le había dejado toda la noche para reflexionar, aunque tal vez yo no hubiera ocupado ninguno de sus pensamientos, tal vez Sarah los hubiera copado todos. Fuera como fuese yo necesitaba hablar con ella.

Llegué a la tienda y cuando entré salió a recibirme Morgana.

—Hola, joven MacLeod.

—Señora O’Shea —incliné la cabeza—. Vengo a...

—Hablar con mi nieta —contestó, y yo asentí. Aquella mujer parecía que se adelantaba a cualquier pensamiento que tuviera—. Lo sé, créeme que valoro mucho que no hayas tirado todavía la toalla con ella, sé que Didi no te lo está poniendo fácil y que las circunstancias no os ayudan.

—No, lo cierto es que no y créame si le digo que no sé cuál es el problema, es como si alguien nos hubiera echado un mal de ojo, haga lo que haga siempre me equivoco con ella —declaré. Sus ojos se arrugaron con comprensión.

—Lo sé, joven, lo sé; créeme si te digo que yo tampoco entiendo lo que ocurre. Veo en tus ojos desde hace mucho tiempo que eres tú, le eché las cartas a mi nieta y sé que eres el que aparecía en ellas —comentó mirándome a los ojos, como si aquella revelación fuera algo importante para ella—, por eso te pedí que la acompañaras al baile, ambos sois dos almas antiguas, MacLeod, destinadas a encontrarse. No he hablado mucho con Didi sobre el tema, es

bastante reticente en lo que a ti atañe, sin embargo, yo sé que eres para mi nieta como ella lo es para ti. Tal vez no creas en estas cosas, sé que son difíciles de asumir, pero yo lo veo con total claridad.

—Pues ya podría prestarle sus ojos a Didi —dije con ironía y ella sonrió—. ¿Puedo preguntar qué vio? —la interrogué. Yo no era un hombre muy crédulo, pero sí pensaba que había cosas que escapaban a toda lógica, además sentía curiosidad.

—Digamos que sé que en vuestra anterior vida no cumplisteis con vuestro destino y en esta se os otorgó una segunda oportunidad —me explicó. Yo resoplé.

—Pues menuda segunda oportunidad, fijo que es un saldo.

—Nadie dijo que las cosas fueran fáciles, MacLeod, aquello que de verdad vale la pena es lo que más nos cuesta, eso que nos deja alguna que otra cicatriz, para que cuando lo veamos sepamos que somos merecedores de portarlo.

—Algunas cicatrices no son buenas, señora —afirmé. Morgana torció el gesto y se acercó, agarrándome comprensiva del brazo, y poniendo la mano sobre mi corazón.

—Las que están aquí, joven Cédric, las marcas que nos dejaron aquellos a quién más amamos, no son malas tampoco —declaró. Sabía que ella hablaba tanto de mi madre, como de su hija, ambos habíamos perdido a personas muy importantes en nuestra vida—. Dolieron mucho, eso no te lo voy a negar, también dejaron vacío y desazón, pero por mucho que doliera su marca quedó en nuestro corazón para siempre. Para que podamos recordar que forman parte de él que, aunque no estén en este plano físico, siempre las mantendremos ahí, salvaguardadas en una muesca indeleble de dolor y amor —continuó. «Yo hubiera preferido no tener ninguna», pensé—. Una cicatriz solo duele cuando amas de verdad. El dolor no es malo, solo hay que saber canalizarlo, entender que la vida está llena de momentos que van a hacer que tropieces. A veces te rasparás las rodillas, otras te fracturarás alguna parte del cuerpo, pero siempre, justo después de caer; te levantarás de nuevo. De nuestras caídas haremos nuestras propias fortalezas. Construye tu propia fortaleza, joven Cédric, una tan fuerte como tu castillo, una que supere el paso del tiempo. Aprende de tus errores y conviértelos en los cimientos, aprovecha tus cicatrices y conviértelas en fuertes rocas para levantar sus muros. Y una vez lo tengas hecho llénalo de amor y de entrega, porque solo entregándote sin reservas, podrás ser feliz —manifestó rotunda. Tras aquellas palabras donde mi corazón retumbaba más que nunca dejó caer su mano. Curiosamente me sentía aliviado, como si me hubiera

sacado parte del peso que sentía en mis espaldas.

—Gracias por la charla, señora —le agradecí. Ella curvó una tierna sonrisa.

—No hay de qué, joven, siempre estaré aquí para ti, tienes un corazón bondadoso, aunque a veces te empeñes en maquillarlo —comentó, y esta vez fui yo el que sonrió—. Por cierto, mi nieta no está creo que salió a correr —añadió. Abrí los ojos con comprensión, pues cuando salía a correr sabía cómo y dónde terminaba Didi.

—Gracias de nuevo, trataré de encontrarla.

—Si lo haces, hazlo, no te limites a imaginarlo. —Me quedé quieto como una estatua.

—¿Cómo? —Ella sonrió misteriosa.

—No creo que necesites más indicaciones que esas, ¿o sí? —¿Era posible que esa mujer me dijera que me metiera en el agua con su nieta y la hiciera mía como había pensado tantas veces?

—Será mejor que me marche —respondí algo aturdido por la posibilidad.

—Pasadlo bien, Cédric, haz que deje de darle tantas vueltas a las cosas y os irá bien; el principal problema de Didi es que no se deja llevar, haz que fluya, tú sabes a la perfección qué debes hacer para ello y ahora vete, no pierdas más el tiempo con esta vieja O’Shea, ve a por la joven —manifestó. Le sonreí y asentí. Menuda estaba hecha la abuela.

Sabía el lugar exacto dónde encontrar a mi O’Shea particular, aparqué el coche lo más cerca que pude del bosque y emprendí el tortuoso sendero que te llevaba hasta un pequeño rincón del lago

desconocido para muchos, pues su escarpado camino lo hacía casi invisible. Cuando llegué Didi estaba en el agua, de espaldas a mí, con la vista clavada en el horizonte, no podía haber una estampa más maravillosa que aquella, parecía una criatura salida de otro mundo;

con aquella mata del color del fuego cayendo en cascada hasta su cintura. Justo hasta ahí la cubría el agua dejando parte de su cremosa piel al descubierto.

«Hazlo», la voz de la señora O’Shea retumbó en mi cabeza, comencé a desabrocharme la camisa cuando un tío pelirrojo de casi dos metros de estatura y fibrado emergió de debajo del agua. ¿Quién coño era ese tipo y qué hacía allí con Didi? Él le sonrió y ella lejos de escandalizarse o huir se arrojó a sus brazos con sensualidad. Por un momento no pude moverme viendo como ella se frotaba contra su cuerpo desnudo y él le mordía el cuello.

¡Didi tenía un amante! ¿Era posible que su abuela no supiera nada? ¿Quién era aquel tipo? ¿Dónde lo habría conocido?

Me costó apartar la mirada para largarme, sabía qué sucedería si le daba intimidad a la pareja, pero no podía inmiscuirme en un momento así, eso era jugar sucio y a mí me gustaba ir de frente.

Escuché la risa cristalina de Didi y aquello me dolió más que cien mil puñales clavándose en mi pecho.

Me di la vuelta y me marché, no sabía dónde o qué hacer, mi castillo se derrumbaba sin haber colocado la primera piedra.

Capítulo 10 (Brighid y Didi)



Ya se ha largado —señaló Angus, y yo le miré pues lucía hermoso como pelirrojo.

—Me alegro, ¿pero sabes que esto no va a ser suficiente, verdad? —le pregunté. Él asintió cogiéndome de las piernas y encastrándome en su dura erección, solté un gemido, mientras le agarraba por los hombros y él bombeaba con fuerza.

—Lo sé, pero he sacado el as que tenía guardado en la manga, mientras te follo debe estar con tu preciosa hija conquistándola, te aseguro que MacLeod se va a quedar sin opción —comentó. Sus acometidas eran brutales, ni el agua conseguía frenar su ímpetu. Grité y clavé los dientes en su cuello alimentando un rugido que hizo temblar el bosque, con un poco de suerte, Cédric estaría oyendo nuestros gritos de placer.

—Sí, la verdad es que ha sido todo un acierto encontrarle y que esté tan bueno —afirmé, para después lamer la porción de piel que mostraba la marca de mis dientes, había apretado tanto que una gota rojo carmesí pendía de la herida.

—Con un poco de suerte la enamorará, le he dotado de la persuasión y el arrebató necesario para ello, poco queda del que una vez fue —se jactó Angus. Sonreí complacida, mientras el dios del amor me llevaba a pulso hasta la orilla sin dejar mi interior.

—Quiero que le quites las ganas de pensar en MacLeod, debe hacerla suya y enamorarla, deberá entregarse a él en cuerpo y alma, Cédric no ha de tener ninguna oportunidad al respecto, aunque ella tenga el maldito colgante —ordené. Por suerte Didi solo lo había usado una vez y no de la manera apropiada.

—Lo hará, mi Diosa, te juro que lo hará —aseguró, y me llevó hasta el grueso tronco de un roble para seguir embistiéndome con posesión—. Pelirroja me pones muchísimo, me gusta verte tal cual eres en realidad, con el pelo en llamas y entregándote.

—Y a mí me gusta que cumplas con mis órdenes, que te calles y que me folles, así que hazlo, Angus, fóllame sin piedad —exigí y cerré los ojos, hubiera deseado estar en otros brazos, unos más fuertes, más oscuros, más morenos. Unos que me hacían temblar de anticipación, hacía tanto que no los sentía agarrándome, que casi había olvidado lo que era. La imagen de Bilé acudió a mi cabeza, como en la última noche que yacimos juntos, sus embestidas eran las más fieras, las más duras y las que más me excitaban.

No había encontrado otro hombre que me llenara como él y sabía que no iba a encontrarlo. Hubo solo alguien que me hizo gozar casi tanto como mi marido, el humano con quién engendré a mis últimas dos hijas. La energía que fluía entre nosotros era muy similar incluso creí que podía sentir de nuevo. Sin embargo, era un sueño, las Diosas no son para los mortales, así que le abandoné y él terminó muriendo como era su destino.

La respiración frenética de Angus me sacó de mi ensoñación.

—Más duro, nenaza, quiero que me folles como un hombre y no como una mujer, si hubiera querido estar con una no te habría elegido a ti para jugar —le reté. Vi enojo en el rostro del Dios que me agarró del cuello y comenzó a asfixiarme, mientras se tornaba más y más violento. Me gustaba provocarle, llevarle al límite para que me hiciera olvidar.

Aquellos pequeños instantes eran los únicos que me llevaban a ello.

Le miraba y no podía creerlo todavía, lo de mi hermana resucitada de entre los muertos había sido un shock. Sentí la irremediable necesidad de salir a correr para aliviarme, era mi válvula de escape; lo hacía siempre que quería aligerar las tensiones, pero nunca imaginé lo que iba a encontrar en la orilla del lago.

Ya me había sacado la mochila y la camiseta, solo me quedaba el top y el pantalón corto cuando aquel pedazo de tío salió desnudo de mi rincón para el baño.

¡Por todos los dioses era perfecto! Parecía una escultura andante con todos aquellos músculos ondeando bajo las salpicaduras de agua. Me sonreía algo

jactancioso, viniendo a mí sin pudor, mostrando a cada paso una porción más de su hercúleo cuerpo a la par que no dejaba de sonreír. Debí parecerle una imbécil, una muy imbécil, pues no pude apartar los ojos de aquella escultura hecha hombre. Era enormemente perfecto, tan pelirrojo como yo, con una barba perfectamente recortada sobre una mandíbula fuerte y cuadrada.

Paseé la vista recreándola todo lo que pude por el amplio pecho de guerrero, salpicado de vello rojizo que se estrechaba con gracia sobre unos abdominales immaculados. Como *Dorothy* seguí el sendero de baldosas amarillas hasta llegar a una hombría gruesa y larga. ¡Pedazo de zanahoria! ¡Madre del amor hermoso, seguro que a su madre se la benefició un oso! Me sentía como la versión pueblerina de *Jessica Rabbit*, sudada, sin nada de glamour, pero con muchas ganas de llevarme esa pedazo de hortaliza a la boca. «¿Había pensado yo eso? ¡Por Dios, Didi, cambia el rumbo de la mirada o se te van a caer los ojos de las cuencas!», me regañé. ¡Es que no podía! ¿No decían que a los tíos se les encogía con el agua fría? Madre mía, si a ese se la ponían en caliente la podías usar de puente para atravesar la isla, o de pértiga para saltar de un extremo al otro. Eso era una buena barra y lo demás tonterías, no tenía nada que envidiarle a mi *Moby-Dick*.

Por fin pude despegar los ojos de tamaña distracción para seguir bajando por las piernas, que eran igual de fuertes que el resto del cuerpo, una vez estuvo completamente fuera del agua cogió unatoalla que había en la orilla, se secó sin prisa y la anudó a la cintura sin apartar sus ojos de los míos, estaba segura de estar más roja que mi pelo. Excepto Cédric, nunca un tío me había atraído tanto.

—¿Es que no piensas venir a abrazarme? —¿Eso me lo decía a mí? Miré a un lado y a otro como si pudiera haber alguien más a quién hubiera dirigido esas palabras. Aguanté un gemido cuando vino hacia mí con mucha seguridad.

—¿Es a mí? —pregunté en un susurro.

—¿Acaso ves a alguien más? —Me encendí ante la impertinente pregunta.

—¿No crees que antes de abrazarse uno tiene que conocerse?

—¿Tanto he cambiado que no me reconoces? —Le miré fijamente grabando su imagen en mis retinas palmo a palmo, bajando por aquel tortuoso cuerpo, cuando llegué a la cintura la toalla hizo el amago de desatarse y me encontré gritando. «¡Zanahoria!» —Como si la vida me fuera en ello. Por suerte la toalla no cayó y yo me sentí de lo más ridícula, sin saber qué decir o hacer, podía fingir algún tipo de trastorno mental y ponerme a correr a lo *Forrest*

Gump.

—Veo que por fin me recuerdas —comentó jocoso. «¿Cómo?», pensé. Elevé los ojos para encontrarme con un azul muy parecido al mío. ¿A qué se refería? Busqué en algún rincón de mi cerebro hecho puré, algún vestigio de aquella dichosa hortaliza naranja, cuando algo se prendió en él. No, aquella voz, no podía ser... era imposible, volví a mirarle entrecerrando los ojos y con las mejillas ligeramente encendidas por el espectáculo que estaba dando. Él estiró los brazos abriéndolos—. Vamos, Didi, sé que llevo mucho tiempo fuera y que he cambiado bastante, pero no me digas que no me recuerdas, en el fondo sigo siendo tu zanahorio. ¿Esa es la manera que tienes de recibir a tu viejo amigo del instituto?

—¡Shawi! —exclamé dando un graznido. Su sonrisa se multiplicó por cuatro. Oh Dios mío, si los milagros existían seguro que uno muy grande había caído sobre él. ¡Joder con el zanahorio! Apreté a correr para terminar con la distancia que nos separaba y me lancé a esos brazos que me agarraban como troncos—. ¡Madre mía, Shawi, menudo cambio! Lo tuyo sí que ha sido una metamorfosis y no lo de las mariposas —expresé. Él se echó a reír con una voz deliciosamente ronca, mientras seguía apretándome contra aquel cuerpo macizamente desnudo.

—Espero que no lo digas porque salí de un capullo —replicó. Por un momento volvíamos a ser nosotros, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

—Para albergarte a ti el capullo tenía que ser tremendamente grande, lo cierto es que estás que crujes —le rebatí, él soltó otra carcajada.

— Me alegro que te guste mi cambio.

—¿Qué me guste? ¿Estás loco? Si pareces uno de esos tíos que aparecen en las revistas de fitness ¡estás tremendamente bueno! —solté y me salió del alma. ¡Joder, vale que era mi amigo, pero es que estaba como una deliciosa tableta de chocolate a la naranja, duro, dulce y muy caliente! ¿Qué me pasaba? Realmente me atraía mucho Shaw y no era algo que me sucediera en el pasado.

—Tú también estás tremenda y preciosa como siempre, se nota que te cuidas —me halagó. Nos miramos el uno al otro, reconociéndonos en aquellos en quienes nos habíamos convertido, ya no llevaba gafas, ni hierros en los dientes; su dentadura era blanca, fuerte y perfecta como él. El exceso de equipaje había desaparecido de su cuerpo como las capas de una cebolla y

estaba claro que si comes mucha cebolla te crecía la polla. ¡Mierda, ya estaba desvariando! Pero no todo el cambio era físico, se notaba que había ganado mucha seguridad en sí mismo y que estaba mucho más desinhibido.

—Eres un adulator, estoy hecha un desastre, además, debo oler a rayos, vengo de correr —contesté. Era cierto, iba con ropa de deporte, una coleta despeluchada y alguna hoja enredada en el pelo.

—Estás perfecta, como siempre, y hueles de maravilla —afirmó, mientras pasaba la nariz por el hueco de mi cuello provocando un estremecimiento de placer. ¿Qué había sido eso? Me sentí avergonzada de que me oliera así además, me percaté que seguíamos abrazados y que su entrepierna empezaba a hincharse llena de felicidad. Le empujé.

—Anda, aparta, que no tengo ganas de que la nueva imagen que tengas de mí sea la de un estercolero —declaré. Su sonrisa volvió a dibujarse, mientras se cruzaba de brazos haciendo que su pecho pareciera más amplio.

—Eso sería imposible, tu recuerdo siempre me ha acompañado durante todos estos años, estás igual que el primer día, aunque muchísimo mejor —sentenció. Su mirada se intensificó y me sentí algo incómoda. Nunca me hubiera esperado ese reencuentro después de tantos años.

—¿Y qué haces aquí? ¿Qué te trae a Dunvegan y a mi parte del lago?

—¿Qué te parece si me visto, vamos a tomar algo y te lo cuento? Recuerda que este lugar fue donde nos despedimos Keiti, tú y yo antes de marcharme a Estados Unidos —alegó. Era cierto, los llevé allí, hicimos una fogata y pasamos la noche hablando de nuestros sueños y de cómo nos veíamos en el futuro. Después recordé la pinta que llevaba, ¡como para ir a tomar algo, iba a apestar todo el bar!

—¡Pero estoy sudada! ¿Cómo voy a ir así? —Me recorrió con la mirada calentando mi piel.

—Pues date un chapuzón rápido te juro que no miraré, aunque debería, sería lo más justo después de cómo te has recreado la vista en mí —señaló. Si pretendía incomodarme lo llevaba claro.

—Por mí no te cortes, nunca he tenido vergüenza en ese aspecto, aunque eso sí, necesitaré tu toalla —repliqué. Él asintió, y yo me dispuse a desvestirme sin dejar de mirarle. Sus ojos me miraban apreciativamente, tanto como habían hecho los míos con él. Vi el destello del deseo refulgir en el azul de su mirada, al parecer le gustaba lo que veía, tanto como a mí me había gustado él. Salí a la carrera y tras un rápido chapuzón emergí de las aguas, cuando

estuve segura de oler simplemente a mí, salí del lago. Él me estaba esperando en la orilla, con la toalla desplegada para que me secara.

—Eres una auténtica diosa, pelirroja. Afrodita saliendo de las aguas —decretó. Sonreí, mientras me frotaba con premura. Siempre llevaba una mochila con ropa de recambio, me puse un pantalón corto, una camiseta de tirantes, unos calcetines y mis zapatillas deportivas.

—Lista, ya podemos irnos —anuncié. Él me agarró por el hombro y yo a él por la cintura, después me besó la coronilla.

—Si llego a saber que me recibirías así no hubiera tardado tantos años en venir —declaró. Golpeé su abdomen.

—Ahora mismo me contarás porqué desapareciste de nuestras vidas y qué te ha imposibilitado ponerte en contacto con nosotras todo este tiempo, te he echado mucho de menos, Shawi.

—Y yo a ti, zanahoria, y yo a ti. Te juro que nunca más va a suceder y que en cuanto tenga un buen café entre las manos te pongo al día de todo.

Y eso hicimos, me monté en el coche con Shaw, ya que yo había venido corriendo, un Range Rover enorme, que debía haberle costado una auténtica fortuna, instintivamente me fijé en su mano izquierda, no llevaba anillo, pero eso no quería decir nada, hoy día poca gente se casaba. ¿Tendría Shaw pareja? ¿Por qué pensaba en eso? Simple curiosidad, me respondí. Tenía mil preguntas martilleándome la cabeza y estaba deseosa de que mi amigo les diera respuesta.

Una vez sentados en una discreta mesa, él con su Irish Coffee y yo con mi té de canela y naranja, nos dispusimos a ponernos al día.

—Desembucha, señor Glenn, y cuéntame por qué desapareciste de ese modo —le insté. Él se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Fue por alguna mujer? —Abrió los ojos de golpe y soltó una risotada.

—Tú siempre tan directa, señorita O'Shea, no, no fue por ninguna mujer, no voy a mentirte, no he sido un monje durante todos estos años que he estado fuera, ha habido mujeres en mi vida —comentó. «Vaya en plural», pensé—, pero en ningún caso fue ese el motivo.

—¿Cómo ibas a ser un monje estando tan bueno? Eso seguro que es pecado —solté. Él volvió a reír, Shaw siempre había despertado esa parte mía tan desenfadada—. Seguro que tenías un montón de chicas haciendo fila en la universidad —añadí y él sonrió, aunque con una mueca de tristeza.

—Bueno, no fue exactamente así, una vez en Estados Unidos, sin conocer a

nadie, con las hamburguesas americanas, la comida basura y viviendo en un colegio mayor cogí bastantes kilos más, me convertí en una bola de sebo humana —me explicó. Aquella confesión me sorprendió.

—Cualquiera lo diría con esos bultos que te salen por todas partes, eres como un anuncio de Donettes, pero a ti en vez de amigos te salen músculos —observé, recordando aquellos abdominales de infarto.

—Ahora sí, y lo mío me costó —bufó—, pero no fue hasta que sufrí un infarto que no comenzó mi cambio.

—¿Un infartó? —pregunté entre asustada y sorprendida. Él asintió.

—Había tanta grasa en mi cuerpo que se me obstruyeron las arterias y un día que intenté correr porque perdía el autobús me dio —me informó. Yo me llevé las manos a la boca completamente acongojada.

—Debió ser terrible ¿por qué no nos dijiste nada a Keiti y a mí? Hubiéramos volado para verte —dije, y él se encogió.

—Me daba vergüenza que vierais en el monstruo que me había convertido, no me juzgues por ello, Didi, no me siento orgulloso, reconozco que no fue mi mejor momento, ni tomé las decisiones más acertadas —comentó, y yo asentí, todos nos equivocábamos, y estaba claro que yo también—. Después de aquel susto tremendo prometí a mi padre que me iba a cuidar, comencé con un programa del Hospital contra la obesidad. Fue lento, muy lento, sin embargo, poco a poco fui bajando de peso y el deporte ayudó a que todo se colocara en su lugar.

—¡Y cómo se colocó! —exclamé, mientras él reía entre dientes, es que no tenía desperdicio, ese hombre se había convertido en el sueño de cualquier mujer.

—Lo que hubiera dado porque me dijeras eso en el instituto —dijo de pronto. Yo contuve la respiración, ¿acababa de decir lo que acababa de decir?

—¿Cómo?

—Ahora no te hagas la sorprendida, sabes perfectamente que estaba loco por ti —añadió. Casi me atraganto con el té.

—¿Cómo iba a saberlo? ¡Nunca me dijiste nada!

—Cierto, no lo hice, porque me faltaba seguridad, la seguridad que ahora tengo en mí mismo, además estaba MacLeod.

—¿Cédric? —Él asintió—. ¡Vamos, si a Cédric no le podía ni ver! —protesté.

—Sabes que eso no es cierto, pequeña zanahoria, yo siempre te observaba,

cuando él estaba cerca te ponías nerviosa, te enfadabas y despotricabas contra él como si no hubiera un mañana, pero después tus ojos le seguían soñadores. Tal vez a Keiti la engañaras, pero a mí no —declaró. Le miré pensativa.

—Nunca me dijiste nada al respecto.

—¿Y qué querías que te dijera? ¿Qué dejaras de mirarle a él para fijarte en mí? ¿Qué él no te haría nunca feliz y yo sí? Créeme si te digo que mantuve esa conversación contigo cientos de veces en mi cabeza, aunque después me miraba al espejo y sabía cuál iba a ser la comparativa y quién saldría perdiendo —manifestó. Me molestaba que Shaw me tachara de superficial.

—¿En serio crees que solo soy capaz de amar un físico?

—Lo que creo es que en aquel momento solo tenías ojos para él, y que mi falta de seguridad no ayudaba, no creo que seas una superficial, pero no me niegues que el físico ayuda —afirmó. Ahí no podía llevarle la contraria—. Solo has de ver el resultado, yo te besé, pero con quién te fuiste a casa fue con él —dijo, y me sentí mal al instante al recordar aquel beso que compartimos en el baile. No sabía que Shaw albergaba ese tipo de sentimientos por mí, o tal vez sí, quizá debí ver más allá de sus miradas tiernas, de sus abrazos, o sus charlas consolándome cuando algo me iba mal. Tal vez tenía razón y era una niñata superficial que no supo apreciar lo que tenía delante.

—Lo siento —le respondí cabizbaja.

—No importa, fue hace mucho y aquello me sirvió para darme cuenta de que el mundo es para los que dan un paso al frente y no para los que se esconden tras el muro. Me costó, trabajé duro para construir mi nuevo yo, pero finalmente creo que hice un buen trabajo —aseveró, dando un sorbo a la taza y yo lo contemplé orgullosa.

—Un trabajo magnífico. ¿Y qué te ha traído a Dunvegan? —Me miró con decisión, lamiendo la espuma que había quedado apelmazada en su labio superior.

—Tú. He vuelto a por ti —sentenció. Creo que mi corazón dejó de latir en el preciso instante que dijo esas palabras—. Podía mentirte, irme con rodeos, no obstante eso solo haría que nos engañara a ambos y que me volviera a meter en esa concha de la que un buen día salí; y créeme si te digo que no es mi intención. Me perdí muchas cosas allí metido y he venido a recuperarlas, si tú me dejas —comentó. Madre mía, acababa de ser arrollada por un avión, un tren y un barco al mismo tiempo. Shaw me estaba hablando de amor, si no

me confundía. ¡Ese bombón pelirrojo había venido a por mí!

—Yo, eh... no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada, solo respóndeme una cosa ¿tienes pareja? ¿Novio? ¿Estás casada? —Negué con la cabeza y él sonrió afirmando—. Mucho mejor así, porque vengo dispuesto a conquistarte y hacerte mía; así el trabajo será mucho más fácil, porque si hubiera sido el caso, habría insistido hasta que te dieras cuenta que el tipo con el que estabas no era más que un tremendo error. Esta vez vas a ser mía, zanahoria, y ningún MacLeod o sucedáneo lo va a impedir —decretó. Muda, así me había dejado Shaw Glenn, sin nada que decir—. Y ahora cuéntame, qué ha sido de tu vida todo este tiempo —pidió, y se reclinó hacia atrás con total comodidad como si no hubiera soltado por su boca todo aquello que me había dejado hiperventilando. «Didi, reacciona, no te puedes dejar amedrentar», me insté. El nuevo Shaw era magnético y estaba claro que despertaba cosas en mí. ¿Era posible que a mí también me llegara a gustar tanto como yo a él? Solo había una forma de averiguarlo.

Nos pusimos completamente al día, obviamente no le hablé de mi extraña “no relación” con Cédric. De él simplemente dije que en los últimos meses habíamos trabajado juntos. Le hablé de Keiti, de mi empresa y de cómo un evento había traído a mi hermana, a quién creía muerta, de regreso.

Por su parte él me contó cómo tras alcanzar su sueño y convertirse en biotecnólogo, licenciándose con honores, fue fichado por unos importantes laboratorios químicos con quienes estuvo trabajando. Viajó en busca de nuevas especies de plantas a Sudamérica, Centroamérica, Asia y Nueva Zelanda. Finalmente se embarcó en un proyecto en el cuál era el mayor responsable. Los fondos se habían terminado y no había podido seguir con su investigación por lo que estaba en *stand by* hasta lograr el dinero suficiente para poder reemprender los estudios, que le llevarían a crear una nueva vacuna contra el VIH. Mientras encontraban patrocinadores, filántropos o personas dispuestas a hacer donaciones, había decidido volver a por lo que más quería, decía que estaba cansado de pensar en lo que pudo ser y nunca fue. Según Shaw, me buscaba en cada mujer con las que había estado, pero ninguna era yo.

—La vida es de los que arriesgan, zanahoria, y vengo a por todas —dijo rotundo. Tragué con dificultad, mientras me tomaba la mano acariciándola, me sentía extraña y minúscula bajo ese toque.

Me sorprendió su arrojo y no puedo decir que fuera completamente indiferente; me gustó el nuevo Shaw Glenn, ahora debía averiguar, si me gustaba lo suficiente como para arrancar al maldito MacLeod de mi cabeza. Tal vez mi zanahorio era justo lo que necesitaba para olvidarme del laird capullo.

Pasamos horas charlando y no fue hasta casi la hora de cenar que no regresé a casa con una sonrisa en los labios.

Insistió en llevarme a casa y le dejé, no paramos de reír en todo el trayecto. Esa fue la primera imagen que vio Cédric cuando aparcamos delante de él. Estaba en la puerta de la tienda, de brazos cruzados y con el ceño arrugado. Shaw salió antes que yo, me ayudó a bajar y me mantuvo pegada a su costado agarrándome por la cintura como si fuera de su propiedad.

No me aparté, no tenía por qué hacerlo, tal vez así MacLeod entendería que no quería nada con él.

—¿Estás son horas de volver? —atacó lleno de ira. Levanté las cejas y antes de que pudiera responder, lo hizo mi compañero.

—Creo que no te debe ninguna explicación acerca de a qué hora vuelve — señaló Shaw, que afianzó su agarre, cosa que no pasó inadvertida a Cédric, quién apretó los puños.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —Shaw curvó su sonrisa ladeada.

—No necesito que nadie me de vela MacLeod, me la doy yo solito —afirmó. El rubio parecía sorprendido de que usara su apellido.

—¿Acaso nos conocemos?

—Digamos que en una época fuimos incluso amigos, aunque es lógico que no me recuerdes, nunca te chupé el culo como esa pandilla de memos con la que te codeabas —declaró Shaw. Cédric entrecerró los ojos intentando dilucidar de quién se trataba.

—Es Shaw, Cédric —intervine antes que se le secaran las córneas y el cerebro.

—¿Shaw? —Preguntó sin estar muy seguro hasta que abrió los ojos de repente—. ¿Shaw Glenn? —Estaba claro que se había sorprendido tanto como yo.

—El mismo que viste y calza —aseguró el pelirrojo inclinando la cabeza.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo llegaste a Dunvegan?

—Hoy mismo —afirmó Shaw.

—Pues no has perdido el tiempo —señaló cabeceando hacia mí.

—Ya lo perdí demasiado en el pasado, he venido a recuperarlo —comentó Shaw. Ambos se miraban sin apartar la vista el uno del otro, como si se estuvieran retando de algún modo. Estaba claro que Shaw no iba a ponerle las cosas fáciles, tampoco tenía por qué hacerlo.

—¿Y bien? ¿Qué quieres, Cédric? —Él desvió la mirada hacia mí con preocupación.

—Es Sarah.

—¿Sarah? —Pregunté separándome del agarre de mi amigo y yendo hacia él —. ¿Qué le ha ocurrido a Sarah? —Tomó aire como si le costara decirme lo que fuera que había venido a decir.

—Sarah ha desaparecido —dijo. Yo ahugué un grito, y fui hasta él para agarrarme de sus brazos, sacudirlo y volver a agarrarme, pues las piernas me flaqueaban. Cédric no lo dudó y me cobijó bajo su fuerza.

—¿Qué? ¿Cómo? —Pasó la mano por mi rostro y por mi pelo intentando tranquilizarme.

—Todavía no saben qué ha ocurrido, estaban en la sesión de fotos, Sarah se ofreció para hacer de modelo, pues la que habían contratado falló. Se metió en el lago y no volvió a salir —me explicó. Estaba tan horrorizada, que no me percaté en el momento que perdí de vista el mundo, no podía perder a mi hermana de nuevo. ¡Otra vez no!

Cuando abrí los ojos seis pares de distintas tonalidades estaban clavados en mí, los de mi abuela con comprensión y los de Shawi y Cédric con preocupación.

—Ya vuelve en sí, dejadle algo de espacio, muchachos, es importante que pueda respirar —señaló Morgana, y ambos se retiraron hacia atrás dejando que mi abuela se sentara en la cama.

—Sarah —murmuré.

—Lo sé, pequeña, lo sé —dijo, y me acarició las manos con ternura.

—No podemos perderla ahora que la hemos encontrado, *seanmhair* —comenté. Sentía pavor ante la idea de no volver a ver a mi recién encontrada hermana.

—Y no lo haremos, todo el mundo la está buscando, hay dispositivos por todas partes, dime qué sientes en tu corazón —me pidió. Sabía de lo que hablaba, los vínculos entre gemelos eran muy fuertes.

Cuando era pequeña le decía a mi abuela que sentía como si mi otra mitad

latiera en él, ella me contestó que mi vínculo no se había roto y que, aunque mi hermana hubiese fallecido yo podía sentir su alma. Ahora entendía porque nunca dejé de sentirla, no había muerto, simplemente estaba allí, conmigo; aunque no lo supiera. Me concentré, cerré los ojos y busqué aquella sensación envolvente que siempre me llenaba de calor. Allí estaba, tenue, pero estaba.

—Está viva —sentencié abriendo los ojos, ella asintió y palmeó mis manos.

—Muy bien, hija mía, muy bien, si en algún momento dejas de sentirla avísanos, ahora será mejor que descanses.

—Pero no puedo, debo buscarla, necesito encontrarla —contesté angustiada.

—Tu abuela tiene razón, Didi, hay muchísima gente buscándola, yo mismo me uniré al equipo de búsqueda en cuanto salga por esa puerta, si Sarah está en algún lugar la encontraremos, te lo prometo —manifestó Cédric. Vi la promesa refulgiendo en el ámbar de su mirada, sabía que Cédric no desfallecería ante nada ni ante nadie, podía sentir la fuerza de su espíritu más que nunca. Era como si con la llegada de Sarah mis instintos estuvieran despertando, me sentía extraña y cargada de una extraordinaria energía.

—Yo también ayudaré en la búsqueda —replicó Shaw—, si está en algún lugar la encontraremos, no sufras, zanahoria —añadió. Ante el apelativo cariñoso Cédric se tensó.

—¿Zanahoria? —resopló tenso.

—Para mí siempre será mi zanahoria —dijo Shaw que no se amedrentó y le miró desafiante.

—Ten cuidado con el gigante, no vaya a querer comerte —cabeceó hacia Shaw que sonreía desafiante.

—Si me deja te aseguro que me la comeré entera MacLeod, no te quepa duda —afirmó Shaw. Cédric se envaró, iba a replicar cuando mi abuela les cortó.

—Chicos, haya paz, todos tenemos los nervios a flor de piel, agradezco vuestra preocupación por mi nieta y por ayudar a encontrar a Sarah, pero aquí y ahora ya no hacéis nada. Será mejor que apliquéis vuestra ayuda buscándola —ordenó. Ambos asintieron. Shaw dio dos pasos hasta mi cama, bajó y me besó en la frente.

—No te preocupes, preciosa, la encontraré para ti —aseguró. Cédric nos miraba desde el marco de la puerta.

—Si hablaras menos e hicieras más tal vez nos fuera mejor —comentó jocoso. Estaba claro que se sentía molesto con Shaw—. ¿Vienes o te vas a

quedar aquí babeando a tu zanahoria? —No pude evitar que me hiciera gracia su irritación, jamás había visto a Cédric celoso, y aunque la situación no acompañaba no pude dejar de degustar ese instante.

Shaw ni se molestó en atacar, volvió a besarme y a mirarme directamente con una promesa implícita, sabía que era determinación, mi conquista había comenzado, aunque no en el mejor momento.

Le sonreí mirando de soslayo a Cédric que apretaba la mandíbula. Estaba claro que le molestaban las atenciones que Shaw me prodigaba y a mí me encantaba provocarle.

Ambos se marcharon dejándome sola con mis dudas. ¿Podría olvidar a Cédric ahora que había aparecido Shaw? Solo el tiempo lo diría.

Capítulo 11 (Didi)



Cinco días, cinco malditos días transcurrieron donde la desesperación y el agotamiento hicieron mella en todos nosotros.

Mi abuela no dejaba de consular las cartas, las runas, la bola; pero todo era muy confuso, lanzaban mensajes contradictorios que no nos hablaban de nada en concreto.

Cédric, por su parte, no dejó de remover cielo y tierra. Trabajaba de sol a sol, apenas dormía o comía colaborando en todo lo que podía, era su territorio, él y yo éramos de los que mejor conocíamos la zona, así que la peinamos palmo a palmo.

Shaw no se quedó atrás, los tres formamos un equipo de búsqueda y cada día salíamos a primera hora de la mañana intentando encontrar algún rastro que nos llevara a ella.

Estaba claro que el tiempo era un factor a tener en cuenta y cuantos más días pasaran, menor era la esperanza de encontrarla con vida. Mi único consuelo era sentirla en mi corazón.

La tarde del quinto día Keiti vino a ayudarnos, llevaba unos días fuera, no quise llamarla para que no se preocupara, pues estaba en Londres con uno de los proyectos de la empresa de su padre. Entró en mi casa como un vendaval.

—¿Se puede saber Deirdre O’Shea por qué no me has avisado antes de lo que sucedía? ¡Me he tenido que enterar por los medios de comunicación y por tu abuela! ¡Cuando vi la foto en la tele de esa mujer me dio un síncope creyendo que eras tú! Por suerte llamé y tu abuela me puso al día de todo, cosa que tú no has hecho —me recriminó dolida. No se había percatado que justo detrás de mí estaba Shaw, había venido a buscarme para seguir con la búsqueda.

—Hola, Keiti —saludó con su voz ronca algo emocionada por reencontrarse con ella—. No la machaques, nuestra zanahoria lo está pasando realmente mal —le pidió. Mi amiga desvió la vista hasta toparse con él. Shaw tenía ambas manos sobre mis hombros intentando reconfortarme con su calor. Primero se quedó muy quieta contemplándolo de hito en hito, estaba convencida que le había pasado como a mí, fijo que no le había reconocido.

—Keiti él es... —No me dio tiempo, ella avanzó en tromba y le plantó un sonoro bofetón en toda la cara a Shaw que lo dejó temblando—. ¿Es que te has vuelto loca? —En los labios del pelirrojo aún quedaba un amago de la sonrisa que debía haber lucido unos instantes antes.

—¿Qué coño haces aquí?! ¿Y tú? —Desvió la vista hacia mí—. ¿Estás tan tranquila con él? ¡Nos dejó tiradas, Didi! ¿Acaso lo has olvidado? Era nuestro mejor amigo y nos olvidó, es un puto traidor y tú te dejas acariciar por él —me recriminó. La voz se le quebró.

Cuando Shaw dejó de comunicarse con nosotras Keiti fue quien peor lo pasó, ellos llevaban más tiempo como amigos, yo fui la que se añadió a la ecuación. Vi cómo los oscuros ojos de mi amiga se apagaban con el paso de los días hasta que ese brillo, ese que siempre le daba Shaw, se evaporó para siempre, como él. Sin embargo, ahora había vuelto y no era justo que le juzgara sin saber.

—¡Córtate un poco quieres! —le reclamé—. Ni siquiera le has escuchado, no sabes qué pasó.

—Llevo más de doce años sin saber de él ¿crees qué me importa? Si no ha tenido tiempo en doce malditos años de darme las explicaciones oportunas, tampoco las voy a escuchar ahora, no las necesito, ya le borré de mi vida al igual que tú deberías haber hecho

—afirmó rotunda. Los dedos de Shaw se clavaron dolorosamente en mi piel.

—Pero debes escucharle, él... —insistí y fui cortada por la gruesa voz de Shaw.

—Déjalo, Didi, Keiti tiene parte de razón, podría haber dado señales de vida mucho antes y no lo hice —declaró. Mi amiga se cruzó de brazos sin sentir un ápice de empatía por él, o mostrar algún signo de arrepentimiento por su conducta.

—Lo que no entiendo es qué pintas aquí, justamente ahora.

—Pues ya somos dos —señaló Cédric apareciendo por el marco de la puerta, tenía el don de la oportunidad—. Yo me pregunto lo mismo —aseguró. Keiti

le miró con disgusto.

—No creas que tú te libras, MacLeod, tampoco sé qué narices pintas en casa de Didi, creo que te dejó muy claro que no quería saber nada de ti —le amonestó. Yo carraspeé, Shaw no sabía nada de lo ocurrido entre Cédric y yo y pretendía que siguiera así, aunque el pelirrojo lo miraba con desconfianza. Keiti venía con el cargador listo para matar e iba a por todos, a quemarropa.

—Por lo pronto ayudar a Didi a encontrar a Sarah, cosa que tú no has hecho en estos días —atacó Cédric. Lo que faltaba, Cédric rebatiendo a Keiti, este no sabía lo que estaba haciendo.

—Mira, listillo —dijo ella enervada—, lo que tú quieres con esto es ganar puntos con Didi, a mí no vas a engañarme con tu espíritu bondadoso de buen samaritano. Si lo fueras estarías de misionero en África y no regentando un negocio solo apto para snobs. Eres un interesado como todos los tíos, pero no pienses ni por un momento que tu ficticio interés te va a ayudar —le soltó. Escuché una superflua risita de Shaw y Cédric apretó el ceño en una temible arruga.

—Yo no estoy ganando puntos con nadie, lo creas o no le tengo aprecio a Sarah y por supuesto a Didi. Tal vez no soy un misionero, y sí tengo un negocio donde se mueve mucho dinero, pero eso no significa que sea un cabrón sin sentimientos y que no pueda ayudar a las personas —afirmó. Ella soltó una carcajada seca.

—Claro, les tienes tanto aprecio a ambas que tienes que probar a las dos para ver con cual te quedas —soltó. Cédric iba a protestar cuando detuve toda aquella situación de locos.

—¡Basta! —intercedí antes de que se despellejaran—. Siento tener que decirte esto, Keiti, pero ahora lo más importante es encontrar a mi hermana, no importa el pasado, ni con Cédric, ni con Shaw —aseveré cortante—. Si no estás dispuesta a dejarlo de lado por unas horas será mejor que te quedes aquí con mi abuela, no quiero riñas en estos momentos. Todos estamos agotados y lo que menos necesitamos es pelear —le advertí. Ella suspiró resignada.

—Está bien, aparcaré lo que pienso de este par por ti, aunque no pienso dejar que lo olvides.

Me levanté del asiento y los cuatro salimos fuera. Estaba muy cansada, pero hasta que tuviera un soplo de aliento iba a seguir con la búsqueda.

—Vamos, Didi, sube conmigo en Armstrong y que Keiti vaya con Shaw, tal vez necesiten hablar para limar asperezas, está claro que tu amiga necesita

desahogarse con él o vuestra amistad se verá resentida.

Pese a que no me apetecía ir con Cédric no lo vi mala idea, ese par tenían que hablar, eran mis mejores amigos y debían reconciliarse, tal vez si les dejara un rato a solas lo hicieran. Quería a mis dos amigos tan unidos como siempre. —Está bien, pero no te acostumbres —acepté. Vi una sonrisa pujando por emerger, aunque no lo hizo. Eso me hizo dudar de si en realidad que Shaw y Keiti recuperaran su amistad fuera su verdadero objetivo.

Keiti y yo discutimos por un momento, ella se negaba a montar con Shaw y quería venir conmigo como fuera, sin embargo, el coche de Cédric era un biplaza. Finalmente claudicó resignada, despotricando hasta subirse al jeep y dirigir la mirada al lateral opuesto del piloto. Lo tenía complicado, pero no imposible, «ten fe en ellos, Didi», me dije.

Volveríamos a buscar a Sarah en el lugar de la desaparición, en el lago de los jardines del Castillo de Dunvegan y el bosque aledaño.

Partimos en las cuatro direcciones cardinales para peinar la zona y quedamos que en dos horas aproximadamente nos veríamos en el punto de partida.

Busqué a mi hermana hasta la saciedad sin encontrar una miserable pista, nada, parecía que se hubiera evaporado. Los buzos dijeron que en el fondo del lago no había nada, así que solo quedaban los alrededores.

¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de Sarah? Me paré en el roble que había junto al lago, llevaba horas sin ir al baño y mi vejiga me estaba pasando factura. Escuché atentamente, no había ruido alguno y no era la primera vez que me aliviaba en la naturaleza. Me puse tras el árbol dispuesta a vaciar mi quejumbrosa vejiga. Me bajé las bragas y los leggins hasta los tobillos, no quería mojarme ni salpicar nada, a ver cómo iba a explicar luego de qué eran las salpicaduras en un lugar tan concreto. Por suerte era una experta en la materia y la puntería vaginal se me daba de maravilla. Si fuera una guerrera de Amos y Mazmorras, tenía clara mi habilidad: tiro al blanco, aunque ahora era tiro al árbol.

Cuando estaba a punto de finalizar oí como crujían las ramas aceleradamente, se me cortó el pis de golpe, cogí presurosa una toallita del bolso y me limpié, ¿dónde la dejaba? ¿Eso no podía quedarse por ahí? Los pasos se acercaban y yo sin saber qué hacer con la dichosa toallita, finalmente la dejé en el suelo pensando en recogerla después. Intenté incorporarme con rapidez para que nadie me viera en aquella situación tan comprometida.

—¿Didi? —¡Mierda, era la voz de Cédric! Y sonaba condenadamente cerca.

Di un tirón, bragas y leggins incluidos, con tan mala suerte que oí un “crec” y no era mi ropa la que crujió precisamente.

—¡Ah! —grité ante el agudo dolor que me pinzó la espalda y me obligó a doblarme en dos propulsándome hacia delante para agarrarme al tronco del roble. «¡Que no me haya oído y me pueda subir las bragas antes que llegue, Dios mío!», recé.

—¡Didi! —vociferó Cédric, los pasos se precipitaron y... —¡Oh!

¡Joder! ¿Pero qué...? ¡Cielo santo!—Por sus exclamaciones sabía que le tenía justo detrás contemplando la cara oculta de la luna, en concreto de la mía.

—¡Date la vuelta! ¡No mires! —le grité.

—Yo eh... ¿Se puede saber qué haces en esa posición con el culo al aire y en pompa? ¿Es uno de tus rituales o algo así? —preguntó, a lo que puse los ojos en blanco.

—Sí, claro, no te fastidia, estoy consultando al ora-culo —repliqué irónica. Él emitió una risita—. Me entraron ganas de hacer pis, ¿acaso tú no miccionas?

—Esta vez fue una carcajada.

—Pues no, yo meo, eso de miccionar se lo dejo a las hermosas pelirrojas como tú —comentó jocoso, y yo bufé—. Y bien ¿has terminado? ¿Por qué sigues mostrándome tus atributos?

—¿Es que no te has dado la vuelta?

—No suelo hacerlo cuando tengo unas vistas tan espectaculares delante, nunca se sabe cuándo uno va a volver a ver la cara oculta de la luna.

—En tu caso en tu puñetera vida ¡Date la vuelta! —ordené escuchando cómo se giraba entre risitas. Intenté subirme las bragas por mí misma, pero solo logré estrellarme de cabeza contra el árbol.

—¡Mierda!

—¿No era pis? —Emití un sonido de exasperación.

—No estoy para bromas, MacLeod, me he quedado enganchada de la espalda y no puedo... —Como me costaba decir eso—. No puedo subirme las bragas —sentencié avergonzada. Tras mi deplorable afirmación escuché un sonido y justo después unas manos se deslizaron por mis piernas.

—No sabes cuánto tiempo he esperado que me digas eso, nena...

—¡Cerdo! —exclamé, pero para mi sorpresa no pude dejar de sonreír ante la aberrante escena. Solo me podía pasar a mí algo así, si lo pensabas tenía su gracia. Por suerte Cédric no intentó nada, se comportó como un auténtico caballero subiéndome la ropa interior y los pantalones con suma delicadeza

—. Gracias —murmuré roja como un tomate volviendo a mi tortuosa realidad.

—Normalmente me las dan cuando les arranco las bragas a las mujeres con la boca, no cuando se las subo —comentó, y el muy cretino me palmeó el trasero.

—Pues espero que por lo menos las llevaran limpias y tú te lavarás los dientes, ¡menuda guarrada! —Volvió a soltar una carcajada.

—No dirías lo mismo si fueras tú a quien se las arrancara —susurró en mi oído haciendo que me estremeciera por completo—. Siempre me ha gustado tu sentido del humor, *fairy*.

—Te he dicho mil veces que no me llames así, no puedo dejar de visualizarme como un lavavajillas —le insté, él se agachó a mi lado.

—Si fueras un lavavajillas no dejaría de llevarte a la ducha conmigo para dejarte caer sobre mi cuerpo desnudo, aunque se me cayera la piel a tiras —declaró. Mi sexo dio otro tirón, ese hombre no tenía solución.

—Eres exasperante, Didi, me llamo Didi —resoplé intentando apagar el fuego que se había desatado en mi entrepierna.

—Así que ¿el pelirrojo te puede llamar zanahoria y yo no te puedo llamar hada? —Pasó la mano por mi rostro despejándolo del cabello que había caído hacia delante.

—Él es mi amigo —dije. Menuda situación y yo seguía agarrada al árbol sin poder moverme, mientras él permanecía acucillado a mi lado.

—Ya —respondió. Cédric suspiró abrasándome con la intensidad de su mirada—. ¿Sueles bañarte desnuda con tus amigos? —Me quedé perpleja, ¿cómo sabía lo del baño? ¿Shaw le habría dicho algo?

—Depende del amigo. Puedes estar tranquilo a ti solo te considero un conocido, así que puedes despedirte de bañarte desnudo conmigo —repliqué. Una risa seca que no llegó a sus ojos retumbó en mis oídos.

—Claro, yo solo soy el conocido con quién perdiste la virginidad, y con el que te has bajado las bragas para pedirme que te las suba.

—¡Serás imbécil! ¡Yo no me he bajado nada para ti! Si no me hubiese quedado clavada nunca te hubiera pedido que me ayudaras en algo tan íntimo.

—Ya... —me miró pensativo—. Contéstame una cosa, Didi, ¿por qué con él sí y conmigo no? —Pero de qué demonios me estaba hablando ¿era por lo del baño?

—¿A qué te refieres?

—Porqué te tiraste a Glenn, ¿es por joderme? ¿Por qué todavía no me perdonaste por confundirte con Sarah? Sé que no me debes ninguna explicación, que eres libre de follar con quien quieras, pero pensaba que tú y yo teníamos algo especial —me soltó. Casi me resbalo y me vuelvo a dar un hostión con el árbol. ¿Pero de qué narices hablaba? ¿Shaw le habría insinuado que nos habíamos acostado? No podía creer que estuviéramos manteniendo esta conversación.

—Mira, Cédric, no sé qué tipo de paranoias mentales tienes, pero yo no tengo nada con Shaw y obviamente tampoco contigo.

—Os escuché, Didi, no me mientas, fui a buscarte al bosque y os vi en el lago, desnudos —alegó. Le miré a los ojos. No me gustaban las mentiras podía decirle que sí, que me había tirado a Shaw, ¿pero qué iba a sacar con ello?

—No sé qué vio tu trastornada mente, pero te aseguro que Shaw y yo no intimamos, puedes creerme o no, no me importa. Y respecto a lo que tú y yo teníamos nunca fue nada, y si lo fue nunca llegó a serlo. Yo no puedo estar con un hombre en el que no confío y con el que siento que va a traicionarme a la primera de cambio.

—¡Joder, Didi, me confundí! A Kenan le ocurrió lo mismo y Sarah lo entendió, ¿por qué narices eres tan terca? ¿Me tiene que tocar a mí la gemela testaruda? —preguntó más para sí que para mí, aunque no pude evitar contestar.

—A ti no te ha tocado nada, ni con un palo pienso tocarte yo —afirmé rotunda. Lancé otro quejido lastimero al intentar incorporarme.

—No te muevas yo te ayudaré, creo que si yo te toco no deberás desdecirte de tu afirmación —acotó modulando el tono de voz y en un suspiro me encontré entre sus brazos. La espalda me seguía doliendo, aunque me sentía tan bien en ellos, que aspiré el aroma de Cédric y al instante me relajé. Su cuerpo cálido le aportaba un calor calmante al mío.

—¡Puñeteros turistas! —se quejó al instante.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y vi la dirección de su mirada, allí estaba mi toallita.

—Que los turistas son cada vez más cerdos, no respetan el bosque, ¿qué ocurriría si algún animalito se comiera eso? —¡Dios no lo quisiera! Podía

imaginarme a una pobre ardillita bajando del roble y zampándose la toallita con los restos de mi pis. Me entró una arcada involuntaria.

—Desde luego, tienes razón, cada vez son más irrespetuosos, no sé dónde iremos a parar —solté como pude. Estaba claro que yo era *Pepa Pig*, pero no voluntariamente, iba a recogerla, solo que no pude. Cédric fue arrastrándola con el pie hasta dejarla al lado de la papelera.

—Voy a sentarte en el coche y la tiro —aseguró. No podía sentirme más mortificada, Cédric iba a recoger mi pis.

—Después lávate bien, vete a saber qué se habrán limpiado con eso —protesté fingiendo estar todo lo indignada que pude.

—Tranquila, soy muy precavido —declaró. Tras colocarme en el asiento abrió la guantera y sacó un par de guantes de usar y tirar. Lo miré extrañada.

—¿Y eso?

—No sufras, que no soy ningún asesino en serie, simplemente es que no me gusta el olor de la gasolina, así que siempre llevo guantes para repostar —me explicó. Estaba inclinado con su rostro muy cerca del mío, antes de colocárselos tensó el cinturón de seguridad para abrochármelo. Estaba tan cerca... Inconscientemente volví a cerrar los ojos, tomé aire por la nariz paladeando su aroma, ¿por qué me gustaba tanto su olor? Cuando me di cuenta de que llevaba un rato así, abrí los ojos, me estaba mirando fijamente.

—Si la encuentro júrame que me darás otra oportunidad, que me darás la cita que no tuvimos, que dejarás que me redima por lo que hice y jamás debí hacer —me pidió. Su mirada era fuego líquido y yo me estaba consumiendo en él.

—Si la encuentras, la tendrás —accedí. ¿Por qué había dicho eso? Supongo que su aroma me volvió loca, ahora solo me quedaba cumplir con mi promesa, aunque dudaba que Cédric la encontrara.

—Pondré todo mi empeño en ello, soy muy competitivo cuando el premio es algo que deseo más que nada en este mundo —manifestó. Después me besó con dureza, fue corto, rápido e intenso, como si tratara de sellar aquel acuerdo y que no pudiera borrarlo.

Cédric se apartó, se colocó los guantes, fue hasta la dichosa toallita y la tiró a la papelera deshaciéndose después de sus ayudantes de plástico. En ese momento aparecieron Keiti y Shaw quienes no lucían sus mejores galas, estaban algo sucios.

Cédric habló con ellos, estaban a unos metros de distancia, así que no podía

escuchar qué decían, pero sí verlos. Hacían gestos de negación, mientras Cédric preguntaba. Al parecer no habían encontrado nada, MacLeod señaló el coche y todos vinieron a preocuparse por cómo me encontraba.

—Se me pasará, tranquilos, con un saquito de semillas de los de mi abuela y una infusión antiinflamatoria mañana estaré como nueva.

—Creo que por hoy paramos de buscar, ninguno hemos hallado nada, esperemos que Kenan y las chicas hayan tenido más suerte —dijo Cédric. Yo esperaba que fuera cierto.

Keiti no se podía quedar, pero me prometió regresar en pocos días, nos despedimos con un abrazo y la promesa de mantenerla informada ante todo lo que aconteciera.

Shaw y Cédric se marcharon, el primero a su hotel y el segundo a su castillo, mientras yo me acomodé en el sofá de la trastienda, mi abuela me puso el saquito y me dio la infusión.

—Quiero probar algo nuevo, Didi, quiero que juntas invoquemos a Sarah en la bola, tú y ella no perdisteis ese nexo, creo que si te uso como catalizador podremos saber, por lo menos, qué le ocurrió.

—¡Pero si yo no tengo poderes! —exclamé reticente.

—Los tienes, aunque no hayan florecido están ahí, dormidos, solo debes creer en ti y dejarlos fluir, ayúdame y juntas lo lograremos, sé que quieres encontrar a tu hermana tanto como yo —insistió. La miré y vi confianza, esa que yo no sentía en esa faceta, todavía desconocida. Pero qué podía perder, estaba claro que como rastreadora era nefasta.

—Está bien ¿qué debo hacer? —claudiqué, y ella sonrió ampliamente pronunciando las arrugas que bordeaban sus astutos ojos.

—Esa es la actitud, pon las manos sobre la bola y déjate fluir, piensa en tu hermana y haz la pregunta correcta, pregúntale a la Diosa dónde está, permítele hacernos de guía y usarte como canal. Concéntrate, Deirdre O'Shea, deja que el poder de las druidesas fluya en ti.

Coloqué las manos sobre la fría esfera y en el momento que lo hice un torrente de energía me embebió. La sentí circular a toda prisa por mi cuerpo entrando por una mano, sacudiendo mis entrañas hasta salir por la otra, era muy intenso.

Tenía los ojos fijos en el orbe intentando conectar con el alma de mi hermana, buscando en la transparencia la esencia de su ser. Todo aquello no tenía mucho sentido para mí, no obstante estaba intentando seguir las

palabras de mi abuela y dejarme llevar por la intuición. Algo que parecía dormido y aletargado, comenzaba a vibrar en una sintonía distinta a todo lo que estaba habituada hasta el momento.

—Fluye, Didi, fluye, déjate llevar por la sangre de la Diosa —ordenaba mi abuela con tono autoritario. La escuchaba como si estuviera a kilómetros de distancia, cuando en realidad estaba a mi lado. Entonces, sucedió, vi un punto de luz en el centro de la esfera que comenzó a crecer, a expandirse paulatinamente. Pasó de ser un simple borrón de luz a una imagen clara y nítida. Allí estaba ella, era Sarah paseando desnuda entre las flores, cantando en español, se notaba que estaba algo nerviosa, pero aun así se dejaba llevar. Entró con algo de reticencia en el lago y cuando se sumergió todo se volvió negro. Comencé a sentir como caía, la manera en la que su cuerpo fluctuaba entre esta realidad y otra muy lejana, poco a poco su esencia vital se disolvía llevándola a otro lugar. Sentí su malestar y justo antes de que la imagen se disipara escuché un nombre en la letanía: Ciara—. ¡Didi, Didi! Vamos, pequeña, suelta la bola, ¡suéltala! —mandó mi abuela. Me costó muchísimo hacerlo, la conexión era tan brutal como una descarga eléctrica—. Eso es, pequeña, ya está, lo has hecho muy bien, ya está —dijo acunando mi rostro sobre su hombro, apenas podía mantener los ojos abiertos—. Descansa, debes recuperarte, después lo intentaremos de nuevo, has derrochado demasiada energía vital, debes recobrarte.

Cuando desperté era bien entrada la noche, olía deliciosamente bien.

—¿*Seanmhair*? —sentía la boca reseca.

—Aquí estoy, cielo —respondió mi abuela apareciendo con un tazón de caldo y poniéndolo en la mesa frente a mí—. Toma un poco, necesitas alimentarte —declaró. Intenté recolocarme con cuidado, pues recordaba que me había quedado enganchada en el bosque, pero para mi sorpresa podía moverme bien, no me dolía nada.

—No —no me duele —observé incrédula, y ella asintió.

—Tuviste una experiencia casi extracorpórea, Didi, fluiste como el cobre dejando pasar la luz, la energía de la Diosa te sanó, fue increíble, pude ver lo que tú veías —me explicó. Abrí los ojos como un búho.

—¿En serio? —Parecía extremadamente complacida.

—En serio, ¡fue colosal! Nunca había sentido tanto poder antes, creo que eres mucho más poderosa que yo, solo que no sabes cómo utilizar tu don —manifestó. Aquello me ponía el vello de punta. Es cierto que mi abuela me

había educado bajo sus creencias, pero una parte de mí seguía apegada a la realidad terrenal, como si no quisiera dar rienda suelta a mi otra parte.

—¿La viste? ¿Qué ocurrió? —pregunté sin entender muy bien la última parte.

—Saltó.

—Más bien cayó —le rebatí y ella rio.

—No cielo, dio un salto en el tiempo, había oído que se podía hacer, pero nunca lo había visto en transferido, creo que fue a sanar su Karma como Ciara.

—Ciara —repetí el nombre que había escuchado en mi cabeza.

—Por eso no la podemos encontrar, Sarah está en otro plano, en otra dimensión paralela, ha viajado para recuperar lo que perdió, por eso somos incapaces de hallar su cuerpo.

—¿Sarah puede desmaterializarse? —Sus ojos se estrecharon sonrientes.

—Por lo visto sí y creo que tú también puedes hacerlo —añadió. La miré entre asustada, nerviosa y emocionada.

—¿Tú crees? —Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Anda, cenemos y después, si te sientes con fuerzas, lo intentamos de nuevo, a ver qué ocurre ¿te parece? —me preguntó. Sentí un hormigueo en el abdomen, el mismo que uno siente cuando toma un avión por primera vez o realiza su primer viaje fuera de casa.

—Me parece una gran idea —dije con complicidad, ambas sonreímos sin necesidad de decir nada más al respecto, estaba claro que nuestro vínculo cada vez era más fuerte.

Capítulo 12 (Cédric, Didi y Brighid)



La habían encontrado, recibimos una llamada de la policía y me ofrecí a acompañar a Kenan y las chicas, no estaba muy seguro de por qué la policía la tenía detenida, pero sí que iba a usar todas mis influencias y las de mi abogado para sacarla como fuera.

Los agentes nos contaron que había asustado a una pareja de enamorados y que la habían denunciado; intentamos esclarecer todo el asunto, pues si algo tenía claro es que iba a ganarme esa cita con Didi. Ella me había asegurado que no había ocurrido nada con Shaw, y pese a que me sentía reticente a creerla, por los gemidos que escuché, preferí dar carpetazo al asunto.

Fuera como fuere, Didi y yo no teníamos, nada, ella se había sentido traicionada y cuando actúas por despecho puedes hacer cualquier cosa. Iba a ganarle la batalla a Glenn, a toda costa. Aquello me hizo pensar automáticamente en mis padres y en cómo la amistad del padre de Shaw Glenn y la del mío se trunció.

Por aquel entonces mis padres estaban atravesando una crisis, papá comenzó a viajar largas temporadas, según él para mejorar el castillo, y según mi madre porque tenía una amante. Yo era muy pequeño, pero escuchaba los cuchicheos del servicio, decían que desde que mamá me tuvo, solo tenía ojos para mí, que había tenido una depresión post parto que terminó desembocando en un exceso de protección sobre mi persona. Mamá se aisló y terminó desatendiendo a mi padre.

Él cansado de tanta desidia comenzó a tontear con su secretaria que le reía todas las gracias. En fin, que mi madre terminó dándose cuenta y comenzó a distanciarse de mi padre todavía más, y en ese preciso instante es donde apareció el padre de Shaw. El señor Glenn y ella se conocieron en la puerta

de la guardería, comenzó a adular a mi madre hasta que sucumbió a sus encantos.

Cada tarde ambos nos llevaban al parque, como cualquier pareja, el señor Glenn la colmaba de regalos y atenciones, cosa que mi padre había dejado de hacer.

Un día mientras mi padre estaba “de viaje”, mamá invitó al señor Glenn y a su hijo a pasar la noche en Dunvegan. No era la primera vez, en alguna ocasión incluso habíamos ido juntos de excursión y habíamos dormido los cuatro fuera. Mamá me decía que era un secreto, un juego, que mejor no decirle nada a papá porque el juego terminaría y así lo hice. Jamás se me escapó nada, acepté aquella realidad porque imagino que era divertida, siempre hacíamos cosas juntos, cosa que con mi padre no era así.

Aunque aquella noche sería la última que pasáramos los cuatro juntos.

Gracias a una conversación que escuchó Gertrude, mi padre había descubierto que la lagarta de su secretaria solo había intentado malmeter, que lo que había intentado era que mis padres se separaran aprovechándose del momento de crisis que vivían, para intentar quedarse con su fortuna.

Mi padre contrató un detective y el fin de semana, le mostró a su amante las imágenes donde esta estaba acostándose con otro y las escuchas telefónicas con sus intenciones. Terminaron discutiendo y él regresó antes de tiempo, la noche que el señor Glenn estaba en casa.

Fue una noche movida, recuerdo que Gertrude estuvo conmigo en mi habitación hasta que con el escándalo de los gritos me llevó a la suya, para que no los escuchara. El padre de Shaw se llevó a su desconcertado hijo y apenas pudimos despedirnos.

Mi madre le pidió el divorcio a papá, le dijo que en el señor Glenn había encontrado lo que necesitaba, un hombre que realmente la valoraba, como él hizo en su momento. Mi padre desesperado y roto por el dolor le pidió tiempo, sabía que ella, pese a lo que ambos habían hecho, era su verdadero amor; que se habían equivocado cometiendo el error de no hallar soluciones a sus problemas, limitándose a buscar fuera cuando todo lo que necesitaban, siempre había estado dentro.

Así comenzó la reconquista de la dama del castillo, como la llamaba cariñosamente papá; y aunque le costó Dios y ayuda volverla a conquistar, logró que mi madre le volviera a amar como el primer día hasta el fin de sus días. Mi padre nunca me ocultó aquel hecho, me lo puso siempre como

ejemplo de que errar es de humanos y que cuando el amor es verdadero ningún obstáculo es suficiente.

Obviamente la amistad con los Glenn se rompió en aquel momento, Shaw y yo nos fuimos distanciando. Ni mi madre ni mi padre me dijeron que dejara de jugar con él, simplemente creo que ambos intuíamos la tensión y poco a poco nos distanciábamos. Nunca hablamos de ese hecho, simplemente lo dejamos pasar y cada uno hizo su vida.

Suspiré aliviado cuando el abogado me dijo que había logrado liberar a Sarah sin mayor problema.

Todos juntos regresamos al castillo para que se bañara y descansara, según ella había perdido la memoria y había estado vagando por ahí, por eso no la encontramos. La explicación era algo inverosímil, pero preferí no inmismirme, ella sabría el motivo por el cual había decidido desaparecer.

Si teníamos en cuenta que en mi castillo se encontraban Brigitte y Sind, que no habían abandonado Escocia y que al parecer la morena estaba embarazada de Kenan, el futuro de la pareja no era muy halagüeño.

En lo único que no podía dejar de pensar es en cómo reaccionaría

Didi al día siguiente cuando fuera con Sarah. Al fin y al cabo, yo fui quién la rescató de la cárcel, debería cumplir su promesa, pues iba a ser yo quién se la llevara de regreso, como había prometido.

Los padres de Sarah llegaron desde España a la mañana siguiente para revolucionarlo todo. Los Alcántara eran una pareja un tanto snob y peculiar, yo estaba habituado a tratar con gente así, aunque se intuía que la tensión que había con su hija iba más allá de estar preocupados por su desaparición.

La madre de Sarah insistió en que su marido, que era médico, la revisara; ella, en un principio, se mostró reticente, pero finalmente claudicó. Mientras todos fuimos al salón a desayunar. Media hora más tarde ambos se incorporaron a la mesa.

—¿Qué tal todo doctor? —me interesé.

—Parece que está bien, pero le pediré hora para que la visite el especialista, una vez hayan regresado del viaje, así nos quedaremos más tranquilos —comentó. Era una suerte que estuviera bien.

—Pueden quedarse esta noche si lo desean, tengo una habitación lista para ustedes, su mujer me ha comentado que hasta mañana no sale su vuelo de regreso.

—Será un honor para nosotros —contestó. Yo me quedaba mucho más

tranquilo con un médico en el castillo.

—En vista de que todos estáis bien tan juntitos, voy a salir —anunció Sarah.

—Te acompaño —dijo Kenan que se levantó como un resorte.

—Lo siento, quiero estar sola, solo voy a ver a Didi y a su abuela, supongo que estarán preocupadas como todo el mundo —alegó. Al parecer Sarah no quería estar a solas con Mackenzie.

—De eso ni hablar —contraatacó su madre con cara de pocos amigos—, solo hace falta que pierdas el conocimiento conduciendo y tengas un accidente, si has de ir al pueblo deberás hacerlo acompañada —sentenció. Estaba claro que Sarah se encontraba en un aprieto, uno que casualmente me iba genial a mí.

—Entonces te acompañaré yo, también tengo que bajar al pueblo, así que podemos aprovechar el viaje si no te parece mal, claro. ¿Te parece bien Sarah? —pregunté pensando en la cara que pondría Didi al ver que le llevaba a su hermana.

—Me parece genial Cédric, marchémonos ya, no quiero llegar tarde a comer. Hasta luego.

Durante el viaje al pueblo Sarah se interesó por cómo estaba yendo mi relación con Didi, así que aproveché para ponerle al día sobre la promesa que había conseguido arrancarle a esta.

—No te preocupes Cédric, yo te echaré una mano con mi hermana —aseguró. Vaya al parecer ya la reconocía como parte de la familia. ¿Tendría algo que ver su misteriosa desaparición? Tal vez había ido en busca de pruebas y había usado la desaparición como coartada.

—Te estaré eternamente agradecido si haces eso por mí —declaré. Ella sonrió cómplice, no hablamos más hasta llegar a la tienda.

Fue abrir la puerta y parecía que nos estuvieran esperando, las O'Shea se lanzaron a por Sarah. Ella se mostró tan sorprendida como yo.

—O las noticias vuelan o Morgana ha usado la bola de cristal —observé.

—Eso no es de tu incumbencia MacLeod —soltó Didi, y acto seguido me ofreció una sonrisa que me derritió por dentro—, gracias por traerla.

—¡Oh Dios mío, debo haber muerto e ir al cielo! ¡Me has sonreído! —exclamé y su sonrisa se hizo más amplia respondiéndome con socarronería.

—No te acostumbres, ya sabes que lo mío son los desplantes, aunque esta vez creo que te debo una —comentó. Allí estaba mi oportunidad, brillando ante mis narices.

—Pienso cobrármela muchacha, no hagas planes para el próximo fin de

semana, porque cenarás conmigo y tendremos esa cita, que tanto me costó conseguir. Esa que cierta pelirroja y mi falta de observación, tiraron por el retrete. —Didi se había sonrojado ligeramente.

—Me lo pensaré y ahora si eres tan amable, deja a Sarah con nosotras, cuando hayamos terminado te hago una llamada.

—La espero con ansia —repliqué mientras ella se encendía todavía más.

Las dejé a solas, necesitaba hacer un par de recados, después ya pasaría a recoger a Sarah.

En cuanto Cédric se marchó, arrastramos a Sarah a la trastienda con nosotras.

—Cuéntanos qué ocurrió, la abuela te vio con su bola entrar en el lago y después te evaporaste, no podríamos dar contigo, supusimos que habías conseguido saltar en el tiempo. ¿Fue así? —obvié que la había visto a través de mi energía y que yo también presencié el suceso, todavía me costaba pensar en ello y admitir que algo dentro de mí estaba cambiando.

—Fue así —corroboró. Desde la noche anterior, me sentía en una extraña comunión con mi parte mística, era algo que me ilusionaba, una especie de reto nuevo por descubrir. Mi abuela se mostraba encantada ante mi despertar, como lo había bautizado.

—Lo sabía —afirmé—, ¿qué ocurrió? Cuéntanoslo todo, con pelos y señales, yo nunca he podido saltar —le pedí. De hecho, no me lo había planteado nunca y me despertaba muchísima curiosidad—. No te dejes ningún detalle por nimio que te parezca, todo esto es muy importante para nosotras y para seguir evolucionando como druidesas. —Había aceptado mi nuevo sino, si mi familia siempre había portado esos dones quién era yo para rechazarlos, trabajaría duro para descubrir mi nueva faceta y lo que conllevaba.

Sarah nos explicó todo lo acontecido en el pasado, algo se prendió en mi interior, una llama curiosa que calentaba mi abdomen. «Tú también puedes hacerlo», murmuró con suavidad una voz masculina en mi cerebro. ¿Qué había sido eso? ¿Mi conciencia era capaz de mutar y hablarme tanto con voz de hombre como de mujer? «Céntrate Didi y escucha a Sarah», volvió a atacar aquella voz desconocida. Sin salir de mi asombro decidí hacerle caso y centrarme en lo que contaba mi hermana.

—Y cuándo regresaste con esos pequeños cambios que comentas, ¿pudiste

yacer con Kenan? —Ahí estaba la pregunta, la que mi abuela y yo nos hicimos desde anoche.

—Casi pero no, mi retorno no fue como esperaba —aclaró Sarah que parecía triste.

—¿Qué pasó? —le pregunté, nos habló de una tal Brigitte, que al parecer era la prometida de Kenan y estaba embarazada. Menudo marrón, pensé para mí. Por si fuera poco, en la compleja ecuación también aparecía Sind, un ex rollo de Sarah que parecía tener una extraña relación con la morena.

—Esa mujer no me gusta —aseguró mi abuela. Sarah resopló.

—A mí tampoco.

—Creo que sigues atascada Sarah, no has cambiado lo suficiente en el pasado, dudo mucho que lo que interpretaste de la runa de Odín sea lo correcto. Además, si volvisteis a ser interrumpidos, fue porque el Karma no ha sanado y que os mandara a Brigitte fue una señal.

—¿Una señal? —Escuché atentamente las sabias palabras de mi abuela, había cosas que solo ella podía entender.

—Hasta ahora, nadie había sido el o la culpable de que no consumarais, el Karma os ha enviado a alguien, una persona muy concreta, con una situación muy concreta y estoy convencida que no ha sido porque sí. Por lo que me has contado también hay un hombre en esta ecuación y Kenan no se ha interpuesto a que se marcharan, si el tipo se largó con un ojo morado, fue porque te creyó y te protegió, y si su prometida también abandonó el castillo estando embarazada de él, es porque sigue eligiéndote frente a ella, Sarah —le explicó Morgana. Mi hermana movía la cabeza negando, como si no pudiera creer lo que decía mi abuela—. No reniegues Sarah —la riñó—, estás diciendo que no con la cabeza, no te estás abriendo, hay una parte de ti que no se desbloquea, has de ver las cosas con tu conciencia interior, no con la de tu cabeza. Debes reunirte con él, escucharle, abrirte hacia el camino de la verdad, dijiste que has quedado en el lago, usa el poder del roble y los cuatro elementos.

—No puedo, perdí el saquito con tierra de Tara —dijo contrita.

Sonreí para mis adentros a sabiendas que la íbamos a sorprender. Cuando mi abuela se levantó y se lo entregó, Sarah parecía alucinada, lo que no sabía es lo que había ocurrido en mi casa la noche anterior.

Después de cenar intenté volver a conectar con la bola, pero me fue imposible. Estaba agotada así que mi abuela y yo nos fuimos a la cama con la

intención de volver a intentarlo al día siguiente. Sin embargo, por la noche algo me sobresaltó interrumpiendo mi sueño, una extraña energía me impulsaba de nuevo hacia la bola. Desperté a mi abuela y juntas volvimos a intentarlo. Así fue como vimos a Sarah resurgir del lago y lo que aconteció después justo hasta que tropezó y perdió el colgante, allí terminó la visión. Sin decir ni una palabra más fui corriendo con la furgoneta a buscar a Sarah, creía saber el lugar exacto donde encontrarla, pero lo único que encontré fue el colgante, así que regresé a casa únicamente con él.

—Gracias Didi —me dijo. Sus ojos tan idénticos a los míos refulgían.

—Lo que sea por ti, *piuthar*.

—Mañana nos marchamos a Eilean Donan —anunció algo triste.

—Lo sabemos y sabemos que vas a saltar de nuevo —le informó Morgana. Cuando regresé a casa por la noche, después de intentar encontrar a Sarah, mi abuela estaba echando las runas, estas fueron quién se lo revelaron, como prácticamente todo—, aunque no cuando, las runas no son claras al respecto, pero te diré una cosa *uaisín*^[13], cuando sientas la llamada de Ciara debes acudir, debes regresar y ayudarte a ti misma, a alcanzar la felicidad.

—¿Y cómo sabré cuál es el momento preciso? —preguntó asustada. No me extrañaba que se sintiera superada por la situación, habían sido demasiadas emociones en poco tiempo.

—Lo sabrás, confía en tu conciencia interior, ábrete a ella y escúchala. Nosotras estaremos aquí para lo que necesites.

—¿Puedo pedirlos un favor? —inquirió.

—¿Acaso lo dudas? —le respondí resuelta.

—Me podéis dar una muestra de vuestro cabello —nos pidió, y se mordió el labio incómoda—. No me malinterpretéis, no dudo de vosotras es solo que...

—Es solo que tu parte racional domina todavía tu conciencia, no te preocupes Sarah, aquí tienes —dijo mi abuela entregándole un puñado de cabellos y yo hice lo mismo, Sarah los metió en un par de bolsitas herméticas.

—Muchas gracias.

—No debes dárnoslas, eres de nuestra familia, si un puñado de cabellos ayudan a que te termines de convencer, tuyos son.

—Creo que es hora de llamar a Cédric, es tarde —comentó y yo asentí. Fui a la trastienda para coger el teléfono y llamar al MacLeod. Suponía que mi abuela querría algo más de tiempo para hablar a solas con Sarah, aunque hiciera poco que la hubiéramos recuperado, sentía un inmenso amor por

aquella mujer que por un lado era una desconocida y por otro mi hermana gemela. Aquellas mujeres eran mi única familia, daría mi vida por ellas si fuera necesario.

—Vaya, no esperaba que me llamaras tan pronto para nuestra cita, se nota que estás impaciente —respondió socarrón. No pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro.

—Eso es lo que tú querías, pero no te llamo para eso, sino para que vengas a buscar a Sarah, ya hemos terminado —le respondí. Él suspiró al otro lado de la línea.

—Una auténtica lástima, no sabes las ganas que tengo de estar a solas contigo de una puñetera vez y demostrarte todo lo que despiertas en mí.

—Mientras no sean ardores —contraataqué apretando los muslos frente al intenso hormigueo que los agitaba—, puedo ser algo indigesta.

—El tipo de ardores que me provocas no son de indigestión precisamente, pero te garantizo que ya lo averiguarás —afirmó rotundo, y no pude más que temblar de anticipación. ¡Madre mía las

cosas que despertaba en mí ese hombre! Tenía que poner fin a la conversación si no quería comenzar a decir tonterías.

—Déjate de cháchara y ven a buscarla.

—A tus órdenes *fairy*, siempre a tus órdenes —replicó. Colgué con una sonrisa bobalicona en el rostro para encontrarme de frente a Sarah y mi abuela que me miraban suspicaces.

—Estará aquí en cinco minutos —observé aclarándome la voz nerviosa. Traté de recomponerme con urgencia.

—Ese hombre te gusta mucho Didi —aseguró Sarah y yo fingí cara de espanto.

—¡Ni hablar! —Fui todo lo enérgica que pude.

—Oh sí, te gusta un montón, ¿por qué no le das una oportunidad? Cédric es un gran tipo. —Mi abuela soltó una risilla de complicidad.

—No empieces *seanmhair* —repliqué mirándolas a ambas.

—¿Qué es lo que no debe empezar? —preguntó mi hermana curiosa.

—Cédric es el compañero de vida de Didi, en esta vida y en la que no pudo tener cuando murió en el parto. Cédric la necesita, en el pasado fue un desgraciado por no conocerla y ahora, no puede evitar ser una polilla frente a la luz de Deirdre —comentó. Ya estaba con aquella maldita historia.

—¡Eso no es cierto! ¡Es un insolente, un cabeza hueca, un mujeriego, un

arrogante y lo peor que te puedas imaginar! ¡Será una polilla, pero yo soy la lámpara fríe bichos! —exclamé, cruzándome de brazos—. ¡En la vida tendré algo con Cédric MacLeod!

—¿He oído mi nombre? —Tierra trágame, tenía que llegar siempre en el peor momento. Aunque lo dicho, dicho estaba, no pensaba disculparme o desdecirme—. Lamento interrumpir tal sarta de alabanzas hacia mi persona, pero la puerta estaba abierta y no pude evitar escuchar.

—Seguro que sí —rezongué—. Añado vieja del visillo a la lista de virtudes del laird. —La sonrisa de Cédric se amplió, no parecía incómodo, al contrario más bien divertido.

—Que sepas preciosa Deirdre, que tus insultos resbalan en mi piel de mujeriego, cabeza hueca y arrogante, además como la tengo tan hueca, este tipo de cosas se me olvidan. Lo que no se me olvida, es que tienes una cita conmigo y que espero que estés lista cuando te pase a recoger —me guiñó un ojo y no pude evitar ponerme del color de la grana—. Ahora señoritas O’Shea, debo regresar al castillo con Sarah, tenemos una comida pendiente. Si nos disculpan —añadió. ¡Sería arrogante! No quise hacerle más caso, mi hermana se marchaba y debía despedirme.

Las tres nos fundimos en un gran abrazo lleno de amor y promesas, intercambiamos los teléfonos y prometimos volver a vernos. Después Sarah y Cédric se marcharon juntos.

Templo de Kildare

Las cosas no estaban saliendo del todo como tenía planeadas, aquel par eran más fuertes de lo que había esperado, ¿cómo era posible? En principio el no conocerse en su otra vida debería haber debilitado el vínculo, pero ahí estaba brillando, más fuerte que nunca.

Un sentimiento de orgullo maternal pellizcó mi corazón, aunque rápidamente lo deseché.

No podían cometer el mismo error que yo, ellas no, no debían amar a un hombre porque ellos solo traían traición y dolor a la vida de las mujeres, los hombres debían usarse, pero no estaban hechos para el amor, eso me lo había enseñado la vida con el tiempo. De haberlo sabido antes habría creado a mis druidesas sin esa tontería del “compañero de muslos”, habrían sido unas

simples casquivanas, listas siempre para el sexo sin ataduras, como ahora hacía yo. Un error lo comete cualquiera, me dije, sin embargo, ahí estaban mis hijas encabezonadas a unirse a esos hombres que solo las iban a dañar. Kenan a Sarah y Cédric a Deirdre; debía hacer algo.

—¡Angus! —grité agitada para que el maldito Dios del amor apareciera ante mí. Nada el insufrible rubio no aparecía; nunca estaba cuando más lo necesitaba. Cédric y Deirdre tenían una cita para el viernes y lo debía impedir a toda costa. Necesitaba sembrar más duda en ella, necesitaba...

Chasqueé los dedos, sabía exactamente qué necesitaba, una sonrisa se extendió en mis labios calentándome el corazón, estaba segura que no podría resistirse a ello.

Unas horas después, tienda de Didi.

Estaba arreglando unas flores cuando Shaw apareció por detrás abrazándome y dándome un susto de muerte. Le clavé el codo en el abdomen sin querer intentando liberarme de mi agresor, mientras el no dejaba de reír.

—Para, para pequeña zanahoria que soy yo —me pidió. Inmediatamente me relajé.

—¡Estás tonto! ¡Menudo susto me has dado! —Él me dio la vuelta entre sus brazos apresando mi cuerpo contra el suyo.

—Menudo recibimiento, yo que esperaba invitarte a salir —comentó jocoso. Miré aquel movimiento de cejas seductor y no pude más que reír.

—¿Ahora? —asintió.

—Ahora, las mejores cosas son las que no se planifican —alegó. La emoción ante lo inesperado recorrió mi abdomen, una vocecilla susurraba en mi oído: «Es que no ves lo guapo que es y lo mucho que te desea, siempre ha sido él, dale una oportunidad, ¿qué puedes perder?». Últimamente no dejaba de oír voces, o me estaba volviendo loca o iba a ser uno de esos dones raros al que debía habituarme. ¿Debería hacerle caso a la voz? Era cierto lo que decía, no tenía nada que perder por ir con Shawi. No tenía mucha faena y mi amigo estaba especialmente guapo hoy.

—Está bien, dame un minuto para que me cambie —acepté. Sus ojos

refulgieron.

—¿Para qué te cambies? ¿Por qué si estás preciosa? —Sonreí pasando las manos de su fornido pecho hasta agarrarme al cuello. Mi cuerpo seguía cosquilleando y necesitaba pegarme más, aunque era prácticamente imposible ¿Por qué me atraía tanto y tan de repente? Apenas podía contener las ganas de besarle—. Si sigues haciendo eso voy a besarte —me advirtió. ¿Ahora era él el que leía la mente?

—¿C-cómo? ¿Qué estoy haciendo? —«¡Sí deja que te bese lo estás deseando, mira cómo te estás frotando contra su polla, como tus pezones se han puesto de punta, y te estás humedeciendo los labios para él! Bésale, pónselo fácil, demuéstrole que le deseas tanto como él a ti!». Me fijé en mí misma, aquella inquietante voz tenía razón, estaba haciendo todas aquellas cosas, podía sentir la rigidez del miembro de Shaw frente a mis atenciones. Sacudí la cabeza y me aparté como pude roja como un tomate por haberme puesto así con él—. Madre mía perdona Shawi, no sé qué me ha pasado.

—No te disculpes por lo que acabas de hacer, estaba encantado —comentó, y yo entrecerré los ojos.

—¿No le habrás comprado una de esas colonias con feromonas a mi abuela no?

—¿Funcionan? —preguntó divertido—. Porque si los efectos secundarios son esos te juro que le compro todas las que tenga y me meto en un barreño —declaró. Solté una risilla nerviosa.

—Anda tonto, dame un minuto y bajo. ¿Vamos a algún sitio en concreto?

—Haremos una excursión y pasaremos la noche fuera, así que tú misma —respondió seductor.

—¿La noche? —titubeé.

—¿Tienes algún problema con pasar la noche conmigo? —Reconozco que dudé, no estaba segura de poder pasar la noche con él y que no ocurriera nada entre nosotros, ¿y eso dónde me dejaba con Cédric? «¿A caso crees que MacLeod es un monje? Seguro que ahora mismo se está tirando alguna de sus amiguitas, no te engañes, eres una más; cuando se haya vuelto a colar en tus bragas te olvidará para siempre, en cambio, Shaw es distinto, él sí te ama de verdad.

¿Qué pierdes dándole una oportunidad? Además te gusta, mira lo empapadas que están tus bragas». Instintivamente apreté los muslos, era cierto, sentía la humedad deslizándose por mis piernas.

—Ninguno —le respondí finalmente. Subí a la habitación y me cambié a toda prisa.

Me puse ropa cómoda para ir de excursión y un vestido más elegante para ir a cenar, no sabía qué planes tenía... «Coge el colgante, vamos Didi cógelo», era la voz masculina. ¿Colgante? ¿Qué colgante? Desvié la vista hacia mi cómoda y allí estaba, el colgante que me regaló Cédric.

¿Qué hacía allí? No recordaba haberlo sacado de su caja. «Llévatelo Didi, lo necesitarás». Estaba comenzando a sentirme algo nerviosa, eso de tener distintas voces hablándote en la cabeza no debía ser muy sano. «Vamos pequeña, sabrás cuando usarlo, hazme caso, solo llévalo contigo. Cógelo ahora antes de que ella te vea». ¿Ella? ¿Quién era ella? Vi el brillo de la piedra, puse el colgante a contraluz y dudé si llevarlo o no, la voz era muy persistente. Golpearon a mi puerta e instintivamente lo encerré en mi puño. La cabeza de mi zanahorio asomó.

—¿Estás lista?

—Lista —afirmé. Él agarró mi mochila, se la colgó del hombro y me tomó de la mano.

—Pues entonces vamos, la aventura nos espera —aseguró, y tiró de mí escaleras abajo.

—Espera tendré que decirle algo a mi abuela.

—Tranquila, ya se lo he dicho yo —alegó. Al entrar en la tienda los ojos de mi antecesora me miraron sonrientes.

—*Seanmhair*, Shaw y yo...

—Lo sé, han sido días muy duros y necesitas desconectar y pasarlo bien ahora que todo se ha puesto en su sitio, así que disfruta mucho, si yo estuviera con ese pedazo de pelirrojo lo haría —aseveró atrevida arrancando una profunda carcajada en Shaw.

—¡*Seanmhair!* —le recriminé mientras ella se encogía.

—Sois jóvenes y guapos, hay que disfrutar de la juventud ya sabes lo que opino —comentó. Esperaba que no se pusiera a dar una de sus charlas sexuales delante de Shaw, solo me faltaba eso.

—Demasiado bien —asentí. Noté que algo se clavaba en mi mano, «¡el colgante!» recordé, ahora no iba a subir de nuevo así que lo guardé en el bolsillo delantero del pantalón—. Nos marchamos, no te preocupes que no estaré más de un día fuera.

—Por mí como si estás toda la semana, goza Didi, fluye, encuentra tu poder

interior y descubre cuáles son tus verdaderos deseos —declaró mi abuela, mirando a Shaw de refilón. ¿Mi abuela estaba insinuando que me acostara con Shaw cuando ella misma no dejaba de hablarme de Cédric?—. A veces es necesario comerse una buena zanahoria para saber si te gustan más que los plátanos —susurró a mi oído para que él no la escuchara—. Yo se la comería —. Me dieron ganas de gritarle mil cosas, pero eso solo pondría en evidencia lo que acababa de decirme.

—Ya veremos lo que hago, ya sabes que no soy de picotear entre horas.

—Pues tal vez por una vez deberías permitirte el lujo de hacerlo, ¿cómo vas a saber qué te gusta más sino lo pruebas? Arriégate y pásalo bien pequeña —sentenció. Esa mujer no tenía remedio.

Me dio un beso y nos despedimos.

Capítulo 13 (Didi)



Sonreí extasiada por la belleza del paisaje, había venido alguna vez antes, pero siempre me maravillaba aquel entorno que parecía sacado de un cuento de hadas.

Los rayos de sol me calentaban la piel. Shaw llevaba el jeep cargado con una tienda de campaña y comida suficiente para un regimiento, así que el vestido fijo que me lo había llevado para nada, y más viendo dónde me había traído.

Bajamos del coche, él de un salto y yo agarrándome a su fuerte cuerpo.

—Bienvenida al Glen Brittle, zanahoria.

Era un lugar único, se le llamaba así, el valle del bosque ancho por la riqueza ecológica del lugar.

—Gracias, zanahorio —respondí dejándome caer pegada a su cuerpo.

Mientras él cargaba todo a su espalda, yo me dediqué a disfrutar de la naturaleza que nos rodeaba, el cielo estaba completamente despejado, el sol brillaba con fuerza y dotaba de unos colores intensos y brillantes a todo lo que nos rodeaba.

Era un lugar mágico, se decía que el valle de Brittle era el hogar de los elfos y las hadas, pues gozaba de una extraña belleza. Estaba rodeado por las majestuosas montañas Cullins, surcado por arroyos y sembrado de piscinas naturales, no en vano era conocido como el lugar de las *fairy pools* o piscinas de las hadas.

—Ya estoy listo ¿vamos? —Asentí maravillada. Yo también puse mi mochila a la espalda para comenzar a caminar.

Nos recreamos en todos aquellos maravillosos rincones que se desplegaban ante nuestros ojos. Shaw me comentó que no era la primera vez que venía, su padre era bastante aficionado al senderismo y lo traía aquí de pequeño.

Recorrimos el camino que bordeaba el río Brittle, que era bastante estrecho, hicimos varias paradas, una para merendar, otras para embebernos de la magnificencia del entorno y las demás simplemente para hacer el tonto y sacarnos alguna que otra foto.

Parte de la tarde la pasamos recorriendo el valle, con calma para no perdernos absolutamente nada, lo habitual era recorrerlo en tres horas, aunque nosotros tardamos bastante más.

La sucesión de estanques, unidos por preciosas cascadas era sorprendente, daban ganas de lanzarte de cabeza a sus cristalinas aguas, sobre todo si tenías en cuenta el calor que hacía y la cantidad de horas que llevábamos andando.

—¡Hemos llegado! —anunció orgulloso Shaw. Descargó la enorme mochila y admiró el solitario lugar, mientras yo me recreaba la vista con él.

Desde luego que estaba muy fuerte, no se había quejado ni una sola vez por el peso que llevaba, la camiseta se pegaba a su gran cuerpo y las bermudas mostraban aquellos gemelos poderosos. Realmente era una escultura, me obligué a apartar la vista y descubrir el lugar que mi amigo había escogido para pasar la noche. Era un lugar idóneo, situado al lado de una gran cascada que daba paso a un estanque cristalino. La belleza de aquel lugar te dejaba sin respiración.

—¡Es impresionante! —exclamé llena de alegría, yo también había soltado la mochila y no dudé en lanzarme a sus brazos como muestra de lo entusiasmada que me sentía. Él me cogió sin titubear dando vueltas y haciéndome girar. No podía dejar de reír entre mareada y maravillada.

—Siempre soñé con traerte aquí —murmuró deteniéndose con suavidad—, este lugar fue mágico para mi padre y el amor de su vida. Además de ser un sitio muy especial para mí.

—¿Así que este era el nidito de amor de tus padres? —pregunté divertida.

—No he dicho de mis padres —me corrigió. Menuda metida de pata.

—Sea como sea es maravilloso —declaré. Él no dijo nada más al respecto y yo no quise ser indiscreta.

—Me alegro que te guste, quiero que forjemos hermosos recuerdos aquí —comentó. Sus ojos estaban brillantes. Estaba muy acalorada, no estaba segura si por la cercanía de nuestros cuerpos o por el pedazo de excursión, o tal vez por ambas cosas. Fuera como fuera me sentía receptiva a sus atenciones. Shaw no dudó y descendió para tomar mi boca dejándome sin aliento.

Besaba francamente bien, lento, suave, recorriendo sin prisa cada recoveco de mis labios. Paladeó mi lengua saboreando cada suspiro que emitía. Recorrió mi espalda con sus manos para acabar agarrándome del trasero y empujándome a la rigidez que se envaraba entre sus piernas.

«Eso es, pequeña, siéntelo, disfrútalo, entrégate a él. Shaw es tu futuro, no lo pienses más y hazlo, demuéstrole que tú también le deseas», la voz soltó una sibilina risa, mientras yo me encendía sin remedio. Era más fuerte que yo, necesitaba desnudarme, sentirle, como si algo me empujara a hacerlo, a entregarme.

Shaw me tumbó en el suelo y abandonó mis torturados labios para morder mis pechos sobre la camiseta. Jadeé abandonada, deseaba lo que me estaba haciendo, mi cuerpo imploraba el alivio que sabía me daría.

Subió mi camiseta arremolinándola en las clavículas para desabrochar la parte delantera del sujetador y liberar las cremosas cimas.

—Perfectos —observó antes de abalanzarse sobre ellos para atormentarlos, Shaw era sutil, un amante considerado, nada parecido a Cédric, quien fue mucho más impetuoso la vez que estuve con él.

Sabía que iba a ser capaz de hacerme disfrutar y eso me relajaba, tal vez mi abuela tuviera razón y lo que necesitaba era comparar.

Su cabeza recorrió con dulces besos mi abdomen, deteniéndose en el ombligo

para adorarlo, desabrochó con agilidad el botón del pantalón y lo deslizó hacia abajo sin dejar de besar cada porción de piel que descubría a su paso.

Subió por el interior de mis muslos y lamió mi sexo por encima de la braguita de algodón, clavando los ojos en los míos.

Estaba algo nerviosa, sobre todo cuando vi que sacaba una navaja del bolsillo trasero.

—Ahora quédate quieta, zanahoria —me pidió. No pensaba moverme. Pasó la afilada hoja trazando un camino ascendente, presionando lo suficiente como para que mi adrenalina se disparara. Introdujo la hoja por un lateral de la braga rasgándola de un tirón en el costado. Ahogué un grito—. Shhhhh, preciosa, solo quiero desenvolver este precioso regalo que hay entre tus piernas, quiero devorar tu dulzura —susurró.

El corazón me iba a mil, la hoja pasó con suavidad por la piel que quedaba justo encima del pubis, se coló en el otro lateral y tiró con fuerza hasta desgarrar la delicada prenda. Acto seguido lanzó la navaja lejos, abrió mis piernas apartando la tela que seguía sobre mi sexo y sumergió su boca en mi vagina.

El placer era absolutamente arrebatador, mi cuerpo se agitaba, mis piernas se abrían dándole paso a aquella dulce agonía. La barba naranja friccionaba mi clítoris a cada acometida de su inagotable lengua. Gemía abiertamente, sin pudor, mientras él se alimentaba con fruición del jugo de mi deseo.

—Eso es entrégate a mí, lo ves, Didi, ¿lo sientes?, siempre fuiste mía —declaró. Sus palabras se mezclaban con mis jadeos—. Eres deliciosa, justo como siempre te había imaginado, quiero que te corras en mi boca, quiero saborearte por completo, no te reprimas —me alentó. Mis caderas subían y bajaban embravecidas, todo era muy turbulento, casi delirante. Mis manos se aferraban a la hierba fresca que rozaba mi piel desnuda. El placer era tan abrumador que la arrancaba, dejándola inerte entre mis dedos para tomar el siguiente brote y hacer lo mismo. Estaba abandonada a aquel apasionante delirio cuando volví a escuchar la voz masculina. «Rápido, Didi. Pídele que te lo ponga, hazlo ahora, antes de que sea demasiado tarde, pídele que te ponga el collar». Los labios de Shaw hicieron un requiebro succionando mi clítoris con fuerza.

Grité, ¡Por todos los dioses era muy habilidoso con la lengua! La voz gruñó y protestó en mi cabeza «¡Por todos los infiernos! Yo no debería estar viendo esto, escúchame bien, Didi, sé que puedes hacerlo, aunque en este momento te cueste la misma vida», carraspeó. «Pero es imprescindible que te ponga el colgante, obedéceme, pequeña, es por tu bien, pídeselo», apenas podía hablar, estaba yo como para pedir un maldito colgante. El orgasmo se estaba fraguando, lo notaba enroscándose en mi bajo vientre cuando los dedos de Shaw me penetraron arrancándome un nuevo grito.

—Eso es, estás tan mojada, tan apretada. No sabes cuantas ganas tengo de tomarte, pero primero tengo que dejarte lista para que no te duela y puedas albergarme —aseguró. Aquellos dedos entraban y salían con suavidad, buscando más profundidad en cada acometida—. Eres una diosa, mi Diosa y voy a rendirte pleitesía con mi cuerpo y con mis labios —declaró. Shaw volvió al ataque para hacer que me derritiera. «¡Será posible!», rezongó la voz masculina «te juro que si le pides que te ponga el colgante te dejaré en paz, ¡pero pídeselo por lo que más quieras!». Estaba harta de escucharle, necesitaba que esa maldita voz se callara y me dejara fluir libremente. «¡Vamos! ¡Hazlo de una maldita vez!».

—¡Cállate de una puta vez! —grité en voz alta. Shaw se detuvo y me miró consternado.

—¿No te gusta que te diga cosas? —¡Mierda! ¿Lo había dicho en voz alta? Iba a pensar que estaba loca.

—Eh, no, ejem, es solo que me gusta jugar, como me has dicho Diosa, me he imaginado una Diosa tirana —traté de salvar la situación. Su sonrisa se amplió.

—Mmmmm, me gusta ese juego y ¿qué quiere mi Diosa que haga? —¡Que me comas el co...! «¡Que te ponga el collar!». «¡Quieres callarte de una vez y dejarme en paz maldita voz del demonio!», protesté. «En algo has acertado, soy el maldito demonio, así que no dejaré de atormentarte hasta que no te lo hayas puesto. Solo me largaré si lo haces». Estaba crispada de escucharle, así que si el maldito collar iba a hacer que se silenciara...

—¡Ponme el puto collar! —ordené irritada.

—¿Cómo? ¿Qué collar? —Resoplé mirando a Shaw. Prefería ponérmelo a seguir escuchando aquella voz. «Por fin, buena decisión».

—Búscalo, por favor, está en el bolsillo de mi pantalón —le señalé. Él sonrió con picardía.

—¿Se trata de algún tipo de fetiche?

—Más o menos —respondí contrita. Él se apartó curioso e irremediamente sentí la pérdida al momento. Mi cuerpo gritaba por ser saciado. Por suerte los pantalones estaban cerca. Sacó el colgante y lo miró curioso.

—Es muy bonito, grande y grueso —comentó. Era cierto, la piedra era como su dedo índice con el grosor de ambos dedos, no recordaba que fuese así, de hecho, en la cajita era más pequeña que ese tamaño. ¿Cómo había podido crecer tanto?—. ¿Quieres que te lo ponga, mi Diosa? —«Dile que sí», me hostigó la voz.

—¡No te callarás no! —Shaw volvió a mirarme estupefacto, otra vez había hablado a viva voz, ahora debería fingir mi papel—. ¡Pues claro que sí! Qué esperabas que quisiera con él, espabila, zanahorio, quiero que me complazcas —solté. Su sonrisa se amplió.

—Será un placer, mi Diosa, incorpórate para que pueda ponértelo —me pidió. Yo me senté y antes de que me lo colocara, Shaw me sacó la camiseta y el sujetador—. Creo que así estarás más cómoda y hermosa —manifestó, al tiempo que pellizcó mis pezones desde atrás, provocando que un gemido escapara de mi garganta y apoyara mi cabeza sobre su hombro, proyectando los pechos hacia delante—. Eso es, ahora levántate el pelo para que pueda ponértelo —señaló. Elevé la melena y él colocó la piedra entre mis pechos, ¿había vuelto a crecer? En cuanto tocó mi piel sentí como si me estuviera abrasando, apenas le di tiempo a abrocharlo que me levanté gritando y corriendo irremediamente hacia el lago, necesitaba apagar con urgencia esa quemazón.

Me lancé de cabeza sin pensarlo dos veces y en el momento que lo hice creí caer por una inagotable cascada de agua.

Intenté gritar, pero obviamente no podía, pues si lo hacía lo único que lograría iba a ser ahogarme. ¿Cómo era posible que hubiera una cascada

submarina con lo apacible que estaba el agua? Había oído que había corrientes fuertes en algunos puntos de las *fairy pools*, aunque esto era imposible.

El pecho ya no me ardía, ahora eran los pulmones, estaba al borde del colapso cuando sentí que mis pies tocaban fondo. Me impulsé hacia arriba por inercia, si había tocado fondo tal vez tuviera una oportunidad, aunque estaba convencida de que no iba a sobrevivir con la altura que debería haber caído.

Para mi sorpresa no fue así, salí del agua sin mayor problema para darme cuenta de que me llegaba por la cintura. ¿Pero qué narices había pasado? ¿Qué había ocurrido?

Escuché una risa cantarina a mis espaldas.

—¿Bell, estás bien? Menudo salto, creo que es el más grande que has hecho hasta el momento, si tu padre te ve nos mata seguro —¿De quién era aquella voz? ¿Con quién estaría hablando? Me di la vuelta, parecía estar sola allí, no había rastro de Shaw. ¿Cómo iba a haberlo? No iba a pretender que cometiera la locura de tirarse tras de mí por una cascada subterránea.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —La risa volvió a resonar como pequeños fragmentos de cristal.

—Menudo porrazo has debido de darte en la cabeza, claro que hay alguien soy yo Fay —dijo la voz. Volví a mirar a mi alrededor y entonces sentí un ligero chapoteo. Me volteé para ver sobre el agua una preciosa chica flotante. Un momento, ¡las chicas no flotan!

Me fijé bien en ella, ¿era un sueño? No conocía a nadie que se le pareciera, o tal vez sí, ahora que me fijaba bien se le daba un aire a Keiti. Tenía el pelo corto, muy negro, como las alas de un cuervo, los ojos eran del mismo color, oscuros como la noche y con unas pestañas interminables. Tenía pecas sobre su minúscula nariz y una boca pequeña y regordeta, como una cereza madura. No dejaba de sonreír mostrando una dentadura blanca y perfecta.

Iba semidesnuda, con una túnica color ocre, completamente transparente, que mostraba una grácil figura de escasas curvas. No llevaba calzado y sus uñas parecían recién salidas del salón de belleza.

Lo más sorprendente eran unas alas etéreas que brotaban de su espalda. Llevaba un colgante muy similar al mío en color amatista, aunque era más pequeño.

Estaba claro que se trataba de una alucinación.

Me llevé la mano al cuello, buscando instintivamente el mío. Ahí estaba, tan pequeño como lo recordaba y no tan grande como el que Shaw me había puesto. ¿Cómo era posible que el colgante cambiara de tamaño? Seguro que había sido otra alucinación.

Miré hacia abajo, para ver si seguía entera. Yo también llevaba una túnica, pero en mi caso era verde hierba, aunque igual de transparente.

¿Qué tipo de sueño era ese? ¿La versión porno de Campanilla? La miré de nuevo sin creer que algo así me estuviera sucediendo. Un instante antes estaba al borde del orgasmo y ahora en un lago semidesnuda con una chica alada. ¿Me estaba volviendo majareta?

—Bell ¿estás bien? me estás asustando —me preguntó la chica que me miraba fijamente, y se puso a revolotear a mi alrededor como si estuviera buscando algo—. Tu cabeza parece estar entera —dijo palpándola con suavidad y yo le solté un manotazo.

—¡Aléjate de mí! —la amenacé.

—¿Esto es porque no quise saltar contigo? ¡Ya sabes que me aterran las cascadas! Soy un hada de la cosecha no una acuática, aunque cualquiera diría que tú eres una hada de las flores pareces más una de agua dulce como Ondina; que por cierto no sé dónde se ha metido.

—¿Me llamabais? —Una escultural rubia salió de debajo del agua, sus pechos eran más que generosos, y su túnica era azul cielo a juego con su mirada. Pese a salir del agua su cabello no estaba aplastado, sino que lucía unos hermosos bucles dorados que caían hasta la cintura. El hada morena resopló.

—¿A ti qué te parece? ¿Dónde te metes? —Ella emergió agitando sus alas y se tumbó al sol en la orilla.

—Estaba en el límite del puente, en el lago prohibido, y él estaba de nuevo

allí —suspiró. ¿Qué puente? ¿Qué lago prohibido? Y lo más importante ¿Quién era él? Sentía como si hubiera traspasado la pantalla del cine y estuviera en la peli de Campanilla, aunque a escala natural, esas hadas no tenían nada de minúsculas como las de las pelis.

—Sabes que lo tenemos prohibido, si Oberón sabe que has ido hasta allí te castigará y no te dejará salir hasta la próxima cosecha —la regañó la morena. La rubia puso morritos y volvió a suspirar.

—Si el padre de Bell hace eso habrá merecido la pena después del glorioso espectáculo de verle desnudo. ¡Qué hombre! —exclamó y se elevó sin ningún esfuerzo y dio una pirueta en el cielo—. Díselo tú, Bell, MacLeod es el laird más hermoso sobre la faz de la tierra.

—¿Has dicho MacLeod? —pregunté a la rubia que sacudió la cabeza entusiasmada.

—Sí, preciosa, era él, estaba allí —señaló con el dedo hacia delante, siguió con la mirada soñadora alabando las delicias del laird—. ¿Cuántas veces hemos suspirado por Iain Ciar MacLeod? —suspiró—. Escondidas entre los matorrales como meras espías, soñando que en vez de poseer a una criada es a nosotras a quien nos colma de atenciones entre las aguas —añadió. Me costó tragar, ¿pretendía hacerme creer que yo miraba porno en directo con ella?

—Cualquier día el rey os pillaré y entonces la tendremos —protestó Fay.

—¿Disculpa? —Intercedí mirando a la rubia—. ¿Estás sugiriendo que tú y yo somos unas voyeur?

—¿Qué palabra es esa? —inquirió curiosa Ondina.

—Significa mironas —le aclaré mientras ella sonreía.

—Ah, sí, eso sí que lo somos y un rato, aquí la sosa es Fay que se muere por las alitas de Fëanor y no le dice nada —apostilló la rubia. La morena enrojeció y se cruzó de brazos con ímpetu.

—Claro, mejor ser una descarada como tú y yacer con varios a la vez —la atacó Fay. La rubia ni se inmutó.

—Sabes que soy una hada muy curiosa y desinhibida, además, no hay ninguna ley que prohíba yacer con más de uno, no me dirás que Aragorn, Eru y Celegorm no son hermosos.

—Pueden ser todo lo guapos que tú quieras, pero yo no soy como tú.

—Claro, tú estás enamorada de Fëanor, mientras él ni se entera, así seguro que se va a fijar en ti —dijo socarrona la rubia. La morena desvió los ojos—. Además, todos sabemos que el rey quiere a Fëanor para Bell y él se muere por sus alas.

—¡Cuando hablas de machos te pones insoportable! —La morena le sacó la lengua y la rubia se carcajeó.

—Teniendo en cuenta que tú lo eres siempre, por un día que lo sea yo no pasa nada. Las verdades escuecen querida Fay.

Decidí meterme bajo el agua, con un poco de suerte cuando saliera mis hadas alucinógenas habrían desaparecido, tal vez lo que simplemente había ocurrido es que al entrar de golpe en el agua helada del lago me había dado una especie de pasmo cerebral y necesitaba espabilar.

Emergí con la esperanza de que Campanilla sexy y Campanilla borde hubiesen desaparecido, pero no, allí seguían discutiendo.

—Pues si no te espabilas al próximo que atacaré será a Fëanor, ese macho está muy desperdiciado y mientras Bell se decide si aceptarlo o no, yo me divertiré con él —aseguró la rubia. Fay voló lanzada para agarrar a Ondina de la túnica.

—Como se te ocurra echarle una de tus malditas zarpas encima te juro que...

—Disculpa, bonita, yo no tengo zarpas, no soy ningún animal salvaje, aunque pueda parecerlo cuando me encuentro en el lecho con mis machos.

—Agrrrrr —gruñó Fay indignada.

—Díselo tú, Bell, tal vez a ti te haga caso esta cabeza hueca, no puede ir por ahí tirándose a todo macho que aletee —protestó la morena. Al parecer, Fay esperaba mi apoyo porque me miraba con fijeza.

—¿Es a mí? —le pregunté, mientras ella volvió a resoplar.

—No si te parece hablo con la otra Bell, esa que hay justo detrás de ti — comentó socarrona. Me di la vuelta, no sé qué esperaba encontrar, pero desde luego no aquello. Al otro lado del lago desnudo y mirándome fijamente estaban un par de ojos amarillos que conocía a la perfección. ¡Era Cédric! ¡Por fin! Eso significaba que estaba despertando de aquella maldita locura.

—¡Cédric! —grité encantada de verle, creo que nunca había estado más feliz en la vida. Escuché gritos a mis espaldas, pero nada importaba, él estaba allí e iba a sacarme de aquella terrible pesadilla. Cuando estuve a un paso de distancia me lancé sonriente a sus cálidos brazos que me recibieron sin mayor problema—. ¡Oh, MacLeod, no sabes cuánto me alegro de verte! Creo que nunca había tenido tantas ganas de que así fuera —declaré. Me daba igual que estuviera tan desnudo como Adán y yo como Eva, y que la serpiente del paraíso pareciera la mar de activa entre sus piernas.

Sus brazos fuertes me agarraban seguros, aspiré su aroma, aquel que tanto me gustaba, después pensé en Shaw, ¿habría llamado a Cédric y este había venido a rescatarme?

—Por cierto ¿dónde está Shaw? ¿Te ha avisado él? No sé qué ocurrió, tenía mucho calor, me metí en el agua y creo que me dio algo porque parecía como si me hubiera caído de una cascada, sentí como si me fuera a ahogar y cuando salí del agua había unas hadas. ¡Lo sé no me lo digas una auténtica locura! Tal vez la caminata a pleno sol me frío el cerebro —cotorreé sin poder parar. Eso y Shaw prodigándome sus tórridas atenciones, pero eso no se lo iba a contar. Al ver que no decía nada me separé un poco y me fijé en su rostro que parecía embelesado—. ¡Oh, vamos, MacLeod, no es momento de que te pongas romántico! Esto no ha significado nada simplemente me he alegrado de verte y saber que estoy a salvo.

—En mis brazos siempre estaréis a salvo, bella *fairy* —afirmó. Puse los ojos en blanco.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames así! —Me observó con fijeza con un extraño brillo en los ojos.

—¿Cómo deseáis que os llame entonces?

—¡Bell! —escuché otra vez el sonido de la vocecilla de Fay llamándome

desde atrás—. ¡Bell! —Él desvió la mirada por un instante intentando elucubrar de dónde venía la voz.

—¿Bell? ¿Ese es vuestro nombre? —interrogó. Me fijé en su rostro algo más detenidamente, las facciones parecían algo más duras, tenía una ligera barba de dos o tres días cubriendo su fuerte mandíbula y una cicatriz profunda en el hombro derecho ¿Tan rápido le crecía la barba a Cédric? Él siempre va afeitado. Fruncí el ceño y pasé el dedo sobre la marca del hombro, no recordaba que hubiera tenido ningún accidente para tener tamaña cicatriz.

—¿Cómo te hiciste esto? —Él sonrió con orgullo.

—Fue en una reyerta con los MacDonal, no os preocupéis ese desgraciado que osó levantar la espada contra el laird yace bajo tierra.

—¿Me estás tomando el pelo? Tú el único McDonald's que conoces es una hamburguesería.

—¿Cómo decís? ¿Hamburguesería?

—¡Si estás intentando tomarme el pelo no tiene ni puta gracia! ¡Ya está bien, Cédric! —Él se tensó.

—¿Cédric? ¿Quién es Cédric?

—Tú, pedazo de alcorcho —dijo enfadada empujándole

—Yo no soy ningún árbol, ni me llamo Cédric, habláis un lenguaje muy extraño, *fairy*, apenas os entiendo.

—¡Que no me llames *fairy*! —Estaba harta ,así que comencé a aporrearle el pecho cubierto de suave vello rubio. ¿Desde cuándo Cédric no se depilaba?

—Se llama Bell, MacLeod y es la hija del rey Oberón, estáis ante la princesa de las hadas, así que le debéis un respeto —dijo Ondina que se colocó a mi lado mirando con apetito a Cédric. Un momento, si Ondina estaba a mi lado ese no podía ser Cédric y ¿por qué la rubia se refería a mí como princesa de las hadas?

Miré al MacLeod que tenía enfrente y que me devoraba con los ojos, no era de extrañar, con aquella ropa que mostraba más que ocultaba. De repente me sentí incómoda, algo que no me había ocurrido nunca con mi desnudez, pero

el modo que ese laird me contemplaba, como si llevara meses de hambruna, me abochornaba.

—Así que las muchachas que siempre espían mis baños son un par de hadas —comentó, y deslizó la vista de una a otra.

—¡Yo no soy ninguna hada! ¡Y jamás te he espiado! —exclamé. Él soltó una carcajada y torció el gesto.

—¿Osáis llamarme mentiroso? —preguntó mientras yo asentía—. Ya, entonces ¿qué es lo que se agita en vuestra espalda? —levantó una mano y acarició algo que sentí como propio, aunque era imposible que sintiera nada ahí, porque ahí no tenía...

—¡Alas! ¡Tengo alas! —exclamé y para mi sorpresa las agité y me elevé sobre las aguas con mucha rapidez, el miedo por verme volar me colapsó. No sé qué hice, pero dejaron de funcionar y estaba a cuatro metros sobre el agua. ¡Funcionad! Rogué antes de saber que me iba a partir la crisma.

Cerré los ojos, pues estaba muy cerca de impactar contra el lago, sin embargo, para mi sorpresa, no lo hice, caí sobre algo blando a lo que me aferré, mientras escuchaba un gruñido de dolor. Levanté la vista y allí estaba él, MacLeod aferrándose entre sus hercúleos brazos, mientras Ondina contenía un gemido.

—Veo que lo que cuentan de la fiereza y la fuerza del laird Iain solo hace honor a la verdad —observó Ondina. Él le sonrió pagado en sí mismo.

—No lo sabéis bien, hada, soy el hombre más fuerte de estas tierras —declaró orgulloso. Una de sus manos estaba justo bajo mi trasero amasándolo.

—¡Saca tu sucia mano de mi culo, MacLeod! Serás el más fuerte, pero eres un cerdo, que yo sepa no te he dado permiso para magrearme las posaderas.

—Para ser una princesa sois bastante malhablada y desagradecida.

—¡Chicas, chicas! —gritó Fay—. He escuchado las trompetas y eso solo puede decir que el rey está cerca, el humano se tiene que marchar, nunca debería haber cruzado el puente y haberse internado en territorio del rey de las hadas —chilló nerviosa. Cédric, quiero decir, Iain, la miró con el ceño fruncido.

—Estas tierras son mías, están dentro de mi territorio —dijo serio y Fay bufó.

—Estas tierras son propiedad de las hadas desde tiempos inmemoriales, desde que el mundo es mundo, simplemente os hemos dejado coexistir junto a nosotros, así que no me vengáis con tonterías y arrebatos de poder —le rebatió Fay, quien desde luego los tenía bien puestos—. Y ahora soltad a la princesa, si el rey os ve aquí no sé lo que será capaz de hacer —advirtió. Él soltó una sonora carcajada.

—No temo a ningún rey de las hadas, qué va a hacer ¿qué me crezcan flores en el pelo a modo de tiara?

—Creedme si os digo que no os haría una tiara precisamente. No os gustaría provocar la ira de Oberón, su poder es inconmensurable —señaló Fay. Iain la miró con hastío.

—Solo me iré si vuestra princesa me da las gracias y como agradecimiento me da un beso. Llevo tiempo viendo su rostro espiándome, mientras que me divierto con mis muchachas, así que supongo que a su majestad no le supondrá ningún inconveniente —comentó. Aquella odiosa mano seguía husmeando entre mis nalgas.

—Te he dicho que las manos quietecitas, MacLeod, yo decido quién me toca y dónde.

—Vamos, Bell, bésale y acabemos con esto, Fay tiene razón, si tu padre descubre que cruzamos el límite y él también, nos puede caer una buena; tampoco es tan grave, Iain es muy hermoso —me pidió Ondina. El laird miraba divertido a Ondina que se acariciaba sugerente—. De lo contrario, puedo sacrificarme yo —se ofreció. Él negó con la cabeza.

—O la princesa o nadie, aunque tal vez acepte vuestro ofrecimiento en otra ocasión, bella hada —acotó. Ella agitó las pestañas mientras las trompetas resonaban más cerca.

—¡Vamos, Bell! —me apremió Fay. Gruñí, qué más daba si le besaba o no a ese idiota, al fin y al cabo, solo se trataba de una maldita pesadilla, tal vez estuviera inconsciente del porrazo y por eso estaba en Fairytopia, porque de seguro que no éramos Fauna, Flora y Primavera; aunque lo pareciéramos con las discusiones.

—Está bien, laird capullo, bésame —le pedí, y él negó.

—Esto no funciona así, primero debéis darme las gracias y después seréis vos quien me beséis con total devoción, no me sirve cualquier beso, princesa, quiero un beso de recompensa —observó. La verdad es que ese punto hosco no le restaba atractivo, aunque me repateaba tener que darle las gracias sabía que debía hacerlo, al fin y al cabo, me había salvado de un encefalograma plano.

—Muchas gracias, laird capullo —le dije con retintín sabedora que no tenía ni idea de lo que significaba la palabra.

Después busqué su boca con la mía y en cuanto nuestros labios se encontraron sentí una especie de corriente eléctrica que me sacudió. ¡Por todas las hadas! ¿Qué había sido eso?

Iain no era suave besando, al contrario, era muy carnal, su lengua exigía la atención de la mía y si bien yo había empezado, estaba claro quién dominaba el partido. Sentí mi colgante como comenzaba a crecer y a pesar.

—¡Suficiente! —gritó Fay arrancándome de los brazos del laird que parecía dispuesto a no soltarme jamás. Me miró agitado como si no entendiera muy bien lo que acababa de suceder—. Ahora marchaos, rápido, antes que el rey os vea.

—Esto no va a quedar así, princesa Bell —manifestó. Sabía que en sus palabras había una promesa, podía sentirlo, de hecho mi cuerpo también le reclamaba. ¿Es que el laird también me ponía? ¡Madre mía me estaba volviendo un pendón desorejado, qué orgullosa se sentiría mi abuela!—. Os buscaré.

—¡Lo que tenéis que hacer es largaros! ¡Vamos! —Ondina creó una corriente con sus manos que empujó al laird fuera del agua y lo arrojó entre los matorrales justo a tiempo.

—¡Hija mía! —retumbó una voz a la orilla del estanque. Las tres nos giramos y allí estaba él. Me llevé las manos al cuello, el corazón empezó a latirme desbocado, era imposible, imposible, ¡el rey de las hadas era igual que mi padre!

Capítulo 14 (Didi)



Notaba como los ojos comenzaban a arderme, hacía tanto tiempo que no le veía, las lágrimas caían silenciosas sobre el agua, apenas noté como mis alas comenzaron a moverse y mi cuerpo a fluir directamente hasta donde él estaba.

Primero me miró con asombro como si le costara entender qué ocurría, después simplemente abrió los brazos, mientras yo me precipitaba hacia ellos.

Lloré, lloré y lloré sin poder controlarme, mientras él aguantaba estoicamente mi llantina.

—Bell, hija mía ¿qué te ocurre? ¿Ha sucedido algo que deba saber? No llores más me estás preocupando —dijo. Era su voz, la misma voz, ¿cómo era posible? ¿En qué tipo de sueño me veía envuelta, que aparecían las personas más importantes de mi vida convertidos en personajes de fantasía? Sorbí por la nariz intentando contener el llanto.

—Es que te echaba de menos, papá, no sabes cuánto —declaré. Él acarició mi espalda con suavidad. Fue entonces cuando sentí que Fay y Ondina se ponían a mi lado.

—¿Sabéis que le pasa a mi hija? —inquirió Oberón, mirándolas a ambas.

—C-creo que se emocionó al ver una cría de conejito que cayó al agua, estaba sola y no estaban sus padres cerca, seguro que algún cazador mató a la madre —se inventó Fay. La miré de reojo que titubeaba nerviosa, menuda

mentira más mala. Si el rey creía la versión mala de Bambi, yo era la princesa de las hadas.

—Mi dulce hija siempre tan tierna —manifestó el rey que me apretujó contra su fuerte y moreno cuerpo, para terminar depositando un beso en la parte alta de mi cabeza. ¿En serio había creído a Fay?—. Sabes que estas cosas forman parte del ciclo de la vida, que los humanos deben alimentarse, pero entiendo que tu bondadoso corazón sufra por la cría, tranquila, diré a algún hada de los animales que vele por su seguridad —argumentó. Pffff, lo que me faltaba, resultaba que era una ñoña a ojos de mi padre; si bien es cierto que el conejito me hubiera dado pena, obviamente no me habría puesto a llorar como si me arrancaran el alma, más bien hubiese adoptado al dulce animalillo—. He venido a buscarte —prosiguió— se hace tarde, ¿recuerdas? Hoy es la noche del Beltane, hoy celebramos el día de la fertilidad, toca que escojas al elegido, y que entres en comunión con él para seguir aumentando nuestro reino, sabes que tengo todas mis esperanzas puestas en ti y en Fëanor —susurró en mi oído—. No sabes las ganas que tengo de que por fin te unas a él y me deis nietos —afirmó girando la cabeza hacia un hado, ¿se les llamaría hados? Pensándolo bien Ondina hizo referencia a ellos como machos, igual el término hada no tenía masculino. La curiosidad pudo conmigo, asomé la cabeza y allí estaba él, Fëanor, hecho a imagen y semejanza de Shaw, el zanahorio. ¡Hala, ya estábamos todos! Menudo sueñecito.

El hado zanahorio me miraba con ternura, igual que hacía mi amigo en el mundo real.

A diferencia de las hembras los machos no llevaban túnica, sino una especie de pareo taparrabos que no dejaba demasiado a la imaginación. Estaba claro que el hado, al igual que su versión original, iba bien calzado.

—Padre, yo no sé si me siento preparada para... —Una risa ronca escapó de sus labios.

—Ninguna hada parece estarlo, hija mía, pero esta es tu noche y lo sabes, debes dar el paso, será mejor que vayamos al poblado para dejarte lista, seguro que tus amigas se mueren de ganas de ver tu túnica nueva.

—Ay sí, vamos, Bell, seguro que es maravillosa como todo lo que hace

Ebúrnea, tiene unas manos increíbles para tejer —dijo Ondina que me cogió de la mano y tiró de mí desvinculándonos con agilidad del grupo que se quedó en la retaguardia. Fay revoloteó hasta llegar a nuestro lado—. ¡Madre mía, Bell, casi te pillas a tu padre! ¡Menudo beso que le plantaste al laird, lo dejaste loco! —Su risa cantarina me irritó en ese momento al recordar el descarnado beso—. Tuve que mandarle una corriente para que se largara, pues parecía clavado a tu cuerpo, aunque tú no te quedaste corta ¿viste cómo te creció el colgante? Y no te ardió la piel, algo increíblemente curioso, aunque igual no llegaste al tope para que empezara a arder —comentó. Aquello llamó mi atención.

—¿A qué te refieres? —Ella me miró extrañada.

—Ese beso debe haber sido realmente bueno para que olvides que sucede con el collar.

—¿Me lo puedes explicar? —Fay bufó con exasperación.

—Eso no ha sido por el beso, sino por la caída, creo que realmente le ha afectado al cerebro —alegó Fay. Era una buena excusa, así que pensaba usarla.

—Yo también creo que me ha afectado, ¿podéis contármelo todo? —

Se miraron la una a la otra y se encogieron resignadas para ponerme al día de lo que era vivir en *Fairytopia*.

Al parecer, cada hada tenía un cometido y todos tenían que ver con la naturaleza, estaban las cosechadoras, las de los animales, las de agua dulce, las de fuego, las de las flores y así sucesivamente. Cada una tenía una labor distinta para ayudar a que el equilibrio del planeta no se perdiera en la mano del hombre.

Llegamos a un lugar repleto de robles, nos plantamos delante de uno muy grande y ancho. Ellas se miraron como si esperaran que hiciera algo, ¿serían como las *druideas* que querían que me abrazara a él?

—¿No vas a entrar? —¿Entrar? ¿Acaso pensaban que podía atravesar el árbol? Tal vez fuera así y las hadas tuvieran ese poder, nunca había leído que ellas pudieran atravesar objetos.

—¿Dentro? —pregunté para asegurarme.

—Obvio, es tu casa, ¿no pretenderás que entremos nosotras primero? Ya sabes que es imposible, debes darnos acceso entrando tú —dijeron. Bien, entonces era así como funcionaba, las hadas podían atravesar los robles y vivían en su interior, aquel tronco era ancho, pero... ¿tanto como para que cupiéramos tres mujeres adultas? No sabía qué pensar, igual había una especie de conjuro que hacía que cuando atravesaras la corteza te convertías en una hada diminuta—. Vamos, Bell, estamos esperando —protesto Ondina.

—Voy —afirmé nerviosa. En mi cabeza dije: «ábrete Sésamo», esperaba que no hiciera falta más, di dos pasos con mucho brío y me encontré estampándome contra la corteza del árbol, menudo cabezazo.

—¿Pero qué haces?! ¿Es que estás loca? —gritaron horrorizadas—. ¡Pon la mano! —exclamaron. ¿La mano? Hasta ese momento no me di cuenta que había una especie de hendidura con forma de huella.

—¡Solo estaba comprobando la dureza de mi casa, por si debía mudarme a otra!

—¿Mudarte? ¿Pero qué dices? Los robles son intransferibles, este es el tuyo y no te puedes cambiar, su espíritu moriría si otra hada intentara habitar en él, ¡no puedes hacerle eso! —Lo que me faltaba, que me acusaran de roblicidio.

—Tranquilas, era una broma, no pienso abandonar mi árbol.

—Deja de decir sandeces y entra en casa de una vez o tu padre va a pensar que hizo mal en que te independizaras antes de tener tu macho —alegó Fay de brazos cruzados y rostro de indignación.

—Está claro que cuando Oberón te dio tus virtudes una no fue la de la alegría —observó la rubia—. Vamos, Bell, abre el roble y muéstranos la túnica, recuerdo mi túnica de Beltane como si fuera ayer, creo que todavía guardo de recuerdo un pedazo después de que mis tres machos la despedazaran —dijo y una risilla sensual escapó de sus labios.

—¿Te la arrancaron? —pregunté, pensando en lo que me deparaba la noche.

—Sí, y por suerte mi colgante estaba hecho para los tres, ¿no me digas que no es una suerte? Pensar en no poder yacer y complementarme con alguno de

ellos me pondría tremendamente triste.

—¡Tú quieres complementarte con todos! —le reprochó Fay.

—¡Y tú con ninguno! Se te van a quedar las alas mustias, después ningún macho querrá complementarse contigo, ¡te haces tanto la digna que terminarás sola! —La morena giró el rostro, aunque antes de hacerlo vi que le había molestado el comentario de Ondina. La rubia por el contrario me miró con ternura—. Mi colgante es especial, me permite estar con cualquier macho porque tu padre comprendió mi naturaleza... curiosa.

—Más bien díscola —protestó Fay.

—¿Entonces, tú puedes yacer con todos? —Ella sonrió abiertamente.

—Exacto, ahora hará falta saber con qué macho te complementas tú, esta noche será muy importante, sabremos quién es el futuro príncipe de las hadas a través del ritual.

—¿Qué ritual? —Fay parecía exasperada ante mi falta de memoria.

—¿Por qué no entramos y te lo contamos todo? Así terminaremos antes — comentó. Miré al tronco y apoyé la mano en él como me habían sugerido, este se abrió y yo tuve que contener la respiración ante lo que veían mis ojos.

Era increíble, era una especie de casita dúplex decorada en tonos pastel y blanco. Era enorme por dentro y sumamente maravillosa.

—¡Wow! —exclamé—. No sabía que los troncos de los árboles fueran tan amplios en su interior—. Ondina se carcajeó.

—Tu padre escogió el mejor roble para ti, vivir en ellos nos permite mantenernos ocultas de los humanos, aunque no lo parezca tenemos una burbuja de protección que nos avisa cuando alguno de ellos está cerca, entonces nos escondemos y nunca nos encuentran.

—¿Cómo jugar al escondite? —observé.

—¿Qué juego es ese? —preguntó Fay.

—Jugar a esconderse y encontrarse —le aclaré.

—Deberíamos contarle a tu padre lo del porrazo, nosotras tenemos un

nombre para ese juego: *Falach àite*. ¿Por qué no lo has usado? —Aquellos profundos ojos negros me miraban intentando arrancarme cualquier secreto.

—Supongo que tienes razón y que el golpe me ha afectado más de lo debido. En fin, ¿vais a explicarme lo del ritual de esta noche?

—Primero será mejor que te enseñemos tu casa, no vaya a ser que también te hayas olvidado de dónde tienes las cosas, prepararemos tu baño y te ayudaremos a cambiarte —señaló Fay tan displicente como Keiti, me recordaba tanto a ella.

—De acuerdo —afirmé.

Me enseñaron la casita, todo era de madera muy clara, casi blanca, con muebles en el mismo color y sedas de colores decorando el ambiente, en vez de lámparas, pequeñas luciérnagas se iluminaban a nuestro paso. Simplemente era mágico. El baño era muy bonito, hecho del mismo material, con un intrincado sistema de cañas huecas a modo de tuberías, para que hubiera agua corriente. Las chicas me contaron que el agua que se utilizaba era la procedente de la lluvia, las hojas del roble actuaban como filtro, entraba por ellas y viajaba hasta una especie de depósito dónde se almacenaba y así nunca faltaba. Me pareció asombroso.

La cama era como las de las películas medievales, con un maravilloso dosel que me recordaba a la cama de una princesa.

—Mira, Bell, ¡ahí está tu túnica! ¡Es preciosa! —Ondina la tomó entre sus manos para pasármela, era del mismo tono que mis ojos combinada con dorado, era una pieza exquisita.

—Es muy bonita —dije, y ambas rieron encantadas ante mi agrado.

—Bien y ahora ha llegado la hora del baño, vamos a llenar tu bañera, preparar los jabones y las esencias de miel y violeta, vas a estar resplandeciente, tu elegido no se va a poder resistir.

—¿Podéis explicarme la ceremonia? —Ondina parecía la más receptiva a ello. Lo que me contó me dejó muerta.

Al parecer, ponían un altar en el bosque donde ponían al hada

hembra, que en este caso sería yo. Todos los machos solteros escogidos por mi padre estarían allí y vendrían a mí con la intención de complacerme, y gustarme lo suficiente como para engrosar mi colgante.

Me explicaron que el colgante es una especie de piedra sexual, crecía al ritmo del deseo del hada que lo portaba, aunque solo cuando el deseo estaba a más del ochenta por ciento, sabías si el macho era el elegido o no.

La piedra adquiriría el mismo aspecto y tamaño del elegido, en caso de no ser él, la piedra se ponía a arder, era el modo que tenía el colgante de avisar que no se trataba del correcto. ¿Por eso ardió cuando estaba con Shaw? ¿Él no era el correcto? ¿Era eso lo que trataba de decirme aquella voz masculina y después el colgante?

Ellas proseguían con la explicación, mientras yo me metía en la bañera relajándome al instante. Las manos de las que, se suponía eran mis amigas, recorrían mis esbeltas curvas untadas en jabón. Mmmm, la sensación era voluptuosamente deliciosa, nunca nadie me había bañado y mucho menos una mujer, reconozco que al principio me sentí algo cohibida, aunque lo hacían con tanta naturalidad que terminé relajándome.

Ellas no dejaban de parlotear entusiasmadas.

—Pues como te decía la piedra crece hasta alcanzar el tamaño del miembro del elegido, es tu llave sexual y antes de enterrarse en ti él debe hacerlo con el colgante, así os aseguraréis una noche de lo más placentera —me explicó Ondina. No podía creerlo, ¡las hadas tenían dildos de piedra para jugar con ellos! Mi abuela alucinaría y se llevaría a las mil maravillas con esa comunidad, fijo que Ondina flipaba con su maletín.

—¡Eso no es un colgante, eso es un pollante! —exclamé con la piel erizada por el masaje. Las dos se echaron a reír.

—Un pollante, menudas ocurrencias tienes, Bell. Qué palabra tan curiosa —comentó Fay. Claro, ellas no sabrían qué era una polla, suspiré.

Cuando terminaron de asearme y vestirme me mostraron ante un espejo, simplemente estaba espectacular. Mi pelo rojo llameaba cayendo por debajo de las rodillas, mis pechos estaban algo más llenos al igual que mis caderas, los acaricié sintiéndolos más pesados de lo habitual.

—Tu cuerpo se está preparando —aclaró Fay—, cuando nuestro *Beltane* se acerca nos volvemos mucho más femeninas, nos preparamos para recibir al elegido.

—Así que así se verían mis tetas pasando por cirugía —solté y me miré de perfil, por lo menos tenía un par de tallas más y muy tiesas. No es que me quejara de mi pecho, pero lo cierto es que me sentaban muy bien.

—¿Cirugía? —preguntó Fay.

—Quería decir por brujería, si una bruja me hiciera un aumento de pecho se verían siempre así —dije con rapidez. Ondina rio.

—No te preocupes por eso, cada vez que estés con tu macho crecerán igual que el pollante, deberías ver las mías —manifestó. Las suyas ya eran grandes de por sí.

—Bueno, dejaros de cháchara, es la hora, Ondina, pásame la tiara —nos reprendió Fay. La rubia le dio una corona hecha con violetas, eso junto a la miel que habían utilizado como hidratante hacían que desprendiera un aroma único.

—Estás preciosa, tu padre se sentirá muy orgulloso de ti, Bell, y los machos morirán por saborear la miel de tu cuerpo, les encantan las cosas dulces —aseguró Ondina. No estaba muy segura de si me iba a gustar que un montón de tíos con alas me rechupetearan el cuerpo.

Fui con ellas algo nerviosa hasta el lugar indicado donde nos esperaba mi padre. Había unos cinco hados formando un círculo alrededor de un altar, a cual más guapo, rubios, morenos y el pelirrojo. La verdad es que cualquier mujer se sentiría afortunada de poder escoger a cualquiera de ellos y de que todos la colmaran de atenciones. El resto de las hadas estaban congregadas en un rincón, sonrientes y expectantes.

Fay y Ondina me acompañaron hasta dejarme con mi padre quien me besó y colocó a su lado para dirigirse a su pueblo.

—Sabéis que esta noche es muy importante para todos nosotros, el *Beltane* indica un comienzo tanto para la cosecha como para la vida de dos de nosotros. Hoy ha llegado el día de que mi hija, vuestra princesa, escoja a su

elegido y ambos empiecen una nueva vida juntos, llenándonos de alegría a todos. Cinco machos han sido seleccionados por mí, por su fuerza, sus atributos, su lealtad y honor. Estoy convencido de que elija a quien elija mi hija será un gran príncipe para nuestro pueblo.

—¡Qué así sea! —gritaron todos al unísono.

—Y ahora, hija mía, permíteme que te coloque esto —me pidió. Era una tira a juego con mi túnica, con ella me envolvió los ojos, me tomó en brazos y me depositó sobre la piedra fría. El corazón golpeaba mi pecho. ¡Madre mía, iba a hacer una orgía haduna! Yo que apenas había estado con Cédric y con la boca del zanahorio ¡iba a estar con cinco! Mi abuela seguro que se sentiría orgullosa, pero yo estaba aterrorizada—. Tranquila, hija mía —susurró mi padre a mi oído—, sabrás qué hacer en cada momento, confío en ti, todos lo hacemos —declaró y volvió a besarme en la mejilla incorporándose después—. ¡Pueblo de las hadas dejémosles solos y vayamos a festejar el *Beltane*!

Una música muy suave comenzó a fluir llenando mis oídos, aunque apenas podía escucharla debido a la fuerza con la que martilleaba mi corazón.

Pensaba que vendrían de uno a uno, pero no fue así, manos y bocas suaves como plumas comenzaron a llover sobre mi cuerpo. Las caricias vagaban sobre mi piel cubierta por la túnica, no la subieron o la quitaron, se quedó como un suave velo sobre el que pendía un extraño juego de seducción.

Les sentía por todas partes, besando mis pechos, tironeando de mis pezones, mientras lamían mi cuello, abdomen y sexo. Tenía las piernas abiertas, al tiempo que uno hurgaba con su lengua entre ellas, aunque nunca directamente, siempre por encima de la suave tela. Unos dientes mordían mis pantorrillas y una lengua juguetona lamía el empeine de uno de mis pies ascendiendo por el interior.

Era una auténtica locura, una experiencia tremendamente erótica y sensual que me empujaba a excitarme sin remedio. No podía acallar la cantidad de gemidos que se agolpaban en mi garganta, ellos hacían lo mismo como si prodigarme placer les encendiera sobremanera, no hablaban, solo emitían sonidos de gozo al igual que yo.

Mi cuerpo estaba completamente estimulado, no habían dejado un solo rincón

que incitar, estaba clavando las uñas con fuerza contra las palmas de mis manos para no dejarme llevar y correrme de gusto. El colgante comenzaba a pesar mucho, señal inequívoca de la grandeza de mi excitación. ¿Habría alcanzado ya el tamaño oportuno?

—Ese tamaño solo lo tengo yo —observó una voz profunda—, así que podéis retiraos, la princesa ya ha elegido —alegó, yo me mordí el labio—. ¿Sería eso cierto? ¿Mi cuerpo había escogido compañero? Escuché como se alejaban, ¿me habrían dejado a solas con el elegido?—. Me alegro de haber sido yo, mi hermosa princesa, vuestro padre se sentirá muy orgulloso de vuestra elección, sé de sobra que yo era su predilecto —comentó. Al instante supe de quién

se trataba.

—¿Fëanor? —pregunté temiéndome que el macho que le gustaba a Fay era el que mi cuerpo había reclamado.

—Así es, mi adorada princesa, juro que os honraré hasta el fin de mis días —manifestó. Menuda mala pata, el hado zanahorio era mi elegido ¿eso sería otra señal? ¿Entonces, por qué había ardido mi colgante con Shaw? Sus manos recorrieron mis piernas enroscando la túnica por encima de la cintura—. Sois tan hermosa, princesa Bell, no sabéis cuantas veces me he imaginado haciéndoos lo que os voy a hacer.

Percibía sus ojos recorriendo mi cuerpo expuesto, sabía lo que venía ahora, pero pese al morbo y la excitación no me sentía segura.

—¿Estás seguro de que soy yo quién te gusto, Fëanor? ¿Qué me dices de Fay? —inquirí cuando noté sus labios besando mis muslos.

—¿Fay? —Parecía sorprendido por mi pregunta.

—Sí, Fay, ¿qué me dices, acaso no te gusta? —Una risa ronca retumbó.

—Fay es bonita, aunque no como vos que me hacéis arder la sangre con vuestro cabello rojo y vuestra piel de color jazmín, sé que es a vos a quién deseo, además, seré un gran príncipe y un buen rey —acotó. Su boca ascendió acercándose peligrosamente hacia mi sexo—. Antes os devoré con la túnica puesta, sin embargo, ahora muero por hacerlo sin ella, quiero saciar

mi apetito con vos, mi princesa, quiero degustaros hasta que imploréis que os desflora con la piedra —añadió. ¿Desflorar? ¡No me jodas! ¿Ahora resultaba que volvía a ser virgen? No estaba dispuesta a volver a pasar por la pérdida de mi virginidad, ¡eso sí que no! Si ya fue mala la primera vez la segunda con una piedra, fijo que era peor. Iba a decir que no siguiera cuando su boca tomó mi hendidura y dejé de pensar. Igual que me pasó con Shaw, ese hado era un genio del cunnilingus, me estaba revolucionando a más no poder cuando la piedra comenzó a arder.

—¡Para, para, Fëanor, detente! ¡La piedra! —exclamé intentando sacármela de encima, aunque parecía fundida con mi piel. Él se detuvo en seco.

—No lo entiendo, es imposible, el tamaño era el adecuado, era el mío.

—Pues ya ves que no —observé incorporándome y quitándome la venda, aquello ardía una barbaridad, necesitaba agua como fuera.

—Dejadme sola, voy a bañarme a ver si logro que esta piedra del demonio deje de abrasarme la piel, regresa con los demás, necesito intimidad —le exigí. El pobre hado no salía de su asombro, pero frente a la evidencia, no pudo hacer más que claudicar.

—Como deseáis, princesa —asintió. Yo anduve hasta el lago con un millar de emociones bullendo en mi piel, necesitaba despejarme de aquella experiencia como fuera. Me lancé al agua con túnica incluida, con un poco de suerte me despertaría de mi sueño de hada calenturienta y regresaría entendiendo el mensaje. Shaw no era mi media zanahoria.

Cuando emergí esperaba que se hubiera obrado el milagro y despertara hallando a mi amigo preocupado por el tatarazo que debía haberme arreado tirándome al lago, pero no fue así, a quien me encontré vestido con tan solo un kilt amarillo con toda la pechera al aire fue a MacLeod, que estaba en la orilla agazapado.

¿Podía el pollante encenderse con tan solo una mirada? Pues si no lo había hecho, lo que se había encendido era otra parte de mi cuerpo que estaba a punto de convertir las gélidas aguas del lago en un geiser a punto de erupción. ¿Era lícito que un hombre tuviera ese físico y te mirara con aquellos ojos ambarinos plagados de deseo? Me fijé por instinto en su

hombro, estaba claro que no era Cédric, sino Iain. La diferencia entre ambos radicaba en que Cédric era algo más refinado, su antepasado era mucho más agresivo, tenía un aire primitivo que exudaba sexo por todos los poros. O eso, o que Bell era una de esas que las mata callando, porque mi cuerpo de hada no dejaba de reaccionar frente a ese hombre. Me derretía ante su curtido cuerpo, la pose de guerrero y en el modo de mirarme como si estuviera de caza. Aunque no pretendía ser una presa fácil.

—¿Qué haces aquí, MacLeod? —pregunté poniéndome en pie y dejando que sus ojos vagaran por mi húmedo cuerpo—. Mis amigas os advirtieron que no podíais volver a este lado del lago —le señalé descarada, mientras él se recreaba y sonreía engreído.

—Sois un poco ingenua, mi querida Bell, si creéis que me va a detener lo que dijeran vuestras amigas aladas —comentó. Se metió en el agua caminando con firmeza hacia donde yo me encontraba. No me moví ni un ápice, le esperé estoicamente, aunque mi cuerpo estaba temblando por dentro de la anticipación—. Sois mía, *fairy*, y no pienso detenerme ante nada ni ante nadie.

—Yo no soy tuya, MacLeod, no soy de nadie —repliqué altanera.

—Eso ya lo veremos, hermosa Bell, ya lo veremos —afirmó lanzándose hacia mí, pero yo fui más rápida, me sumergí bajo el agua con la intención de escapar a nado, e ir a mi roble a refugiarme en él.

Corrí por el bosque, podía sentirle, sabía que estaba cerca, una extraña música sonó. ¿Sería la que me comentaron las chicas? ¿La que ponía en alarma que había un humano cerca? Encontré mi árbol y esta vez no dudé, puse la mano sobre el tronco y cuando este se abrió algo se abalanzó sobre mí a la par que yo. Apenas pude reaccionar, era mucho más fuerte, mucho más ancho, estaba agitada y emocionada a partes iguales por la persecución, porque estaba

segura de quién era mi cazador.

Me dio la vuelta encastrándome contra la pared con su cuerpo, calentando la piel de mi cuello con su aliento.

—Me encanta la cacería, hermosa *fairy*, sobre todo cuando se trata de una

pieza tan succulenta —declaró. Sus labios lamieron el lóbulo de mi oreja erizándome por completo—. Os vi en ese altar, con ese puñado de palurdos alados, vi cómo os tocaban, cómo os besaban. No podía dejar de pensar en interceder para cortarles las alas y la maldita cabeza a todos, nadie toca lo que es mío, ¡Nadie! —advirtió amenazante colando uno de sus muslos entre los míos, mientras yo empujaba su pecho—. Por suerte, no hizo falta, vos misma os encargasteis de echarlos a todos ¿y sabéis por qué? —me preguntó, al tiempo que empujó la pierna hacia arriba poniéndola en contacto directo con mi humedad. Mi respiración se alteró y, aun así, logré responder.

—Ilumíname, laird capullo —le dije levantando la cabeza, mientras él friccionaba mi entrepierna y yo mordía la parte interna de la mejilla para no emitir sonido alguno.

—Porque sabéis tan bien como yo que sois mía, que solo me pertenecéis a mí y ahora mismo os lo voy a demostrar —me aclaró. Sus hermosos ojos dorados brillaron con posesión justo antes de capturar mi boca.

Dejé de plantearme nada cuando sus labios conquistaron los míos con rudeza. Era un guerrero y besaba como tal, lejos de poner algún tipo de objeción, mis manos se movieron con voluntad propia hasta agarrarle del cuello y presentarle batalla a su fiera lengua.

Él gruñó, me agarró por el trasero y cargó conmigo como si fuera el rey de la casa hasta depositarme sobre la cama sin abandonar mis labios una sola vez. Después se apartó.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo sabíais dónde estaba mi cuarto? —pregunté sorprendida, mientras él lucía una sonrisa jactanciosa.

—Puro instinto —alegó. Se desabrochó el kilt quedándose desnudo ante mis ojos, yo miré el colgante y después el suyo, que pendía entre sus piernas, eran del mismo tamaño, forma y grosor, el molde exacto, parecía que Ceniciento había perdido su polla de cristal y la princesa de las hadas la había encontrado para hacerse un colgante. Reí mentalmente ante la comparativa, después entendí la gravedad del asunto y mi expresión mutó. Abrí los ojos como platos.

—¡Eres tú! —Estaba convencida de vivir la historia de la princesa de las

hadas y el laird MacLeod. Esa cuyo amor sintieron desde el primer instante que se conocieron.

—Siempre he sido yo, *fairy* —señaló y se dejó caer sobre mi cuerpo para besarme de nuevo, no quise controlarme, total ¿qué iba a sacar de ello? Me dejé fluir como siempre me decía mi abuela. Disfrutando de cada lamida y mordida. Mis manos recorrían aquel formidable cuerpo diseñado para el combate cuerpo a cuerpo. Cuando amasé sus glúteos y él friccionó su polla contra mi centro, ambos gruñimos—. ¡Por San Ninian! Muchacha, ¡estoy a punto de perder el juicio si no os tomo ya! —exclamó. Yo deseaba lo mismo, pero recordé que no estaba en mi mundo y que debía seguir las reglas del juego.

—Coge mi colgante, MacLeod, y hazme tuya con él —le pedí. El guerrero me miró entre curioso y excitado.

—¿Eso es lo que deseas, mi hermosa *fairy*? ¿Qué te posea con el colgante?

—Así debe ser, por lo menos la primera vez —le expliqué, él asintió.

—Pues así será —decretó. Le facilité el acceso para que lo desatara deseando entregarme a él de una maldita vez, solo esperaba que la experiencia fuera mucho mejor que con MacLeod del futuro.

Capítulo 15 (Iain y Didi)



Iain Ciar MacLeod

Siempre imaginé que los elfos y las hadas solo se trataban de un mito, un modo fantástico de entretener a los niños, con fabulosas historias llenas de magia, sin embargo, ahora mismo me hallaba con una.

En las Highlands era conocido como el laird sanguinario, supongo que parte de la culpa la tenía mi carácter forjado a base de guerras y peleas con los otros clanes. Ser un laird no era sencillo, sobre todo si te encontrabas con periodos de hambruna, de no saber qué decir a tu clan cuando las reservas son tan bajas que te rugen las tripas incluso a ti.

Por suerte, ahora vivíamos en un momento de bonanza, a excepción de las reyertas con los malditos MacDonald.

El rey David II estaba prisionero desde la batalla de Neville's Cross que tuvo lugar el 17 de octubre de 1346, Roberto Estuardo era quién dirigía Escocia en su ausencia y estábamos intentando hacer todo lo posible por liberar a nuestro verdadero rey.

Sabía que tenía edad suficiente como para tener esposa, de echo habían unas cuantas dispuestas a echarme el lazo para criar a la siguiente generación MacLeod, pero yo no me sentía lo suficientemente atraído por ninguna, por hermosas que fueran.

Nunca había sentido aquella extraña atracción de la cual hablaban algunos hombres y que parecía haber despertado en mí aquella *fairy* de cabellos de fuego.

Llevaba tiempo viéndola con la rubia, espiando mis encuentros sexuales con las mujeres de mi clan, ocultas entre los matorrales, aunque pensé que eran

campesinas, pues jamás hubiera imaginado que aquellas hermosas criaturas fueran hadas. Me divertía pensando en que ellas se acariciaban frente a las tórridas imágenes, y cuando llegaba al castillo tomaba alguna de las sirvientas pensando en la pelirroja con cara de ninfa.

Aunque no las distinguía del todo bien en la distancia, sabía que eran bellas. Así que cuando esa misma mañana divisé a la rubia espiándome mientras me bañaba, pensé que la pelirroja no andaría lejos. Dejé que se recreara y cuando se alejó supe que era la mía.

La seguí, aunque nunca hubiera imaginado encontrarme con tres mujeres semidesnudas y aladas; y mucho menos la extraña conexión que despertaba en mí la pelirroja. No sabía cómo describirlo, cuando se arrojó a mis brazos sentí un pellizco en el corazón que todavía permanecía allí, su aroma me volvía loco, su carácter endemoniado me sedujo y su beso hizo que no quisiera abandonar sus labios nunca más.

Era ella, estaba prácticamente convencido de que no encontraría otra mujer que despertara en mí aquellos sentimientos. No regresé a mis tierras, estaba convencido que iba a encontrar el momento para demostrarle que era mía y que debía someterse a mí.

Cuando la vi aparecer en el bosque, que su padre la colocaba en aquel altar para que aquellos cinco mariposones la acariciaran y besaran, casi salto y entro en combate. No obstante algo me dijo que debía aguardar, y menos mal que por una vez no actué por instinto, que me obligué a respirar y meditar bien lo que hacía, pues ahora la tenía justo donde deseaba, semidesnuda, debajo de mi cuerpo y sin derramar una gota de sangre.

—Está bien, hermosa *fairy*, ya tengo el collar, ahora relájate, nunca he tomado así a una mujer, pero me parece que me va a encantar —comenté.

Ella me miraba presentando batalla con el fiero fuego azul rugiendo en sus ojos. En ese instante me pareció que lo único que había hecho durante toda mi vida era aguardarla a ella. La insté a que se tumbara, tomé el colgante en forma de falo entre mis dedos para llevarlo a su boca—. Chúpalo —ordené. Ella abrió los labios, dejó asomar la untuosa lengua y tomó la brillante joya en su boca—. ¡Diantres! —perjuré. ¿Podía haber algo más erótico que eso? Sus ojos de color aguamarina se abrían y cerraban con deleite, mientras engullía aquella piedra cada vez con mayor profundidad. Mi miembro dio una sacudida en protesta, estaba claro que quería ser él quien entrara en tan cálida cueva. «Pronto será tu turno», le calmé, mientras miraba

hipnotizado las entradas y salidas del falo de cristal—. Creo que ya es suficiente —decreté, y lo retiré con cuidado, mientras ella lanzaba un quejido de protesta—. Tranquila, preciosa, lo que viene ahora te gustará más —aseguré o por lo menos eso esperaba. La besé con deseo, mientras pasaba la pieza por sus indolentes pezones, ella gemía y se removía inquieta, elevando la espalda a cada pasada.

No podía dejar de imaginarme cómo me sentiría al enterrarme en su sexo lampiño, nunca había visto uno así, desprovisto de todo vello y moría de deseo por sepultarme en él.

Abandoné la calidez de su boca para besar su mandíbula, descender por el cuello y atacar las níveas cimas. Los pezones eran grandes y rígidos, con una aureola ancha que incitaba mis lujuriosos pensamientos, quería trazar su contorno con mi lengua, estrechar el círculo hasta mordisquear las indolentes cimas que se enervaban quejumbrosas. Así lo hice, mientras ella curvaba la espalda en busca de mis labios.

Cuando tuve suficiente seguí descendiendo, sin prisa para encontrar el epicentro de mi deseo. Sus piernas abiertas me mostraban aquel desnudo y sonrosado sexo que tanto llamaba mi atención. Se veía henchido, jugoso y brillante como si me estuviera llamando para que lo explorase.

Tomé el colgante y como si se tratara de mi propia erección lo paseé entre sus pliegues. Bell temblaba, se abría y elevaba las caderas ofreciéndome el espectáculo más mágico que había visto en la vida, la entrega total, la rendición de la princesa de las hadas a manos de su laird.

—Aaaaaahhhh —gritaba presa de la pasión, mientras yo unguía el cristal con sus jugos—. Te necesito tanto, ¡hazlo ya, hazlo de una maldita vez! —protestó indolente. Me gustaba que fuera tan mandona y desinhibida en el lecho, sabía que íbamos a pasarlo muy bien juntos.

—Será cómo y cuándo yo quiera, *fairy*, has de estar muy preparada para que esto te entre y no te duela —le dije. Ella me miró desencajada.

—Ya lo estoy, maldito capullo, ya lo estoy ¡fóllame de una vez! —Me sorprendían aquellas palabras florales para determinar un acto tan carnal. Imaginaba que eran términos de hadas, ¿de qué flor sería mi capullo? ¿Y eso de fóllame? Me sonaba como a lanzar hojas o algo así, ¿me estaría pidiendo que me lanzara? Yo también estaba deseoso, así que en cuanto acabara con el maldito pedrusco pensaba tomarla toda la noche.

Puse el falo en su abertura y noté como su estrechez se ampliaba para darle

cabida, como si se tratara de algún tipo de llave mágica, empujé algo más notando que en cierto punto se frenaba, todo apuntaba a que era virgen, no podía creerlo ¡iba a ser el primero en desflorarla! Y por supuesto el único hombre que iba a conocer. Era mía, absolutamente mía.

—¡Sigue, maldito seas! ¡Sigue! —Sus facciones se contraían, las mejillas estaban sonrojadas—. Si no lo haces tú pienso hacerlo yo —amenazó y antes que pudiera hacer nada sus caderas se impulsaron hacia arriba clavándose por completo en la piedra—. Aaaaaaaahhhhhhhhhh —gritó, para mi consternación la sangre comenzó a manchar mis dedos. ¡Por todos los demonios, sí que era virgen! Y eso debía haber dolido. No me moví ni un ápice, un sentimiento de pánico y enfado se enroscó en mi pecho.

—¡Estás loca! ¿Cómo haces eso? ¿Te he lastimado? —Seguía aguantando la maldita piedra atemorizado por causarle mayor daño o dolor del que debía haber sufrido. Bell abrió los ojos y me ofreció la más maravillosa de las sonrisas dejándome sin aliento. Pero eso no fue nada, porque al momento comenzó a bajar y subir la pelvis, a tirarse aquel maldito falo como si se tratara de mí. Tenía la boca seca contemplado tamaño espectáculo, encima la muy descarada se llevó las manos a los pechos y comenzó a tironear de aquellos agudos picos.

¡Maldición! En la vida había estado más cachondo ¡y con una virgen! Un extraño calor comenzó a crecer en mis manos reptando por mi pecho y bañándome todo el cuerpo hasta llegar a mi férrea erección que lagrimeaba por ella.

No sé cómo lo supe, pero entendí que era el momento que estaba esperando, desenterré el maldito colgante y me sepulté en ella sin preguntar.

Los dos gritamos al unísono para que nuestras carnes entrechocaran una y otra vez, era pura ambrosía, su sexo envolvía mi hombría a la perfección. Aquellas perfectas piernas se enroscaban en mi cintura arrullándome, saliendo a mi encuentro en cada envite.

—¡Por todos los santos, mujer! ¿Qué me estás haciendo?

—Como dejes de moverte ahora, MacLeod, te juro que te arranco la piel a tiras —vociferó clavándome las uñas en la espalda. No podía sentirme más feliz frente a su amenaza, pues sabía que había encontrado el amor de mi vida.

—Jamás, mujer —le prometí— voy a tomarte por toda la eternidad.

Así, con nuestras caderas bailando la misma melodía estallamos en un

orgasmo infinito que nos catapultó a ambos hacia el límite de lo desconocido. Dejé caer mi cuerpo sobre el suyo para besarla y acunarla entre ellos.

No sabría poner una etiqueta a cómo me sentía, sabía que el hombre con quién estaba no era Cédric, que era un antepasado suyo, pero me sentía completamente ligada a él, era complejo de explicar y de asimilar. No había sido para nada como esperaba, lejos de desinhibirme, de practicar el amor libre como sugería mi abuela, me sentía completamente anudada a él; como si una fuerza mucho más grande que ambos nos hubiera ligado para siempre. Si a eso le sumábamos que no había habido dolor como cuando estuve con Cédric le colocaba en el número uno del ranking de mis escasas experiencias sexuales.

Obviamente grité cuando la piedra entró en mí, pero no porque me doliera, fue un placer inconmensurable el que me atenazó, como si la vida me hubiera otorgado una segunda oportunidad para que el recuerdo de la pérdida de mi virginidad fuera otro. Fue soberbio, maravillosamente indescriptible.

Ahora estaba abrazada a él escuchando el rítmico sonido de su corazón acompañando al mío, cuando algo rondó mi mente. ¿Y si no estaba en ningún sueño? ¿Y si me estaba sucediendo a mí lo mismo que a mi hermana? ¿Y si el Karma me estaba dando una segunda oportunidad? Pero entonces... ¿Por qué narices era un hada? Que yo supiera mi familia venía de las druidesas, no de las hadas, aunque siempre hubiera sentido una extraña fijación por la *Fairy Flag*, aquello no tenía mucho sentido... Por otro lado, lo que estaba viviendo se parecía mucho a la historia que Cédric me contó. Estaba echa un lío.

La mano de Iain me acariciaba el brazo con mucho mimo, mientras mi cabeza no dejaba de elucubrar.

—¿Estás despierta, Bell? —preguntó con cuidado, como si pretendiera no despertarme.

—Aha —murmuré completamente saciada.

—¿Y te encuentras bien? —Parecía preocupado y yo me sentía con la obligación de tranquilizarle.

—Mejor que bien, mi laird —respondí. Él suspiró con fuerza.

—¿Estás segura? ¿No fue violento? ¿No te hice daño? —inquirió. Me aparté

ligeramente para ver la duda amenazando sus ojos. Necesitaba calmar al fiero laird, hacerle entender que para mí había sido una grata experiencia.

—Fue simplemente perfecto —aseveré besándole con suavidad, aunque la suavidad duró poco. Fue besarle y encenderme como una antorcha. Me subí encima tomando el control de la situación, me sentía más que lista para el segundo round.

—¿Se puede saber qué haces? —dijo alucinado cuando comencé a restregarme sobre su rigidez, al parecer no era la única que se reponía rápido.

—¿A ti qué te parece? —¿En serio tenía que explicárselo con lo que acababa de suceder entre nosotros?—. Tranquilo, no te estoy usando de rascador —le solté, y él me miró sin comprender. Claro, en aquel mundo dudaba que los gatos tuvieran rascadores.

—¿Rascador? —Me sentí traviesa con ganas de jugar un rato.

—Exacto, algo con lo que rascarse cuando a uno le pica algo —le expliqué. Él soltó una carcajada y me apresó la cintura.

—¿Me estás diciendo que te pica aquí? —comentó juguetón. Movié su entrepierna arriba y abajo de mi vagina arrancándome un jadeo.

—Justamente ahí —expuse nublada por la pasión, mientras él sonreía ampliamente y continuaba frotándose.

—Nunca había estado con nadie como tú, eres refrescante y me encantas —declaró. Le sonreí sin demasiada convicción, pues aquel movimiento me estaba descontrolando—. Creo que tengo la solución a tus problemas de picores —afirmó. Cogió su polla, la presentó en la entrada de mi vagina y me dejó descender por ella en caída libre.

—¡Aaaaahhhhhh! ¡Madre mía, esto es mejor que el *Dragon Khan*!

—¿Ahora me comparas con un dragón, Bell? —Amplié mi sonrisa al pensar en aquella atracción que tantas veces había querido visitar en España, seguramente era comparable a la montaña rusa en la que me veía envuelta—. Me gusta, porque pienso abrasar cada parte de tu cuerpo. Monta a tu dragón, preciosa hada —me exhortó, y vaya si lo monté, no sé cuántas posturas tiene el *Kamasutra*, pero el laird no se quedaba corto, y yo pensando que los highlander solo gruñían y hacían el misionero o te tomaban por detrás.

Amaneció y me sentía completamente derrotada, ambos estábamos haciéndonos arrumacos en la bañera, entre polvo y polvo no habíamos hablado demasiado, pues tampoco fue necesario, era como si Iain fuera una extensión mía, como si siempre hubiera estado ahí,

no necesitaba hablar con él porque le sentía en todo mi cuerpo, en mi sangre y en mi corazón.

Cuando la puerta se abrió y la figura de mi padre convertido en rey de las hadas apareció en el quicio de la puerta ambos nos sobresaltamos, al parecer no era la única que podía abrir la casita del árbol. ¿Quién le habría dado la llave a mi padre? «No seas absurda», dijo la voz de mi subconsciente, seguro que el rey de las hadas tiene una llave mágica que todo lo abre con el simple aleteo de sus alas.

Mi primer impulso fue cubrirme, aunque era absurdo, de hada iba en pelotas. Iain captó mi nerviosismo y me cubrió los pechos con las manos, aunque no sé si hubiera sido preferible que no lo hiciera, la cara de disgusto de mi padre lo decía todo. ¡Pues que hubiera llamado, no te fastidia!

—¿Un humano, Bell? ¿Un maldito humano? —tronó, entretanto yo me sentía empequeñecer.

—Disculpad —rugió una voz masculina a mis espaldas—, pero antes de entrar se debe llamar, se llama educación —comentó mi highlander. Me quedé sin aire ante las palabras de Iain, la vena en el cuello de mi padre comenzó a palpar, estaba claro que no le había hecho gracia la observación de mi laird, aunque tuviera toda la razón del mundo—. Y tampoco es de buena educación referirse a una persona que se tiene delante como si no existiera —prosiguió Iain sin amedrentarse. El rey se mostró sorprendido a la par que disgustado.

—¡Habéis yacido con mi hija, humano! ¡Con la princesa de las hadas! ¡Y estáis ante el rey!

—Y vos ante el laird —dijo Iain sin acobardarse—. Soy el laird Iain Ciar MacLeod y como tal debéis dirigiros a mí, no como humano, en ese tono tan despectivo —declaró. Mi padre resopló, torció el gesto y volvió a mirarme a mí.

—No lo puedo entender, hija mía, tenías a los mejores machos y tuviste que elegir a este. ¿Por qué? —me preguntó. ¿Por qué? Supe la respuesta al instante y la solté sin pensar en las consecuencias.

—Porque le amo —manifesté. No dudé ni un instante, ¿cómo era posible que no dudara? ¡Si no le conocía! En cuanto solté aquella afirmación me sentí nerviosa, las manos que cubrían mis pechos los apretaron ligeramente.

Ese hombre debía pensar que como poco era una majadera, los hombres

rehuían del amor y del compromiso, era una cagada de manual. ¿Cómo se me ocurría soltar aquello si solo habíamos pasado una noche juntos? Aunque, menuda noche... Ahora ya no podía cambiar lo que había dicho además, lo sentía así, como si no hubiera nadie más perfecto que él para mí.

—Y yo la amo a ella, señor —afirmó el laird a mis espaldas dejándome muerta—. Voy a convertirla en mi mujer —declaró. ¿Había dicho su mujer? ¿Quería casarse conmigo? Eso sí que no lo esperaba, estaba extrañamente dichosa, todo estaba yendo demasiado rápido, pero yo solo sentía ganas de darme la vuelta y comérmelo a besos sin titubear. ¡Me quería a mí!

—Eso es imposible, tú eres un humano y ella un hada, no os podéis unir.

—Creo que ha quedado más que claro que sí, y no una vez sino varias —respondió con arrogancia Ian.

—No me refiero a eso —respondió disgustado—, está claro que en ese plano sois más que compatibles —comentó mi padre y yo enrojecí. Menuda situación, el que se suponía era mi padre hablando con ambos después de haber pasado la noche haciendo el amor y desnudos en una bañera. ¿Había algo más surrealista? Bueno, pensándolo bien, todo era surrealista, desde mis alas hasta mi pollante. ¿Qué mujer no mataría por un colgante como el mío?

—Padre —les interrumpí—, ¿por qué no esperas en el salón y hablamos del asunto en un lugar más propicio? —Me miró fijamente y después entornó los ojos, supongo que se estaba planteando qué hacer.

—Está bien, os espero abajo, no tardéis —cedió y yo asentí. En cuanto abandonó la estancia me levanté de la bañera, cogí una especie de paño de seda para secarme, mientras Iain me contemplaba embelesado.

—Todavía no sé qué hechizo has vertido sobre mí, hermosa Bell, lo único que sé es que no quiero que esto termine jamás —aseveró. Volteé mi cuello para encontrarlo saliendo del agua con las gotas salpicando su hermoso cuerpo.

—A mí también me gustas mucho, laird —alegué. Con él podía expresar lo que sentía, no me daba miedo mostrar mis sentimientos abiertamente. Cuando estuvo frente a mí me besó, esta vez con dulzura, aunque no pude evitar que me encendiera de nuevo, mi sexo ardía, volvía a necesitarle como si nunca tuviera bastante.

Me llevó contra la pared poseyéndome con agónica necesidad. Fue corto, rápido e intensamente placentero. No me importó que mi padre estuviera abajo ni que obviamente escuchara nuestro grito liberador, lo que se había

forjado entre ambos era mucho más grande que cualquier cosa que hubiera existido jamás.

—Vamos, preciosa —dijo dándome un cachete una vez fuera de mi interior. Me coloqué una de mis túnicas verdes y él su kilt, para enfrentarnos a mi progenitor que nos miraba ceñudo.

—Si pretendíais que os escuchara ya lo he hecho —proclamó mi padre. Sentí mis mejillas enrojecer, pero no por ello me escondí, sabía que debía dar la cara.

—Lo único que habéis escuchado es el amor que vuestra hija y yo nos profesamos —sentenció Iain muy seguro agarrándome de la mano.

—Lo lamento, pero lo vuestro es imposible.

—No lo es —protesté con un tono duro que no admitía réplica—. Padre, la piedra le señaló como el elegido, ninguno de los machos que me mandaste logró lo que Iain y eso quiere decir algo.

—Lo que quiere decir es que no era ninguno de esos machos, nada más —sostuvo inclemente.

—¿Nada más? —Sabía que mentía, pues desvió la mirada hacia el suelo y suspiró.

—Hija, lo vuestro es imposible porque, aunque las hadas no son eternas, sí mucho más longevas, vuestro amor solo os traerá sufrimiento, ¿qué harás cuando le veas enfermar y envejecer, mientras tú sigues joven y hermosa? ¿Qué harás cuando él muera y tú debas sobrellevar el peso de su ausencia? No quiero ese dolor para ti, hija mía —cuestionó. Eran preguntas complejas, duras y para las cuales no tenía una respuesta porque suponía que moriría por dentro al sentir que perdía al amor de mi vida. Mi padre asintió—. Ahí tienes tu respuesta, acabo de leerla en el fondo de tus ojos.

—Prefiero un año y un día a su lado que el resto de la eternidad sin él —afirmé. Mi padre nos miró a uno y a otro.

—¿Cómo has dicho? —preguntó perplejo.

—Lo que has oído —repliqué— que prefiero...

—Te he oído. ¿Sabes lo que pides?

—Pido no renunciar a él —declaré apretando la mano de Iain con fuerza y él devolvió el apretón. Mi padre fijó sus ojos en nuestras manos enlazadas y asintió.

—Pues que así sea —decretó. Un halo de luz nos traspasó a Iain y a mí, sentí un terrible dolor en mi espalda, un extraño quemazón, grité, aullé doblada en

dos y cuando volví a incorporarme mis alas habían desaparecido.

—¿Qué ha ocurrido? —Le miré sin entender.

—Has hecho una promesa, hija mía, y yo he sellado el pacto, tendréis un año y un día para estar juntos, ni un instante más, transcurrido el plazo deberás regresar y retomar tu vida, es lo único que puedo hacer por vosotros, ¿lo tomáis o lo dejáis? —Iain me miró acariciando el punto justo donde antes tenía unas alas luminiscentes y ahora solo quedaban dos cicatrices.

—Prefiero trescientos sesenta y seis días a tu lado que una vida sin ti —garantizó. El pecho me dolía por el cúmulo de emociones que ese hombre despertaba en mí, creo que era lo más bonito que un hombre me había dicho nunca. Asentí y él habló por los dos—: Aceptamos.

—Que así sea, el día siguiente al próximo Beltane mi hija regresará y os separaréis para siempre, sin excusas, sin peticiones, no habrá marcha atrás. Durante este tiempo no podréis regresar jamás y no podréis revelar a nadie nuestra existencia. ¿Juráis, laird MacLeod, proteger nuestro secreto y la vida de mi hija?

—Lo juro —replicó solemnemente.

—El pacto de honor queda sellado —declaró mi padre. Vi la emoción contenida en sus ojos y mi corazón empezó a acelerarse.

—No te preocupes, Bell, encontraremos la manera de que lo nuestro sea eterno, no aspiro a menos que a eso, porque un amor tan grande como el nuestro no puede durar menos que toda la eternidad —proclamó Iain.

¿Podía sentirme tan llena de amor y de tristeza al mismo tiempo? Obviamente sabía el desenlace de la historia, sabía lo que iba a acontecer. Pues la leyenda era muy clara y no terminaba bien. ¿Podríamos nosotros encontrar un final alternativo? ¿Era amor lo que sentía por el laird o era un espejismo? ¿Podía alguien enamorarse simplemente tras una noche de pasión? ¿Por qué creía conocerle tan bien si solo habíamos estado unas horas juntos? Millones de preguntas comenzaron a golpearme a diestro y a siniestro, la confianza que había sentido minutos antes se resquebrajaba ¿por qué?

—MacLeod, déjame a solas con mi hija, necesito hablar con ella antes de que se marche —ordenó mi padre. Iain me dio la vuelta, me tomó el rostro y me miró a los ojos, estaba segura que podía ver todas las dudas que me acosaban.

—Escúchame, preciosa, no temas al amor, sé que esta emoción nos supera, yo tampoco la había sentido jamás, pero eso no quiere decir que sea menos cierta. Sé que nunca voy a tener nada similar con nadie y que nunca lo he

tenido, sé que eres tú, que siempre has sido tú a quién he estado esperando. No dudes ni por un instante que esto que sentimos no es real, porque lo es. Soy un guerrero y no me lanzo de cabeza a la guerra si no sé de antemano que tengo una oportunidad; y aunque pierda, prefiero morir con honor intentando algo que merece la pena, luchando por algo en lo que creo, que quedarme escondido entre la maleza sin intentarlo siquiera. Las cosas importantes de la vida hay que vivirlas, Bell, no importa el resultado siempre que se hagan con el corazón, confía en mí —declaró. Después besó mis labios con contundencia y salió por la puerta dejándome todavía más confundida de lo que estaba.

—Ya estamos solos —dijo la voz de mi padre retumbando en mi cabeza—. Deirdre, mírame —exigió. ¿Deirdre? ¿Había dicho Deirdre? Levanté la vista y donde antes estaba el rey de las hadas estaba mi padre, el mismo que me acunaba en sus brazos cuando era pequeña, el mismo que un buen día desapareció.

—¿Papá? —Las palabras apenas me salían, un nudo pellizcaba mi pecho ahogándolas, mientras él me miraba con ternura y abría los brazos para que me sumergiera en su cálido abrazo. Así lo hice, derramando todas aquellas lágrimas que contuve cuando mi abuela dijo que no le volveríamos a ver. Él me sostuvo, ahora sí que estaba claro que todo estaba siendo un maldito sueño.

—No lo es —repitió su profunda voz.

—¿C-cómo? —¿Qué no era qué?

—Un sueño —aclaró. Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Puedes leer mi pensamiento?

—El tuyo y el del mundo entero, es una de mis condenas, el Dios del Inframundo debe saber lo que pasa por la cabeza de todos.

—¿Inframundo? ¿Dios? ¿De qué demonios hablas, papá? —Esto tiene que ser un maldito sueño.

—Ven, sentémonos —me pidió. Lo hicimos en el cómodo sofá floreado, estaban siendo demasiadas emociones, me sentía al borde del colapso.

—Respira, pequeña, puedes con esto y con más, lo has estado haciendo durante todos estos años sin mí y lo has hecho a la perfección —aseguró. Sin él, sin él... Del dolor por la pérdida pasé al cabreo más absoluto. Me lancé contra mi padre para aporrearle.

—¡Maldito hijo de Satanás! ¡Me abandonaste! ¡Nos abandonaste! ¿Cómo

pudiste hacernos esto? ¡Yo te necesitaba! ¡Y la abuela! ¡Nos dejaste solas! — Estaba tan furiosa que no sentí cuando comencé a arder, el me agarró de las manos y me llevó a su pecho.

—Vamos, pequeña, relájate, apenas estás aprendiendo a aceptarte y a controlar tus dones, necesito que hablemos y que comprendas que no hice más que lo estrictamente necesario, escúchame, tenemos poco tiempo, he creado este lapsus, este salto al pasado para que entiendas la inmensidad de lo que sucede y por qué no puedes ser feliz —me dijo. «¿Cómo?», pensé—. Si me dejas te lo explico —añadió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él sonrió, sabía que me estaba leyendo la mente.

—Chica lista, siempre lo fuiste, mi ojito derecho, aunque nunca lo haya dicho antes. Escúchame bien, Didi, ella se acerca, la siento y necesito aclararte unas cuantas cosas antes de que regreses.

—¿Ella? ¿De qué regrese? No entiendo nada.

—Ahora no puedo responder a todas tus preguntas, ni sé cuándo voy a poder hacerlo, pero necesito que confíes en mí. Lo que has vivido en este día no ha sido un sueño, o una alucinación, ha sido tan real como lo fue en su momento. Sé que tu abuela leyó tu pasado, o más bien el pasado de tu alma.

—Ella me dijo que fui condenada a una vida sin Cédric y que a él le ocurrió lo mismo —alegué. Él asintió.

—Cierto, la Diosa Dana os condenó por algo que sucedió en el pasado, según su punto de vista te equivocaste, no hiciste bien las cosas y por ello te castigó. Sin embargo, para mí solo actuaste movida por el amor incondicional que te une a tu hermana, por ayudarla a ella sacrificaste tu felicidad y eso merecía que por lo menos conocieras el amor, y pudieras disfrutarlo por poco que fuera —declaró. Le escuchaba entre perpleja y abducida—. Cuando Dana o Brighid, como se la conoce, te condenó, yo busqué una vía alternativa para ti y MacLeod. Le pedí un favor al rey de las hadas, su esposa había fallecido, yo tenía su alma en mi reino y a cambio de devolvérsela él iba a cederme, durante un año y dos días, el cuerpo de su hija para que albergara tu alma —comenzó a explicarme. Inconscientemente me llevé las manos a la boca—. La verdadera Bell ocuparía tu lugar como custodia del fuego eterno en el templo de Tildare, mientras tú vivirías la más increíble, maravillosa y dolorosa historia de amor que jamás fue conocida. Porque no lo dudes, Didi, lo que has sentido esta noche en brazos de Iain, no es ni la cuarta parte de lo que ambos sentisteis, fue algo puro e inconmensurable, aunque tenía fecha de

caducidad pues no podías estar eternamente en el cuerpo de Bell.

—¿Me estás diciendo que yo fui el hada de la leyenda de MacLeod?

—Bueno, más bien tu alma, además fuiste hada por un día, como ahora, después el rey de las hadas te convirtió en humana como he hecho yo hace un instante, he intentado recrearlo todo como sucedió en aquel entonces y le he pedido suplantarle por este día. Solo tú ves mi imagen real, los demás me ven a imagen y semejanza del auténtico rey de las hadas —siguió contándome. Todo aquello me parecía increíble y alucinante—. Viviste tu historia con Iain siendo mujer y cuando regresaste os devolvimos a cada una a vuestro lugar.

—Pero la leyenda dice que yo, o sea Bell, se pasó toda la eternidad llorando a su amado, que jamás fue feliz. ¿Hice a Bell una desgraciada? Porque obviamente no lloraba por Iain.

—No, no lloraba por él, ella también conoció a alguien en Tildare, aunque obviamente todos creían que lloraba por el laird, no sé a veces pienso que me equivoqué, que debí dejar las cosas como estaban, pero es que no podía dejar que ella también impidiera lo vuestro.

—Menuda bruja está hecha esa maldita Diosa, ¿a quién más fastidió? —Me daba la sensación de que se trataba de algo personal.

—No hables así de ella, a veces las cosas no son blancas o negras, incluso los dioses sufrimos por nuestras decisiones.

—Pero entonces, me estás diciendo que Sarah y yo somos hijas de un Dios, o sea ¿de ti? —Él asintió.

—Yo volví a reencarnarme y os engendré, pero esa es otra historia y ahora mismo no tengo tiempo de contártela.

—¿Puede saberse por qué me has traído aquí?

—Porque estabas a punto de equivocarte, no por tu culpa sino por la de ella. Hazme caso e intenta llevar siempre el colgante contigo, no te lo quites, él te ayudará a saber quién es tu amor verdadero, aunque sospecho que ya lo sabes —manifestó. No sé por qué enrojecí.

—A ver si lo entiendo bien, el collar va a protegerme de que no me equivoque y ella, que intuyo es la misma perra que me impidió ser feliz, ¿está intentando que me equivoque y que tampoco lo sea ahora? —Él volvió a asentir.

—Ves cómo eres muy lista, tanto tu hermana como tú tenéis más poderes que una *Druidesa* habitual, no sois inmortales como ya habrás averiguado, fue un don que os quitamos siglos atrás, o más bien que Dana no quiso que tuvierais,

pero por otro lado, sois más poderosas que otras druidesas, podéis saltar en el tiempo e intentar arreglar lo que una vez se rompió, sois dueñas de vuestro destino, aunque ella se emperre en lo contrario. Quiere manejarlo, Didi, y debes impedirlo —sentenció. La cabeza me iba a estallar.

—¿Y eso dónde me deja? —Estaba muy desubicada.

—Lo siento, hija, el tiempo se me ha agotado, cuando pueda intentaré contactar contigo de nuevo, si alguna vez me escuchas quiero que sepas que soy yo, y aunque parezca que te abandoné nunca lo hice, siempre estuve pendiente de ti —me aseguró. Después mi padre me abrazó y yo intenté fundirme en aquel extraño vínculo, un amor extraño, pero que me reconfortaba pese al tiempo que había transcurrido sin verle—. No olvides que te quiero, hija mía, y ahora ve con Iain y entra en el lago, necesitas el agua para regresar a tu mundo, bésale, acrecenta tu deseo y cuando ya no puedas más lánzate al agua para regresar a tu mundo.

—Te voy a echar de menos, papá —dije abrazándole con fuerza.

—Y yo a ti, pero no olvides que siempre voy a estar ahí para ti, mi pequeña, en tu corazón.

Capítulo 16 (Didi y Cédric)



Tenía tantas cosas en las que pensar que cuando salí fuera Iain se preocupó.

—¿Estás bien, Bell?

—Todo lo bien que se puede estar cuando estás entre dos mundos y sabes que no vas a volver a ver a tu padre —respondí. Me tomó del rostro.

—Vamos, preciosa, sabes que él te quiere y que siempre va a estar aquí. Te juro que voy a hacer que no te arrepientas ni por un instante de la decisión que has tomado. Hay amores que matan, amores que duelen, pero no hay peor amor que el que uno siente y deja morir por miedo a vivirlo intensamente —comentó. Tras aquellas hermosas palabras me besó y yo sentí engrosar mi colgante.

—Tienes razón, supongo que no estaba preparada para todo esto, será mejor que nos marchemos —asentí. Sabía hacia donde iba, que debía regresar a casa, aunque no podía dejar de sentir un enorme desasosiego por tener que abandonar a aquel hombre que me había robado el corazón. Era un fiero guerrero de alma noble, de sentimientos puros y con el que me sentía inusualmente feliz.

Llegamos a la altura del lago, había un puente para cruzar al otro lado, Iain tomó el sendero para atravesarlo.

—Espera —le detuve con todo el dolor de mi corazón.

—¿Qué ocurre, princesa mía? —Su mirada interrogante llena de preocupación casi hace que se me salten las lágrimas y decida tirarlo todo por la borda.

—Bésame —le pedí conteniendo lo que ya pendía de mis ojos.

—Con mucho gusto —. Su boca halló la mía, esta vez con mayor dulzura,

pero lo que yo sentía era una completa desesperación que terminó en un beso turbador, donde pretendía mostrarle toda la desesperanza que sentía por no poder quedarme a su lado y vivir aquella historia que tanto me hubiera gustado recordar. Mis manos desesperadas le arrancaron el kilt, necesitaba sentir su piel sobre la mía una vez más.

—¡Por todos los santos, mujer! Tu ardor va a terminar conmigo, pero seré el hombre más feliz del cementerio —manifestó. Su boca bajó por mis pechos culebreando por mi cuerpo, se arrodilló ante mí, levantó mi túnica y hundió su boca en mi sexo que ya lloraba por la pérdida.

Grité como nunca, ya no era solo placer sino el dolor que sentía por mi marcha. Él me engullía con veneración, estaba completamente inflamada por sus atenciones cuando escuché la orden. «Ahora, Didi, salta ahora, no puedes alargarlo más». Con lágrimas en los ojos le agarré de su dorado cabello para tirar de él apartándole y arrodillarme. Besé sus labios como si no hubiera un mañana, probándome en ellos y susurrándole lo que me empujaba a decir mi corazón. Que siempre iba a amarle, aunque no volviera a verle.

Las pupilas doradas refulgieron junto a las mías, aparté la mirada, pues quería que esa fuera la última imagen que vieran de él mis ojos. Después me levanté agitada para correr y lanzarme de cabeza al lago.

—¡Didi, Didi! ¿Estás bien? —Las pupilas me pesaban, sentía frío ¿dónde demonios estaba?—. Vamos, zanahoria, vamos, estoy comenzando a preocuparme —insistía la voz. Me removí inquieta e intenté abrirlos de nuevo, la imagen era borrosa, pero estaba segura de que estaba con Shaw.

—¿Shawi? —pregunté temblando.

—¡Jesús, menudo susto que me has dado! ¡He estado a punto de llamar a emergencias! —Intenté incorporarme, sin embargo, todo me pesaba—. Será mejor que te lleve a casa creo que tanto sol en la cabeza y andar tantos kilómetros te han sentado mal —comentó. Mi amigo se levantó tomándome en sus fuertes brazos.

—Vísteme, no quiero ir desnuda y que todo el mundo me vea, tu coche no tiene techo —le pedí. Un amago de risa resonó en mis oídos.

—¿Desnuda? Eso hubiera querido yo, pero no llegamos a eso, aunque te confieso que no me hubiera importado.

—¿Cómo que no estoy desnuda?

—Madre mía, Didi, desde luego que el calor te ha afectado, ¿cómo vas a estar desnuda? A la que llegamos y te dije que este era el sitio dónde íbamos a

acampar te desplomaste.

—¿Me desplomé? ¿Entonces, tú y yo no...?

—El tú y yo por lo visto deberá esperar —replicó. Me refugié en sus brazos, cuando caí en la cuenta que ese hombre no podía cargar conmigo durante más de tres horas a pie.

—No vas a poder llevarme en brazos todo el trayecto —protesté.

—Tranquila, al llegar cogí el camino lento, hay un atajo, en quince minutos estaremos en el coche y tú eres una pluma. Además, por lo menos dame el gusto de tenerte así ya que no voy a poder hacerlo de otro modo —me solicitó. Ya no hablé más. Dudaba si lo que había sucedido había sido verdad o producto de un golpe de calor. Tal vez todo lo acontecido simplemente había sido una paranoia y no había ocurrido nada. Cerré los ojos y me dejé llevar por Morfeo, aunque no fue un sueño plácido, en él un laird de mirada felina gritaba desgarrado mi nombre.

—Hemos llegado —anunció Shaw. Escuchaba el motor del coche y no estaba segura de dónde habíamos llegado. Él acarició mi rostro para que me despertara con tranquilidad. Me miraba como siempre, de un modo cariñoso y preocupado—. ¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí —respondí estirándome como un gato.

—Me alegro.

—Lamento haber arruinado tus planes —afirmé. Me sentía mal después de cómo habían ido las cosas.

—No te preocupes, ya habrán más ocasiones, aunque la próxima vez te llevaré por el camino rápido y como sugeriste te desnudaré —comentó. No pude evitar reír.

—Lo siento, debía estar delirando, no me lo tengas en cuenta.

—Pues créeme si te digo que ese delirio pintaba más que bien. Didi, me gustas mucho, tal vez demasiado, ya te dije que había vuelto a por ti y lo sigo manteniendo —manifestó. Le miré todavía soñolienta a los ojos, estaba claro que lo nuestro se le había metido entre ceja y ceja.

—Tal vez solo podamos ser amigos, Shaw, eres un hombre muy guapo, eres listo, bueno y cualquier adjetivo se quedaría corto para calificarte; pero es posible que lo que sientes por mí no sea real, puede que te marcaras una meta y sigo siendo simplemente eso, algo que quieres alcanzar —le expliqué. Su rostro se acercó al mío mirándome con intensidad.

—Te aseguro que eres mucho más que algo que alcanzar —aseveró y me

besó, no como un amigo sino como el hombre que pretende conquistar a una mujer, era agradable, muy agradable. Cuando su mano amasó uno de mis pechos me di cuenta del lugar y de lo que estábamos haciendo de nuevo. Así que poco a poco fui sosegando el beso y puse mi mano sobre la de él para detenerle. Su frente quedó pegada a la mía y ambos respiramos algo agitados —. Dime que no has sentido nada, Didi —me pidió. No podía decirle eso, porque era cierto que de algún modo Shaw me atraía.

—No se trata de atracción, Shaw, se trata de que dudo que lo que sienta sea suficiente para ti. No quiero hacerte daño y sospecho que, si seguimos con lo que sea esto, te lo voy a hacer.

—Soy un hombre adulto, Didi, soy capaz de sobreponerme a casi cualquier cosa, a lo que no sería capaz de sobreponerme es a perderte sin siquiera intentarlo. Voy a luchar porque le des una oportunidad a lo que tenemos —sentenció. No pude más que claudicar ante su vehemencia.

—Está bien, ya veremos a dónde nos lleva todo esto —cedí, aunque estaba convencida que a nada bueno.

Me despedí de Shaw y entré en casa, mi abuela estaba en la tienda apoyada en el mostrador.

—*Seanmhair* ¿qué haces aquí? —Era tarde, suponía que ya estaría en la cama.

—Creo que eso deberías decírmelo tú ¿qué ocurrió, Didi? ¿Por qué estás aquí y no con Shaw pasando la noche? —Conocía aquella mirada.

—¿Qué viste? Está claro que si estás a estas horas en el mostrador mirando fijamente a la puerta es porque sabías que iba a venir.

—Eres una mujer muy lista, me alegra que lo estés aceptando todo tan bien.

—Ve al grano, *seanmhair* —le exigí, pues no estaba para acertijos.

—Te vi con Shaw y vi cómo saltabas al agua —comentó. Me quedé muy quieta a mitad del recorrido que me acercaba hasta ella.

—¿Me viste con Shaw paseando? —pregunté inquieta.

—Digamos que más bien lo que vi pasear fue su lengua sobre tu cuerpo. Menuda manera de devorar y darle a la sin hueso, ese muchacho es tremendo... —Creo que nunca me había puesto más roja.

—¡*Seanmhair!* —exclamé.

—Tú has preguntado, yo simplemente te estoy respondiendo —comentó. Así que había ocurrido, ¿entonces, por qué Shaw me había mentado? ¿Cómo me había vestido? ¿Por qué el tiempo se había detenido? Eran demasiadas

preguntas que no lograba entender.

—¿Viste algo más?

—Solo como crecía eso que llevas en el cuello —señaló. Me toqué la garganta y ahí estaba.

—Mi pollante —musité.

—¿Cómo dices? —inquirió extrañada.

—Vamos a la trastienda tengo que contarte muchas cosas, esta tarde ha sido tremendamente extraña.

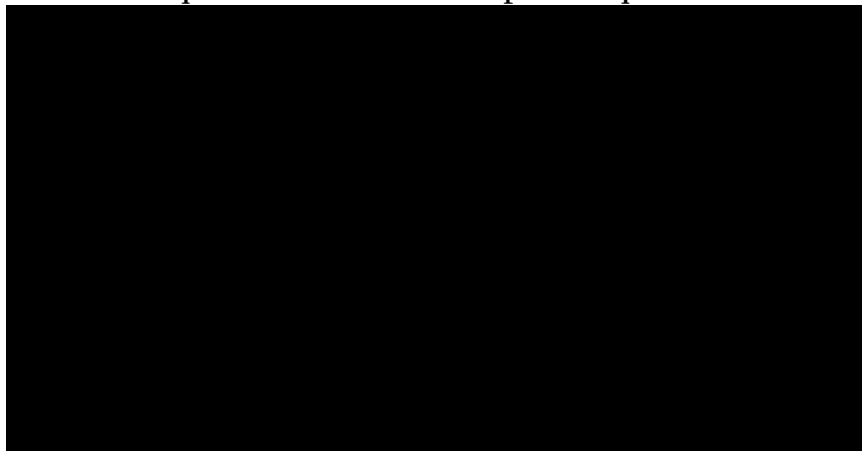
Así fue como le conté a mi abuela todo, creo que no me dejé un solo detalle por bochornoso que fuera.

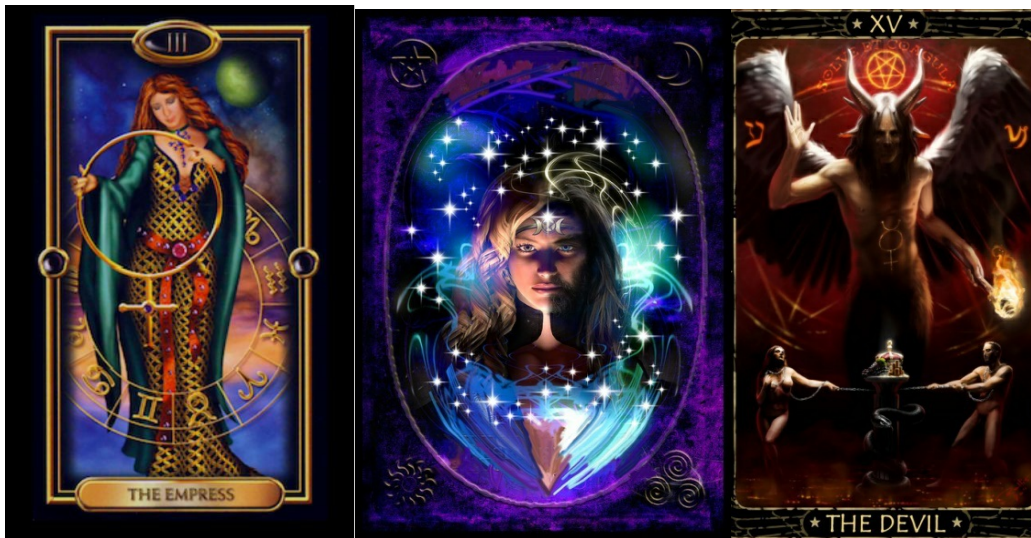
—¡Por todos los dioses, hija mía, menuda experiencia! Cinco machos buenorros dándote placer en un altar y después un highlander empotrador tomándote toda la noche... —suspiró soñadora.

—¿En serio, *seanmhair*, que de todo lo que te he contado solo te has quedado con eso? —Ella soltó una risita.

—Pues no, pero debo reconocer que es lo que me hace más ilusión, por fin has disfrutado y eso es digno de celebrar. Además yo tenía razón, Cédric es tu alma gemela —afirmó pagada de sí misma—. Aunque claro, tiene más peso que te lo diga Bilé que lo haga yo.

—¿Bilé? —pregunté sorprendida, ella alargó el brazo y me mostró tres cartas que estaban sobre la mesa una era la Emperatriz, otra el Diablo y en el centro había una que no reconocía. Esperé a que mi abuela hablara.





—Sabes que hay cosas que escapan a mi conocimiento, que hay cosas que a veces no logro ver y que casi siempre son concernientes a ti —comenzó a decirme, yo moví la cabeza afirmativamente—. Bien, pues creo que después de lo que me has contado todo cobra cada vez mayor sentido.

—¿A qué te refieres?

—En la tirada pregunté por qué no lograbas hallar el camino a tu felicidad y la respuesta fue esta, la carta central no la había visto en mi vida, nunca antes había estado en mi baraja —aseguró. El aire se negaba a entrar en mis pulmones—, de hecho, dudo que sea una carta al uso, creo que es un mensaje de tu padre, Didi. Siempre sentí la oscuridad en él mientras fue mi yerno, pero nunca pensé que fuera porque era el mismísimo Bilé, el Dios del Inframundo, representado por la carta del demonio. Al otro lado tienes a la Emperatriz, que por lo que me cuentas estoy convencida que es Brigid o Dana, como también se la conoce. Es la que sostiene el círculo en el que te ves inmersa, sin ser capaz de encontrar la salida. Y por último y en medio de esas dos cartas está esa tercera, fíjate bien, Didi, es una imagen mitad masculina, mitad femenina. Y si la dividimos horizontalmente separa el cielo, de la tierra con ese pico que es como una montaña. Creo que es la carta más representativa de las tres, tócala y dime que sientes, déjate llevar.

La tomé embelesada por la imagen, la miré con fijeza para llevarla al mismo punto donde descansaba mi colgante, justo encima de mi corazón. Intenté concentrarme respirando lenta y profundamente, canalizando toda la energía que me transmitía. Después abrí los ojos.

—Me veo a mí, veo una lucha de poder por arrastrarme hacia un lado u otro, veo decisiones que tomar y veo que no estaré completa hasta que halle mi mitad.

—Eso imaginaba yo también, creo que la carta eres tú y Cédric, la estrella en tu frente marca justo el tercer ojo, has de fijarte bien porque nada es lo que parece, por eso está puesta justo iluminando ese punto. Creo que es un aviso, Didi, creo que tu padre te está protegiendo e intenta que seas feliz, pero no va a ser fácil, de hecho nunca lo ha sido cuando se ha tratado de tu felicidad. Lo que no logro entender es por qué la Diosa está tan enfadada.

—Según dijo mi padre, la traicioné, hice algo en el pasado para ayudar a mi hermana que supuestamente no estuvo bien, aunque mi padre dijo que sí, que él lo entendía y que por eso Brigid me castigó.

—Pero él te dio una oportunidad y te dejó vivir ese amor rompiendo las reglas del juego. Tal vez por eso la Diosa se enfadó con él.

—No me dio la sensación de que la Diosa estuviera al tanto de lo que hizo mi padre, por lo menos él me dijo que lo había hecho a sus espaldas y también insistió en que no me quitara el colgante —aseguré. Mi abuela asintió.

—Este colgante, además de ser un objeto sexual con atributos mágicos es un tipo de amuleto, estuve indagando sobre él, ¿quieres saber qué encontré?

—Claro —manifesté.

—Este tipo de cuarzo es un poderoso protector y purificador. Su energía es suave, amorosa y cálida, dota de tranquilidad y paz a nuestros estados de conciencia. El cuarzo aura ángel saca las emociones reprimidas en lo más profundo y los recuerdos traumáticos. Durante los viajes astrales, es una piedra que ayuda a conectar con nuestros guías, especialmente los pertenecientes al plano celestial —me explicó. Entonces, tal vez fue por eso por lo que pude viajar al pasado y contactar con mi padre ¿sería él mi guía?

—. Se considera un facilitador en las vías de comunicación divina. Además, tiene la propiedad de retirar residuos kármicos o emocionales. Mentalmente, favorece la intuición y nos ayuda a recordar lo aprendido en reencarnaciones anteriores —siguió contándome. Si ayudaba a recordar ¿por qué yo no había logrado recordar nada de mi vida pasada como hada?—. También nos ayuda a encontrar un estado de paz con el universo y a encontrar nuestro propósito espiritual en esta vida. Dada su naturaleza, trabaja mejor durante los ciclos de luna llena, es un poderoso canalizador de energía lunar, por lo que es muy

recomendable usarlo durante la noche, cuando la luna esté en su punto álgido —terminó mi abuela. Me había quedado con la boca abierta.

—¿De dónde sacas todas esas cosas? ¿Tienes algún libro de esos que salen en las pelis donde aparecen? —Ella soltó una risa nerviosa.

—Nada de eso —aseveró muy seria—. Lo saco de un poder superior, un Dios u oráculo que todo lo sabe llamado *Google* —afirmó. No pude más que echarme a reír.

—*Seanmhair*, eres tremenda.

—Hija mía, hasta las druidesas tenemos que evolucionar y modernizarnos, ¿para qué voy a perder el tiempo volviéndome loca entre libros de papel cuando tengo internet? —Ambas estallamos en carcajadas.

—Sea de donde sea que has sacado la información, todo tiene mucho sentido.

—Eso es lo mismo que pensé yo, aunque sigo sin comprender por qué la Diosa quiere castigarte. Por mal que hicieras, nunca se ha asociado a Brighid con una Diosa castigadora, ella es la Diosa del Fuego de la Vida, del Perdón, de la Transmutación e Inspiración. También es la Diosa de la naturaleza y la creación.

—Pues debo caerle gorda.

—Lo dudo, debe haber algún motivo importante, algo que se nos escapa. Por otro lado, me sorprende que Bilé sea vuestro padre, ¿sabes que él fue el marido, por así decirlo, de la Diosa? —Negué—. La historia cuenta que Brighid o Dana, perdió a su hijo favorito en una batalla, quedó rota de dolor e imploró a su marido Bilé, Dios del Inframundo, que lo devolviera a la vida, o más bien que le devolviera su alma, pero él se lo negó. Dana nunca se lo perdonó y a partir de aquel momento algo se fragmentó en el panteón Celta, la Diosa no quiso saber nada más de su marido y lo acusó de traicionarla —comentó. Eso me dejó pensativa.

—Entonces, tal vez no sea algo tan personal hacia mí, tal vez se trate de una venganza, el alma del hijo de ambos por mi alma o algo así, si dices que el hijo que perdió era su favorito y Bilé me dijo que yo era su ojito derecho, tal vez se trate de eso.

—Está claro que un corazón roto es difícil de sanar y la pérdida de un hijo todavía más; pero no entiendo que un ser de luz como ella haya cambiado tanto como para convertirse en una Diosa de la destrucción.

—Tal vez todo se pega, por lo que dices ambos dioses son la cara opuesta de

la misma moneda, vida-muerte, luz-oscuridad, un desequilibrio entre ellos puede ocasionar cualquier cosa —reflexioné.

—Sea como sea, hemos de encontrar el modo de que tu alma y la de Cédric confluyan y seáis felices, por muy Diosa que sea Brighid algo se podrá hacer pues además, tu padre también es un Dios.

—Sí, pero me dijo que yo no lo era, que Brighid no quiso la inmortalidad para sus hijos.

—Pero sí la reencarnación, por eso has vuelto a nacer y tu alma a reencarnarse. Debemos encontrar aquello que se nos escapa, trabajaremos con las piedras, seguiré indagando y por tu parte no te niegues a MacLeod sabiendo lo que sabes. Hay una frase que dice: Amarás a quién no te ama por no haber amado a quién te amó. Ahora sabes que ese no es tu caso, vosotros os amasteis, pudiste sentirlo; entonces no te cierras a ello, entrégate a quién siempre fue el alma que te amó. Cuando el amor es verdadero no tiene principio ni final —sentenció. Tal vez tuviera razón y el círculo se cerraría si me entregaba a Cédric. ¿Podía tratarse de algo tan simple?

Me marché a la cama pensando en todo lo que había descubierto, en todo lo que había sentido y en todo lo que había dicho mi abuela, no podía cerrarme al amor, por lo menos debía intentarlo. Mi último pensamiento fue para mi padre «te quiero, papá», le dije con la mente y antes de quedarme dormida juraría que le oí responder «y yo a ti, hija mía».

Por fin viernes.

La semana se me había hecho eterna, llevaba cinco días planeando la maldita cita y esperaba que fuera rodada, porque de no ser así estaba decidido a lanzarme por un puente.

Le mandé un mensaje al móvil de Didi, le dije que no se arreglara demasiado y que fuera cómoda, estaba convencido que el lugar le gustaría y que en esta ocasión nada podía salir mal. Cuando llegué a la tienda a recogerla estaba nervioso, como si se tratara de nuestra primera cita, entré en la tienda llevando un par de ramos de violetas, uno para Morgana y otro para ella.

Como era de esperar la anciana se mostró encantada y me lo agradeció dándome un amuleto, según ella, para que me diera suerte, aunque yo sabía de qué se trataba. Era el nudo perenne, el símbolo celta del amor. Es el nudo

que no se deshace y simboliza la unión eterna de los enamorados, más allá del tiempo y el espacio. Como no tiene fin se le atribuye también el don de la eternidad, la vida infinita a través de la reencarnación. Me pareció un gesto muy bonito por su parte.



Cuando Didi salió de la trastienda me quedé sin aliento. Llevaba un vestido tipo ibicenco en color blanco. La parte de arriba iba sujeta al cuello con un generoso escote delantero donde pendía mi colgante. Creí que jamás se lo volvería a poner, así que estaba convencido que era un voto de confianza y una clara señal de que estaba dispuesta a perdonarme. La falda caía hasta los tobillos y tenía un gran corte que al andar mostraba una gran porción de cremosa piel. Unas sandalias tipo romanas complementaban el atuendo junto a una corona de violetas naturales que remataba su melena de fuego.

—Yo de ti cerrarí la boca, MacLeod, no vaya a ser que te entre alguna mosca —carraspeó Morgana. Le hice caso, mientras Didi avanzaba con paso firme y las mejillas encendidas.

—¡Por todos los santos, Didi, estás espectacular! —Ella enarcó una ceja para responder.

—Tú tampoco estás mal, MacLeod —comentó. Juro que casi me caigo de rodillas ante su respuesta, estaba distinta, con una seguridad en sí misma que desbordaba, que la hacía brillar con una energía arrolladora. No sabría explicar su cambio, pero parecía como si se hubiera empoderado. Me costó tragar cuando llegó a mi lado y miró el ramo.

— Perdon, es para ti —dije y se lo alcancé.

—¿Has ido a la competencia, MacLeod?

—¡Didi! —la riñó la señora O’Shea—. No pretenderías que viniera a comprártelas a ti para después regalártelas —observó. ¿Por qué me sentía tan ridículamente empequeñecido? Debía remontar si no quería que me engullera como a un miserable.

—¿Estás preparada para vivir la noche de tu vida?

—Eso ya lo veremos —me retó. Olió las flores deleitándose en el aroma y las puso con delicadeza en un jarrón—. ¿Dónde piensas llevarme para impresionarme, MacLeod?

—No pretendo impresionarte, O’Shea, está claro que lo más impresionante de la noche lo tengo frente a mis ojos —declaré. Poco me importaba que Morgana escuchara lo que tenía que decirle a su nieta, iba a por todas y si la tenía como aliada, mejor. Didi mordió casi imperceptiblemente su labio inferior, así que decidí seguir avanzando—. Creo que el lugar es lo de menos porque cuando estoy contigo el mundo deja de existir, podría poner el mundo a tus pies si lo desearas, pero jamás tendrías aquello que es verdaderamente importante.

—¿Y qué es eso tan importante? —Estaba siendo todo muy intenso, Morgana se removió inquieta.

—Espero que lo descubras a mi lado esta noche, la luna está brillando para ti —repuse y le mostré mi brazo para que se agarrara—. ¿Vamos? —Curvó una sonrisa.

—Está bien, veamos que me tienes que mostrar, aunque no pienso ponértelo fácil —me retó.

—No esperaba menos, *fairy* —afirmé. Noté como apretó sus dedos frente al mote cariñoso, sabía que no le gustaba demasiado, aunque yo no podía dejar de llamarla así, tal vez tuviera un punto masoquista y me gustara hacerla rabiar. Apreté el amuleto que Morgana me había dado. Esperaba que me diera toda la suerte que iba a necesitar.

Capítulo 17 (Didi)



Me había arreglado a conciencia, sabía que estaba lista para él, ¿lo estaría él para mí?

Cuando entré en la tienda y le vi el corazón me dio un vuelco, pues iba vestido de un modo muy parecido a cuando nos acostamos la primera vez. Llevaba una fina camisa blanca de lino y el tartán de los MacLeod. Por un instante mi mente voló hasta Iain, se parecían tanto así vestidos que podrían ser la misma persona. «Son la misma alma, no lo olvides», la voz de mi padre me tranquilizó infundiéndome algo más de confianza. «Eso es, pequeña, confía, ella está lejos en este momento, así que aprovecha esta noche, hay luna llena y no vas a tener una ocasión igual».

Intenté infundirme coraje escudándome en una seguridad que temblaba bajo el sol de su mirada, sabía que había llegado el momento de la verdad.

Tras un intercambio de palabras donde quedó patente que no solo yo era la que estaba de los nervios, salimos de la tienda y entramos en el coche de Cédric. En cuanto arrancó el motor de Armstrong una melodía en español inundó el habitáculo.

—¿Escuchas música española? —le pregunté curiosa, él me mandó una sonrisa llena de misterio. No estaba segura de qué hablaba la letra, la cantaban un hombre y una mujer y parecía una balada.

—Escucho música de todo tipo, ¿te gusta?

—Suenan bonita, pero imagino que me gustaría más si la entendiera —apunté.

—Sus deseos son órdenes, mi señora —aseguró, y a la par que la letra sonaba Cédric traducía la letra al inglés, no tenía ni idea de que supiera español, no me había dicho nada al respecto, me centré en escuchar, mientras él conducía con la vista clavada al frente. De tanto en tanto me miraba a través del espejo dejándome sin aliento por la intensidad de lo que aquella letra decía y su voz envolvente.

Bendita toda conexión

entre tu alma y mi voz, sí.

Jamás creí que me iba a suceder a mí

Por fin lo puedo sentir.

Te conozco y te reconozco que por fin

sé lo que es vivir

con un suspiro en el pecho

con cosquillas por dentro,

y por fin sé por qué estoy así

Tú me has hecho mejor, mejor de lo que era

y entregaría mi voz a cambio de una vida entera.

Tú me has hecho entender que aquí nada es eterno,

pero tu piel y mi piel pueden detener el tiempo, oh.

No he parado de pensar

hasta dónde soy capaz de llegar

ya que mi vida está en tus manos y en tu boca.

Me he convertido en lo que nunca imaginé
has dividido en dos mi alma y mi ser
porque una parte va contigo, aunque a veces no lo sepas ver.

Por fin lo puedo sentir.

Te conozco y te reconozco que por fin
sé lo que es vivir

...

Cuando la música terminó estaba temblando por dentro, ni yo misma hubiera explicado mejor la conexión que nos unía. ¿Sentiría lo mismo Cédric que yo por él? Por lo menos esa letra parecía decir que sí.

—¿Y ahora qué me dices? —me preguntó contenido—. ¿Te gusta?

—Es preciosa —declaré, y él suspiró con alivio—. No sabía que cantaras tan bien ni que hablaras español —añadí, Cédric se encogió de hombros.

—Lo de cantar, bueno, supongo que me defiendo y respecto al español no lo hablo —apuntó. Yo no entendía nada.

—¿Entonces?

—Digamos que estaba buscando una canción que expresara algo muy concreto, llamé a tu hermana y le pregunté qué canción podía ponerte que despertara tu curiosidad y que no fuera evidente.

—¿Hablaste con mi hermana? —Asintió—. No he dejado nada al azar para esta noche, Didi, todo está perfectamente pensado y meditado, por cierto, te manda recuerdos y me ha dicho que te diga que por fin ella y Kenan están juntos, que logró sanar su Karma y que espera de todo corazón que sanes el tuyo. Ah, y me dijo que te diera las gracias en su nombre por salvarla en su otra vida, me dijo que tú lo entenderías —manifestó. El corazón se me

encogió, me alegraba tanto por ella.

—¿Así que te has aprendido la letra en inglés solo para que pueda entenderla y vacilarme un poco?

—Eso parece —afirmó. Aquel detalle me calentó el pecho. Solté una carcajada, aunque realmente estaba emocionada por el detalle.

—Gracias, Cédric, era preciosa, muy sugerente.

—No merecías menos que eso —declaró. Con la tensión acumulándose entre nosotros, necesité desviar la vista hacia la negra noche, el cielo estaba inusualmente despejado, miles de estrellas titilaban alrededor de una gigantesca luna llena. Tenía tantas ganas de llegar al lugar que Cédric hubiera escogido para nosotros...

Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar, el cartel indicaba que estábamos en Balnaknock. No pude evitar sonreír, había visitado aquel lugar con mi abuela con anterioridad. Estábamos en el Fairy

Glen o Valle de las Hadas.

—Muy original —dije cuando me abrió la puerta del coche y me ayudó a descender.

—Quería un lugar lleno de magia y donde estuviera seguro de que nadie nos iba a interrumpir, no voy a caer en el error de que alguno de los dos nos dispersemos por algún motivo —comentó Cédric que llevaba un cesto y una gran manta de cuadros iguales a su tartán. Una imagen cruzó mi mente y fui incapaz de no contársela.

—Pareces la versión escocesa de la Caperucita Roja —expuse, y él soltó una carcajada.

—Podría serlo, siempre y cuando eso signifique que tú eres la Loba Feroz —apuntó. Me miraba con intensidad y eso hizo que me erizara por completo.

—No sé si te gustaría que te devorara, pequeña Caperucita —bromeé.

—Te garantizo que lo estoy deseando —aseguró. ¡Joder! y yo, aunque no podía decírselo.

—Vamos, MacLeod, que estoy deseando saber dónde me llevas —le insté, él

asintió y me tendió la mano. Me sorprendió que no fuera el brazo, dudé si agarrarme o no, pero para ser francos, lo estaba deseando. Ligué mis dedos a los suyos sintiendo el quemazón que infundía su palma de la mano a la mía, podía parecer una tontería, pero el gesto me llenó de tal manera que no podía imaginar un lugar mejor en aquel momento, que aquel nudo que se había formado entre sus dedos y los míos.

Caminamos dejando que la brisa acariciara nuestros cabellos, sintiendo como la naturaleza nos envolvía. Me impresionó cuando el sendero comenzó a iluminarse con pequeñas luces blancas y brillantes.

—¿Y eso? ¿Qué es? —pregunté sorprendida.

—Pues como no quería salir ardiendo y acusado de pirómano en todos los medios de comunicación, contraté a alguien para que instalara cientos de velas a pilas que iluminaran el camino, tal vez no sean lo mismo que las de verdad, pero sí más seguras para el entorno —me explicó. Mi corazón se disparaba a cada paso que dábamos.

—Es maravilloso, Cédric, de verdad y tú lo haces más asombroso todavía —afirmé. No podía contener la emoción, imaginar las molestias que se había tomado para que todo fuera perfecto me tenía embelesada.

—Lo más maravilloso es poder compartir esto contigo, Didi —aseguró. Habíamos subido al primer montículo y me quedé parada admirando la belleza que nos cercaba. La luna brillaba lo suficiente para dotar al entorno de una belleza sobrenatural acrecentada por los cientos de luces que resplandecían en la hierba.

La colección de minúsculas montañas emergía de la tierra haciéndonos sentir como verdaderos gigantes. Por aquel motivo le llamaban el Valle de las Hadas, pues se creía que era el lugar de recreo de criaturas diminutas. Que me hubiesen preguntado a mí antes de ponerle ese nombre, estaba claro que las hadas distaban mucho de ser aquellos minúsculos seres mitológicos.

Algunos montículos eran cimas redondeadas, mientras otros eran mucho más rocosos y escarpados, con laderas llenas de vegetación y arbustos modelados en la dirección del viento. Parecía un cuadro un tanto surrealista.

Tras admirar el paisaje por un momento seguimos el camino trazado, algunas

liebres pasaron correteando a esconderse, mientras se escuchaban a lo lejos el sonido de las ovejas al pastar en busca de la hierba más tierna.

Aspiré el aroma a hierba húmeda, era uno de mis aromas favoritos, el olor a bosque, a tierra mojada, a naturaleza llena de vida, el aroma de las Highlands.

De entre todos los montículos del Fairy Glen, llegamos a uno que sobresalía entre los demás. El Castle Ewen, aquella magnífica protuberancia rocosa dominaba el paraje verde. Tomamos el estrecho sendero que te llevaba a la cima. Reconozco que el último tramo se hizo complicado y necesité la ayuda de Cédric para coronar la cima. Una vez allí él se puso a mi espalda para rodearme entre sus brazos formando una dulce cárcel de la que me hubiera gustado no escapar jamás. Tomó aire agarrado a mí, parecíamos tan solos y tan acompañados a la vez. No necesitaba nada más en el mundo que no fuera la infinidad de su abrazo.

—¿Lo sientes, Didi? ¿Sientes la conexión mágica del lugar y como se funde con nosotros? —No estaba segura de qué sentía exactamente, pues mis hormonas estaban completamente revolucionadas bajo su agarre. Intenté centrarme y lo único que llegué a sentir plenamente fue la inmensa erección que presionaba mi trasero. Estaba claro que ese era el punto de conexión, me moría de ganas de fundirme en él. Carraspeé.

—Em, sí, creo que algo siento.

—Fíjate bien —dijo, y extendió uno de sus brazos para señalar sin soltarme con el otro—. Allí tienes el pequeño lago, justo ahí, a ese lado de la ladera —me explicó. Era bonito ver como hacía de espejo reflejando en él la hermosa luna—. Fíjate en las cascadas que corretean entre las montañas, como una caricia intensa —siguió diciendo. ¿Caricia? ¿Cascadas? Estaba perdiéndome su alegato, pues solo lograba centrarme en aquel pedazo de carne que apuntaba en medio de mis cachetes abriéndose paso como el agua entre las rocas—. Y allí, justo allí, están los espirales de piedras, cuentan que hay que recorrerlos uno a uno hasta llegar al centro y, una vez allí, pedir un deseo... —Deseo, deseo, mmmm, eso era justo lo que yo sentía, un inconmensurable deseo. Las espirales también estaban iluminadas, estaba claro que se había esforzado mucho para que la velada saliera perfecta. Miraba los círculos y yo

solo veía una Diana, eso era, quería que sacara su dardo del amor y me impactara justo en el centro de la diana—. ¿Te apetece pedir algo, Didi? Tal vez las hadas te lo concedan —me insinuó. Su voz grave se arremolinaba en mis oídos descendiendo hasta mi bajo vientre.

—Me apetece mucho dejar fluir mi deseo —solté. La mano que descansaba en mi vientre me apretó hacia atrás y Cédric trazó un círculo con su pelvis que nos arrancó un gruñido a ambos.

—Te juro, Didi, que vas a fluir como nunca —afirmó rotundo. ¡Dios bendito, estaba entre darme la vuelta y atacarle! Solo podía imaginarme cogiéndole el dardo y anotando el punto en mi propia diana. «Serénate, Didi, o va a pensar que eres una salida», me dije. Pero es que en ese momento lo era, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no lanzarme a degüello. Ya me imaginaba tirándome sobre él a la par que Cédric daba un paso y yo caía rodando por el acantilado. No quería acabar la noche con dos piernas rotas, más bien con una tercera pierna entre las otras.

Decidí relajarme y seguir sus pasos, todo se andaría. El colgante había crecido ligeramente y sabía lo mucho que iba a engrosar. Estaba nerviosa, excitada, esperaba que toda la preparación a la que me había sometido funcionara. Con Iain no tuve problemas, así que esperaba que con su evolución fuera igual de bien.

Bajamos hasta las piedras y como mandaba la tradición seguimos los círculos hasta llegar al centro, una vez allí Cédric tendió la manta, dejó la cesta y se puso frente a mí tomándome de ambas manos.

Le contemplé abiertamente, estaba tan guapo, con su pelo ondeando y el brillo dorado de sus pupilas bañando las mías.

—¿Estás lista para escuchar mi deseo? —me preguntó solemne.

—¿En voz alta? —titubeé. Los deseos solían ser algo muy personal,

yo no pensaba decirle que lo que más deseaba era que me hiciera suya de una maldita vez. Eso es como cuando te preguntan si quieres un masaje, está claro que lo hacen pensando que después tú le darás otro y yo no estaba dispuesta a decir lo que deseaba en voz alta—. Los deseos no puedes contarlos, sino no se cumplen —sentenció.

—Eso es una patraña —descartó—. Seguro que fue un invento de alguien que no se atrevía a revelar los suyos, pero este no es el caso, yo quiero que conozcas el mío —afirmó. Para ser francos, yo me moría de curiosidad por escuchar lo que tuviera que decir.

—Pues adelante, no voy a ser yo quién te lo impida —declaré. Una sonrisa ladeada curvó sus perfectos labios, esos que anhelaba besar con fervor ¿y si le besaba y nos dejábamos de tonterías?

Tomó aire y comenzó a hablar antes de que me decidiera a callarle con mis labios.

—Escúchame bien, Deidre O’Shea —pidió de modo contundente, agudicé el oído para no perderme nada de lo que me quería contar—. Tengo miedo a no poder saborearte lo suficiente, a que llegue el día en que ande perdido buscando tu rostro entre la gente. Me da pánico apostar al amor sabiendo de antemano que no tengo la mano más fuerte, a enfrentarme a alguien que se atreva a quererte mejor de lo que yo he hecho hasta el presente —empezó a decirme. La sangre recorría mi cuerpo como un mar rugiente, sabía que me hablaba de su miedo frente a Shaw, Cédric me estaba revelando sus temores más ocultos, abriéndose a mí como jamás lo había hecho hasta el momento y eso me llenaba de orgullo—. No quiero dejarte escapar, quiero despertar con las sábanas desordenadas y una sonrisa en la mirada al saber que es a ti a quien voy a encontrar. Sé que tal vez nunca sea suficiente, que no entiendas a este inconsciente que tanto te ha llegado a irritar, sin embargo, créeme si te digo que no puede haber mayor castigo que pensar en perderte para toda la eternidad. Así que mi deseo es que puedas darte cuenta, que mi alma fue robada por una pelirroja descarada el primer día que la vi. Fui un necio, un idiota por tratarla como lo hice, sé que no tengo excusa, pero necesito que entiendas que mi madre había fallecido hacía muy poco y volqué toda la frustración en ti. Lo siento, Didi, perdí a la mujer que había sido el pilar fundamental de mi vida y me niego a perder a la que posiblemente sea mi otro pilar. Tú eres mi mayor deseo, Deirdre O’Shea, ahora y siempre —aseguro rotundo.

No pude más, sabía que era mi turno, pero era incapaz de decir o expresar nada, me sentía a la deriva, envuelta en un cúmulo de emociones y sentimientos que me lanzaban de lado a lado. Cédric se me acababa de

declarar y si eso no era una declaración de amor que bajara Dios y me lo dijera. Nunca nadie me había dedicado unas palabras más hermosas que las de Cédric. Me quería a mí, eso es lo que acababa de decirme y yo le amaba con todo mi ser.

Solté su agarré y me lancé directa a su boca quien me recibió de buena gana. Con mi impulsivo acto ambos aterrizamos en el suelo y yo no podía pensar en nada que no fuera estar desnuda junto a él.

Cuando la parte delantera de mi vestido cayó, Cédric me dio la vuelta y me encontré con sus dientes arrasando mis pechos. Grité de puro gozo, estaba claro que su alma era la misma que la de Iain, era igual de ardiente y posesivo. Succionó con mucha fuerza uno de mis rosados picos, mientras yo empujaba su cabeza hacia mí, estaba muriendo del gusto.

—No sabes la de veces que me he imaginado haciendo esto —masculló embargado por la pasión.

—Pues no imagines y hazlo —le ordené— pero desnúdate primero, quiero verte—. Él levantó la cabeza bajo mi orden, con una sonrisa que dejaba poco a la imaginación, le había gustado mi petición.

—Por supuesto, preciosa *fairy*, me encanta saber que me quieres desnudo, ordéname y yo te lo concederé —afirmó. Se puso en pie dejándome estirada y con el torso descubierto, me incorporé ligeramente con los codos bajo el cuerpo, no quería perderme nada.

Cédric era un espectáculo glorioso digno de ver.

Mi laird se desabrochó el tartán dejándolo caer al suelo, las piernas se veían muy musculosas y trabajadas, mientras la camisa llegaba a medio muslo. Se quitó los zapatos y los calcetines sin separar la mirada de la mía, ansiaba descubrir cualquier porción de piel que quedara al descubierto. Una vez libre de calzado se incorporó, tomó la parte baja de la camisa y la elevó sacándosela sin esfuerzo para descubrir que no había llevado ropa interior durante todo el trayecto.

Contuve un gritito de alegría, pues su miembro no parecía tan terrible como el que sentí aquella primera vez, tal vez sí que fue problema mío, de que era demasiado estrecha. Juraría que el tamaño era muy similar, si no el mismo

que el de Iain. Cédric no tenía cicatrices y a diferencia de su antecesor estaba completamente depilado.

Recorrí sin prisa todo su cuerpo, memorizando cada surco, cada músculo y cada lugar que me moría por recorrer.

—¿Contenta? —preguntó enarcando una de sus rubias cejas cuando alcancé sus ojos. Había una cosa que no había hecho con el laird siendo hada y que me moría por probar. Verle así, desnudo, completamente erecto y dispuesto aumentó mis ganas de intentarlo.

—Todavía no —respondí poniéndome de rodillas para tener justo en frente de mis ojos aquella belleza que ya no me parecía tan amenazante—. Tú y yo vamos a ser muy buenas amigas —le susurré, mientras ella lagrimeaba de la emoción con su único ojo apuntando a mi boca. Cédric no interrumpió mi conversación con su polla, supongo que debía estar consternado, pero a mí no me importaba, necesitaba crear un vínculo entre ambas antes de hacer lo que pretendía. Tomé toda su extensión entre mis manos, Cédric había dejado de respirar, mientras le acariciaba y contemplaba de cerca su gruesa hombría.

—Didi, estoy muy al límite, si sigues explorándome de ese modo no sé lo que voy a ser capaz de aguantar, me gusta saber que quieres su amistad, pero te garantizo que ella no va a conformarse solo con eso si sigues haciéndole esas cosas —comentó. Curvé ambos labios.

—Está bien, ella y yo vamos a ser las mejores amigas del mundo y voy a darle mucha profundidad a nuestra relación, ¿crees que si lo hago de este modo se va a conformar? —dije, y pasé la lengua por su hendidura, él gruñó con fuerza. Estaba dispuesta a que alucinara, la de horas que me había pasado frente al ordenador practicando con una de esas pollas de goma de mi abuela para aprender a hacer una garganta profunda y no ahogarme en el intento. Horas y horas de prácticas, para aprender a controlar mi diafragma y la respiración, esperaba aprobar con matrícula este examen. Recorrí el grueso glande con mis labios degustando su salado sabor para darle paso a todo su tamaño de un solo envite.

—¡Dios! —gritó cuando se sintió completamente enterrado en mí. Me obligué a relajar la garganta para que la experiencia fuera buena para ambos.

Intenté habituarme a su tamaño, mientras una de mis manos jugueteaba con sus suaves testículos. Cuando estuve segura de tener la situación controlada comencé a moverme, sorbiendo con fuerza, mientras le dejaba entrar y salir a voluntad. Cédric rugía de placer y yo me sentía orgullosa de que todo el entrenamiento no hubiera sido en balde.

Sus dedos se cerraron en los mechones de mi pelo a la par que accionaba la cadera cada vez con mayor arrojo e intensidad. Me gustaba sentirle alojado en el fondo de mi garganta, saber que era capaz de aguantar con estoicidad cada arremetida de sus caderas.

—Te juro, preciosa, que es la mejor mamada que me han hecho nunca, madre mía, Didi, eres increíble —¿Soez? ¿Tal vez? Pero aquellas palabras eran música para mis oídos. Puse todo mi empeño en que fuera perfecta. Sus testículos se volvieron pesados, sabía que estaban llenos y yo moría por saborearle por entero.

Con la saliva que pendía de mis labios mojé los dedos de mi otra mano para estimular el canal que recorría del escroto hasta el ano. En las charlas que daba mi abuela había escuchado que era realmente estimulante y quería ofrecerle una experiencia inolvidable.

Cédric se tensaba cada vez que mi dedo se acercaba peligrosamente a aquel lugar oculto entre sus glúteos de gladiador; aunque tampoco se oponía, me dejaba hacer, con lo que fui ganando confianza y explorando en mayor profundidad.

Su miembro estaba completamente rígido, había alcanzado el tamaño máximo y me costaba tomar el aire, los falos de goma no se movían te dejaban marcar el ritmo y Cédric se clavaba en mí como si no hubiera un mañana.

—Didi, cielo, estoy a punto de estallar, si no quieres eso para ahora mismo o me vendré en tu boca —¿Qué parara? Lo estaba deseando e iba a hacerle un regalito extra, ungué bien mi dedo y seguí chupándola con mayor ahínco, la desenterraba del todo succionando con fuerza el glande para después relajar los músculos que envolvían la tráquea y albergarla por completo.

Cédric entendió el mensaje dejando ir la poca contención que había mostrado

hasta el momento, sus acometidas fueron más violentas, sus nalgas se relajaron y cuando noté el primer chorro invadiendo mi garganta interné el dedo entre el anillo de músculos en busca de su punto G.

Mi laird gritaba y se convulsionaba, mientras yo movía el dedo en su interior acariciándole la próstata. Le engullía entretanto él dejaba ir su placer más absoluto, parecía no poder detenerse. No paraba de dejar ir su esencia, mientras caía en torrente por mi esófago. Nunca hubiera imaginado sentirme tan complacida por ofrecer tamaño placer a alguien.

Cuando estuve segura de que había terminado retiré con cuidado el dedo y me aseguré de que su polla quedara inmaculada. Le di

pequeños lametones en todo el tronco recorriendo las venas que tanto me gustaban.

Cédric me tomó de la barbilla para que contemplara su rostro. Me miraba satisfecho, lleno de orgullo y algo más difícil de descifrar. Bajó a mi altura y una vez estuvo tan arrodillado como yo me besó transmitiendo todo lo que no había dicho con palabras y que yo estaba entendiendo a la perfección. Cuando nuestras lenguas tuvieron suficiente, se apartó con mucho cariño besando la punta de mi nariz.

—Didi, ha sido el mejor regalo que me han hecho nunca, te juro que voy a compensarte —afirmó, yo le sonreí.

—No merecías menos después de lo que dijiste, además, ese era uno de mis deseos —comenté. La mirada ámbar me abrasó.

—Te juro que nunca había sentido algo tan profundo con una mamada —aseguró, y yo solté una carcajada, menudo poeta estaba hecho—. Ha sido impresionante.

—Me alegra que te haya impresionado —declaré orgullosa.

—Aunque te juro que ahora mismo estoy que muerdo por saber qué tío te ha enseñado a hacer algo así, sé que no tengo derecho, que no debo estar celoso, que durante este tiempo has podido acostarte con quien sea y que no debo sentirme así, pero te juro que no puedo dejar de pensar en lo capullo que he sido todo este tiempo, en todo lo que me he perdido por no estar a tu lado. Si pienso en otro disfrutando una décima parte de lo que he disfrutado yo en tus

labios te juro que... —manifestó. Me hizo gracia ver tantas emociones debatiéndose en el fondo de su mirada, aunque también me supo mal que se sintiera así, sabía que no tenía por qué decírselo, pero lo hice.

—No ha habido nadie más que tú —declaré. De algún modo necesitaba que lo supiera y que no hubiera subterfugios entre nosotros.

—¿Cómo dices? —Parecía asombrado.

—Digo que nunca había hecho esto antes, por lo menos a un hombre —constaté. Me miró extrañado.

—¿Eso quiere decir que se la has mamado a un burro? ¿O a un perro? —Le di un puñetazo en el brazo.

—Aquí el único burro que hay eres tú. ¿Cómo se te ocurre ni siquiera plantear esa pregunta? ¿Me acusas de zoofilia? ¿En serio? —Él se echó a reír ante mi indignación.

—No te acuso, es que si no fue con un hombre...

—Pues fue con una polla de goma, con un dildo, un consolador, ¡un vibrador!
—exclamé ante su mirada estupefacta. Parecía sorprendido y la mar de feliz —. Nunca he estado con otro aparte de contigo, tal vez sea triste, pero cierto, mi vida sexual no ha tenido mucho recorrido.

Estaba claro que Iain no contaba, primero porque no había sido en este mundo y después porque ambos eran la misma alma. Con Shaw no había habido penetración, así que eso me dejaba simplemente con Cédric como referencia.

—Un momento ¿y Moby-Dick? —inquirió, y mi sonrisa se amplió.

—Es el nombre de uno de mis juguetes de gran tamaño —repliqué, sus ojos se entrecerraron.

—¿Cuántos juguetes tienes?

—Muchos —susurré, mientras, su mano bajó a uno de mis pezones para torturarlo.

—Mmmmm, pues creo que me va a encantar convertirme en tu nuevo compañero de juegos y ahora, querida *fairy*, ha llegado mi turno, levántate,

quítate las bragas, abre tu falda y sube una de tus piernas a mi hombro, Caperucita Roja va a cenarse a la Loba Feroz

—declaró. Solo con imaginar la escena ya me había puesto cachonda.

—Mmmm, espero que Caperucita sea hábil con su lengüita —le provoqué poniéndome en pie y bajando mis bragas.

—No lo sabes bien, preciosa, pero te juro que lo vas a saber, abre el telón para mí —me pidió. Me sentía perversa y eso me gustaba. Tenía un hombre magnífico arrodillado en el suelo, desnudo y expectante. Descorrí la falda como me pedía, mostrando mi vagina deseosa de atenciones para subir la pierna cual bailarina de tango dispuesta a que me hiciera alcanzar el cielo.

—Agárrate bien, preciosa, te voy a llevar a un lugar del que no vas a querer regresar —afirmó. Separó mis pliegues y se enterró en ellos. Creí morir en aquella dulce agonía.

Su boca se hundía en mí tanteando todos los rincones, saboreando con pleitesía mi humedad. Mordisqueaba mis gruesos labios exteriores provocando un millar de escalofríos en mi piel.

Tal y como él hizo, le agarré del pelo empujando hacia mi centro, enroscando sus dorados mechones para tirar de ellos y manejarlo a mi antojo como si se tratara de una marioneta sexual. Frotaba mi sexo sin pudor, alegrándome por todo lo que me estaba ofreciendo, curvando mi espalda y dejando que la luz de la luna bañara mis pechos. Estaba completamente encendida, a su juguetona lengua se unieron sus magistrales dedos que entraron en sintonía penetrándome una y otra.

Mi clítoris erecto se endurecía clamando atención, por suerte su boca supo interpretarlo para tironear de él alentándolo a crecer más y más. Su lengua se agitaba salvaje encumbrando mi deseo, sabía que de aquel modo llegaría al orgasmo sin problemas, pero no deseaba eso.

—Cédric, para por favor —expuse en una dulce agonía, mientras el placer me torturaba dejándome sin aliento. Él seguía abandonado hasta que tiré con fuerza del pelo arrancándole de mi sexo.

—¿Qué ocurre? —preguntó desorientado—. ¿Acaso no te gusta? Porque yo diría que sí —dijo, y metió los dedos hasta el fondo arrancándome un gemido

de deleite.

—No seas necio, claro que me gusta, no se trata de eso.

—¿Entonces? ¿Qué es? —Seguía moviendo los dedos dentro y fuera provocando que apenas lograra pensar. Estaba claro que iba a tener que pedir lo que deseaba y rápidamente.

—Quiero que me folles, quiero que borres aquella maldita primera vez de mi memoria y quiero que seas tú, necesito que seas tú —le rogué. Estaba ligeramente avergonzada, pero era lo que deseaba. «Nunca nadie debe avergonzarse por pedir lo que necesita», me dije para convencerme. Sus dedos abandonaron mi interior con delicadeza y con ternura terminó de desnudarme.

—A ti no voy a follarte, Didi, voy a hacerte el amor —declaró. Estaba convencida de que eso era lo que cualquier mujer hubiera esperado oír, cualquier mujer menos yo. Lo miré fijamente.

—Olvídate de eso, MacLeod, a mí me follas, con amor, pero me follas, quiero tenerte tatuado en cada maldito poro de mi piel y si no eres capaz de eso será mejor que lo dejemos ahora —le insté, y me removí inquieta, mientras su sonrisa se amplió.

—Desde luego que eres única, ven aquí, maldita sea, voy a follarte tanto que vas a olvidarte incluso de tu nombre —afirmó. Aquello sí que me hacía inmensamente feliz, cuando le vi abalanzarse sobre mí supe que era el amor de mi vida.

Capítulo 18 (Cédric y Didi)



Nunca hubiera imaginado sentirme tan malditamente feliz con una mujer. Didi era el sueño de cualquier hombre, hecho realidad. Adoraba su entrega y, por todos los santos, como me había tomado en su boca, era absolutamente perfecta.

Había pensado que cuando me la jugué expresando mis sentimientos en voz alta saldría huyendo, pero no fue así, se quedó y me premió con un orgasmo brutal. Ahora pensaba devolvérselo con creces, iba a adorar aquel cuerpo de hada con absoluta devoción.

La tumbé sobre mi tartán, no podía pensar en nada más hermoso que ver a la mujer que amaba tumbada, desnuda y dispuesta sobre los colores de mi familia.

Había tomado una decisión y es que Didi iba a convertirse en mi mujer, me costara lo que me costara, no había nadie más perfecto ni que me complementara tanto como ella. Nunca me había enamorado, sin embargo, estaba convencido de que justamente era eso lo que me sucedía. No podía alejarla de mi mente ni un instante, me imaginaba creando mi propia familia a su lado, compartiendo las riñas y las reconciliaciones, las noches llenas de pasión y los días de ilusiones planeados entre los dos. Si eso no era amor, que alguien me explicara lo que era.

Sus ojos azules refulgían de deseo, tenía los labios hinchados y rojos, listos para tomarlos entre los míos y que calmaran la agónica sed de mi alma. Didi sabía a miel, era dulce e intensa, me gustaba que presentara batalla y no se quedara como una mera espectadora del juego. Jadeaba, gruñía con total entrega y eso me encendía todavía más. Sus manos descendieron por mi espalda hasta agarrar mis nalgas con determinación y aquel gesto me recordó

lo que había pasado entre ellas instantes antes.

Ninguna mujer había tocado ese punto o lo había intentado siquiera, pero mi *fairy* no solo lo había hecho, sino que me había regalado un placer extremo, mi orgasmo se multiplicó por mil en sensibilidad y duración. Había encontrado el punto justo donde mi deseo se desataba incontenible, si me hubieran jurado que un dedo en el culo me catapultaba hasta el éxtasis lo habría probado mucho antes. La expresión de irse a tomar por culo, si era con Didi, estaba infravalorada. Aunque estaba convencido que nunca hubiera sido igual con otra.

—Cédric, te necesito —ronroneó abriendo las piernas y anudándolas a mi cintura. Estaba listo para la carga, mi erección volvía a estar completa sintiendo la tentadora humedad resbalando por ella.

—Tengo que ponerme un condón, preciosa, déjame que vaya a por uno y te juro que nada ni nadie me podrá detener —repliqué e hice el amago de levantarme, pero me detuvo.

—Tomo la píldora desde nuestra primera vez —comentó. Estaba encendida con un hermoso rubor cubriendo sus mejillas. Miré aquellas pupilas rogándome que no me marchara y juro que no quería hacerlo. Sentir como Didi me envolvía sin que nada nos separara era un sueño hecho realidad.

—Yo siempre he usado condón, aunque entendería si no te fiaras de mí —le dije. Ella posó un dedo sobre mis labios.

—Hazme tuya, Cédric, por favor, sin barreras, sin nada que me impida sentirte al cien por cien —me pidió. ¿Cómo iba a negarme a ese ruego? Puse las manos entre nuestros cuerpos, agarré mi polla y la coloqué en la entrada de su vagina, deslizándola arriba y abajo.

Didi se retorció bajo mi cuerpo. Por fin iba a ser mía, la penetré y ambos gritamos al unísono.

El placer no podía ser más absoluto, comencé a moverme con ímpetu y Didi a gritar, no fue hasta el cuarto o quinto envite que no me di cuenta que ella me aporreaba llorando de dolor. Me retiré al momento, sin comprender de nuevo qué ocurría. Ya no era virgen, estaba completamente dilatada ¿entonces qué pasaba?

Ella me empujó y salió corriendo hacia el lago apretando algo que se iluminaba en su pecho ¿Pero qué demonios había pasado? ¿Qué era eso que refulgía en mitad de su esternón?

Me levanté y corrí tras ella gritando como un loco, pero Didi no se detuvo y

se lanzó de cabeza al agua.

—¡Didiiiiiiiiiiii! —aullé aterrado, no sabía por qué, pero sentía mucho miedo como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho ¿qué estaba sucediendo? ¿Qué era aquello? Entré en el agua desesperado, pero no la encontré, bucéé y bucéé hasta quedarme sin aliento, sentía mis pulmones ardiendo, estaban a punto de estallarme cuando una voz de mujer resonó a mis espaldas.

—Se ha marchado, MacLeod —escuché y me di la vuelta, allí había una pelirroja vestida con una túnica transparente, todo su cuerpo era revelado bajo aquel manto rojo. Era hermosa, voluptuosa, pero tenía una mirada oscura que emborronaba su belleza y me alertaba de que no era trigo limpio.

—¿Y tú quién eres? ¿De dónde sales? —Ella soltó una carcajada seca.

—Yo soy tu Diosa Brighid o tal vez me conozcas como Dana, soy la creadora de vida y la que te dice que te olvides de Deirdre O’Shea, ella no te ama a ti, por eso saltó al lago —comentó. ¿Qué demonios significaba todo esto? Era imposible que fuera una amiga de Didi, ella no sabía dónde íbamos, entonces, ¿quién era aquella loca y a qué venía todo eso?

—¿De qué demonios hablas, tarada?! ¿Quién narices eres? —volví a preguntar.

—Te lo acabo de decir, soy la creadora, Deirdre desciende directamente de mí, en su vida pasada cometió un grave error y por ello fue castigada a una eternidad sin su alma gemela. Pero mira tú por donde, mi querido exmarido me la jugó, y le permitió un lapso de tiempo. Hace unos días Didi conoció a otro hombre, que obviamente no eres tú y del cual se enamoró —me contó. La cabeza me daba vueltas ¿de qué iba todo eso?—. Ella sabía que para regresar a él solo debía hacer una cosa, excitarse y meterse en el lago, inmediatamente volvería a su lado, y eso es lo que acaba de hacer. Se ha marchado, laird, y nunca más regresará, ha escogido y tú has perdido.

—Te lo estás inventando todo, nadie se mete en un lago y aparece en otro lugar —rugí—. Ella me ama y no sé lo que pretendes con todas estas patrañas. No se ha ido con otro, yo he sido el único con quién ha estado, ella misma me lo confirmó —bramé. La pelirroja rio con maldad.

—¿Ah sí? —inquirió al tiempo que creó una bola inmensa de luz entre sus manos.

¿Pero quién demonios era? ¿La versión femenina del Mago Merlín? Si pensaba que con cuatro trucos baratos iba a lavarme el cerebro, lo llevaba

claro, no sabía qué pretendía, estaba claro que a mí no me la daba. O por lo menos eso creía, hasta que allí, justo delante de mis narices, en el centro de la bola de fuego y luz, me mostró imágenes de Didi abierta de piernas con la cabeza de Shaw entre ellas.

Podía escuchar claramente sus voces y los gemidos de placer de la que había creído el amor de mi vida. Después, la imagen cambió, Didi estaba tumbada en una cama, desnuda, ataviada con una especie de alas de hada en la espalda, mientras un tipo rubio la penetraba y ella gritaba: “siempre seré tuya Iain” y él la instaba a que lo repitiera una y otra vez hasta estallar en un orgasmo colosal. Creo que aquella frase fue la que más me dolió de todo lo que llegue a ver. Sentí como mi corazón se fracturaba en mil pedazos, que dudaba pudiera recomponer.

Ella me había dicho que no había habido nadie más, me había mentido, ¿sería cierto lo que decía la pelirroja? ¿Me habría utilizado?

— Eso es, MacLeod, te usó, se vengó de ti por hacerle lo que le hiciste en el pasado, por jugar con ella, por dejarla olvidada, ignorarla y abandonarla, no mereces más de lo que te ha dado, que es una simple venganza; pagarte con la misma moneda. Ahora Didi es libre, le has dado lo que estaba buscando, su pasaporte para ir con él. Seguro que en este instante está retozando bajo su cuerpo y riéndose de ti —se mofó la pelirroja internándose en el agua para acariciarme el torso—. ¿Quieres que pasemos un buen rato y te ayude a olvidarla? —preguntó. La mano descendió hasta mi miembro y una gran sacudida de placer completamente involuntaria me recorrió, ¡tuve una erección instantánea! Estaba claro que esa mujer no era de este mundo—. Esto no es nada comparado con lo que puedo hacerte sentir, laird, ven conmigo y te mostraré lo que es follar con una auténtica Diosa —declaró. Después me besó con ganas y pese a la creciente excitación que sentía la aparté sacando fuerzas de donde no las tenía, alejándola de un empujón.

—Suéltame, no quiero estar contigo, maldita bruja —grité. Su risa retumbó en mis oídos, la bilis subía y bajaba por mi esófago con total repulsión.

—Vaya, ¿así que me desprecias? Pues tú te lo pierdes, mortal, pero recuerda una cosa, ella nunca será tuya porque su alma es de otro.

Tal y como vino se fue dejándome solo y abatido, ¿era posible todo lo que me había dicho? ¿Yo era un simple canal para ir a algún lugar? ¿Didi amaba a otro hombre?

Salí del agua y me senté en la orilla, a sabiendas de que no la iba a encontrar

por mucho que me empeñara en sumergirme. Lo sentía en mi pecho, sabía que se había ido y que no estaba aquí ¿pero a qué lugar había huido? ¿Con quién? ¿A quién pertenecía el corazón de Didi? ¿Por qué me había utilizado y no había sido sincera? ¿Realmente era una simple venganza para ella? ¿Lo había fingido todo?

Pasé la noche con la vista clavada en las aguas imaginando que de un momento a otro ella saldría y me daría todas las explicaciones que ansiaba oír, porque no nos engañemos, estaba deseando que desmintiera todo aquello y me diera cualquier tipo de explicación.

Estaba dispuesto a escucharla, porque era preferible eso, que pensar en una vida sin ella. Sin embargo, no fue así, Didi no apareció ni con los primeros rayos del alba.

Deambulé hasta el centro de los espirales, donde solo quedaba su vestido bañado por los primeros rayos de sol, me arrodillé tomándolo entre mis manos aspirando su aroma a violetas y miel, y grité, grité con dolor y frustración hasta que ningún sonido salió de mi garganta.

Solo había conocido un dolor parecido en toda mi vida y fue cuando mi madre salió de ella.

Didi se había marchado y no iba a regresar nunca más.

Salí del lago escupiendo agua. ¡Maldita sea! ¿Por qué no había funcionado? Pensé en el dolor que había sentido, el colgante había ardidido como nunca, intenté aguantarlo hasta que no pude más y tuve que lanzarme al agua, mi pensamiento fue hacia Iain, no entendía por qué con él había funcionado y con Cédric no. ¿Qué había salido mal? Mi padre me dijo que podía ir con Cédric, ¿entonces?

Miré de lado a lado en busca de mi MacLeod, seguro que estaría preocupado pensando que me había vuelto a dañar, grité su nombre, pero nada, allí no había nadie, no me respondió, las luces estaban apagadas. ¿Qué ocurría?

—Vaya, vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —escuché. Enfoqué la mirada y una mujer pelirroja vestida con una túnica transparente caminó hacia mí.

—¿Quién eres? —Estaba claro que no era alguien de este mundo, su pelo resplandecía y su energía era muy poderosa. Todo el vello de mi cuerpo se

había erizado.

—¿No me reconoces, pequeña O’Shea? —Hizo un chasquido con la lengua—. Tu alma tiene muy mala memoria, pero eso tiene fácil solución —comentó. Era una mujer soberbia, con unos rasgos delicados y fríos, aunque llameara—. Soy yo, tu creadora —prosiguió—, tú fuiste una de mis más amadas *Brigantes*^[14] y la que me traicionó —me explicó. El corazón me dio un brinco, era ella, ¡la Diosa!—. Eso es, justamente soy la Diosa —admitió. ¿Podía leer mi mente? Tal vez fuera un poder que tuvieran los Dioses—. La mujer a la que mentiste, a la que burlaste y estafaste para que tu preciosa hermanita pudiera estar con su laird, pero fíjate como son las cosas, con ello te condenaste a no conocer al tuyo.

—Le conocí —le reproché molesta, mientras ella torcía el gesto.

—Lo sé, pero por poco tiempo, un año y un día fue lo que os concedió el necio de Bilé, te convirtió en hada pensando que de ese modo yo ignoraría el cambio; tu alma por el alma de Bell y así el rey recuperaría a su mujer. Qué tierno viniendo del Dios del Inframundo.

—¿Lo sabías? —pregunté atónita.

—Ese estúpido pensó que podía engañarme, aunque no te olvides que yo soy la creadora, nada escapa de mí, el alma de Bell carecía del arrojo de la tuya, me fue fácil intuir que algo ocurría y mi amado Angus me lo confirmó.

—¿Angus? —¿Quién era ese?

—El Dios del amor, el mismo al que engañaste para que sedujera a tu hermana y pudiera regresar al lado del Mackenzie ¿es que no recuerdas nada? —inquirió enfadada. Negué sin entender muy bien qué pretendía, vi cómo se exasperaba. Elevó la mano de la cual salió un rayo de luz, lo dirigió hacia mi cabeza haciendo que impactara directamente en ella.

El mundo comenzó a dar vueltas, a girar muy deprisa, mientras infinidad de imágenes se agolpaban en mi mente, una tras otra, con ellas llegaba el dolor, fue como si alguien hubiera arrancado todos los recuerdos y regresaran de sopetón. Los últimos llenos de pérdida y dolor, mucho dolor, del que te pone del revés y te vapulea hasta decir basta. Fue tan grande el vacío que me doblé en dos vaciándome de bilis, pues en mi estómago no había nada.

Sujeté la cabeza entre mis manos, mientras la congoja perforaba mi cerebro.

—¿Hermosos recuerdos? —preguntó la muy zorra—. Tal vez lo mejor sea dejarlos ahí, normalmente reseteo vuestros cerebros cuando os reencarnáis, pero está claro que os gusta tropezar con la misma piedra una y otra vez; en

vuestra próxima vida recordaréis todo, absolutamente todo lo que os sucedió, así os plantearéis dos veces lo de desobedecerme —expresó. Imaginaba que hablaba en plural porque se refería a mí y a Sarah, ¿estaría sucediéndole lo mismo a ella? Intenté centrarme, necesitaba respuestas.

—¿Por qué? —demandé anegada en lágrimas.

—¿Por qué, qué? —Parecía que no entendía mi pregunta y a mí me costaba mucho razonar, con mi cabeza de aquel modo.

—¿Por qué eres tan hija de puta? ¿Por qué disfrutas con el sufrimiento ajeno? ¿Por qué te empeñas en que no sea feliz? —Ella sonrió.

—Menuda boquita tienes, a las Diosas no se las insulta, Didi, y menos a mí, esta te la paso, pero procura recordarlo la próxima vez —me regañó. Me mordí la lengua pues suponía que era mejor sonsacarle información que enfadarla más—. Tal vez si escogieras mejor, si tomaras el camino acertado te dejaría en paz, aunque está visto que me necesitas para encauzar tu vida.

—Amo a Cédric y él me ama a mí, es mi alma gemela, lo sé y lo siento; no necesito otra vida que no sea esa —declaré. Podía ver el escepticismo en el fondo de su mirada—. No comprendo cómo alguien que una vez amó puede hacernos esto —afirmé. Ella arqueó sus perfectas cejas rojas.

—Tú lo has dicho, alguien que amó. Crees que sabes algo, sin embargo, no sabes nada, no entiendes por lo que pasé porque hablas de oídas. Deberías escuchar a tus mayores y sobre todo a alguien que aprendió la lección. Todos los hombres son iguales, Didi, tú te has largado ¿y qué crees que ha ocurrido con Cédric? ¿Crees que está desesperado esperándote? ¿Crees que te está llorando? —cuestionó mordaz. La miré sin comprender, sabía que trataba de que cayera en

sus redes, pero no lo iba a permitir, estaba muy segura de lo que ambos sentíamos. Una bola de luz creció entre sus manos—. Debo darte las gracias antes de mostrarte las imágenes, pues si no le hubieses mentido me habría costado mucho más seducirle —comentó jocosa. Vi a través de la luz, en ellas estaba el otro lado. Cédric aparecía en el lago contemplando las imágenes que aquella maldita perra le había enseñado. Yo abierta de piernas, jadeando, con Shaw entre ellas y después, manteniendo relaciones con Iain. En los ojos de Cédric se vislumbraba el dolor de la traición.

—¡Zorra! —clamé, mientras intentaba salir del agua dispuesta a retorcerle el pescuezo, sin embargo, antes de que la alcanzara otra imagen tomó la esfera. Era ella, la maldita pelirroja acariciando a Cédric y besándolo. Me detuve en

seco.

—Si quieres puedo seguir —manifestó, y la imagen desapareció—, aunque no me gustaría ensañarme más de lo necesario, puedes imaginar cómo terminamos, o necesitas que te muestre el polvo —dijo con suficiencia. Cerré los ojos tratando de serenarme de nuevo, solo quería arrancarle toda aquella maldita cabellera y que sufriera mucho—. Folla bien para ser un simple mortal, pero nada que no se pueda sustituir con otro, los hay mejores.

—Aaaaaaagghhhrrrr —berreé de frustración, dolía, Dios como dolía, aunque supiera que él había tenido motivos no podía hacer que el dolor cesara.

—Despierta, Didi, Cédric es y será siempre infiel; siempre jugará a dos bandas, ¿eso es lo que deseas? ¿Un hombre que sea capaz de largarse con otra a la mínima ocasión? —Estaba harta de provocaciones, no podía más.

—Aaaaaaaaagghhhrrrr —clamé lanzándome a su cuello con la pretensión de ahogarla, aunque no llegué ni a cosquillearla tan siquiera. Salí propulsada hacia atrás, volando por los aires para golpearme duramente con el agua del lago.

—Ilusa, ¿acaso crees que puedes rozarme siquiera? —se jactó. Dolía, demonios, dolía mucho. No el golpe sino sentir cómo todo en lo que había creído, todo lo que había amado se desmoronaba bajo mis pies.

—¿Qué quieres? —Al fin y al cabo, estaba segura que se trataba de eso, ella quería algo.

—Ahora nos entendemos —afirmó curvando sus labios—. Quiero tu eterna devoción, tu promesa de que cumplirás tu castigo, el que te impuse desde un primer momento sin quebrantar las reglas, no huirás, simplemente lo cumplirás —exigió. Yo solté una risotada amarga.

—¿Y qué saco yo de todo esto?

—Ahora sí que me gustas —aseveró. La Diosa se adentró en las aguas para ponerse frente a mí—. Tú, mi querida Didi, tendrás una vida llena de placer infinito, cuando Iain muera dejaré que te reencarnes de nuevo en una de mis guardianas del fuego eterno; cuando lo estime oportuno te liberaré y aprenderás a gozar de una vida llena de libre albedrío y libertad sexual. Nunca conocerás el amor, pero ¿quién necesita ese repulsivo sentimiento para ser feliz cuando tendrás placeres infinitos? —comentó. Sentía ganas de vomitar.

—¿Y Cédric? —pregunté. Aunque me hubiera engañado con la Diosa zorra

estaba convencida que lo había hecho movido por las imágenes que había presenciado. Resopló al intuir que seguía preocupándome por él, aunque me hubiera mostrado aquellas imágenes.

—A él le concederé una segunda oportunidad, vivirá una vida plena con la mortal que elija, será la madre de sus hijos y vivirá relativamente feliz. Con esos dolores de cabeza que tanto les gustan a los humanos —sentenció. Pensar en Cédric con otra me torturó y mucho. La Diosa no hablaba de un simple polvo sino de una vida al lado de otra y de hijos, justo lo que yo más deseaba en este mundo. La pelirroja prosiguió con saña—. Tú pasarás a ser un mero episodio en su vida, incluso podría llegar a borrarte del mapa de su memoria. Es así de simple, tu vida a cambio de su felicidad.

—¡No! —objeté, ella frunció el ceño enfadada.

—¿No?

—No quiero que se olvide de mí, puede que sea egoísta de mi parte, pero es lo único que me va a quedar de él, aunque sí quiero su felicidad —manifesté. Sabía que estaba firmando mi sentencia de muerte ¿pero qué podía hacer?—. Te entrego mi devoción eterna, Diosa Brighid.

—Puedes llamarme Dana —dijo con displicencia. Un regusto amargo creció en mi estómago.

—Prefiero llamarte Brighid, Dana era el nombre de mi madre, solo pensar que una criatura tan malvada y perversa como tú lleve su nombre me revuelve las tripas —sentenció. La mirada de advertencia que me echó no logró quebrar mi decisión.

—El nombre es lo de menos, ahora voy a enviarte junto a Iain es vuestro último día juntos, así que aprovéchalo, después ocuparás el lugar de Bell hasta que el laird fallezca. Le debo un favor a Angus por toda la lealtad que ha mostrado todos estos años, así que le concederé lo que me ha pedido. Cuando el laird muera vendrás a Kildare a custodiar el templo. Lo pasaremos en grande juntas.

—Déjame que lo dude —protesté—. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Hazla, ya veremos si la respondo.

—¿Por qué ardió el colgante con Cédric?

—¿No está lo suficientemente claro? Él no es a quien amas, aunque creas que sí, a quién amas es a ese bárbaro del pasado y no al pijo del futuro —me explicó. No llegaba a comprenderlo, todo apuntaba a que ambos eran la misma alma, entonces, ¿qué ocurría? ¿Por qué no había funcionado?—.

¿Lista? —me preguntó Brigid, asentí con todo el pesar de mi corazón pues sabía que acababa de morir en vida. Puso sus manos sobre mi pecho, una luz fulgurante nos bañó y después todo se volvió negro.

No sabía muy bien porqué, pero conduje hasta la casa de Didi, tal vez porque intuía que la única persona que iba a creer lo que me había sucedido era Morgana. Entré en la tienda, derrotado, con el vestido de Didi en las manos.

—Ya voy —escuché la voz cantarina de la anciana, que se disipó en cuanto apareció y su mirada viajó de mis ojos al vestido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, y yo me encogí de hombros.

—Se ha marchado.

—¿Marcharse? ¿Dónde? ¿Qué ocurrió?

—Esperaba que usted me lo dijera —afirmé. Cerré los ojos atormentado, no había pegado ojo en toda la noche.

—No lo entiendo —comentó. Estaba claro que decía la verdad.

—Pues si usted no lo entiende no sé quién puede entenderlo entonces —alegué. Tendió el brazo señalando la trastienda.

—¿Por qué no entras, muchacho? Será mejor que me expliques lo ocurrido desde el principio a ver si logramos darle un sentido a todo lo que ha ocurrido esta noche —me pidió. No iba a negarme, había ido en busca de respuestas y esa mujer era la única que podía dárme las.

Tras sentarme en la silla y que Morgana me diera una de sus infusiones y un chupito de *Uisge Beatha*, me dispuse a relatarle todo lo ocurrido. Obviamente no dando más detalles de los necesarios, en cuanto a sexo se trataba. Ella parecía sumamente concentrada en todo lo que le contaba sin perder detalle, no hubo preguntas hasta que terminé.

—¿Entonces, dices que mi nieta desapareció en las aguas del lago y una mujer pelirroja que se auto proclamó Diosa te mostró cómo Didi te había mentado con otros dos hombres y te dijo que nunca más regresaría porque amaba a otro? —Asentí, era un buen resumen. Ella silbó llenando mi vasito de nuevo e instándome a que apurara el licor—. Bebe, hijo, no sé ni cómo has llegado entero hasta aquí —declaró. Le hice caso esperando que el alcohol aliviara la desazón de mi alma—. Te juro que no sé por qué esa bruja se la tiene jurada a mi nieta, no debería ser así, esa maldita Diosa fue nuestra

creadora y protectora; pero hasta el momento no ha dejado de fastidiar. ¿Puedo preguntarte cómo te sientes, aunque sea muy obvio?

—No sé cómo sentirme al respecto, hasta que todo se precipitó sentía que Didi era la mujer de mi vida, no entendí por qué me mintió, yo hubiera entendido que hubiera estado con otros; al fin y al cabo, no éramos nada, de hecho, tampoco sé que representa que somos ahora —comenté. Ella sujetó con fuerza mi mano.

—¿La amas pese a todo lo que esa mujer dijo sobre ella? ¿Pese a todo lo que viste? No pienses, MacLeod, no me contestes a mí, deja que responda tu corazón.

—Sí —afirmé sin titubear—, supongo que mi padre debió sentirse así, cuando descubrió a mi madre liada con el padre de Glen.

—¿Te refieres al padre de Shaw? ¿El amigo de mi nieta? —Volví a asentir—. Había oído algo al respecto, pero no sabía que había sido con el padre del mejor amigo de Didi.

—A él también le gusta su nieta ¿sabe?

—Lo sé, pero es una quimera, ella no es su alma gemela, aunque Glen no lo sepa hay alguien esperando por él. Pero eso es otra historia —le restó importancia agitando la mano—, a mí lo que verdaderamente me importa sois vosotros, necesito que abras tu mente y que me escuches, Cédric, después estará en tu mano que me creas o no, y si lo haces veremos qué podemos hacer al respecto. ¿Estás de acuerdo?

—¿Tengo otra opción? —Ella se encogió.

—El camino fácil sería que te marcharas por esa puerta y te olvidaras de mi nieta, aunque no sé si eso es lo que quieres —expresó. Moví la cabeza negativamente.

—No, le he estado dando vueltas toda la noche y creo que, aunque de algún modo, Didi me haya traicionado, no es suficiente motivo para dejarla de amar, necesito que me explique el por qué lo hizo, sin embargo, está claro que, si no la eligiera a ella por encima de todo me estaría mintiendo a mí mismo —declaré. Morgana sonrió.

—Ese es mi muchacho, ahora quiero que escuches atentamente, hazlo con la mente abierta, te voy a relatar lo que le sucedió a Didi hace cinco días, tal vez en ello encuentres alguna respuesta a tus preguntas —me dijo. Ahora era mi turno, por lo que escuché con atención todo lo que Morgana quiso contarme, parecía una peli de ciencia ficción, hadas, highlander, Dioses, todo tenía

cabida en aquel mundo paralelo que se abría en mi mente como una posibilidad.

Cuando Morgana terminó solté el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta.

—Entonces, según usted ¿lo de Shaw fue una especie de realidad alternativa? ¿Y que Didi se acostara plenamente con mi antepasado no fue una traición porque se suponía que él era yo?

—Exacto, eres un chico listo, MacLeod. Iain y tú compartís el mismo físico, y por supuesto el mismo alma, por eso la conexión con mi nieta es tan fuerte.

—¿Pero entonces, por qué Didi se lanzó al agua si, según usted, había decidido regresar para darme una oportunidad? —Me miró apesadumbrada.

—No tengo las respuestas a todas las preguntas, hijo, aunque estoy convencida de que algo debió suceder, ¿ocurrió algo para que Didi se lanzara al lago? Haz memoria, Cédric, los detalles son muy importantes, ella actuó así con Shaw porque su colgante comenzó a arder ¿le sucedió lo mismo? —Abrí los ojos recordando la luz que vi salir de su pecho.

—¿El colgante se ilumina cuándo arde?

—No lo sé, no he visto cómo reacciona cuando ella está excitada, solo sé que quema por lo que mi nieta me contó, eso y que Didi necesita el agua para apagarlo, aunque como el agua también es su portal hacia otras dimensiones puede saltar como su hermana a través de ella.

—¿Sarah también? —Todo era difícil de asimilar, aunque estaba dispuesto a creer en ello antes que perderla.

—Creo que será mejor dejarla fuera de todo esto, pero sí, ellas son gemelas y digamos que tienen dones muy peculiares, supongo que es lo que tiene ser hija del Dios del Inframundo —comentó. Me sentía medio mareado, no sé si por la experiencia o por el alcohol.

—¿Y eso en qué punto nos deja, señora O’Shea?

—Créeme, hijo, si lo supiera te lo diría, por el momento será mejor que regreses a casa, descansa y yo intentaré averiguar alguna cosa con mis piedras. Tal vez estemos de suerte y Didi regrese hoy mismo cómo ocurrió la otra vez —añadió. Algo me decía que no iba a ser así.

—Llámeme desconfiado, pero no estoy convencido de ello, siento mi pecho vacío desde que desapareció, como si la hubiera perdido para siempre —alegué. Morgana acarició mi brazo y subió la mano hasta el centro del corazón.

—Ella está ahí, Cédric, aunque la sientas lejos estoy convencida que está ahí, solo hay que hacerla volver, el amor es algo eterno; a veces puede mutar, cambiar de forma, incluso de aspecto, pero la esencia permanece siempre intacta. Busca tu esencia, Cédric, encuentra tu alma y entra en comunión con ella, creo que el Karma vuelve a hacer de las tuyas y a veces basta con un poco de la magia del amor para solucionarlo todo. Ahora ve a casa, muchacho, piensa en lo que te he dicho y descansa.

Capítulo 19 (Didi y Brighid)



Abrí los ojos de repente pues algo parecido al quejido de un gatito me había desvelado.

—¿Qué sucede? —pregunté soñolienta incorporándome de la cama.

Me costó entender dónde estaba, ubicarme; todo estaba muy oscuro, intenté encender la lamparita de mi mesilla, pero no encontré nada.

—Shhhhh, tranquilo, pequeño —dijo una voz masculina, ronca y bajita la que daba palabras de consuelo. Me froté los ojos enfocándolos hacia la procedencia de la voz. Allí a contraluz, apoyado en la ventana, estaba Cédric, desnudo y con un bulto entre los brazos. La boca se me secó al contemplarle.

—¿Cédric? —inquirí, él inmediatamente reaccionó mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿Cédric? —respondió a mi pregunta—. ¿Quién es Cédric, Bell? —¿Bell? ¿Había dicho Bell? Entonces fue cuando me fijé mejor, miré a mi alrededor, sin duda alguna estaba en una de las habitaciones del castillo de Dunvegan, las paredes y la cama, eran las mismas, aunque la decoración era diferente. Había un tapiz que no reconocía, en él se nos veía al laird y a mí, mirándonos con absoluta devoción. Regresé la mirada al hombre de la ventana, allí estaba la cicatriz de su hombro, la que demostraba que era Iain y no Cédric. Los recuerdos se agitaron en la coctelera de mi cabeza, todo

lo que Brighid me había dicho y lo que había sucedido hasta el momento—. Responde, mujer, quién es Cédric —exigió. Tomé aire con suavidad.

—Cédric es tu futuro, Iain —proseguí, Brighid me había dicho que iba a llevarme hasta el día de nuestra despedida, estaba convencida de que la muy zorra quería que reviviera todo el padecimiento que sentí en aquella época, pero... ¿y si infundía algo de esperanza al laird? Tal vez las cosas pudieran

cambiar.

—¿Mi futuro? —preguntó extrañado acercándose, mientras arrullaba al bulto que seguía protestando—. ¿Y cómo es eso, hermosa esposa? ¿Has visto nuestro futuro? —Asentí, mientras él se sentaba en la cama, fue en ese instante cuando vi la cabecita rubia llena de rizos entre sus brazos, no era un gatito, ¡era mi hijo! ¡Nuestro hijo! Era extraño verle allí, pues en mi yo presente no sabía tan siquiera lo que era un embarazo, pero gracias a la malnacida de la Diosa recordaba hasta el parto de Bell, que por suerte no fue demasiado largo—. William tiene hambre —me explicó tendiéndome al pequeño. Los niños nunca habían sido algo que me llamara excesivamente la atención, pero fue ver aquellos hermosos ojos azules y caí rendida de inmediato. ¿Podía despertarse el instinto maternal en una mirada? Estaba claro que ese ángel rubio había despertado el mío, pero junto a él también todos los temores, ¿y si no sabía cogerlo? ¿Y si se me caía? Era tan pequeñito, sonrosado y regordete. Iain me miraba sin entender, así que hice lo que se esperaba de mí, estiré los brazos y torpemente agarré al bebé. Al instante se calmó y con su boquita buscó mi pecho desnudo agarrándose a él para mamar con fuerza. Aguanté un quejido por la sorpresa, salvo un hombre adulto nadie había sorbido mis pezones, y no del modo que hacía el pequeño William. Hasta el momento no me había percatado que yo también estaba desnuda y que tenía leche en mis pechos, se veían más grandes, turgentes y llenos. ¡Por todos los dioses! ¡Estaba alimentando a mi hijo! Un amor desconocido me invadió llenándome por completo, los ojos comenzaron a escocer y una lágrima solitaria se deslizó por mi mejilla, pues sabía el destino que nos aguardaba—. ¿Qué ocurre, Bell? ¿Por qué lloras? —Le miré desopetón como si no entendiera que estuviera tan tranquilo.

—¿Es nuestro último día juntos y me preguntas qué ocurre? —Estaba completamente desconsolada, mientras las manitas de mi hijo agarraban mi piel. Iba a ser la última vez que las sintiera, la primera y la última, ¡Dios, estaba desolada!

—Tranquila, cariño —intentó tranquilizarme. Su fuerte mano acarició mi rostro tomando la lágrima entre sus dedos—, encontraremos la manera, seguro que tu padre se apiada de nosotros.

—No lo hará, Iain, por eso es importante que me escuches —le repliqué, él me miró contrito—. En esta vida tú y yo nos separaremos, pero debemos seguir luchando para intentar encontrarnos siglos después, tú te convertirás en

Cédric y yo intentaré ser Deirdre —comenté. «Eso si esa maldita perra me lo permite», pensé, aunque para que volviera a reencarnarme en mí faltaban siglos, esperaba encontrar la manera de poder hacerlo.

—Vamos, pequeña, cálmate, ¿se trata de alguna de tus premoniciones?

—¿Premoniciones? —¿A qué se refería?—. Sí, tesoro, ¿recuerdas? Esos pensamientos que te asaltan por la noche y luego se cumplen, como cuando supiste que Theodore caería al río y alertaste a su madre —me explicó. ¿Yo había hecho eso? Pensé, intentando encontrar el recuerdo en mi mente. La sensación era la misma que cuando pierdes las llaves y debes recrear todos tus movimientos hasta encontrarlas en el congelador, pues habías ido a por guisantes al golpearte el dedo meñique del pie con la pata de la silla, llaves en mano, por supuesto. En fin, que fui en busca del recuerdo y lo encontré, vaya si lo encontré. Me vi soñando, levantándome de noche, para salir corriendo hasta las habitaciones del servicio, alertando a mi criada de lo que iba a pasar horas después.

—Exacto, es como una premonición —terminé aclarándole.

—Entonces ¿me estás diciendo que no tenemos nada que hacer y que debemos esperar a otra vida? —inquirió. Su fuerte voz estaba cargada de enojo. ¿Cómo se le hacía entender a un laird del siglo catorce que una venía del futuro y que le había hecho una promesa a una Diosa en pos de la felicidad de su alma reencarnada? Demasiado complejo para que lo entendiera.

—Eso es justamente lo que estoy diciendo, en esta vida estamos condenados, pero en la siguiente tenemos una oportunidad, aunque debemos hallarla y todavía no sé cómo. Los dioses no parecen estar a nuestro favor.

—¡Me importan muy poco esos malnacidos! ¡No pienso dejarte ir! ¿Me oyes?

—Shhhhhh —intenté calmarle, mientras nuestro hijo se agitaba nervioso entre mis brazos—. Lo que te digo, Iain, es que nuestras almas son eternas y que, aunque en esta vida no lo logremos, sé que en el futuro nos volveremos a encontrar.

—¿Y según tú me llamaré Cédric, es eso? —Le sonreí con dulzura.

—Exacto, serás igual de guapo e irresistible y yo me volveré loca por ti —aseguré, o al menos eso esperaba. Necesitaba tiempo para ver de qué manera podía librarme de mi compromiso con la zorra, tal vez mi padre me pudiera ayudar, tenía todas mis esperanzas puestas en él.

—Bell, no te quiero perder —expresó mi guapo laird tomando mi rostro y apoyando la frente sobre la mía—. Te has convertido en el motivo por el cual deseo vivir, si te pierdo no sé qué será de mí, supongo que me dejaré morir en cualquier batalla —aseguró. Yo sí lo sabía, pues la historia era muy clara, el laird iba a ser un desgraciado toda su vida, siempre iba a echar de menos a su hada y se iba a convertir en el hombre más despiadado y sanguinario de las Highlands.

—No digas eso, escúchame, Iain —le pedí. Me hubiera gustado tomarle el rostro, pero con el pequeño William alimentándose no podía, sus ojos me miraron con fiereza—. Ocurra lo que ocurra debes aprender a sobrellevarlo, sabíamos a qué nos exponíamos cuando aceptamos, tú dijiste que preferías este tiempo a no conocernos y a no vivir nuestro amor; lo hemos tenido —sentencié—. De nuestro amor surgió esta maravilla —contemplé el sonrosado rostro que más que mamar jugueteaba con el pezón divertido—, así que debemos sentirnos afortunados por haber gozado de lo que muchos jamás alcanzan. Yo te amo y te amaré toda la vida, y te juro por lo más sagrado que jamás amaré a otro hombre que no seas tú, te voy a esperar toda la eternidad si hace falta, pero siempre voy a ser tuya, de nadie más —le declaré. Cuando terminé de pronunciar aquellas palabras mi hijo agarraba el colgante y una extraña luz iluminaba su manita. Me asusté, por si el bebé se quemaba con el ardor, por instinto le agarré los deditos e Iain hizo lo mismo. Los tres estábamos cogidos a la piedra, sin embargo, esta no ardía, simplemente calentaba; era una energía calmante y llena de amor que nos recorría a los tres. Mis ojos buscaron los de mi marido y ambos miramos al pequeño que emitía gorjeos la mar de sonriente.

—Duérmelo, quiero llevarte a un sitio. Le dejaremos con Aileen mientras estemos fuera —ordenó.

—¿Ahora? —Él asintió solemne.

—Ahora —sentenció. Su voz no admitía réplica, así que dormí al pequeño William y una vez lo tuve en la cuna me vestí para ir con Iain donde quisiera llevarme.

Caminaba arriba y abajo de mi habitación, pues no lograba conciliar el sueño. Todo lo que había sucedido con Didi me tenía alterado y profundamente

confundido.

Me preparé una copa de whisky y anduve hasta la sala donde teníamos la *Fairy Flag*, recordé el momento en que encontré a Didi en aquel mismo lugar admirándola. Estaba preciosa y solo sentía ganas de besarla y abrazarla. Oí unos pasos detrás de mí y por el reflejo vi que se trataba de mi progenitor.

—¿No puedes dormir, hijo?

—Parece que no, *athair* —respondí, sin embargo, no aparté la vista de la desvencijada reliquia.

—¿Hay algo que te preocupa y en que te pueda ayudar? ¿Algo relacionado con el trabajo? —inquirió, y yo curvé una sonrisa que nunca llegó a mis ojos.

—Creo que lo que me preocupa va mucho más allá, no se trata de trabajo, ni de ti o de mí.

—Y eso se traduce en una peculiar pelirroja que vende flores en el pueblo ¿me equivoco? —Me di la vuelta.

—¿Ahora eres brujo? —pregunté sardónico.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Ya sabes que las mujeres nunca han sido un problema para los MacLeod.

—Las cosas no son tan fáciles como parecen —repliqué. Él se encogió de hombros.

—Las cosas que merecen la pena nunca lo son —afirmó rotundo. Miré a mi padre, hacía tiempo que no manteníamos una charla de padre e hijo.

—¿Tú has sido feliz, *athair*? —Sentía curiosidad, nunca habíamos hablado sobre temas tan abstractos como la felicidad.

—He sido inmensamente feliz, aunque no siempre. Creo que ese es uno de los aprendizajes que más cuestan asumir —dijo mi padre. Tenía un porte regio, siempre había sido un hombre muy elegante incluso en batín—. La felicidad es efímera, hijo, se compone de pequeños momentos vividos con intensidad, a veces, esos pequeños instantes no salen bien y esos son los que te ayudan a entender que es lo que deseas evitar, te dan fuerza, te catapultan hacia otro plano, te enseñan dónde no buscar para después poder encontrarla. Ir en busca de la felicidad es como hallar una pepita de oro en el río, hay que desgranar mucha piedra, sin embargo, cuando encuentras una la dicha es inmensa —manifestó. Estaba claro que Didi había sido una gran pepita—. La felicidad es como el agua, siempre fluye, sortea piedras, ciudades y campos; nada ni nadie puede detener la felicidad cuando es el verdadero sino de tu corazón. Si tu felicidad está al lado de Didi, ve a por ella, los obstáculos los

sortearéis juntos.

—¿Como tú con mamá? —Caminó hacia mí y me agarró del hombro.

—Lo que nos ocurrió a tu madre y a mí fue un grave error, el agua no fluye si no llueve y en nuestra relación pasamos por una sequía monumental, miramos hacia otro lado en vez de afrontar los problemas, nos distanciamos y nos dejamos llevar. Nos equivocamos, erramos, buscamos fuera lo que teníamos dentro y cuando nos dimos cuenta, el desierto prácticamente lo había devorado todo, exterminando todo lo verde y hermoso. Aun así, al final del camino quedaba un brote, el único que había sobrevivido a toda aquella desolación y ese brote eras tú, Cédric.

—¿Yo? —pregunté intrigado.

—Sí, hijo. Tu madre estaba decidida a irse con Glen, estaba haciendo las maletas cuando entraste en nuestra habitación con paso firme, la miraste a los ojos y le preguntaste: *¿Entonces, te vas a marchar con Shaw y su padre, cambiándonos a papá y a mí?*. Ella se arrodilló a tu lado y te dijo que eso no era así, que nosotros no nos entendíamos, y que eso no tenía por qué afectarte. Tú le replicaste: *Pero no lo entiendo, mamá, ¿por qué has de cambiar a papá por el señor Glen? ¿Es porque tiene el pelo como una zanahoria y a ti te gustan mucho? ¿Igual papá se lo podría pintar como hacen algunas mujeres? ¿O es que te ha dejado de gustar como a mí me ocurrió con el atún? A mí me gustaba mucho el atún y un día dejó de gustarme.* Tu madre te miraba con lágrimas en los ojos, mientras yo no podía ni hablar del nudo que se me había formado en la garganta. *Yo no quiero que papá y yo nos convirtamos en atún para ti, mamá, nosotros te queremos, aunque a veces no hagamos las cosas bien. Te juro que si te quedas haré el intento y volveré a comer atún, y papá dejará de viajar tanto para que hagamos juntos todas esas cosas divertidas que te hacen sonreír cuando vamos con el señor Glen, ¿verdad que sí, papá? Yo quiero que los tres riamos juntos, quiero a mi familia, quiero a mis papás.* Dijiste muy serio. Creo que en aquel momento nos diste a ambos una lección que íbamos a ser incapaces de olvidar. Tu madre se echó a llorar abrazándote, aquella pequeña intervención tuya fue nuestro brote, nos dimos cuenta que a veces no basta con comer atún, hace falta aliñarlo con algo más para que no se vuelva monótono, darle nuevos alicientes. Y por supuesto, me enseñaste lo que me estaba perdiendo —me explicó. Me resultó curioso, no recordaba aquel suceso, pero mi padre sí—. Si bien es cierto que no fue fácil, tampoco fue

imposible; nuestro amor volvió a resurgir y el agua volvió a fluir devolviendo los pastos verdes a nuestra vida.

—Hasta que falleció —aseveré.

—Contra la muerte no se puede luchar, hijo, aunque espero reunirme con ella en el más allá, tu madre me dejó a mi pequeño brote verde, para que lo cuidara y viera reflejado en él todo el amor que nos teníamos y nos seguimos teniendo —declaró. Su voz sonaba emocionada—. Sé que ella me espera donde esté y que un día volveremos a estar juntos. También sé que yo estoy aquí para asegurarme de que seas feliz y devolverte el regalo que nos diste.

—¿Crees en la reencarnación, *athair*?

—Creo en todo aquello que me permita pensar en que voy a volver a estar con ella en otra vida. Pero ese no es tu caso, tú la tienes aquí simplemente debes apostar todo por ella. Estoy seguro que te compensará si lo arriesgas todo a una carta, esa chica merece la pena —expresó y me apretó ligeramente el brazo intentando infundirme confianza.

—¿Y si la he perdido para siempre? ¿Y si no la encuentro? ¿Y si siento que está en otro mundo, que me la han arrebatado y no la voy a encontrar jamás?

—Para eso sí que tengo solución —dijo con convicción. Me sonrió, dio un paso y de un puñetazo rompió el cristal del cuadro donde estaba el pequeño retal amarillo que había contemplado minutos antes. Lo sacó y me lo tendió—. Si ese es tu problema siempre puedes recurrir a la *Fairy Flag* —añadió y le miré atónito—. Recuerda, hijo mío, que nos queda un deseo y que con ella tendrás a las hadas de tu parte, creo que no hay batalla más importante que la de recuperar el amor de tu vida —aseguró. Tomé la tela amarillenta con miedo a que se resquebrajara entre mis dedos, que mi única posibilidad se convirtiera en polvo, pero tras cogerla no sucedió nada, se mantuvo intacta.

—¿Y ahora qué debo hacer? —pregunté esperanzado, era curioso como algo intangible como la fe pudiera ser tan potente, necesitaba creer en algo, en lo que fuera si con ello podía recuperar a Didi.

—Pues yo diría que busques un lugar que tenga poder suficiente como para poder invocar a las hadas, recuerda que somos los descendientes de la princesa de las hadas y el laird más fiero de las Highlands, algo se te ocurrirá para impresionar a tu chica con un ejército a las espaldas y el amor por bandera —comentó. Para mi padre podía tratarse de un juego, él no sabía lo que estaba sucediendo, pero sin querer me estaba dando la clave de todo. Le abracé sin poder controlarme, estaba convencido de que en ese retal estaba la

clave de todo y solo conocía un lugar lo suficientemente poderoso para que sucediera lo inimaginable.

Templo de Kildare

Un bramido rompió la tranquilidad del templo. Estaba tumbada tranquilamente, contemplando cómo lo llevaban Kenan y Sarah cuando esa maldita voz interrumpió mi distracción.

—¡Maldita seas, Dana! ¡¿Es que nunca tienes suficiente?! —El corazón me dio un vuelco latiendo desbocado al comprender a quién pertenecía.

—Tienes vetado el acceso a este lugar, Bilé, vuelve al Inframundo, rata inmunda —exclamé. Él se presentó delante de mí y un incontenible escalofrío de deseo tensó mi cuerpo, aunque lo escondí bajo mi manto de indiferencia que tantos siglos me había costado tejer.

—¡Me tienes harto! ¿Me oyes? ¡Harto! ¡Ya está bien de esa conducta de niña malcriada! ¿Cuántos siglos más vas a seguir así?

—¿Niña malcriada? Más bien Diosa decidida y escarmentada —aseguré. No era justo que fuera tan condenadamente guapo y deseable. Tenía un cuerpo titánico, oscuro, como el de esos tipos que hoy en día se matan para lograr esculpir en el gimnasio. Él tenía ese cuerpo de serie, no necesitaba esfuerzo alguno para ser así. Bilé estaba hecho de fuego y acero, forjado a fuego lento para ser oscuramente hermoso, con sus ojos y cabello negro carbón. Las facciones eran duras, masculinas, con una mandíbula cuadrada y una boca generosa que invitaba a pecar. Mi cuerpo reaccionó, llevábamos demasiado tiempo separados, mis pezones se tensaron, mi sexo se humedeció expectante. Podían pasar eones que la atracción que fluía entre nosotros no se apagaba—. ¿Se puede saber qué te trae por aquí?

—Tú, maldita perra, siempre tú —respondió caminando hasta mi cama y cruzándose de brazos.

—¿Vienes a mi templo para insultarme? Sabes que puedo hacer que desaparezcas de un plumazo, este lugar hace tiempo que te fue vetado por muy Dios que seas.

—Tal vez puedas, pero no lo harás, eres demasiado controladora y manipuladora como para no querer saber por qué he roto las reglas que impusiste y qué hago aquí —afirmó. Tenía razón, aunque no quisiera

admitirlo delante de él, esta vez fui yo quien me crucé de brazos proyectando mis pechos hacia arriba. Bilé los admiró con voracidad, todavía recuerdo como le gustaba esa parte de mi anatomía y las atenciones que les dispensaba.

—Los ojos sigo teniéndolos en el mismo sitio, Dios inmundo —señalé, él torció el gesto y subió la mirada hasta la mía.

—Disculpa, estaba contemplando como la ley de la gravedad había afectado algo que en otro tiempo fue un bonito juguete —expresó. Aquello me indignó, me puse en pie escupiendo fuego por los ojos.

—Mis tetas están perfectas —declaré y las agarré levantándolas prácticamente hasta sus labios—, y el resto de mi cuerpo también —aseguré. Él me observaba impertérrito, mi túnica morada dejaba ver absolutamente todo.

—No he venido a juzgar tu físico, Dana, sino a decirte que dejes en paz a nuestras hijas —comentó. No pude hacer más que soltar una risotada.

—¿Nuestras hijas? ¿Acaso te has vuelto loco? Deirdre y Sarah son hijas mías, solo mías y de aquel mortal con quién las engendré, contigo no quise repetir ¿recuerdas? Me bastó con ver lo que hiciste como padre para que se me quitaran las ganas de acostarme contigo —le solté mordaz. Su sonrisa pagana, esa que escondía más que revelaba, me puso de los nervios. Recorrió la distancia que nos separaba para cogerme de los hombros.

—¿De verdad creías que iba a dejar que otro hombre te hinchara el vientre con su semilla maldita? No, Dana, no, si alguien te folló hasta la saciedad, si alguien se corrió en tus muslos para hacerte gritar hasta preñarte, fui yo, siempre fui yo, Sarah y Didi son tan hijas mías como tuyas —reveló sacudiéndome.

—¿Cómo? ¿Qué? —¿Pero qué decía aquel insensato?

—¿Crees que eres la única capaz de jugar a ese juego? Fui paciente, Dana, porque me sentía culpable por no poderte devolver a nuestro hijo, por no poder hacer que regresara junto a ti, aunque me doliera, es que no podía hacerlo. Él tenía su destino marcado igual que todos y si le hubiera devuelto la vida le habría arrebatado su gran amor y la posibilidad de vivirlo —me contó. ¿De qué demonios hablaba?

—¿Cómo? —No entendía nada.

—Sé que no lo comprendes, te negaste a escucharme, lo intenté infinidad de veces, Dana, y no me permitiste ni acercarme, así que tomé el único camino

que me dejaste, el de la distancia. Cuando vi que te reencarnabas no lo dudé, vi la oportunidad e hice lo mismo —me explicó. ¿Él se había reencarnado? El corazón iba a salirse por mi boca—. Dejé mi reino al cuidado de nuestro hijo, y fui de nuevo a por ti, te necesitaba porque, aunque hubieran pasado siglos mi amor no había muerto, no como ahora —añadió. Tenía la boca seca, todo aquello era imposible una locura—. ¿Recuerdas cómo te corrías cada vez que te follaba? ¿Cómo gritabas mi nombre?

—Biel —musité dándome cuenta del juego de palabras.

—Exacto, pero como era de esperar tampoco fui suficiente para ti en mi forma humana. Desapareciste, pariste y te largaste dejándome de nuevo con una de nuestras hijas arrebatándome a la otra ¿por qué, Dana? ¿Por qué? —me exigió. Aparté la mirada y él me tomó el rostro para que no lo hiciera—. ¡Habla por una maldita vez maldición! ¿Por qué?

—Porque me estaba enamorando de nuevo —me sacudí nerviosa—. Porque me recordaba demasiado a ti y no lo podía soportar, me largué con Sarah para que no conociera al maldito Kenan, pero ya ves, no funcionó —resoplé indignada por sus subterfugios—. Ahora lo entiendo todo, esas emociones, esa manera tan tuya de follar —comenté, y él me aprisionó entre sus brazos haciéndome notar su erección. Jadeé al sentirla tan cercana a mi clítoris.

—¿Por qué nos castigas, Dana? ¿Por qué castigas a tus hijas?

—¡No las castigo! —grité—. ¡Las libero! ¡Ellas no merecen pasar por lo que yo pasé!

—¿Tan malo fui? —Aparté la mirada un segundo para volverle a enfrentar de nuevo con más odio que nunca por haberme engañado—. Esa es su decisión, no la tuya, no puedes achacarles tus demonios, ellas merecen elegir al igual que hiciste tú conmigo, te salió mejor o peor, pero fui tu elección —sentenció. Me agarraba con fuerza estaba convencida que luciría las marcas de sus dedos en mi blanca piel tras su agarre.

—Fuiste la peor decisión de mi vida —escupí en su rostro. Me lanzó con fuerza sobre la cama.

—De eso no te quepa duda, me lo has demostrado durante todo este tiempo, pero aun así, quiero hacerte una proposición —dijo y yo solté una carcajada.

—¿Tú? ¿A mí? ¿Qué tipo de proposición? Tengo sexo suficiente para aburrir —rebatí. Su rostro se tensó.

—Eso ya lo sé, aunque también sé que no te complace como yo y que le has

concedido la libertad —apuntó. ¿Cómo podía enterarse de esas cosas?—. ¿O acaso me equivoco? Sé que has indultado a Angus perdiendo así a tu esclavo sexual y sé que eres difícil de satisfacer —manifestó. La boca se me hacía agua al contemplar a Bilé en todo su esplendor, podía intentar negarlo, sin embargo, me seguía atrayendo como el primer día.

—Mi tiempo es oro y no quiero perderlo contigo, así que di tu propuesta de una maldita vez.

—Me ofrezco a ti —dijo y yo volví a reír con desdén.

—Ya te tuve como marido, Bilé.

—No como marido, como esclavo —aclaró. Le miré con sorpresa.

—¿Cómo esclavo? —Él asintió postrándose en el suelo de rodillas y agachando la cabeza, eso viniendo de él era toda una proeza.

—Me entregaré a ti y tú serás la única que dominarás ambos reinos —afirmó. Entrecerré los ojos.

—¿Sin restricciones? —Podía ser interesante.

—Sin restricciones, podrás obrar tu voluntad a cambio de que dejes en paz a nuestras hijas, si Cédric es capaz de encontrar la clave para estar con Didi la liberarás de su promesa y les dejarás ser felices.

—¿Y tú te rendirás a mis pies y dejarás que gobierne tu reino? —Bilé movió la cabeza afirmativamente.

—Todo cuanto poseo, incluso mi voluntad, será tuya —aseveró. No pude evitar sonreír de anticipación.

—Está bien, pero si Cédric no halla el modo de tenerla os tendré a ambos, a mi hija y a ti —sentencié. Él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Ambos? —Estaba convencida que el laird iba a fallar, su prueba de amor era mucho más difícil que la que establecí para Sarah, ambas tenían solo una posibilidad de librarse del Karma que les había impuesto y no era nada fácil.

—¿Qué pasa? ¿Dudas de la inteligencia de MacLeod? ¿Crees que no resolverá el enigma para hallar la clave que lo conducirá a “nuestra” hija? —remarqué el “nuestra” con desdén. Tenía emociones encontradas, por un lado odiaba que Bilé hubiera sido capaz de engañarme y por otro lado algo parecido a la emoción apretaba mi pecho al pensar que mis hijas también eran suyas. Tomó aire y se incorporó con la respiración agitada.

—Acepto —aseveró con un rictus muy serio—. Confío en que MacLeod hallará el camino —manifestó. Lamí mis labios de anticipación.

—Muy bien, esclavo, pues comencemos, desnúdate —ordené. No es que

llevara mucha ropa encima, tan solo un pantalón oscuro y un arnés negro de cuero que se entrecruzaba en su torso. Bilé se despojó de toda ropa mostrándome su grande y gruesa erección, le admiré complacida, siempre había sido un ejemplar magnífico— Y ahora me saciaras toda la noche, las veces que lo necesite y no te correrás ninguna de ellas—. Bilé apretó los dientes.

—Como deseas, Dana.

—Para ti Diosa —le corregí.

—Como deseas, Diosa —respondió. Separé los muslos mostrándole mi sexo hambriento y lubricado.

—Y ahora, dame placer con tu boca hasta que te diga basta —exigí. Iba a pasar una eternidad muy divertida. Bilé iba a arrepentirse cada día de lo que me había hecho, yo me iba a encargar de ello.

Capítulo 20 (Didi y Cédric)



Al parecer, montar a caballo era algo que le encantaba a mi nuevo yo. Iain me llevó a las caballerizas, por lo visto, tenía mi propia mascota de cuatro patas y casi dos metros de altura. Era preciosa de un color castaño rojizo muy parecido a mi pelo y una mancha blanca y alargada en la frente. Cuando aquellos ojos oscuros y brillantes impactaron contra los míos sentí la mágica conexión que se establecía entre una persona y un animal.

Dio un relincho alegre y vigoroso que me arrancó una sonrisa.

—Tranquila, Mila —dijo Iain pasándole la mano por el hocico. «¿Mila?», no podía creerlo ¡ese caballo se llamaba igual que mi amada furgoneta! ¿Podía un caballo reencarnarse en un automóvil? Visto lo visto podía ocurrir cualquier cosa. No estaba segura por qué, pero lo intuía, miré de hito en hito, ¡a ver si ahora aparecía mi mecánico en forma de highlander! Me gustaba aquel nombre que llevaba años formando parte de mi vida, lo saboreé en la boca y el recuerdo del pasado, vino a mí. Vi el mismo día en que llegué a Dunvegan a lomos del caballo de Iain, todo el mundo me miraba extrañado, pues obviamente, nadie sabía de mi existencia.

El poblado era adusto, algo sombrío, aunque no era de extrañar, estar en una isla de las Highlands con una climatología intempestiva, no ponía las cosas fáciles a nadie. Aun así, se veía limpio y la gente no parecía desnutrida.

A nuestra llegada, los hombres y mujeres del clan se arremolinaron ante la entrada del castillo e Iain hizo una reunión improvisada para anunciar que era su prometida. Las caras de espanto de las mujeres y de lujuria de los hombres, no tenían precio. El laird desmontó y me bajó colocándome a su

lado para comunicar que esa misma noche iba a desposarme delante de todos. Recuerdo la fiereza de sus ojos mirándome con deseo y, después, buscando entre la gente alguien que osara cuestionarle. Para mi sorpresa no fue así. La noticia cayó bastante bien entre los hombres que ansiaban un heredero y una mujer fuerte y sana que pudiera engendrarlo. Las mujeres fueron otro cantar, me miraban evaluándome con más de una mirada de odio y algún cuchicheo. Intenté aguantar estoicamente sin meterme en problemas, aunque sabía que me estaban provocando abiertamente. Unas inclusive hablaron más fuerte de lo normal para que pudiera oír las:

—Aunque sea su mujer verás que pronto le tengo en mi cama —susurró una a mis espaldas. Me di la vuelta al instante para encararla. Una cosa es que no quisiera conflictos y otra muy distinta que me dejara pisotear.

—¿Vuestro nombre es? —pregunté mirándola con determinación. Era una rubia de curvas voluptuosas y bonitos ojos almendrados.

—Eara, mi señora —soltó con retintín inclinándose a modo de saludo.

—Muy bien, Eara, como bien habéis dicho, a partir de hoy, seré vuestra señora, la mujer de vuestro laird y por ello exijo un mínimo de respeto —le dije. Ella soltó una carcajada a modo de burla.

—El respeto es algo que se gana, mi señora, y de momento vos no habéis hecho nada para ello —soltó. Intenté morderme la lengua y respirar diez veces antes de contestar.

—Estoy de acuerdo con vos en que no nos conocemos y que, obviamente, no he podido hacer nada puesto que acabo de llegar; pero os aseguro que me esforzaré para que así sea, intentaré colaborar en lo que pueda y mi mano siempre estará tendida para quien lo necesite, aunque no pienso tolerar comentarios, murmuraciones y elucubraciones a mis espaldas —afirmé. Ella me miraba con prepotencia, mientras el resto de personas permanecían en silencio, incluso mi futuro esposo, quien evaluaba la situación—. Sé que Iain ha sido un hombre muy codiciado y buscado entre el sexo femenino —comenté. Se oyeron unas risitas y a los hombres celebrar la hombría del jefe—. Pero eso forma parte del pasado de mi futuro esposo —añadí y volvió a hacerse el silencio—. Quiero que os quede claro que a partir de hoy yo voy a ser la única que caliente su lecho y si alguna de vosotras se le ocurre intentar husmear en cama ajena os arrancaré uno a uno los cabellos de vuestra hermosa cabeza —advertí. Su sonrisa se había borrado de golpe— y si aun así no aprendéis, os advierto que ser calvas es lo mínimo que os sucederá —

aseveré. Un grito horrorizado escapó de los labios de Eara, mientras una carcajada de hombre retumbaba al fondo.

—Por fin una mujer digna del carácter de mi hijo —escuché. Me volteé para encontrarme con un hombre corpulento y renqueante. Tenía el pelo largo, espesa barba y cierto atractivo que mostraba su esplendor de épocas pasadas.

—*Athair* —le saludó mi laird.

—Hermosa y fogosa mujer la que traes al clan para que sea tu esposa, hijo mío —comentó. Iain carraspeó algo incómodo.

—Tal vez necesite alguna corrección, no está acostumbrada a estar bajo el dominio de un hombre como yo, su padre era algo permisivo con ella —aseveró ante su padre, mientras yo abría los ojos como platos.

—¿Corrección? ¿Qué tipo de corrección necesito según vos? ¿Y qué es eso del dominio? —protesté cruzándome de brazos escuchando la risita de hiena de Eara. Si seguía así a calva íbamos a añadirle desdentada, iba a saltarle todos los dientes y hacerme un collar con ellos.

—Pues básicamente, vuestras palabras y vuestra conducta, yo soy el laird, Bell, y solo yo soy quien decide qué ocurre en mi lecho, mujer

—declaró. La indignación bullía en la boca de mi estómago, sobre todo, porque estaba diciéndolo delante de todos, dejándome a la altura de una cría y no de una mujer—. Las esposas están para acatar las decisiones de los maridos y vos obedeceréis las mías en todo momento —decretó. Aquello me enervó, supongo que la princesa de las hadas no estaba acostumbrada a que un hombre le hablara así.

—¿Disculpad? Yo no he venido a acatar nada sino a compartir mi vida y mi amor con vos y si no es así, ahora mismo regreso por donde he venido que pretendientes no me faltaban —le dije altiva. Los ojos de Iain me hablaban de advertencia, pero yo era incapaz de tolerar ese comportamiento. En mi reino estaba bajo la custodia de mi padre, pero machos y hembras éramos iguales, no iba a aceptar menos que eso en mi matrimonio y si no era así, me largaba en ese mismo instante por mucho que me encendiera entre las piernas el laird.

—Me encantan las riñas de enamorados —suspiró el padre de Iain—. Y sospecho que esta mujer de cabellos de fuego va a poner en entredicho tu poder, hijo mío, domarla va a ser todo un placer, siempre me han gustado las pelirrojas.

—De eso nada —protestó Iain—. Yo soy el laird y Bell aprenderá lo que se espera de ella, no hará falta ninguna doma porque ella lo asumirá en este

momento.

—¡Ja! —solté una risotada, mientras sus ojos se encendían y el clan murmuraba.

—Eso ha sonado a desafío, hijo mío, creo que tu prometida te está retando — afirmó el padre de Iain. Las aletas de la nariz de Iain se hinchaban, adoptaba una posición de fiereza que me hacía temblar por dentro, pero no de miedo sino de deseo. Se acercó peligrosamente a mí para murmurarme al oído.

—Haz el favor de comportarte delante de mi clan, Bell, no me dejes en ridículo y rectifica.

—No pienso hacerlo —dije con la mejor de mis sonrisas. Entonces, él me levantó en volandas cargándome hacia vete a saber dónde—. ¡Suéltame, maldito patán! —grité aporreándole, mientras él echaba a andar agarrándome como si fuera un saco. ¿Pero qué se pensaba aquel necio? ¡Yo era la princesa de las hadas!

—¡Eso es, hijo! ¡Enséñale quien lleva el tartán de los dos! —vociferó su padre. Eso era justamente lo que llevaba, una camisa enorme de Iain y un tartán del clan, pues mi ropa no era muy adecuada para llegar al castillo según el laird. Los hombres reían, mientras nos alejábamos y ellas comentaban que no llegábamos ni a desposarnos. A cada cosa que oía más me enfurecía.

Nos alejamos varios metros, durante el camino no dejé de golpearle e insultarle, solté sapos y culebras por mi boca hasta que me vi lanzada por los aires para aterrizar en un lugar lleno de agua helada.

—¿Pero qué demonios?! —solté escupiendo agua y trocitos de paja de un gran recipiente lleno de ambas cosas.

—El único remedio que conozco para apagar el fuego es un buen balde de agua fría y ya que pareces ser tan ardiente y no poder rebajar tu fuego interno, creo que un baño en el abrevadero de los caballos, es justo lo que necesitas.

—Aaaaaagggghhhrrrr —grité, y salí de allí como pude, con la ropa empapada y el pelo aplastado como un gato mojado. El malnacido del laird sonreía contemplando su obra. No tenía mis poderes, así que poco podía hacer para castigarle por semejante insulto. Las únicas armas con las que contaba eran mi lengua y mis manos.

Iain era un muro, así que aunque arremetí a golpes contra su fornido pecho, a él solo le hicieron falta un par de empujones para meterme dentro de las caballerizas. Al parecer, el laird no quería que nadie nos viera o escuchara.

—Ven aquí, fierecilla —ordenó, mientras me agarraba de las manos empujándome a su torso, no le importó empaparse conmigo.

—¡Suéltame, maldito! ¡No pienso casarme contigo! Seguro que la maldita piedra se equivocó, no puede unirme a un necio como tú, no voy a tolerar que otras se metan en mi cama, ni que acaricien tu cuerpo, ni que hagan nada contigo, tampoco voy a tolerar que me pisotees o manipules, tú no eres más que yo, ¿me entiendes? ¡Y si no lo haces me da igual, porque no pienso permitir esto ni un minuto más, me marcho maldito laird del demonio! — chillé desatada. Él sonreía divertido, mientras aplastaba mi cuerpo contra la pared.

—¡Por San Ninian, mujer, qué carácter tienes! Me has puesto completamente duro —declaró. Una de sus manos agarraba las mías, al tiempo que la otra... La otra se adentró entre mis piernas y sin preámbulos me penetró.

—Aaaaaaaaahhhhhh —exclamé. ¡Estaba mojada y lista! ¿Cómo era posible? Los dedos entraban dentro y fuera sin que pudiera oponerme, pues mi cuerpo reaccionaba cediendo y abriéndose al contacto de aquellos mágicos dedos.

—Eso es, pequeña, estás empapada y lista para mí ¿sabes por qué? —inquirió. Yo apenas podía hablar, solo jadear—. Porque tu cuerpo reconoce a su dueño por mucho que te empeñes en que no lo sea, porque delante de mis hombres deberás someterte a mí, deberás reconocer los privilegios que supone ser mi esposa, no puedes desacreditarme delante de mi clan —me explicó. Intenté rebelarme, pero Iain era muy fuerte, y lo que me hacía entre los muslos me nublabla la mente haciendo desear más—. Vamos, pequeña, es pura fachada, voy a ser totalmente fiel, pero necesito que entiendas que delante de mi clan y mis hombres yo soy el laird y tú debes acatar; aunque dentro de nuestros aposentos seas tú quien lo domine todo —manifestó. No comprendía nada y aquel vaivén de sus dedos entre mis piernas no ayudaba.

—¿C-cómo? —Levantó mi pierna, buscó mi hendidura y se hundió en mí sin más preámbulos.

—Como que eres la mujer de mi vida, que no puedo pensar en otra porque me vuelves loco, como que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para consentirte, mimarte y que tengas todo lo que desees.

—¿Y si lo que deseo es a ti? —pregunté arrebatada por la pasión.

—A mí ya me tienes desde el momento en que te vi. Te amo, mujer y no tengo ojos para otra que no seas tú, mi preciosa Bell, no quiero a nadie más.

Solo tú y para siempre —aseguró, después besó mis labios atormentándome, haciendo que necesitara todo lo que estaba dispuesto a darme. Estaba completamente entregada a sus embites.

—¿Y por qué no has dicho eso? ¿Por qué no me has respaldado? —protesté entre acometida y acometida

—Porque mi mundo funciona así, hermosa hada, deberás acostumbrarte —dijo y empujó con fuerza arrancándonos a ambos un gruñido. Pues ya podía ir preparándose porque no pensaba acostumbrarme a ello, intentaría que lo entendiera poco a poco, estaba claro que MacLeod era un hombre terco y visceral.

—¿Y si no soy yo la que debo cambiar? ¿Y si es tu mundo el que debe evolucionar? —le tanteé. Él sonrió.

—Entonces, tendrás toda una vida para enseñarme a hacerlo, porque si una cosa tengo clara es que no pienso perderte —respondió. Eso me había gustado, abría una fina rendija a la esperanza por donde yo pensaba colarme. Sabía que era lo máximo que iba a sacarle a mi laird gruñón, por lo menos por el momento, así que me dejé llevar por la pasión hasta que ambos estallamos en las cuadras.

Una vez sosegados me mostró los caballos y yo me quedé prendada de Mila, era una yegua nueva que habían requisado en la última reyerta con los MacDonald.

—Es preciosa —le comenté admirando al animal. Él me agarró por detrás.

—¿Te gusta? —murmuró en mi oreja, tras mordisquearla y enviar miles de escalofríos a recorrerme por completo.

—Mucho —jadeé. Sus manos buscaron abarcar mis sensibles pechos.

—Nos la llevamos pensando en buscarle una pareja para Kelpie.

—¿Kelpie? —pregunté sorprendida porque un caballo llevara el nombre de aquella criatura mitológica.

Los *kelpie* eran las criaturas acuáticas más peligrosas de la mitología escocesa, se decía que podían cambiar de forma transformándose de hombre apuesto a caballo. Si alguien le montaba, mientras este se acercaba al agua, el *kelpie* volvía su piel adhesiva para atrapar al jinete y sumergirse en las aguas profundas con su víctima.

Ante mí tenía un hermoso semental negro como la noche, parecía más alto que Mila y musculoso.

—Tiene un nombre muy adecuado, es hermoso y desprende un aura de

peligrosidad que lo hace majestuoso —dije. Sus dientes mordisquearon mi cuello.

—El caballo es un reflejo de su dueño —replicó. Sabía la respuesta, pero me apetecía chincharle.

—Pues entonces, creo que deberás presentarme al hombre de tu clan que posee tan poderoso ejemplar, tal vez me guste más que tú. Apoyó mis manos sobre la madera que recubría parte de la pared de piedra, para acariciar mis piernas por detrás.

—Eso es imposible, hada mía —susurró en mi oído, mientras me erizaba por completo y me deleitaba con su habilidosa lengua.

—¿Y eso por qué? ¿No crees que me pueda gustar otro? —Separó mis piernas tanteando de nuevo mi sexo que volvía a estar listo para él.

—Es imposible porque yo soy su dueño al igual que el tuyo —afirmó, y me penetró por detrás arrancándome un nuevo grito—. ¡Por todos los dioses, nunca voy a tener suficiente de ti! Me encanta que siempre estés lista y dispuesta —alegó. Mi mente intentaba pensar en sus palabras... mi dueño, era lo último que recordaba que me había molestado en sobremanera.

—¿Y entonces, qué soy yo? ¿Tu esclava? ¿Tu sirvienta? —Necesitaba aclarar las cosas pese a que me gustaba mucho lo que me hacía.

—Tú eres la maldita dueña de mi corazón —afirmó rotundo. Con esas palabras ganó mi entrega.

Me penetró con fuerza, llevando una mano a mi inflamado clítoris y masajeándolo a la par que empujaba en mi interior. Seguía con el cuerpo calado, pero ardía por las atenciones que me dispensaba mi laird, estaba segura que la ropa se iba a quemar por muy húmeda que estuviera si seguía haciéndome esas cosas. Iain era muy diestro y yo estallaba bajo su toque.

—Eso es, preciosa, libérate otra vez, hazlo para mí —me animó. Sus palabras eran un acicate para aquello que ocurría entre mis piernas. Estallé, claro que estallé y le llevé conmigo en la explosión de sublime placer que arrasó con ambos.

Tardamos mucho en salir de las caballerizas y cuando lo hicimos, ambos estábamos saciados, y más que reconciliados.

Iain me regaló a Mila como regalo de bodas, pues decía que incluso su semental iba a serme fiel de algún modo.

Aquella misma noche nos casamos, por suerte, el padre de Iain conservaba el vestido de boda de su mujer y teníamos una talla similar. Nos juramos amor

eterno delante de todos los miembros del clan, y para mi sorpresa, Iain me asombró diciendo unas palabras sobre nosotros y la fidelidad. Si a alguien le quedaba alguna duda, con su juramento quedaba más que zanjada, pues me declaró dueña y señora de su corazón y de su lecho. La cara de las mujeres que asistieron no tenía desperdicio y yo me sentí la mujer más afortunada del mundo porque ese hombre fuera mío.

Los recuerdos se detuvieron en el mismo instante que nosotros lo hicimos a lomos de nuestros caballos. Llegamos al lugar donde Iain quiso llevarme dejando a nuestro bebé en el castillo. No podía creerlo, el trayecto en caballo sucedió como cuando vas en coche, estás conduciendo y de repente te encuentras en un punto y no recuerdas lo que has visto durante el camino sumida en tus pensamientos. Así me sentí yo, tan perdida en mis nuevos recuerdos que no me había fijado hacia dónde íbamos, pero ahora que habíamos llegado al lugar escogido por el laird mi corazón se había encogido. Delante de nosotros se abrían las espirales de piedra del *Fairy Glen*.

Iain desmontó de un salto, ató a Kelpie en un árbol sin que yo pudiera moverme. Ver el círculo me transportó al momento exacto en el que Cédric me había llevado al mismo lugar, haciendo que me fuera imposible contener las lágrimas. Mi highlander regresó a mi lado mirándome con auténtica preocupación.

—¿Qué sucede, Bell? ¿No te gusta el sitio? —Negué con la cabeza.

—No se trata de eso —hipé. Iain me tendió la mano para ayudarme a desmontar, y me sujetó con firmeza pegándome a su cuerpo.

—¿Entonces? —inquirió.

—En este lugar sucederá algo en el futuro, Iain, en nuestra próxima vida tú me traerás aquí —declaré. Él me sonrió con ternura.

—Claro que te traeré aquí, ¿sabes por qué? —Negué de nuevo con la cabeza.

—Hace unas noches tuve un sueño, uno de esos que llamas premonitorios.

—Premonitorios —le corregí.

—Si bueno, uno de esos.

—¿Y qué ocurría? —¿Podía Iain tener premoniciones? Sentía curiosidad.

—Una voz me decía que debía traerte hoy aquí antes del amanecer, si realmente te amaba, me decía que teníamos una oportunidad y que si quería utilizarla debía traerte, y pedir un deseo en el círculo de piedras —me explicó. El pulso se me aceleró ¿había alguna posibilidad entonces para nosotros? Si era así, iba intentar lo que fuera. Iain acarició mi pelo

colocándolo tras mis orejas en un gesto cariñoso.

—Está bien —afirmé esperanzada— hagamos pues lo que decía tu voz — expresé. Me sonrió besándome con dulzura. Podría estar así para siempre, perdida entre sus labios, aunque por otro lado, quería perderme en el futuro entre los de Cédric, era una situación muy compleja que me hizo pensar en lo que mi pobre hermana debió pasar entre los dos MacKenzie.

Atamos a Mila junto a Kelpie y cogidos de la mano recorrimos el círculo de piedras hasta colocarnos en el centro. La luna llena todavía refulgía, aunque quedaba poco para el amanecer.

Iain me tomó de las manos y me miró solemne.

—Sé que a veces hay cosas que es mejor no aprender, algunas que es mejor olvidar y otras que me niego a perder. Hasta que te conocí mis manos habían servido para ganar batallas, pero nunca una tan importante como esta, por la que sintiera verdadero pavor a perder —comenzó a decirme. Su profunda voz provocaba que mi estómago se encogiera—. El miedo estaba desterrado de mi vocabulario desde mi tierna infancia, pues aprendí que un guerrero viene solo a este mundo e igualmente se marcha de él. Entonces llegaste tú, mi hermosa Bell, mostrándome el verdadero sentido de la palabra vivir

—continuó. Un nudo me apretaba el corazón, el mismo que sentí cuando Cédric se declaró allí mismo—. Mi amor, tú me has enseñado a no conformarme con menos que acariciar el cielo con las manos y a coser las heridas de mi pecho, que no sabía que existieran hasta que me las hiciste ver. Nunca me había planteado lo que era comer sin hambre, pues eso es lo que había estado haciendo con las mujeres antes de conocerte a ti. Hasta que no te tuve delante no supe lo que era sentirse hambriento de amor y es justo así cómo me siento —siguió. Tomó aire, no quería ni imaginar lo que le estaba costando decirme todo aquello, era emoción en estado puro. Iain destilaba amor en cada gesto y en cada palabra. Mientras yo las encajaba como podía, rogando porque aquello sirviera de algo—. Dudo mucho que me pueda recuperar si alguien de mi lado te quiere arrancar, pues eres la luz que alumbra mi alma llenando el vacío donde antes solo había oscuridad. Por ello, aquí en el *Fairy Glen* me encomiendo al rey de las hadas para pedir mi deseo —añadió. ¿Se estaba encomendando a mi padre? Bueno, tampoco era exactamente así, porque mi padre había poseído el cuerpo de Oberón, así que no se estaba encomendando a él, ¿sería parte de la solución? Iain prosiguió emocionado y decidido—. Deseo que nada ni nadie pueda apartarme de ti,

pues si así fuera, perdería la mitad de mi corazón y solo con medio corazón no se puede vivir, pues este dejaría inmediatamente de latir —me miró fijamente—. Amor mío, ni puedo ni quiero restarte a mi corazón, porque es completamente tuyo, y siempre lo será para toda la eternidad, te amo —declaró. Tras su deseo nos fundimos en un beso cargado de sentimiento.

Volvía a estar en el maldito círculo, el mismo que me la había arrebatado de algún modo, sabía que ya había pedido un deseo y no había funcionado, pues estaba claro que Didi no estaba conmigo. Debía pensar muy bien las palabras antes de pronunciarlas.

Clavé mi rodilla en el suelo con una mano puesta sobre la piedra central y la otra aguantando la *Fairy Flag* y el amuleto del nudoperenne que me había dado Morgana, esperaba que actuara como talismán para anudarme al alma de Didi, toda ayuda era poca. Hablé en voz alta esperando que si todo aquello era cierto alguien me pudiera escuchar.

—Estoy de nuevo aquí, soy Cédric MacLeod, descendiente de Iain MacLeod, el mismo laird que fue condenado a vivir sin su amor en el pasado y que sigue buscándolo en el presente. Estoy aquí en el valle de las hadas porque formo parte de él, porque en mi corazón bombea sangre de las *fairies*, aunque en mi alma sigo siendo el laird. Por ello, aquí en el *Fairy Glen* me encomiendo al rey de las hadas para pedir mi deseo, el último que puede concederme la *Fairy Flag*, no quiero un ejército para que venga a socorrerme porque lo que está en peligro no se salva con guerra sino con amor —me aclaré la garganta volcando todas las esperanzas en mis palabras—. Deseo que nada ni nadie pueda apartarme de mi amor verdadero, pues si así fuera, perdería la mitad de mi corazón y solo con medio corazón no se puede vivir, pues este dejaría inmediatamente de latir —expresé. La imagen de Didi apareció en mi mente, trémula, llorosa y expectante, era cómo si algo me impulsara a hablarle a ella y así lo hice—. Amor mío, ni puedo ni quiero restarte a mi corazón, porque es completamente tuyo, y siempre lo será para toda la eternidad, te amo.

Tras aquellas palabras la piedra que estaba en el suelo se iluminó, llenándome de calor y luz, mi cuerpo resplandecía y el nudo ardía en la palma de mi mano, imité a Didi, corrí campo a través lanzándome de cabeza a las aguas

del lago visualizándola a ella, solamente a ella, al fin y al cabo, ese había sido su portal; esperaba que también pudiera ser el mío.

—Voy a por ti, mi amor.

Nuestras lenguas se fundían en una dulce tortura, necesitaba sentirle, aunque fuera por última vez, no sabía si el deseo de Iain iba a funcionar, así que por lo menos iba a tener ese recuerdo para consolarme.

—Suéltala —escuché. La orden era clara y la daba una voz masculina a nuestras espaldas. Pero Iain enardecido por el beso parecía no escucharla—. ¡Te he dicho que la sueltes, MacLeod! Ella es mía, soy su elegido —exigió. Estoy segura que eso sí lo escuchó porque levantó la cabeza con rapidez colocándome a su espalda, usando su cuerpo como escudo de aquel que osaba interrumpirnos. Su cuerpo se tensó al momento y sus manos agarraron mi cintura pegándome a él. ¿Qué ocurría? ¿Quién era? Mi colgante había comenzado a expandirse como hacía siempre, pero ahora brillaba con una suave luz rosada.

—¿Quién eres? ¿Qué tipo de brujería es esta? ¿Te manda Oberón? —¿Era un hado? ¿Se trataba de eso? ¿Mi padre había enviado a uno de sus hombres a por mí? El cuerpo de Iain comenzó a iluminarse. ¡Dios bendito, qué estaba pasando! Mi colgante también resplandecía con mayor intensidad.

—Iain —traté de advertirle—, ¿qué te está sucediendo? Mírate —le imploré acongojada, me importaba muy poco el que se autoproclamaba mi elegido, estaba sufriendo por el hombre que me tenía asida a sí. Mi laird miró hacia abajo dándose cuenta de que refulgía.

—¡¿Qué demonios?! —inquirió soltándome y mirando sus manos, aproveché el momento para salir de detrás, tal vez se tratara de algún hechizo que el macho nos estaba lanzando ¿sería Fëanor? Miré hacia delante para enfrentarme al hombre de mi padre y ahí me quedé, congelada, porque la figura que venía hacia nosotros resplandecía tanto como mi laird, aunque su color era algo más azulado y no tan rosado como el de Iain. Mi corazón se detuvo justo cuando reconocí a Cédric como aquella especie de pitufo celestial.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible? —Me llevé las manos a la boca sin entender nada—. ¿Cédric? ¿E-res tú? —En su mirada no había rencor, solo determinación y... ¿amor? ¿Era posible que después de

todo lo que le había mostrado la Diosa zorra me siguiera amando?

—Hola, Didi, he venido a buscarte y a pedirte que regreses junto a mí — declaró. Iain se puso en posición de ataque agarrándome y llevándome de nuevo tras él.

—De eso nada, ¡tú no vas a llevarte a nadie! Acabo de pedir mi deseo y mi mujer se queda conmigo.

—También es mi mujer —aclaró Cédric muy seguro.

—Bell no es tuya sino mía —bramó Iain. Por todos los santos ¿era posible amar a dos hombres que eran el mismo sin serlo? ¿Podía ser la ecuación más compleja?

—Ella es de ambos —aclaró Cédric—, porque tú y yo somos el mismo — sentenció. La respiración del guerrero se agitó, debía ser muy difícil de comprender algo así para él, estaba claro que la física cuántica y los highlanders no estaban asociados.

—¿Estás diciéndome que eres ese tal Cédric del que me habló Bell? ¿Eres mi reencarnación? —Logré asomar la cabeza para verle asentir.

—Exacto.

—¿Y entonces, cómo es posible que ambos coexistamos a la vez? —Esa era una buena pregunta y creía que yo tenía la respuesta.

—No podéis —sentenció intuyendo lo que ocurría—. Suéltame, Iain, por favor, creo que solo tenemos una oportunidad y no podemos perderla, ninguno de los tres —puntalicé. De ambos hombres, la luz que irradiaban, se iba disolviendo fugazmente para adentrarse en mi colgante donde se fusionaban creando una luz violácea.

—Bell, recuerda lo que me prometiste esta misma noche —me exigió Iain. Repetí las palabras tras las que mi colgante había brillado con el mismo color de luz, justo antes de que mi hijo tocara el colgante.

—Yo te amo y te amaré toda la vida, y te juro por lo más sagrado que jamás amaré a otro hombre que no seas tú, te voy a esperar toda la eternidad si hace falta, pero siempre voy a ser tuya, de nadie más —dije como un loro. Miré a uno y a otro comprendiéndolo por fin—. Eso es, por eso no pude estar contigo plenamente, Cédric, te lo prometí, cuando era Bell te prometí fidelidad portando el colgante y aunque seguía siendo la misma no me había reencontrado con mi yo pasado, y obviamente tú con el tuyo —comenté. Ambos se miraron intentando reconocerse—. Nuestras almas no podían estar juntasporqué, aunque lo sintiéramos, nos habíamos olvidado de aquello que

tuvimos y compartimos; de aquello que juramos que siempre íbamos a tener.

—Nuestro amor —dijeron ambos MacLeod al unísono, mientras yo asentía. La luz de ambos cada vez era más tenue.

—¿Os encontráis bien? —Les miré preocupada, intuía que algo grave ocurría.

—Creo que estoy perdiendo las fuerzas —aclaró Cédric

—Y yo también —corroboró Iain.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo lo hacemos para que los tres confluyamos? ¿Para que vosotros dos seáis uno y os reconozcáis? —Cédric dio un paso al frente recorriendo el metro de distancia que le separaba de mí. Veía su mente trabajar a través de sus ojos, si alguien era bueno en dar soluciones a problemas complejos, ese era Cédric.

—Solo se me ocurre una cosa y te juro que espero que funcione —comentó. Sabía que estaba indeciso, le conocía bien, y eso no era muy tranquilizador.

—Habla —le hostigó su antepasado, mientras él giraba el rostro hacia él.

—Vamos a tener sexo los dos juntos —explicó. Abrí los ojos como platos, pero eso fue poco para el bramido que dio Iain.

—¡tú estás mal de la cabeza! ¡No pienso dejar que me metas nada ni yo metértelo a ti! ¡Dudo que esa sea la solución, además, si tú eres yo sabrías que jamás me acostaría con un hombre por muy yo que fuera! —Era una conversación de locos, tal vez en nuestro siglo no fuera tan escandalosa, pero entendía que Iain no quisiera mantener relaciones con Cédric, aunque no podía negar que verles a ambos en acción me hubiera dado morbo.

—¡No hablo de nosotros solos, pedazo de animal! Sino ambos con Didi —replicó Cédric. Esto se ponía interesante, me froté las manos, mentalmente, frente a la expectativa. Estar con ambos era algo que no me había planteado, ni con ellos ni con otros, bueno, tal vez con Brad Pitt y Mathew Bomer, aunque este último fuera gay, con ellos sí, pero no contaban, ¿qué mujer se habría resistido a ese par?

—¡Estás loco! ¡No pienso compartir a mi mujer contigo! —gritó Iain.

—¡Tú no compartes nada conmigo porque ella es de los dos! —Mientras discutían yo me excitaba pensando en las tórridas imágenes que me ofrecía mi cerebro, y desde luego que si eso no funcionaba no sabía qué más podía hacerlo.

—Estoy con Cédric, Iain —comenté. El laird se dio la vuelta enfadado.

—¿Tú también? ¿Tú, precisamente? ¿La que me exigió fidelidad en nuestra

boda pretende acostarse con los dos? —cuestionó. Miré a Cédric para que no se enfadara por lo que iba a hacer. Después tomé el rostro del laird entre mis manos.

—Escúchame, sé que esto es muy difícil de entender para ti, pero de algún modo siento que es lo correcto, vosotros necesitáis conectar de alguna forma y veo que yo soy el catalizador.

—¿Cata-qué? —obviamente Iain no sabía qué era esa palabra.

—Un elemento donde ambos podéis confluir, fíjate bien, mi piedra está absorbiendo vuestra energía vital, por ello es necesario que antes de que la absorba toda entréis en comunión de algún modo —le expliqué. Miré de reojo a Cédric y vi cómo asentía—. Está claro que no podéis coexistir, por eso os estáis muriendo poco a poco y antes de que eso ocurra debéis encontraros para que tengamos una oportunidad, sea en la época que sea, porque nuestras almas siguen siendo las mismas. Mírame, Iain, yo sigo siendo la misma, aunque me siento Didi y Bell a la vez, las dos habitan en mi interior —le aclaré. Sabía que Iain era terco y que iba a costarle asumir todo aquello, así que hice lo que creí conveniente—. Déjanos hacer a nosotros, Iain, deja que te guíemos, te amo igual que le amo a él, pues sois el mismo —afirmé. Después miré a Cédric, él me sonrió y asintió complacido. Luego volteé la cabeza y besé al highlander rezando porque nos diera una oportunidad.

Capítulo 21 (Didi)



La boca de Iain no se hizo rogar, sus labios me besaban con fiereza y posesión, entretanto yo le agarraba de la nuca, intenté transmitirle toda mi fuerza y la confianza que sabía necesitaba. Sentí un calor a mi espalda y una boca besando mi cuello, una de mis manos vagó hacia atrás en busca de Cédric para encontrarle justo allí.

Su erección se apretaba contra mis nalgas a la par que la de Iain lo hacía contra mi vientre. No sabía si alguna vez sería capaz de sobreponerme a esa experiencia erótica a dos bandas.

La mano de Iain pellizcaba uno de mis pezones por encima de la camisa y la de Cédric levantaba mi basta falda de lana para hurgar bajo ella. No llevaba ropa interior, así que tras acariciar mis glúteos internó los dedos en mi humedad, provocando mi primer gemido de placer.

No hablábamos solo sentíamos, sabía que Iain captaba a Cédric, que sabía que no estábamos solos y aún así proseguía. Me sentía verdaderamente orgullosa de la aceptación que estaba demostrando, aunque no era fácil para un laird del siglo XIV hacer un trío con su mujer.

Iain abandonó mis labios para sacarme la camisa sin abandonar mis ojos, a su vez, Cédric me quitaba la falda dejándome expuesta, desprovista de nada que no fuera mi piel y el colgante que seguía creciendo en mi pecho.

Una vez desnuda ambos hombres se desvistieron, Iain tendió el tartán en el círculo de piedra, mientras, Cédric terminaba de despojarse de los tejanos.

Me arrodillé en el suelo, mientras mis dos hombres permanecían uno al lado del otro con sus gruesos miembros en alto. Me lamí los labios con anticipación.

—Tocaos para mí —les ordené. Ellos se miraron, Iain algo más receloso que Cédric, quien parecía aceptar mejor mis órdenes.

—Cada uno la suya, no vayas a confundirte de espadón —le advirtió Iain receloso.

—No sufras, Harry Potter, aquí cada cual con su cipote —replicó Cédric. Casi me echo a reír ante la contestación de Cédric y el gruñido del guerrero, estaba claro que no había entendido nada de la frase, pero hay veces que aunque uno no entiende lo que le dicen sabe a lo que se hace referencia por intuición. Ambos comenzaron a acariciarse y yo a salivar...

Si tener un ejemplar MacLeod ya era mucho, dos ni te cuento, ese par eran el sueño húmedo de cualquier mujer y el regalo perfecto para Navidad. «Pon un MacLeod en tu vida, reza por ser la elegida y que se entierre en tu guarida».

Yo también comencé a tocarme, ellos me observaban extasiados, esparcía mi humedad lubricándome por completo, entregándome al cien por cien, pues sabía que les gustaba ver lo que les ofrecía, mis pliegues mojados, hinchados y anhelantes por recibirles. Ambas manos iban tomando ritmo, sus erecciones estaban en todo su esplendor cuando les pedí que se detuvieran.

—Ahora quiero que me las ofrezcáis —dije y ambos hombres las sujetaron con comodidad. Tragaron con dificultad al ver mi boca acercándose golosa.

Lamí ambas puntas degustando la pasión asomada en ellas, escuchando cómo contenían un gemido y temblaban bajo mi lengua. Levanté el rostro para mirarles, el oro de sus ojos me bañaba reclamando que los satisficiera y eso era justamente lo que quería hacer. Me dediqué en cuerpo y alma a complacerlos, alternándoles en mi boca, primero una y después la otra, clavándome en ellos hasta la empuñadura al tiempo que me deleitaba con su sabor y su textura. ¡Dios, era decadentemente delicioso! Me enterraba una y otra vez en ambos miembros acariciando con cada mano sus duros testículos que se hinchaban y apretaban bajo mi toque.

Cuando se la chupaba a uno el otro se acariciaba hasta esperar su turno que no tardaba en llegar. Ambos ahondaban en el fondo de mi garganta haciéndome partícipe en todo momento de lo bien que se sentían enterrándose en mi. Los dos gemían abandonados cada vez que los catapultaba en la honda humedad de mi garganta, me entregaba al máximo para succionar el glande con fuerza cada vez que salía en busca del otro.

—¡Joder, Didi, si sigues haciendo eso me voy a correr!

—¡Bell! ¡Se llama, Bell! —Cédric miró a su antepasado entre divertido y

sorprendido. Iain no dejaba de fruncir el ceño, estaba claro a cuál de los dos le costaba más asumir su nueva realidad.

—Pues entonces, será mejor que la llamemos *fairy* a Didi-Bell le encanta —alegó Cédric.

—Y yo a ti te llamaré laird capullo y a Iain laird guerrero ¿Te parece? —Cédric apartó su polla que era la siguiente que iba a chupar.

—Lo que me parece es que te llame como te llame siempre serás mía —afirmó. Después se abalanzó sobre mí para besarme, mientras yo me reía cayendo al suelo.

—Mía, me parece un buen nombre —estimó Iain que se unió a nosotros con menos pudor que nunca.

Ahora estábamos los tres tumbados de lado, Cédric delante de mí e Iain detrás, tenía la pierna subida en la cintura del primero entretanto el laird pasaba su miembro arriba y abajo de mi vagina estimulándola y esparciendo mis jugos desde el clítoris al ano. Sabía que si quería estar con ambos a la vez esa era la única vía, pues no había ningún lubricante a mano que pudiéramos usar.

Aunque me aterraba pensar en tener tamaños miembros en mi interior, también sentía morbo, aunque no el suficiente como para no preocuparme de qué iba a sentir o si iba a ser capaz de aguantarlo. Nunca me habían penetrado por detrás y menos dos hombres a la vez. Cédric dejó de atormentar mi boca para bajar a por mis pechos y succionar.

—Aaaaaaaahhhh —resollé del gusto, mientras él apartaba el rostro sorprendido.

—¿Tienes leche? —preguntó saboreando el líquido que acababa de brotar. Le miré confundida. No había pensado en avisarle, aunque pensándolo bien, ¿por qué debía hacerlo?

—¡Tú también tienes y no te digo nada! Bien que te gusta cuando me la trago —repliqué. Él sonrió ante el recuerdo.

—Cuidado con la comida de mi hijo —protestó Iain.

—¿Hijo? —Cédric seguía viéndome como Didi, lógicamente se había perdido en toda aquella maraña de personajes. Aunque yo no pude evitar provocarle ante su desconcierto.

—Obvio —respondí—. Está claro que no iba a ser para que te tomaras un cortado, joder, Cédric, que no me he convertido en una cafetería ambulante, en esta vida soy madre ¿recuerdas? —Él sonrió de nuevo ante mi ocurrencia,

sabía que le gustaba esa parte de mí.

—Pues recuérdame que si salimos de esta te haga un hijo pronto, sabes de maravilla —declaró y volvió a por mis pechos a la par que Iain gruñía protestando y me penetraba de una estocada.

Gemí intensamente, mi clítoris se friccionaba a cada acometida contra la polla de Cédric e Iain no dejaba de alcanzar mi matriz. Aquello era sublime, tenía las entrañas contraídas de tanto placer, tanto, que al siguiente empujón de las caderas del laird me corrí empapando a Cédric, que parecía la mar de entretenido con mis pechos.

—Chicos —protesté—, esta experiencia es colosal, pero cada vez brilláis menos, ¿no creéis que ya deberíamos empezar la fusión a tres bandas? No es que me apetezca mucho que me deis por el culo, pero de un momento a otro sucederá y prefiero que sea antes de que no tengamos ninguna oportunidad... los preliminares están muy bien, pero... ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¿Qué ha sido eso? —No sabía muy bien que era, pero sí que me gustaba.

—Es mi dedo en tu culo, Bell —qué fino era el laird cuando quería—. No estabas diciendo que no querías más preliminares, pues el juego acaba de empezar.

—Mía —le rectificó Cédric al escuchar que el laird me llamaba Bell de nuevo. Iain resopló.

—Mía —le concedió.

—¿Habéis hecho esto antes? —No estaba segura si prefería que respondieran o no. Cédric pareció captarme a la perfección.

—No creo que eso sea importante, lo fundamental es que es la primera vez para los tres y vamos a ser muy suaves contigo, vamos a hacer que lo pases bien, cariño —declaró. Su mirada, llena de ternura, me tranquilizó. Aunque la palabra suave no cabía en el diccionario de aquel par. En otro contexto sabía que me alegraba de que fuera así, sin embargo, ahora no estaba muy segura. Tenía claro que el sexo no debería ser suave, sino sucio, salvaje y caliente; pero con mi culo en juego lo dudaba. «Mmmmmmm», me estaba muriendo del gusto con lo que ambos me hacían.

—Y esta va a ser la última vez que estés con dos hombres, Bell —puntualizó Iain cerca de mi oreja—, porque vas a quedarte conmigo —manifestó en tono desafiante. Cédric le miró retador, pero no le respondió, cosa que agradecí, no es que me gustara discutir, mientras sentía un dedo en mi trasero. Iain seguía clavándomelo hasta el fondo y Cédric friccionándose contra mí—. Lo

estás haciendo muy bien, princesa —susurró el laird a mi oído. El dedo sorteaba con mayor facilidad el anillo de músculos que se cernía sobre él. Iain aplicaba un ritmo constante. Si bien no era duro en exceso, sí lo suficientemente exigente como para llegar al final. Apreté el trasero y la vagina sintiendo ambas penetraciones con mucho deleite, me gustaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer en un primer momento ¿Sería así siempre?— Estás dilatando lo suficiente como para que te meta el segundo dedo —anunció Iain—. ¿Estás lista? —preguntó. ¿Lo estaba? Al fin y al cabo, no me quedaba más remedio, iba a tener que albergarles a ambos tarde o temprano. Asentí mirando a Cédric, necesitaba algún tipo de distracción.

—Bésame, por favor —le pedí mirándole de frente. Mi capullo favorito lamio sus labios para después hacer lo mismo con los míos, los separé por instinto dando paso a su ávida lengua. Cuando esta encontró la mía y me relajé, el segundo dedo se abrió paso en mi interior. Cédric engulló mi grito, no era dolor, era tensión, estaba completamente tensa por dentro, si eso lo causaban dos dedos ¿qué iba a suceder cuando tuviera dos enormes erecciones en mi interior?

Antes de que pudiera plantearme nada más, la mano de Iain tomó uno de mis pechos para retorcer el pezón justo de la manera que me gustaba. Su rudeza me volvía loca, mis caderas se agitaban de atrás adelante para sentirles a ambos. Era una pecaminosa ambrosía de la que no quería despertar jamás. Cédric mordía mis labios y profundizaba los besos de un modo que me dejaba sin aliento, Iain cada vez entraba más hondo dilatándome por completo. Los tres jadeábamos borrachos de pasión con nuestras pieles erizadas y cada vez más sensibles.

—Creo que ya está lista —anunció Iain a mi espalda. La boca de Cédric abandonó la mía para mirarme con fijeza.

—Ambos haremos lo mejor para ti, preciosa, no lo dudes ni por un instante, te amamos con locura y suceda lo que suceda siempre estaremos contigo, aquí —declaró Cédric. Las manos de ambos hombres se situaron sobre mi corazón, tocándose entre ellos y por ende el colgante que había alcanzado su máximo esplendor.

Los ojos comenzaban a arderme, sentía que una parte de ellos se iría de algún modo, o quizás se fueran ambos, no estaba lista para perderles, amaba profundamente aquellos hombres. Torcí el cuello hacia atrás para recibir un beso de Iain, sin saber si sería el último. Me besó con amor, dureza y entrega,

tal cual era él, no podía esperar ni más ni menos de mi laird. Era un beso con sabor a amor y a despedida, algo difícil de expresar, pero que me tocaba de lleno en el alma. Separé mi boca de la suya para recibir la de Cédric, algo más tierna, aunque igual de exigente, el sabor de ambos se entremezclaba en mi boca que lo paladeaba intentando memorizarlo. Con un pequeño mordisco en los labios Cédric se separó de mí clavando el ámbar de sus ojos en el de Iain. Ambos se miraron y de algún modo, sin decir nada, entraron en sincronía para apuntar sus miembros en mis entradas.

Cédric movió ligeramente la cabeza asintiendo, sus gruesos glandes apretaban sendos agujeros y cuando ambos empujaron para abrirse paso, a la vez, gritamos todos. No había dolor, ni quemazón, ni nada que se le asemejara, simplemente tres cuerpos dándose placer mutuamente. Ambos se movían contra mí, que me dejaba llevar por aquella marea de éxtasis al notarles dentro. Cada una de mis manos buscaba sus nuca con desesperación, como si de ese modo no pudiera perder a ninguno de ellos.

Mis dedos se enroscaban y tiraban, mi cuerpo se estremecía con cada penetración, me sentía plena, no había otra palabra que describiera mejor el momento. Las bocas de ambos buscaban mi piel para dejar sus mordiscos tatuados en ella. Me lamían, me mordían, me follaban como solo ellos podían hacerlo.

La delicada membrana que separaba los conductos de mi cuerpo parecía haber dejado de existir, era una sensación indescriptible, un amor arrollador el que me llenaba con su energía y me acunaba con sus plañidos de deleite. Nos dejamos llevar completamente, hasta que los primeros espasmos de mi vagina me alertaron que estaba cerca de culminar.

—Estoy muy cerca —anuncié.

Sin salir de mí, me hicieron dar un cuarto de giro, así que me encontré a cuatro patas sobre Cédric e Iain agarrándome las caderas.

Así era muchísimo más intenso, mis pechos se bamboleaban cada vez que ambos arremetían con fuerza. La lengua de Iain lamía mi columna arriba y abajo enviándome escalofríos por todo el cuerpo. Cédric agarró una de mis protuberancias y se puso a mamar con ferviente devoción.

No iba a poder aguantarlo por más tiempo, estaba al límite, subyugada por tantas sensaciones a la vez. Todas las células de mi cuerpo gemían, se expandían y contraían; gritaban pidiendo ser liberadas de aquella embriagadora tortura.

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña —me indicó Iain, que mordió el lóbulo de mi oreja y me agarró por los hombros para dar mayor profundidad a sus acometidas si es que era posible.

—Aaaaaaaaahhhhhh —gemí con fuerza—. Todo esto es demasiado intenso, no voy a poder contenerme.

—Hazlo por nosotros, nena —pidió Cédric, que mordía el camino que lo separaba de mi otro pezón—. Solo un poco más, nosotros también estamos llegando —me indicó. Hablaba en plural ¿habría entrado ya en armonía con Iain? Mordió y tiró para después succionar y succionar provocando que mi vagina se contrajera—. Eso es, ordéname como yo hago contigo, dios, nena, esto es brutal —expresó. Sus palabras me alentaban a seguir sintiendo, a no contenerme a dejarme fluir como quería, sin vergüenza, sin pudor, completamente abandonada.

—Me gusta mucho —les dije— no paréis ahora, por favor, no me abandonéis.

Los tres sudábamos, nuestra carne chocaba en un delicioso sonido acompasando la sinfonía de nuestro frenesí. Yo también me movía ensartándome una y otra vez en ellos, buscándoles, provocándoles con mis movimientos. Era una auténtica locura, los tres estábamos enardecidos abrasándonos en el fuego de la pasión.

Mi sexo se contrajo, el clítoris estaba muy inflamado, me sentía completamente feliz de haber albergado a Cédric sin dolor, aunque no estuviéramos solos. Estaba muy cerca del paroxismo, había llegado al límite.

—Voy a correrme —logré decir casi sin aire. El azul de Cédric estaba casi apagado dando paso a un gris mortecino que no me gustaba nada. Le tomé la mano derecha para infundirle fuerzas, y entonces, noté algo que llevaba agarrado en la palma, no estaba segura de qué era.

Antes de sellar nuestro agarre me lo mostró, lo había visto antes, era un amuleto celta, un nudo perenne. Se me antojó perfecto, pues justamente era así como me sentía, anudada a su alma. Daba igual si se llamaba Iain o Cédric, pues su esencia era la misma. Él era mi amor, se llamara como se llamara y pasara el tiempo que pasara.

Entrecrucé mis dedos con los suyos sintiendo que de algún modo le perdía, que se estaba marchando sin que pudiera hacer nada por retenerle más, me fijé en su boca que sonreía y en sus ojos plagados de aquel eterno sentimiento que palpitaba en mi pecho. Apreté la mano que contenía el amuleto y busqué

la nuca de Iain para asirlo también a mí.

Ya no pude soportarlo más, en la última penetración el orgasmo más brutal que había sentido hasta el momento me alcanzó partiéndome en dos. Cédric e Iain gritaban como animales, no sabía si de placer o de dolor, pues había perdido el sentido de la visión. Todo se emborronaba, se volvía denso y oscuro, una absoluta decadencia llena de lujuria. Sentí el momento justo en que su esencia comenzó a recorrerme por dentro, llenándome, bañando mi interior de su energía. Solo podía hacer una cosa en aquel momento y era decir lo que mi corazón gritaba sin ser oído, necesitaba poner esas dos palabras a un sentimiento infinito difícil de catalogar.

—¡TE AMOOOOOOOOOOO! —clamé cayendo en una espiral que me engullía hacia ninguna parte. Ya no les sentía, lo único que pude percibir en la lejanía fue una respuesta a mi declaración.

—Y yo a ti, mi amor, para siempre.

Después de aquellas palabras me dejé llevar.

La hierba húmeda cosquilleaba en mis pies, olía a naturaleza y tierra mojada. Una sonrisa curvó mis labios antes de que pudiera despertar.

Me costó una eternidad abrir los ojos, pero cuando lo hice estaba llena de paz, no podía explicarlo de otro modo, me sentía flotar como si todas las preocupaciones hubieran desaparecido y solo me quedara un eterno sosiego. No quería despertar de aquella dulce letanía, por primera vez en mucho tiempo me sentía en armonía, como si hubiera logrado algún tipo de extraña conciliación conmigo misma. ¿Sería que por fin había logrado fluir de verdad? ¿Era ese estado al que mi abuela se refería? ¿Esa afable serenidad de conectar con mi Druidesa interior para darme la estabilidad que me faltaba?

Ya no había dudas, simplemente era yo.

Intenté incorporarme, pero me sentía sin fuerza alguna. Miré a un lado y a otro, pero no vi nada, ni a nadie. Como pude volteé la cabeza para intentar entender lo ocurrido.

No encontré rastro alguno de Kelpie o Mila, aunque estaba claro que estaba en el *Fairy Glen*. ¿De qué época? Lo desconocía.

Intenté buscar alguna referencia que me diera algún tipo de pista, pero a mi alrededor no había nada, ni nadie, y eso sí que era preocupante. Aunque aquello no era lo que más me inquietaba de la situación, lo que más me alarmaba es que no lograba hallar sentimiento alguno de vacío, de desdicha,

de pérdida o de dolor. Era incapaz de encontrar todas esas emociones al igual que a mis dos lairds.

¿Cómo era posible que yo me sintiera tan bien cuando ellos se habían ido? ¡No estaban, y yo era incapaz de sentirme mal o angustiada! ¿Por qué me sentía así? Me daba rabia no poder notar algún tipo de congoja o malestar. ¿Sería algún tipo de hechizo lo que me impedía sentirme desesperada tras su desaparición?

Una risa se coló entre los árboles, los primeros rayos de sol no habían alcanzado a salir, pero el amanecer estaba muy cerca, el sol quería salir dejando atrás a mi amada luna. La risa volvió a sacudirme, era un sonido algo siniestro que alteraba mi orden interno.

—Vaya, vaya, vaya, menudo festival, desde luego que te has dado un buen banquete de despedida. Para el próximo *Imbolc*^[15] voy a pedirte una fiestecita privada como la que tú has tenido esta noche, seguro que a mi nuevo esclavo le encanta compartir como tú has hecho, mmmmm, dos enormes trancas en tu interior, eres una salvaje, Deirdre O’Shea; ahora realmente eres digna de estar a mi lado —escuché. Cerré los ojos, pues sabía perfectamente a quien pertenecía esa voz. «¡Serénate!», me dije—. ¿Lo has pasado bien?

¿Has disfrutado follando como una perra en celo? ¿Qué has sentido al ser compartida por dos hombres a la vez? —me preguntó, yo me incorporé para mirarla con total animadversión, seguía estirada encima del Tartán de los MacLeod, desnuda y sola. Mi colgante que antes había sido rosa pálido ahora lucía un color morado muy suave como si ahora fuera de amatista.

—Estuve solo con uno —escupí—. Ellos siempre fueron uno, aunque les costara entenderlo —le rebatí. La Diosa zorra sonrió.

—Sí, bueno, técnicamente sí, pero está claro que aunque compartían el alma les albergaste a ambos en tu interior y lo disfrutaste mucho, ¿o acaso lo niegas? Si incluso te desmayaste después de correrte como una perra —apuntó. Aparté la mirada por un momento, no me sentía avergonzada por lo que había hecho, pero aquella malnacida quería convertirlo en algo sucio cuando había sido un acto de entrega absoluta, de amor verdadero—. Lo ves, no puedes hacerlo porque sabes que es cierto. Puedes enmascararlo como quieras, puedes repetirte una y mil veces que no fue sexo sino amor, sin embargo, a mí no me engañas, en el fondo eres igualita a mí, solo hacía falta una noche así para que te dieras cuenta —comentó. ¿Yo igual que esa zorra?

Ni en mis peores pesadillas me parecía a ella. La Diosa rio—. Puedes intentar negarte a tu verdadera esencia, pero ¿por qué hacerlo cuando ahora te sientes tan bien? —Odiaba que supiera lo que pensaba y cómo me sentía, me hubiera gustado arrancarla de mi cabeza de cuajo—. A mi lado puedes tener eso, Didi, sexo, hombres, placeres infinitos, una vida dedicada al goce, a la sensualidad. Te ofrezco mi templo, Deirdre, el poder del hedonismo más absoluto ¿quién podría resistirse a ello?

—Yo —le respondí segura, mientras ella volvía a reírse.

—Oh, vamos ¿a quién quieres engañar? ¿No será a mí? —Se puso de cuclillas a mi lado observándome de arriba abajo para terminar posando su mano sobre mi colgante. Su toque sobre mi piel no me produjo rechazo, cosa extraña, pues esa mujer desataba en mí mis peores demonios. Mi corazón golpeaba rotundo contra sus dedos—. Vamos a hacer un trato, pequeña O'Shea. Voy a rebajarte la condena a cambio de tu colgante —me indicó. Jugueteeó con él entre sus dedos a la par que yo miraba la piedra, ¿para qué quería esa malnacida mi colgante?—. Dámelo y a cambio perdonaré tus días de castidad como guardiana de mi llama eterna y te dejaré vivir a mi lado llena de complacencia y regocijo. Ambas disfrutaremos con el libre albedrío, orgías, tríos, hombres hermosos, todo lo que desees será tuyo ¿qué me dices? La libertad del libertinaje por tu colgante.

La contemplé, sin entender el motivo del trueque. Esta vez llevaba una túnica de color plata que hacía aguas amatista, su cabello como siempre estaba suelto y en su cuello lucía varias marcas que no había visto con anterioridad, parecían de dientes y de dedos. A saber las perversiones con las que se divertía la Diosa.

—Al parecer no soy la única que ha disfrutado esta noche —apunté. Tal vez si mostraba empatía averiguara porqué mi colgante le despertaba tanto interés, ella sonrió mostrándome su dentadura perfecta.

—Sí, bueno, digamos que mi nuevo esclavo es muy ducho en el arte amatorio —afirmó y acarició la piel de su cuello—. Ahora mismo le tengo atado a la cama esperándome ¿quieres verle? —No esperó a que respondiera, creó una de sus bolas de luz y me mostró la imagen de un hombre moreno, con un cuerpo perfecto, él también estaba cubierto de marcas por todo el cuerpo, tenía el pelo negro cubriéndole el rostro, mientras un tipo amorfo de animal, estaba en su ingle. Intenté fijarme más, parecía una especie de anguila que succionaba y succionaba, el pobre hombre se agitaba desesperado. Sus

músculos se tensaban como si estuviera sufriendo. Estaba atado con los brazos y piernas en cruz y esa cosa seguía en su entrepierna. En un golpe de cabeza el pelo dejó de cubrirle la cara. Salté como un resorte.

—¡Es mi padre! ¡Maldita malnacida! ¡¿Qué le estás haciendo?! ¡Suéltalo! — grité, lanzándome hacia ella para ahogarla, pero como siempre no logré ni rozarle el pelo y salí despedida hacia atrás.

—No puedes tocarme si no lo deseo, parece que se te olvida... —dijo y me levanté dolorida del suelo.

—¿Por qué mi padre está en tu cama y qué es esa cosa que tiene entre las piernas? —Volvió a sonreír, me hubiera encantado borrarle la sonrisa de prepotente de un plumazo.

—Digamos que hicimos un trato, él vino a mí y se ofreció.

—¡Mientes! —la acusé.

—Yo no tengo por qué mentir, ingrata, me importa muy poco lo que el mundo piense de mí, yo soy la Creadora y ahora también la Diosa del Inframundo —declaró. Aquello era imposible—. Pues lo es —respondió a mi pensamiento—. Tu padre me ha regalado su reino y ahora lo domino todo, incluso a él. Y respondiendo a tu pregunta lo que tiene entre las piernas es una de mis criaturas sexuales, sirve para mantener a mi esclavo permanentemente erecto sin que pueda correrse, así siempre le tengo listo para mí.

—¡Eso es repugnante! —la increpé. Mientras la muy zorra seguía sonriendo.

—No te preocupes por Bilé, él ya sabía a qué se exponía si jugaba en mi liga.

—¿Y por qué ha hecho eso? ¿Qué le has dado a cambio? —Se miró las uñas con desdén.

—Una opción para ti, pero está claro que no salió bien, pues has amanecido sola —manifestó. ¿Mi padre se había sacrificado por mí? Eso me llenaba de dolor, por fin un sentimiento negativo al que agarrarme—. ¿Y ahora? ¿Qué escoges? ¿Cuidar mi llama hasta que me aburra o regalarme tu colgante y disfrutar de mi reino con total libertad? —¿Eso quería decir que había perdido? ¿No había posibilidad para mí y MacLeod? Bajé la mirada fijándome en el colgante, los primeros rayos de luz ya despuntaban y la luna comenzaba a desaparecer. Sentí la necesidad de agarrarlo como si en su interior radicara la solución a todo.

Levanté la mano con intención de asirlo, aunque me detuve al descubrir una pequeña marca en la palma que antes no existía. Era una especie de trazado

intrincado, una sucesión de finas líneas en un color más pálido que mi piel. «El nudo perenne», me repetí mentalmente. Esa era la mano con la que había cogido a Cédric y a su amuleto. «Eso es, pequeña, piensa», miré inquieta a la Diosa, no sabía si ella había escuchado la voz de mi padre, estaba convencida de que había sido él. Ella parecía más pendiente de mirar mi amuleto que de leer mi pensamiento. «Vamos, Didi, piensa», me alenté intentando concentrarme. Recordé las palabras de mi abuela cuando me hablaba de los símbolos celtas. «Este es el nudo que no se deshace», me instruía, mientras yo lo contemplaba absorta, «simboliza la unión eterna de los enamorados, más allá del tiempo y el espacio; se le atribuye también el don de la eternidad y la vida infinita a través de la reencarnación». No tenía muy claro qué debía hacer, solo que la necesidad de agarrar mi colgante seguía dominándome, así que decidí hacer caso a mis instintos, lo agarré con fuerza tomándolo con la mano que ahora lucía tatuada esperando que aquello me ayudara a entender qué hacer.

—¡Nooooooooooooooooo! —Fue lo último que escuché antes que un rayo de luz cegadora lo iluminara todo.

Capítulo 22 (Didi)



Parpadeé varias veces. Tanta luz había dañado mis retinas, como cuando te disparan el flash de una cámara delante de las pupilas sin avisar. Ahora veía motitas brillantes por todas partes y... hadas, muchas hadas, ¿hadas? ¿La luz también daba alucinaciones?

Con el desenfoque que llevaba no sabía si seguía en Escocia o me había teletransportado a algún tipo de festival élfico.

Froté los ojos con suavidad, volví a parpadear varias veces, pero allí seguían. Dos dieron un paso al frente desmarcándose del grupo. Uno era un tipo rubio y muy guapo, a su lado había un hada pelirroja bastante parecida a mí, podríamos haber sido primas, o incluso hermanas, la similitud era pasmosa.

—Hola, Deirdre —ella fue la primera en hablar. Tenía un rostro dulce y pícaro a la vez, con algunas díscolas pecas moteando el puente de la nariz.

—Hola —le respondí con educación.

—Sé que tendrás mil preguntas que hacer y hemos venido ante la llamada. Aunque se pidió otra cosa consideramos que debíamos acudir.

—¿La llamada? —Ella sonrió y miró hacia donde estaba el tartán. Allí al lado había un pequeño retal, me acerqué y contemplé la *Fairy Flag*. ¿Qué hacía la bandera ahí? Reflexioné por un instante hasta entender lo que había sucedido. Menuda idiota estaba hecha, ¿cómo iba a cruzar el portal sino, Cédric? Obviamente alguna magia tuvo que emplear. La situación me superó tanto que no advertí que traía la bandera con él.

—Él pidió su último deseo, usó la *Fairy Flag* para ello —me indicó. Era justo lo que imaginaba—. Como ya sabrás, usarla implica que nuestro ejército vaya al punto donde se ha hecho la petición para ofrecer su ayuda, si fuera necesario —explicó con voz tranquila y pausada. Yo la seguía mirando

desde el suelo como si no pudiera creer que todo aquello estuviera ocurriendo —. Por cierto, soy Bell, lamento no haberme presentado antes —añadió. Así que ella era la auténtica princesa, por fin le ponía rostro—. ¿Ocurre algo? —preguntó ante mi insistente mirada.

—Simple curiosidad, me preguntaba si es posible cambiar de aspecto, cuando yo estaba en tu cuerpo me veía a mí y no a ti en los reflejos —comenté, y ella asintió.

—Las hadas no mutamos, así que cuando Bilé nos intercambió solo lo hizo con nuestras almas, aunque tú te vieras a ti y no a mí, eso es debido a que te veías con los ojos del alma. Tal vez sea algo difícil de entender —comentó, yo negué.

—Creo que ya no hay nada difícil. ¿Pero entonces, cómo me veían Cédric e Iain? —Ella sonrió.

—Cada uno te veía con el físico que te conoció, aunque piensa que tú y yo somos bastante parecidas —apuntó. Era cierto, salvo las pecas y la nariz que era algo más estrecha y respingona, éramos iguales.

—Creo que no os queda mucho que hacer aquí —miré de hito en hito—. Solo he quedado yo. Ni siquiera la Diosa zorra ha aguantado, y eso me preocupa, no sé en qué punto me deja.

—¿Diosa zorra? —preguntó el rubio que carecía de alas. No tenía pinta de elfo ¿quién sería?

—Disculpa ¿tú eres?

—Angus —anunció como si al decir su nombre debiera caer desmayada a sus pies— el Dios del Amor —aclaró y me echó una mirada de conquistador que se ganó un codazo por parte de Bell. Así que ese era el famoso Angus...

—Ya te dije Angus, que tus días de libre albedrío habían terminado, así que si quieres que lo nuestro funcione deberás olvidarte de tu aura de conquistador o me buscaré a otro —le regañó. El dios la miró con espanto.

—De eso nada, cariño, te juro que voy a controlarme, es que han sido muchos años así —se excusó. Ella se cruzó de brazos.

—Pues ahora ya sabes lo que te toca, o aprendes a no mirar a otras e intentar que caigan bajo tu influjo o te largas por dónde has venido —le advirtió. Angus parecía horrorizado, y la tomó entre sus brazos.

—Te juro que antes de mirar a otra me arrancaré los ojos, va a costar que me comporte de otro modo, pues va intrínseco en mi naturaleza, pero de sobra sabes que solo te amo a ti —declaró. Se oyeron suspiros femeninos entre las

hadas. Bell le miró de refilón con un gesto adusto, me daba a mí que se lo iba a tener que currar muy mucho con ella—. Y ahora, Angus, discúlpate con Deirdre —le dijo con convicción.

—¿Conmigo? —pregunté sin entender—. ¿Por qué debe disculparse conmigo? —Ella le hizo un gesto con la cabeza y el dios suspiró para dirigirse a mí.

—Te juro, Deirdre, que no pude elegir mis actos, debía obedecerla —aseveró con las palmas de las manos hacia arriba denotando franqueza—. Hay varias cosas por las que debería disculparme, tanto contigo como con tu hermana, aunque me va a ser muy difícil, pues no está en mi naturaleza el pedir perdón —añadió. Como en la de ningún dios, eran todos una panda de arrogantes.

—¿A quién le debías obediencia?

—A tu madre —afirmó. Por un instante me quedé sin respiración ¿mi madre? Él prosiguió como si no importara que cayera fulminada por la falta de oxígeno—, esa a la que llamas Diosa zorra —aclaró. Tras el golpe de gracia el aire volvió a mis pulmones para soltarlo en forma de vientos huracanados.

—¡Esa malnacida no es mi madre! —protesté enfadada—. Puede que descienda de ella, pero de ahí a que sea mi progenitora va un trecho, mi madre falleció en el parto y a esa loca del demonio no la quiero ni en pintura, así que borra su parentesco conmigo de tu cabeza. Si la mala leche que calza fueran flores, fijo que era la diosa de la primavera —exploté. El dios miró hacia otro lado con disimulo conteniendo una risita—. ¿Qué sucede? —inquirí extrañada.

—Nada, si tú dices que es así no voy a ser yo quién te lleve la contraria, aunque estoy contigo en que muy buenas ideas no tiene —convino conmigo. «Menos mal», pensé—. Simplemente me quería disculpar tal y como dice Bell. Aunque te pido paciencia si las palabras se me atascan —indicó. Bell le miró con ternura.

—Vamos, amor, seguro que lo harás genial, inténtalo, alguna vez tienes que empezar —le instó. Él asintió mirándola con absoluta devoción. Sentí la lanza de la envidia punzando en mi pecho, ellos tenían justamente lo que yo había perdido. Aunque seguía sintiéndome condenadamente bien y eso me ponía de muy mal humor.

—Deirdre O’Shea, lamento el día que perdiste tu virginidad y le engrosé tanto el pene a Cédric que te rompió por dentro.

—¡¿Qué?! —clamé con horror.

—Déjale continuar, por favor —rogó Bell, Angus se aclaró la garganta.

—También lamento el día que vertí un hechizo de amor sobre Shaw y no pudiste resistirte a sus encantos abriéndote de piernas para él.

—Eso no era necesario —le reprobó Bell ante la última frase. Mientras yo me echaba las manos al rostro e intentaba respirar diez veces para no lanzarme a estrangularlo. Las revelaciones y las preguntas martilleaban en mi cabeza.

—¿Me estás diciendo que tú fuiste el culpable de ambas situaciones que tantos problemas me causaron?

—Sí —respondió y no había un ápice de arrepentimiento en su semblante, supongo que es lo que tiene ser un dios, pues si él no se arrepentía y mi padre era uno de ellos, yo tampoco debía hacerlo por lo que estaba pensando.

—¡Maldito cabrón! —grité levantándome para recorrer corriendo la distancia que nos separaba, abalanzarme sobre él y aporrearle. Me moría por darle una patada en los huevos, a ver si se le ponían como las campanas de la Iglesia, aunque creo que no me lo hubiera permitido. No impidió que me desfagara con los puños, dejó que le golpeará una y otra vez como si se tratara de un saco de boxeo. Me contemplaba impertérrito sin hacer nada al respecto. Cuando resollé por el agotamiento y viendo que mis golpes solo le hacían cosquillas en su curtida piel, me di por vencida—. ¿Por qué? —pregunté resignada y jadeante.

—¿Recuerdas tu época de guardiana? —Ese recuerdo no me lo había devuelto aquella maldita zorra.

—No.

—En aquel entonces me creí enamorado de tu hermana —dijo con la boca pequeña—. Tú urdiste un plan para que ella pudiera reencontrarse con su laird, las guardianas deben ser vírgenes, ningún hombre puede atravesar el templo, así que pensaste que yo debía yacer con ella para hacerla regresar —me informó. Miró de reojo nervioso a Bell que le contemplaba con las cejas arqueadas sin decir nada al respecto—. Prestarme a ello me costó la esclavitud con Brighid.

—Si no la hubieras metido donde no debías no te habría pasado nada —rezongó Bell. Angus suspiró.

—Si no lo hubiera hecho tampoco te habría conocido a ti —apuntó él. Bell puso los ojos en blanco, no estaba como para escuchar riñas de enamorados.

—Puedes seguir, por favor —le sugerí.

—Me convertí en su siervo, era el único que podía entrar en Tildare, el único

hombre, o mejor dicho, el único dios masculino, a quién permitía entrar en el templo. Cuando tu padre intercambió tu alma con la de Bell, yo caí rendido a sus pies —comentó. Bell seguía con los brazos cruzados y la nariz levantada —, aunque sabía que no la podía tocar y que hasta que Brighid no me liberara de mi castigo no podría ofrecerle nada que quisiera aceptar. Para nuestra seguridad, fingí que seguía enamorado de Sarah, cuando su alma se volvió a reencarnar —continuó. Bell volvió a soplar como si no le creyera del todo y él apretó los puños intranquilo—, con lo retorcida que es Brighid necesitaba un plan para que no supiera que tenía un amor secreto, un sentimiento que era desconocido para mí hasta que di con mi princesa —aseguró. Había dejado de mirarme para mirar a Bell con absoluta adoración. Iba a darme una sobredosis de azúcar, por favor, que almibarado era ese Dios —. Finalmente, decidió liberarme al creer que había cumplido con tu castigo, así pude regresar al lado de Bell y cumplir mi promesa de amor eterno, si en algún momento Brighid lo hubiera intuido estoy convencido que jamás me hubiera dejado libre —añadió. Seguramente eso era cierto, esa mala pécora era una rabiosa—. Tu madre —le miré con advertencia—, perdón, Brighid, odia los finales felices.

—No sé por qué no me extraña ¿Y eso quiere decir que ahora por fin vosotros dos estaréis juntos? —Angus asintió mirándome.

—Pues me alegro, por lo menos alguien logrará en esta historia el “Felices para siempre” y terminar con quién ama —dije sarcástica. Ambos me miraron extrañados.

—¿A qué te refieres? —Ahora la que los miraba asombrada era yo.

—¿Cómo que a qué me refiero? ¿En qué parte os habéis perdido? Vosotros felices y yo sola como una rata —expresé. Seguían mirándome con aquella cara de no entender nada, ¿tan difícil era lo que les estaba diciendo?—. ¡Les he perdido! ¿Lo entendéis ahora? Voy a quedarme sola con mi abuela para criar gatos.

—¿Criar gatos? —Aquello era exasperante—. ¿A quiénes has perdido? ¿A los gatos? —preguntó Bell. Oí cómo las hadas comenzaban a hacer aquel sonido inútil para llamar a los supuestos gatitos, mientras la exasperación crecía en mí.

—¡Qué gatos, ni qué gatos! ¡He perdido a mis lairds! ¿Es que no lo entendéis? Se han disuelto, o estallado, o que se yo... pero está claro que les he perdido para siempre —protesté.

—Disculpa, Deirdre, pero no entiendo lo que dices —observó Bell—, ¿por qué dices que les has perdido? ¿Acaso lo de anoche no funcionó? ¿Tu canalizador de almas está estropeado?

—¿Canalizador de almas? —¿Qué era eso?

—¡Tu pollante! —Dos hadas revolotearon colocándose a los lados de la pareja.

—¡Fay! ¡Ondina! —exclamé abrazándome a ellas.

—Ya nos podías haber dicho que tú no eras tú, las dos haciendo malabares para que recobraras la memoria como tontas y resulta que no eras nuestra princesa —refunfuñó Fay.

—Lo lamento, no era algo sencillo de explicar.

—Somos hadas, criaturas mitológicas, ¿en serio crees que no habiéramos creído que eras un alma de otra época poseyendo el cuerpo de nuestra Bell?

—preguntó Ondina medio ofendida.

—Tenéis razón, tal vez todo hubiera sido más simple si os hubiera contado la verdad.

—Pues sí, porque entonces te habríamos enseñado a utilizar el pollante a tu favor.

—¿Cómo? —Ambas sonrieron separándose de nuestro abrazo. La princesa dio un paso al frente.

—Querida Bell, el colgante que llevas, además de captar a tu alma gemela tiene muchísimos más usos. Cuando dos almas confluyen, como ocurrió anoche, tiene la capacidad de unificarlas, siempre que se haga de la forma correcta y la piedra detecte que ambas almas se aceptan mutuamente como parte de una sola —me explicó Bell. Intenté procesar la información.

—¿Te refieres a que si Cédric e Iain se hubieran aceptado la piedra los hubiera convertido en uno solo? —Ella asintió.

—Algo así —dijo. Pues por eso no había funcionado, ese par eran incapaces de querer fusionarse, cada uno me quería para sí, por eso habían estallado—. Ellos necesitaban entrar en comunión, el alma de esos hombres se había fragmentado y cada cual tenía una parte del otro que no recordaba, su alma necesitaba reconciliarse —indicó. Si hubieran estado viéndonos sabrían que esos dos eran incapaces de ello. Bell prosiguió—. La de Iain debía perdonarse por no haber podido mantenerte a su lado cuando lo prometió y la de Cédric por dañarte como lo hizo durante tanto tiempo, aunque no tuviera completamente la culpa, él lo sentía así. Eso hizo que su alma se rompiera y

que solo el amor más puro, el amor más absoluto y la entrega más incondicional lograra unirles de nuevo en ti —aclaró. ¿Podíamos colgar ya el cartel de fin? Estaba más que claro que no lo habíamos logrado—. ¿Qué has sentido cuando te has despertado?

—Paz —solté mirando mi colgante que emitía una tenue luz.

—Eso es porque su alma te dio la serenidad que necesitabas —aseguró. Que gracioso, me daban paz interior y no lo que más deseaba. ¡Genial!

—¿Pero a costa de qué? ¿De perderles? ¿Cómo puedo sentirme feliz si les he perdido? Esto es una maldita condena —protesté frustrada.

—¿Quién ha dicho que les has perdido? —preguntó el dios del amor.

—Brighid lo dijo, aunque no quise creerla. Pero ahora con vuestras palabras me ha quedado clarísimo. ¡No están! Maldita sea, ¡se han largado por egoístas, por no querer compartirme y me han dejado sola! —Angus y Bell se miraron cómplices y después regresaron la mirada a mí.

—Claro que están, solo que ahora son uno ¿es que no sientes su llamada? ¿No tienes la señal en la palma de la mano? ¿No ves cómo brilla tu colgante por qué te está buscando? —¿Qué me estaba buscando? ¿Quién? Miré intentando encontrar sin ver nada, las hadas se abrieron en fila formando un camino directo hacia el lago. Mi corazón comenzó a revolucionarse ante la visión del agua—. Por eso Brighid desapareció, Deirdre, diste con la clave para recuperarle. Solo faltaba un paso por dar y lo hiciste por puro instinto, ataste tu nudo a su alma cerrando la brecha temporal. Es la magia del Karma la que se oculta en el interior de tu colgante —aclaró Angus. Miré el símbolo de mi mano y después la piedra que refulgía—. Ella juró que si resolvíais el enigma, la minúscula rendija que siempre deja abierta se desplegaría para vosotros —me explicó. ¿Una rendija? ¿Dónde estaba la maldita rendija? Si había una sola hendidura iba a convertirla en socavón—. ¿A qué esperas, Deirdre O’Shea, para ir en busca de tu felicidad? Solo hace falta que mires con los ojos del corazón, mira con ellos y te indicarán el camino.

Había dejado de escuchar para sentir, del colgante salía una luz que apuntaba hacia el lago, el lago... ¡El portal! ¡Ahí estaba mi rendija!

Miré a la sonriente pareja que parecían alentarme con su mirada.

—¿Es eso, verdad? —Mi dedo apuntaba hacia el agua entretanto ellos se abrazaban por la cintura—. Gracias —les dije. Aunque no hubieran dicho nada me habían mostrado todo lo necesario para que pudiera perseguir la felicidad—. No sé cómo os voy a devolver el favor, pero gracias, sé que os

debo una y muy gorda —declaré y me abracé a ellos sintiendo la dicha más absoluta, mis hombres lo habían logrado y ahora uno de ellos me buscaba, me estaba esperando.

—Las gracias te las hemos de dar a ti —replicó la princesa—, por ser tan generosa y no dejar de creer que había una posibilidad, con ello también nos has ayudado a nosotros y si no la hubieras liado en el pasado, yo jamás habría conocido al amor de mi vida; así que toma —me devolvió la *Fairy Flag*—. Dile al MacLeod, que este deseo corre por nuestra cuenta.

Agarré el trocito de tela con mucha alegría.

—Espero que nos volvamos a encontrar algún día —les dije con total sinceridad.

—Seguro que así será —replicó Ondina— cuando menos te lo esperes. Un ejemplar como el que te llevas es digno de ser admirado y saboreado —añadió pícaro. Le sonreí a aquella descarada que tan bien me caía.

—Síguelo pasando bien, Ondina —la animé y ella asintió. Después miré a Fay—. ¿Y tú? ¿Qué tal con Fëanor? —La sonrisita de la morena y su ligero sonrojo me dieron toda la información que necesitaba.

—Mejor pregúntale porqué ha tenido que cambiar de árbol, menudo festival se montaron la noche de Beltane, cuando le dijiste que no al pelirrojo. Te aseguro que Fay aprendió la lección al sentir que le perdía —dijo Ondina. La cara roja del hada no tenía desperdicio—. Secuestró a su macho y a cambio Fëanor le enseñó a Fay como se las gastaba su tronco del amor y no paró hasta destrozarle el árbol.

—¡Ondina! —la reprendió Fay del color de las amapolas.

—¿Acaso miento?, hicieron astillas todo el mobiliario —apuntó.

Solté una carcajada y sonreí a Fay.

—Me alegro por ti, me recuerdas mucho a mi mejor amiga Keiti, tal vez ella también logre a su Fëanor —le dije y la morena se encogió de hombros.

—Eso espero, ahora soy muy feliz —afirmó. Fay le dedicó una mirada al pelirrojo que la observaba con orgullo.

—Ha sido un placer conocerlos a todos, chicos, y os llevaré siempre en la memoria de mi corazón.

No sé por qué, pero intuía que no era una despedida, que de algún modo nos volveríamos a encontrar en algún momento o lugar. Después me di la vuelta y corrí todo lo rápido que pude para lanzarme al lago. «Voy a por ti, MacLeod», ese fue mi pensamiento justo antes de zambullirme.

Cuando salí del agua mi primer pensamiento fue en qué época iba a encontrarme, no les pregunté a las hadas si mi oportunidad iba a ser en el pasado o en el presente, estaba nerviosa por lo que pudiera pasar. ¿Y si no volvía a ver a mi abuela, a mis amigos o a Sarah?

Miré desde el agua el círculo, pero no había nadie, ya había amanecido y no quedaba rastro alguno de los MacLeod. Escuché voces y rápidamente me ilusioné.

—¿Cédric, Iain? —pregunté rauda intentando salir del agua para encontrarme de frente a un grupo de excursionistas ojipláticos.

—¿Mamá, eso es una *fairy*? ¿Las hadas del agua van desnudas? ¡Yo pensaba que eran más pequeñas y tenían alas como Campanilla! ¡Pero esa tiene tetas como tú! —observó un niño de unos seis años estirando de la chaqueta de su madre. ¡Jesús, era cierto, no llevaba nada de ropa! Y solo tenía un pequeño retal en la mano que no me servía ni como turbante para el pelo. Di un grito de horror que retumbó en todo el valle.

—Pues si esa es la nueva Campanilla yo me pido una para los reyes, a ver si me hecha unos cuantos polvos mágicos —apuntó un cincuentón que me miraba con lascivia frente a la adusta mirada de su mujer y yo intentando tapar mis vergüenzas con aquel maldito retal.

—Los polvos mágicos te los voy a dar yo cuando te toque pasar el plumero por casa de tu madre maleta en mano —le respondió la susodicha. No sabía cómo salirme del entuerto y los turistas parecían con pocas ganas de moverse. Cuando vi que un jovencito estaba a punto de apuntarme con su móvil, para seguramente colgarme en Instagram, hice lo primero que me pasó por la cabeza. Cual niña del exorcista comencé a convulsionar, lanzar sapos y culebras por la boca en gaélico, tomar barro del fondo del agua y lanzárselo a los turistas que intentaban cubrirse con las manos.

—¡Es una loca! —gritó una mujer, mientras yo empezaba a reptar como una salamandra. Menudo espectáculo estaba dando. A mi actuación le agregué un grito aterrador y muy agudo que hizo que se tuvieran que tapar los oídos. Benditas clases de canto del instituto...

—¡No es una loca es una *Banshee*! ¡Debemos huir! —alertó el guía.

—¿Y qué demonios es eso? —preguntó el cincuentón—. A mí me parece a mi mujer cuando los viernes llego con un par de copas de más.

—Una *Banshee* es un espíritu femenino mitológico muy peligroso, suele traer mensajes de muerte.

—Lo que yo te decía, lo mismito que mi mujer.

—Será mejor que nos vayamos y no la perturbemos más —les instó. Yo seguía en mi papel, me daba un poco de lástima el niño, pero no el adolescente que móvil en mano intentaba hacer alguna captura del suceso.

—Rápido, es mejor que nos marchemos no vaya a ser que nos ataque y nos pegue algo —aseveró la madre del pequeño cuándo me puse barro en la boca y la abrí desencajada. El grupo salió por piernas cuando hice el puente e intenté desplazarme como había visto en una peli para salir del agua, noté como me crujían los riñones, fijo que se me había desplazado alguna vértebra, si salía de esta iba a apuntarme a yoga. En cuanto les vi desaparecer despavoridos me dejé caer en el agua rendida y escupiendo lodo como una posesa para quitarme el mal sabor de boca. Esperaba no salir en todos los noticiarios del país. Oí unos aplausos tras de mí.

—Pedazo de actuación, O’Shea, no sé si te darán un Óscar, un Peter o un John, pero está claro que no les has dejado indiferentes —dijo esa voz... Saqué la cabeza del agua como un gato mojado para encontrarme a un risueño...

—¿¿Cédric?! —pregunté dubitativa, llevaba el torso desnudo y un tejano caído, ¡Dios, estaba tan bueno y tan guapo y yo hecha un maldito espantajo! Pero me daba igual, nada podía enturbiar mi alegría, le recorría de pies a cabeza para corroborar que estaba entero; y cuando llegué a los hombros vi la cicatriz de Iain, sacudí la cabeza ¿cómo era posible?—. ¿Iain? —La sonrisa de este se amplió más si cabía—. ¡¿Quién demonios eres?! —pregunté nerviosa al tiempo que él se acercaba.

—¿Acaso importa? —se adentró en el agua mojándose los pantalones. Sonreí y corrí, en la medida de lo posible, dado que estaba en el agua. En cuanto le alcancé salté sobre su cintura con intención de comerle la boca, pero para mi sorpresa el muy capullo me hizo la cobra y me lanzó de nuevo al lago. Salí escupiendo agua.

—Si piensas que yo estoy tan loco como tú vas lista, O’Shea, paso de besarte esa boca por buena que estés, ¡Dios bendito, mujer, te has visto! ¿No era más fácil meterte en la parte profunda del lago antes que interpretar la versión porno de la Niña del Exorcista? Ese grupo tendrán pesadillas contigo cada noche —declaró. Me sentí ofendida por su reacción. Yo preocupada por él y él en vez de besarme me tiraba como si fuera estiércol.

—Mira, pedazo de capullo, es la última vez que pones una de tus sucias

manos en mi cuerpo. ¡Lo he dado todo por ti y por un poco de tierra mojada te pones así! Si no eres capaz de darme un beso después de pensar que te había perdido, no eres el hombre que imaginaba, ni el que merece mi amor — manifesté y me levanté indignada dispuesta a largarme—. Seguro que Shaw no le hace ascos a mi cara de barro —añadí punzante. Su expresión indolente cambió al instante, mientras yo seguía con mi protesta—, ni almas gemelas, ni leches, voy a buscar a mi zanahorio —expresé. En cuanto pasé por su lado me detuvo.

—¿Dónde crees que vas? —replicó con el ceño fruncido.

—¡En busca de quien me quiere y a quien no le doy asco! —

Entonces, me atrapó y su boca literalmente barrió la mía. Si había barro, lo desconozco, lo único que sé, fue que fui incapaz de despegarme de él. Sus manos pasaron de sostener mi rostro a descender por mis glúteos, agarrarlos y apretarme contra su rigidez, arrancando un gemido de mi boca.

—Olvídate de zanahorias, *fairy*, porque la única hortaliza que vas a tener para toda la eternidad es la que ahora mismo se está frotando entre tus piernas — aseguró. «Y menuda hortaliza», pensé. Él volvió a besarme poniendo todo su empeño, terminando en una sucesión de tiernos besos en mi mandíbula.

—Si eres Cédric ¿por qué llevas la marca de Iain? —Acaricié la cicatriz del hombro.

—¿Quién ha dicho que soy Cédric? —Le miré confundida.

—¿Le prefieres a él? —preguntó.

—Os quiero a ambos —respondí sin saber qué decir. Sus comisuras se elevaron.

—Pues eso es justamente lo que tienes —afirmó. Le miré con sorpresa.

—¿Entonces?

—Entonces, tienes un cuerpo y un alma que te aman con locura, lo logramos, pequeña, nuestras almas se fundieron y ahora soy capaz de recordar quién soy y quién fui, si el precio que debo pagar es esta marca en el hombro y mi nuevo tatuaje en la palma de la mano, estoy dispuesto, siempre y cuando signifique tenerte a ti —dijo orgulloso y me mostró la marca que era exacta a la mía, yo le enseñé con orgullo la mía, unimos las manos sintiéndonos satisfechos de ello.

—Ahora, estamos anudados para siempre.

—Siempre me parece poco cuando te tengo a mi lado —afirmó, y volvimos a besarnos con total devoción y entrega—. ¿Qué te parece si vamos a casa y

sellamos nuestro pacto como se merece? —me preguntó.

—¿Qué pacto?

—El que vamos a hacer ahora mismo de que vas a convertirte en mi mujer y la futura madre de mis hijos. No sabes las ganas que tengo de hincharte esta preciosa barriguita y que tengamos un montón de pelirrojas correteando por el castillo —me explicó y yo le sonreí.

—¿Y si son pelirrojos? —Me miró muy serio.

—Entonces, serán rubios, paso de tener zanahorios en Dunvegan —apuntó. Solté una carcajada y volví a besarle.

—¿Me perdonas por no contarte completamente la verdad sobre Iain y Shaw? Yo te perdono por haberte acostado con la Diosa zorra —dije y él me miró con sorpresa.

—Lo de Iain y Shaw está aclarado, tuve una visita de un hombre rubio llamado Angus que me contó ciertas cosas, me aseguró que también hablaría contigo, ¿fue así? —Asentí—. Y ¿qué es eso de que yo me acosté con la Diosa? Nunca me acosté con ella, y no porque la muy hija de puta no lo intentara, simplemente me besó y yo la aparté —me informó. Su confesión me calentó el alma, esa maldita manipuladora me había mentado, aunque yo ya había perdonado la infidelidad de Cédric en mi corazón estaba claro que jamás la había llegado a cometer.

—Olvídalo, seguro que fue una de sus trampas —repliqué. Él me apretó la mano.

—Con la única Diosa que pretendo acostarme y esta vez sin compartirla es contigo, aunque fuera con mi yo pasado no pienso repetir la experiencia, Didi, eres mía y de nadie más —decretó. Me relamí los labios mirándole con intensidad.

—Pues no sé qué decirte, MacLeod, yo lo pasé francamente bien —le piqué.

—Te garantizo que después de lo que pienso hacerte hoy no vas a tener ninguna duda al respecto y si hace falta me implanto una segunda polla antes que me pidas meter otro tío en nuestra cama —alegó. Me eché a reír para después lamerle el labio.

—¿Y a qué esperamos entonces para estrenar tu cama? —Él me cogió en volandas y yo tomé el pedazo de bandera que flotaba en el agua, no se fuera a perder el deseo que nos quedaba.

Cogida entre sus brazos supe que había llegado a casa, no importaba su nombre, pues él era todo lo que yo necesitaba para ser feliz.

—Te amo —le susurré en el cuello ganándome otro de sus besos.
—Y yo a ti, mi pequeña *fairy*, y yo a ti.

Capítulo 23 (Cédric, Didi y Bilé)



Me sentía extraño. Era como despertar de un periodo donde parte de mi vida había sido borrada de un plumazo, cargado de una extraña energía vigorizante. Cuando me percaté que tras la experiencia de estar con mi otro yo y Didi, estaba sin ninguno de ellos me impactó.

Estaba en medio del círculo de piedras, igual que como llegué a este mundo, solo y desnudo; con la diferencia de que era un adulto. Lucía unas marcas que no había visto en la vida y cargaba con una historia en la cabeza, hasta el momento, desconocida para mí.

—Obviamente es desconocida para ti, MacLeod, porque es la mía —soltó una voz. Busqué confundido a mi alrededor ¿era posible que Iain hubiera viajado conmigo?

—¿Iain? —pregunté escuchando una carcajada seca.

—No, si te parece soy San Ninian, pues claro que soy Iain, necio ¿se puede saber qué buscas? No me he convertido en elfo, estoy encerrado en tu maldita cabeza —me soltó. Aquello sí que no lo esperaba.

—¿En mi cabeza? —cuestioné sacudiéndola.

—¿Por qué la mueves? Por mucho que la agites no me pienso largar, estoy en tu mente, así que puedes hacer lo que te dé la gana que de aquí no me mueves. O aprendes a convivir conmigo o te empujo a que te tires por un barranco antes que dejarte a solas con mi Bell.

—Se llama Didi —le rectifiqué.

—Ya sabes que en eso nunca nos pondremos de acuerdo, para mí siempre será Bell —me informó. Dios bendito, iba a tener que cargar con ese

protestón ¿el resto de mis días?—. Y de tus noches —me indicó. Lo que me faltaba, resoplé, él soltó otra carcajada—. Será mejor que te conformes con que compartamos este cuerpo y que te deje llevar la voz en la relación, aunque a partir de ahora las decisiones serán consensuadas entre ambos —aseguró. Eso era imposible.

—¡Tú ya viviste tu historia con ella! —protesté—. Además ¿qué se supone que haces aquí? ¿No deberías estar cuidando de William? —Él soltó una risa de sabelotodo que me desquició.

—Mi historia con ella fue muy corta, además, tuve que aguantar que mi verga se frotara con la tuya para darnos una oportunidad y eso merece que me tengas en cuenta. Tú y yo somos la misma alma, así que te aguantas —afirmó. ¡Por todos los dioses!—. A tu pregunta absurda sobre mi hijo, te diré que obviamente en aquel momento me quedé allí, cuidé de él y lo convertí en un gran hombre. Pero eso fue hace siglos, con tu actuación de hace un rato lo que lograste fue que mi alma fuera capaz de romper con el Karma, uniste los fragmentos rotos y ahora voy a cohabitar contigo para siempre, regalito de nuestro amigo Angus —me explicó. Aquello era una maldita pesadilla.

—Puedo probar a darme de cabezazos a ver si te largas —le dije mosqueado.

—Prueba, el dolor de cabeza te lo vas a llevar tú, yo me divertiré viendo como sufres —alegó. En eso tenía razón.

—¿Entonces, voy a tener custodia compartida?

—No sé qué es eso, pero lo que vas a tener es a mí, para que ambos podamos disfrutar de ella, además, yo tengo más experiencia sexual que tú y la complazco mejor —se jactó. Si le hubiera tenido delante le hubiera dado una somanta de hostias.

—Pues que yo sepa quien la follaba anoche era yo y bien que se corrió.

—No te olvides que la retaguardia era mía, así que fuimos ambos —me indicó, y yo bufé.

—No sé si voy a ser capaz de aguantarte.

—Lo harás.

—¿Ah sí? ¿Y eso por qué?

—Porqué ambos la amamos más que a nosotros mismos, por eso estamos en esta situación, así que aprenderemos a convivir por ella —afirmó. En eso tenía que darle la razón. Se carcajeó—. Lo ves, tienes que aprender mucho de mí, MacLeod, eres un polluelo y yo te llevo siglos de ventaja.

—Eso ya lo veremos, carcamal, en mi siglo no eres más que ceniza.

—Pero recuerda que la ceniza está porque hubo mucho fuego —apostilló. ¿Cómo narices desconectaba su voz?—. No sé qué es desconectar, pero no me ha sonado bien.

—Me refiero a cómo te callo de una puta vez para no volverme loco.

—Eso es fácil, solo hablaré cuando lo crea necesario, si ahora te he hablado es para que entiendas que estoy aquí y que no pienso quedarme de brazos cruzados si la fastidias con Bell.

—Didi —volví a corregirle.

—Para el caso es lo mismo, voy a encargarme de que la hagas inmensamente feliz y si no lo haces te patearé el cerebro para hacerlo papilla —me advirtió. No pude más que reírme, al fin y al cabo, ambos queríamos lo mismo.

—Está bien, pero paso de decirle que te tengo en el cerebro, para ella seremos uno y punto, paso de volverla loca, conmigo aguantándote es suficiente.

—No dudes que ella sabrá que estoy ahí, nadie la hace gemir como yo.

—Eso ya lo veremos, viejales...

No sabía cuándo Didi iba a aparecer, o dónde, lo que sí sabía es que aquel lugar era muy concurrido por turistas, así que mejor espabilar. Fui al coche y me puse los calzoncillos y los pantalones de recambio, no había pensado en la camiseta, así que tendría que valer. El sol ya despuntaba en el horizonte, cogí el tartán que llevaba en el

coche por si a Didi le ocurría como a mí y aparecía desnuda.

Me subí a la gran roca para contemplar la magnificencia del lugar al amanecer, el valle se veía hermoso, tomé aire con suavidad dejando que los primeros rayos calentaran mi piel. Aproveché para dar gracias por la oportunidad que se me daba, juré hacerla feliz y no desperdiciar ni un solo instante a su lado. Recordé lo sucedido rememorando cómo me sentí cuando ambos estallamos, mientras me albergaba en su interior, pensaba repetirlo muchas veces en cuanto apareciera.

Escuché un grito agudo que me sacó de mi ensoñación, allí estaba ella de pie en el agua, como dios la trajo al mundo y con un grupo de turistas boquiabiertos contemplándola... ¿Pero qué demonios?

—¡Mueve tu apestoso culo, MacLeod! —gritó Iain en mi cabeza—. ¡Bell está en problemas! ¡Ese grupo la va a violar! —bramó. Estaba claro que Iain no estaba habituado a mi mundo.

—No van a violarla, pero obviamente que voy a ayudarla, ¿a quién se le ocurre quedarse ahí en medio como un pasmarote? —dije. Antes de dar un

paso vi cómo empezaba a hacer cosas raras, cogía barro se untaba en él y hacía el puente para caminar con pies y brazos echando barro por la boca. ¡Madre mía, menudo espectáculo! ¿Qué pretendía? Vi a un muchacho móvil en mano.

—¡La está poseyendo un demonio! —vociferó Iain.

—Lo dudo mucho, aunque como siga así es lo que van a decir todas las redes sociales.

—¿Redes? ¿Acaso la van a pescar como si fuera un pez? —Mi antepasado tenía mucho que aprender. Intenté bajar lo más rápido que pude sin romperme la cabeza.

—Nadie va a pescarla, Iain, porque ya la tenemos pescada tú y yo —intenté tranquilizarle para que me dejara hacer—. No te preocupes que ya voy al rescate —comenté. Sin embargo, antes de que pudiera llegar, Didi ya se había encargado de espantar a los turistas, quienes corrían como locos al verla escupir barro y caminando con la espalda quebrada. ¡Esa mujer era única y era mía!

—Nuestra —rectificó Iain y no quise contradecirle.

Esperé a que terminara para hacerle saber que estaba allí, estaba hecha un desastre, pero a mí me seguía pareciendo la más hermosa del mundo. Jugué con ella un rato desoyendo las imprecaciones de Iain que protestaba porque la hubiera lanzado al agua de malas maneras.

—Acostúmbrate —le dije, entretanto Didi emergía hecha un basilisco—. No vas a poder llevar siempre la voz cantante.

Cuando se percató de mi reacción al tomarla y besarla, se tranquilizó dejándonos en paz.

Didi había recuperado la *Fairy Flag*. Menos mal que pude arroparla con mi tartán o tendría que haberla llevado desnuda hasta el coche. La pieza de ropa era suficiente como para arroparla y que no enseñara sus vergüenzas al entrar en Dunvegan.

Durante el trayecto hablamos largo y tendido sobre lo acontecido, todavía estábamos excitados por la experiencia que habíamos pasado y aprovechamos para aclarar los ligeros malentendidos que pudieran quedar. Cuando llegamos al castillo solo tenía una cosa en mente y por todos los dioses que iba a llevarla a cabo.

Fuimos directos a mi habitación, mi padre nos vio llegar, pero no dijo nada al respecto, con un golpe de cabeza y una sonrisa en la distancia lo dijo todo.

Encendí la ducha hasta que humeó y cuando fui a por Didi ya la tenía a mi espalda desnuda y dispuesta.

—Joder, nena, eres un maldito pecado hecho mujer —declaré. Ella se acercó para desabrocharme los pantalones con audacia.

—Y tú eres mi laird capullo y estoy deseando que me demuestres si he hecho una buena elección al quedarme contigo —afirmó. No le di tiempo a nada, la agarré metiéndola bajo la ducha pantalones incluidos, me importaba un pimiento mojarlos si eso suponía que iba a devorarla por completo.

Didi jadeó por la sorpresa, pero se sobrepuso al instante buscando mi boca con la suya, el agua caía en cascada sobre nuestros cuerpos maximizando las sensaciones.

Bajé por la mandíbula para torturar aquellos hermosos pechos que me enloquecían, mordiéndolos con dureza. Didi se retorció y los empujaba elevándolos para que los colmara de atenciones. Esa era mi mujer, fuego en estado puro. Descendí besando el liso abdomen, separé los turgentes muslos para deleitarme recorriendo aquellos gruesos labios hechos para mi placer. Estaban rígidos, duros y excitados, tanto como yo. Pasé la lengua disfrutando de cada jadeo, de cada empuje de su pelvis hacia mi boca, de su pierna enroscada sobre mi hombro para darme mayor acceso.

La penetré con la lengua dejando que gritara y tirara de mi pelo, no podía ser más deliciosa ni yo sentirme más satisfecho ante el manjar que paladeaba una y otra vez. Cuando me sentí lleno de su sabor fui hacia el pequeño nudo de placer que se tensaba expectante, descorrí el capuchón que lo protegía y succioné como si me fuera la vida en ello.

Los gemidos se habían vuelto gritos, ruegos y súplicas, pero yo estaba empeñado en que nuestra primera vez solos, fuera épica.

La penetré con dos de mis dedos haciéndola estallar, Didi se convulsionaba con desenfreno y yo estaba allí para sujetarla, para darle todo el placer que merecía. Seguí dando lametazos a aquella roja cereza prolongando y encadenando los orgasmos como un experto tejedor de lujuria. Uno tras otro estallaban como fuegos artificiales entre mis labios y yo los recibía entusiasmado. Cuando me sentí satisfecho, me desprendí de los pantalones, los lancé fuera de la ducha de una patada para subirla a pulso sobre mis caderas y penetrarla.

Jademos al unísono al sentirnos por fin conectados, cuerpo con cuerpo, piel con piel, alma con alma. Su cara de éxtasis y de entrega me tenía hipnotizado,

le di a probarse en mi boca al tiempo que la besaba y ella se degustó con deleite, sorbiendo y tirando de mi lengua con entrega.

Ya no había dolor, simplemente dos cuerpos amándose, encajando el uno al otro para convertirse en uno.

Empujé embravecido impulsado por los sonidos que escapaban de su garganta, arremetí contra ella una y otra vez, disfrutando de sus uñas clavándose en mi espalda.

—Cédric, dios, Cédric, te amo tanto —jadeaba. Sus palabras llenas de abandono me lanzaron a otro plano.

—Y yo a ti, Deirdre O’Shea, eres la mujer de mi vida y te juro que te lo voy a demostrar cada día. Mírame, pequeña, quiero que me veas, que sepas quién va a encargarse de hacerte inmensamente feliz, quién va a venerar el suelo que pisas y va a complacer todos tus deseos.

El azul de sus ojos bañaba el dorado de los míos, su vagina me oprimía, en una tortura arrebatadora, la penetré hasta que ninguno de los dos pudo más y ambos estallamos juntos en un grito desgarrador.

Didi se quedó completamente laxa entre mis brazos.

—Mmmmmmm, ha sido.... —murmuró.

—Lo sé —confirmé. No hacía falta describir la magnitud de lo que habíamos sentido.

Salimos de la ducha y la envolví en una toalla para secarla, hice lo mismo conmigo y cargué con ella hasta mi cama.

—Puedo andar —dijo bostezando y acurrucándose contra mi pecho.

—Lo sé, pero prefiero llevarte junto a mi corazón, ese será siempre tu lugar.

Noté como sonreía y antes de que pudiera depositarla entre las sábanas ya se había dormido.

—¡Por fin vamos a ver a Sarah! —Di unos brincos, mientras caminaba por el aeropuerto de Barcelona con mi abuela.

—Sí, yo también estoy muy contenta, cariño —me apretó el brazo y no pude evitar sonreír.

—Aunque menudo bochorno, abuela, ya te dije que dejaras los consoladores en casa, la cara que pusieron los agentes al abrir tu maleta no tuvo precio —comenté. Mi abuela soltó una carcajada.

—Por el modo en que miraban mis juguetes no dudes que me llamaran — apuntó y yo resoplé.

—¿Cómo van a llamarte si no saben tu número? —le advertí.

—Pues con la tarjeta que les dejé sobre el mostrador, ahora con la web que me ha montado la amiga de tu hermana, esa tal Jud, sospecho que mi negocio se va a expandir. Mis juguetes van a hacer felices a muuuucha gente.

—Ya estoy aquí —dijo Suzane precipitándose hacia nosotras maleta en mano. La hermana de Kenan había venido con nosotras, fue quien recuperó la maleta de mi abuela—. Estos policías españoles son la leche, la que lían por cuatro pollas de goma y algunos látigos, demasiada represión veo yo aquí — dijo y mi abuela asintió complacida—. Por cierto, Morgana, he visto un par que creo me interesan —manifestó. Puse los ojos en blanco, menudo par se habían ido a juntar.

La hermana de Kenan resultó ser un tanto peculiar. Era una auténtica bomba de relojería, se pasó todo el vuelo hablando con mi abuela de sexo, productos eróticos y locales de Edimburgo donde ella jugaba. Su asiento daba al pasillo, así que el hombre de la butaca que quedaba al otro lado no dejaba de tocarse la entrepierna. Y no era de extrañar, la conversación aceleraba al más pintado.

Con tanto toqueteo su mujer terminó preguntándole si había pillado algo por ahí, con un volumen algo elevado. El hombre dijo que no y al intentar recolocar su más que plausible erección le cayó la del pulpo, pues la mujer creyó que la alegría de su marido se debía a la azafata que no dejaba de ir pasillo arriba y pasillo abajo; así que no dejó de darle manotazos durante todo el trayecto cada vez que esta pasaba por delante.

—Dejaros de dildos y vibradores que ya veo a Kenan —les informé atravesando la puerta de llegadas.

—A ver si te crees que Kenan no usa de eso, le he traído uno a Sarah que va a alucinar, el Triplenetreitor Ultra —apuntó mi abuela, yo rebufé, mientras Suzane decía:

—¡Ese, ese es el que quiero, tiene que ser la leche!

—La leche que va a soltar tu hermanito si lo usa con mi nieta —declaró Morgana. Desde luego que a mi abuela era para echarle de comer a parte, aunque Suzane parecía encantada y no dejaba de reírse.

—¿Qué es lo que quieres hermanita? —preguntó un sonriente Kenan que estaba de lo más atractivo, esperaba que tuvieran alguna excusa para darle,

pero no, nada más lejos de la intención de Suzane, que toda pizpireta se dispuso a contarle a su hermano las vicisitudes que habíamos pasado en aduanas y su deseo de adquirir el nuevo portento de la tecnología vaginal. Él se carcajeaba de buena gana, estaba claro que ya conocía a su hermana. Mi abuela lo miraba embelesada, Kenan iba a congeniar a las mil maravillas con ella.

Tras ir a la oficina, darnos los abrazos de rigor con mi hermana y sus chicas, ponernos al día y repartir los regalos que mi abuela llevaba en el maletín, fuimos a comer todos juntos. Las amigas de Sarah, o su aquelarre, como ella las llamaba eran tremendamente divertidas, sobre todo Jud, que tenía unas salidas que te dejaban muerta. Me chocó ver las miradas que le lanzaba a Suzane, se parecían bastante a las que Cédric me lanzaba a mí. Suspiré pensando en él, no nos habíamos despegado en los últimos días. Su padre se había mostrado encantado de que por fin formalizáramos nuestra relación y lo cierto es que yo también me sentía inmensamente feliz.

Él fue quien insistió en llevarnos al aeropuerto y tras unas horas separados ya le echaba de menos. Por suerte, solo iban a ser unos días.

Había insistido en poner fecha para nuestra boda, pero le pedí que nos diera algo de margen, quería disfrutar de nuestra relación antes de calzarme un anillo en el dedo. A regañadientes aceptó mi decisión, sin embargo, no claudicó hasta que no le prometí que me iría a vivir con él en cuanto regresara.

Juntos le dimos la noticia a mi abuela quien parecía encantada con la idea de recuperar su independencia, y yo pensando en plantearle que se viniera a vivir con nosotros al castillo. No quiso de ninguna manera aceptar la mudanza, decía que podía irme tranquila, que de hecho debía hacerlo ya que así podría comenzar a traer amigos a casa para pasarlo bien y no largarse a escondidas de noche para que no me enterara.

Mi cara debió ser un poema cuando me lo soltó.

—¿Qué pensabas, que cuando te ponen el título de abuela es el funeral de tu vagina? —me preguntó con todo el descaro del mundo—. Despierta, Didi, hay sexo más allá de los sesenta y la mía está tremendamente viva y activa, así que te garantizo que de sola, nada... Lárgate con MacLeod y dale vida a la tuya, que necesitas recuperar el tiempo perdido.

Así que tras mi vuelta ya lo tenía decidido, me mudaba al castillo.

Cuando terminamos de comer Sarah nos llevó a casa de sus padres, quería

enfrentarse a ellos con los resultados que le había traído Suzane de un laboratorio de ADN. Según mi hermana estaba convencida que sus supuestos padres la habían arrebatado de nuestra familia al nacer, tenían todas las facilidades del mundo al ser médicos.

Yo no les conocía, pero solo con ver el casoplón y la criada ya te daba a entender que Sarah había sido una niña robada, esos ricachones creían que todo, absolutamente todo valía si tenías dinero para permitirte, menudo asco y eso que todavía no les había visto. A ver qué cara ponían cuando vieran que les habíamos descubierto.

Vivimos un momento de máxima tensión, la madre de Sarah creyó que yo era su doble, y cuando Sarah destapó la caja de los truenos se armó un buen desbarajuste. Sarah acusó a aquel matrimonio de haberla secuestrado y su supuesta madre la miró con horror.

—Jamás hubiéramos hecho algo así, ella nos rogó que nos quedáramos contigo —nos contó. No sabíamos a quién se refería.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —cuestionó Sarah.

—Tu madre, Sarah, después de parir nos dijo que entregáramos a tu hermana a la familia, pues estaba convencida que la cuidaría su abuela y no su padre. Nos pidió que a ti te diéramos a una buena familia que te cuidara y te quisiera. Nosotros estábamos en proceso de adopción de un bebé, yo llevaba una barriga falsa al hospital porque no quería que nadie supiera que era estéril, eran otros tiempos y no estaba muy bien visto. Esa misma mañana, me comunicaron que la madre se había arrepentido y que el bebé no llegaría. Cuando se nos presentó la oportunidad, ni lo pensamos. Le juramos a tu madre que no diríamos nada, que te cuidaríamos como si fueras nuestra y que guardaríamos sus secretos. El de tu origen y el de su falso fallecimiento —nos explicó. Me quedé sin respiración ¿cómo que mi madre no había muerto?

—¿Cómo? —gritamos mi abuela y yo al unísono—. ¡Eso es mentira! Mi hermosa Dana murió ese día —le recriminó mi abuela completamente desenchajada.

—No, señora, a su hija la cambiamos de planta, ustedes nunca llegaron a ver el cuerpo porque lo incineramos para que se lo pudieran llevar de regreso en el avión. Recuerde que no volvió a ver a su hija tras entrar en el paritorio —apuntó el padre de Sarah que miraba a mi abuela muy serio, parecía decir la verdad. ¿Cómo era posible que mi madre hubiera hecho algo tan horrible?

—¡Eso es mentira! —voceó mi abuela a pleno pulmón—. ¡Mi hija jamás haría algo así!

—Sabemos que es algo difícil de creer, espere un momento —comentó el hombre, que se marchó dejándonos en shock y regresando con tres sobres en las manos—. Su hija nos dio un regalo maravilloso, por el que le estaremos eternamente agradecidos, tal vez no hayamos sido los mejores padres del mundo, pero hicimos lo que creímos mejor para ella. Estas cartas nos las entregó por si algún día necesitábamos aclarar esta historia —nos tendió una para cada una—. Lo siento —le dijo a Sarah besándola y abrazándola para después regresar junto a su mujer.

Las tres nos miramos antes de abrir nuestras cartas, las manos me temblaban y apenas podía contener las lágrimas. Las leímos en silencio, el ambiente se había enrarecido y todos esperaban nuestra reacción.

«Querida Deirdre,

Sé que nunca vas a llegar a entenderme y comprendo que me puedas llegar a cuestionar, pero te diré que hice lo mejor para ti y tu hermana. A ti te crío la mejor mujer del mundo, la que podía hacer aflorar esa parte de ti que te hace tan especial. Yo no hubiera sido una buena madre, no estaba lista para serlo, de hecho y aunque me duela decirlo, no quise quedarme embarazada, pero las cosas sucedieron así.

No soy la típica madre al uso, conmigo no hubieras tenido esa ternura y esa atención que Morgana te dispensó; aunque eso no quiere decir que no te quiera. Formas parte de mí y si algún día lo deseas podrás venir a mi lado, te prometo que te daré la oportunidad de que así sea, aunque tal vez escojas otro camino.

Espero que seas muy feliz, decidas lo que decidas, yo siempre estaré allí, atenta, para que no sufras más dolor del que eres capaz de soportar.

Sé que te convertirás en una mujer fuerte, lista, independiente, decidida y muy inteligente. Ya me siento muy orgullosa de la mujer que vaticino, vas a llegar a ser.

Nunca dejes de creer en la magia porque siempre estará en ti, tú eres la auténtica magia, no dejes que nadie te haga creer lo contrario.

Te quiero

Dana.»

Cuando terminé miré a las dos mujeres que compartían todos aquellos sentimientos encontrados conmigo, mi madre me hablaba de futuro, de

caminos y yo no lograba sacarme a la dichosa Diosa zorra de la mente. ¿Por qué? ¿Tendría ella algo que ver con la decisión de mi madre? ¿La habría manipulado de algún modo para que actuara así?

Terminamos sentadas con los padres de Sarah, intentando dilucidar lo ocurrido sin llegar a ninguna conclusión válida. Mi abuela resultó la más afectada, no lograba entender el motivo que llevó a nuestra madre, su hija, a fingir su propia muerte para abandonarnos.

Cuando llegó la noche mi abuela y yo nos tumbamos en la cama del piso de Kenan. Suzane había decidido salir de fiesta con Jud, quien iba a enseñarle cómo se divertían los catalanes.

—¿Estás bien? —le pregunté acurrucada en la cama junto a ella.

—Todo lo bien que se puede estar cuando te enteras que tu hija no ha muerto y que decidió hacerte creer, no solo su muerte, sino la de una de tus nietas —expresó. No recordaba ver a mi abuela triste o

tan afectada por algo—. Pero hay algo que me baila en todo esto,

Didi, y no sé qué es, aunque te juro que lo encontraré —apuntó. La miré extrañada.

—¿A qué te refieres?

—Si tu padre es el Dios del Inframundo y tu madre una simple mortal él debió saber desde el primer momento que Dana no estaba muerta, pues los fallecidos van a su reino, sin embargo, no fue en su busca. ¿Por qué?

—Eso no lo sabemos, tal vez en uno de sus viajes... —Mi abuela negó.

—No, él comenzó a viajar tiempo después de su “muerte”.

—Tal vez discutieron —comenté y ella volvió a negar.

—Ambos eran muy viscerales, pero se amaban, tendrías que haber estado minutos antes de que Dana se pusiera de parto, si hubieras visto las cosas tan maravillosas que le decía tu padre...

—¿Y eso dónde nos lleva? —Ella suspiró.

—No lo sé, tal vez deberías hablar con él —apuntó mi abuela y yo arqueé las cejas.

—¿Cómo?

—¿No hablabais telepáticamente? —preguntó poniéndose de cara a mí en la cama de matrimonio.

—Sí, pero desde lo ocurrido en el *Fairy Glen* no he hablado con él, es como si hubiese perdido la conexión —dije. Ella negó.

—Eso es imposible, si antes estabais conectados debéis seguir estándolo.

—Pues debe fallarme la antena, ¿qué quieres que te diga, *seanmhair*? ¿Conoces algún antenista del Inframundo? —resoplé. Ella sonrió con un ligero brillo en la mirada.

—¿La antena? ¿Qué antena? ¿No será esa que te mete Cédric cada noche o a cada momento que puede?

—¡*Seanmhair*! —protesté sonriente.

—Sabía yo que ese laird era para ti, y con lo que se lo curró el muchacho, habría que hacerle un monumento —afirmó. La miré fijamente, estaba oscuro, aunque las luces de la ciudad que se filtraban por la ventana daban la suficiente claridad como para que viera su expresión.

—¿Sabes a quién habría que hacerle un monumento? —Ella juntó las cejas pensativa.

—¿A quién?

—Pues a ti, a quién va a ser, eres la mujer más valiente que conozco, te hiciste cargo de mí, me educaste, me sacaste hacia delante, no flaqueaste en ningún momento y además, mira lo bien que he salido —dije moviendo las cejas arriba y abajo—. Si alguien se mereciera que la llamara mamá, esa serías tú, *seanmhair*, porque madre no es la que pare, sino la que te cuida, la que escucha, la que te enseña a levantarte a cada traspies; la que te corrige cuando no haces bien algo con la intención de que aprendas a hacerlo mejor a la siguiente. La que te enseña a ser mejor persona, la que te alienta, la que te inculca valores, la que te hace sonreír y la que tras sus arrugas esconde todas las veces que ha sufrido por ti sin pedirte nada a cambio. Y esa eres tu, *seanmhair*, la madre de mi corazón.

Los ojos de mi abuela se humedecieron al igual que los míos.

—Te quiero mucho, Didi, tu madre me hizo un gran regalo cuando te dejó a mi cuidado, pues eres la mejor parte de mi vida. Por ello no pienso guardarle rencor, pues me entregó mi mayor motivo de felicidad, solo espero que ella también sea feliz allá donde esté.

Así era mi abuela, generosa hasta decir basta, esperaba algún día ser la mitad de buena que ella. Apoyé la cabeza sobre su hombro y ella me acarició el pelo como cuando era pequeña. Mi abuela olía a la leña que calienta el hogar, a bosque y a amor. Con ella abrazándome sabía que nada malo podía suceder, siempre fue mi protectora.

Templo de Tildare

Llevaba semanas sometiéndome a sus deseos, estaba exhausto, aunque no me quejaba. Dana era una mujer de feroces apetitos y eso siempre me había gustado, era muy dura en la cama, sus límites entre el placer y el dolor distaban mucho del de los mortales.

Se empeñaba en usar ese maldito chupóptero para mantenerme siempre en máxima excitación y cuando le apetecía me montaba una y otra vez dejándome a las puertas de la liberación para volver a comenzar.

Prácticamente deliraba, la tensión que acumulaba era máxima. No había recibido alivio ni una sola vez y verla tan fría conmigo me rompía el alma. Sí, el Dios del Inframundo, también tenía alma, aunque estaba rota desde hacía siglos.

Había pensado que lograría hacerla ceder, pero de ese modo era imposible, me tenía postrado en una cama solo para satisfacer sus necesidades, sus guardianas me daban de comer, me aseaban, todo sin soltarme de aquellos cuatro postes donde me tenía amarrado. No había podido comunicarme con mi hija, pues el día que le mandé un empujón mental lo percibió y fue mucho más dura que antes con sus perversiones. Había inhabilitado mi capacidad de comunicación con Didi, así que poco podía hacer que no fuera ceder ante sus caprichos.

Entró en la sala portando dos hombres del Inframundo, ambos atados con una cadena al collar de cuero que llevaban en el cuello. Eran dos guerreros, dos magníficos ejemplares muy bien dotados.

—¿Qué hacen ellos aquí? —bociné, mientras me dedicaba una de sus malévolas sonrisas.

—Creo que no estás en posición de preguntar, Bilé, mira que hinchados los tienes —observó pasándose la lengua por los labios y apuntando con su mirada a mi entrepierna. Un sudor frío recorrió mi espalda—. Hemos venido a aliviarte un poco.

Les miré sin comprender.

—¿Cómo? —Ella chasqueó los dedos y la criatura desapareció de mi ingle, sentí muchísima desazón, necesitaba eyacular y la muy zorra lo sabía.

—No te hagas el ingenuo, ya hemos jugado a esto antes —comentó quitándose la túnica y tumbándose a mi lado. Su sedosa piel en contacto con la mía me hacía arder. Su aroma a hierba recién cortada invadía mis fosas

nasales. Me miró entrecerrando los ojos y chasqueó los dedos de nuevo. Mis hombres subieron a la cama colocándose cada uno entre nuestras piernas, ella me sonrió—. Disfruta de tu alivio, Bilé —declaró volviendo a chasquear los dedos

y las cabezas bajaron, cada uno a una entrepierna.

—No nos hagas esto —le susurré al sentir como mi hombre enterraba mi miembro en su boca, estaba tan desesperado por aliviarme que poco importaba quien lo hiciera, mi cuerpo reaccionaba buscando la anhelada liberación.

—No me vengas con remilgos a estas alturas —dijo gimiendo por el placer que le estaba proporcionando otra lengua que no era la mía. Apreté los puños al ver como se mordía los labios y mecía sus caderas.

—Dana, escúchame —le pedí. Tenía todo el cuerpo agarrotado, necesitaba eyacular como fuera, pero no lo deseaba de ese modo.

—Te escuché durante demasiado tiempo —afirmó. Sus pupilas seguían fijas en las mías. Dana gimió llevándose los dedos a los pezones para apretarlos con rabia. Mi entrepierna dio un brinco y mi hombre aprovecho para ahondar más en su garganta.

—¡Joder! —Apenas podía concentrarme, mi hombre era muy bueno con las felaciones y Dana lo sabía, habíamos jugado muchas veces, participado en muchas orgías, pero no de ese modo, siempre éramos ella y yo. Los demás simples herramientas del juego y ahora no estaba siendo así.

—¿Es bueno, verdad? El mío también, siéntelo, Bilé, siente como clavas tu grueso miembro en su garganta, siente como lo llenas, como disfruta de tu sabor, le encanta tu gran polla, Bilé.

—Aaaaaaggggrrrrr —rugí preso de la impotencia, estaba luchando por no correrme.

—No te enfades, esclavo, sabes que te debes a mí debes cumplir mis órdenes y son que te corras en su boca, quiero que le llenes la garganta, que se atragante de toda la cantidad que tienes almacenada para él.

—¡No! —Cada vez tenía menos voluntad y ella lo sabía. Me cogió de la nuca y acercó mis labios a los suyos, no me había besado desde hacía treinta y dos años, casi treinta y tres, sabía cuál fue el momento exacto en que mi boca tomó la suya por última vez. Lamió mi grueso labio inferior para después morderlo con saña. El espasmo de placer-dolor fue brutal.

—Eso es, muévete —me ordenó. Mi pelvis subía y bajaba incontrolada,

sincronizada a la de ella, aunque sabía que no era Dana quién me estaba complaciendo.

—Por favor —le pedí entre dientes, ella volvió a sonreír lamiendo la sangre que caía de mi labio, la necesitaba a ella, estaba desesperado por ella, Dana siempre fue mi droga, mi talón de Aquiles y mi único amor.

—¡Córrete! —rugió, mientras profundizaba el beso, mi torrente sanguíneo se aceleró al encontrar su lengua en la mía y ya no pude contenerme. Bramé, mientras chorros de espermia inundaban la garganta de mi súbdito, él tragaba y tragaba aliviando mi congoja. Dana no dejaba de encenderme con sus besos y yo seguía corriéndome sin límite hasta quedarme vacío, hueco y no solo sexualmente hablando. Cuando sintió que me relajaba apartó la boca de la mía, volvió a chasquear los dedos, se puso de pie entre mis hombros y les pidió que ambos la follaran a pulso, mientras yo contemplaba su orgasmo—. No dejes de mirar, esclavo, este va por ti.

Tenía ganas de asesinarlos por tocar lo que era mío sin mi permiso y a ella de someterla por hacernos pasar por todo aquello sin necesidad.

Una vez estalló y se sintió satisfecha les mandó desaparecer y se quedó a solas conmigo.

—No puedes negarte a nada, Bilé, un trato es un trato.

—Sabes que puedo darte lo que necesitas que todo esto es una maldita pantomima, has sentido lo mismo que yo al besarme, sabes que eres mía y nunca podrás pertenecer a nadie más —declaré, ella me miró con los ojos encendidos.

—¿Pantomima? Lo único que he sentido al besarte es el sabor de tu sangre —soltó con desprecio—. Y respecto al sentimiento de pertenencia te diré que una vez pude sentirme tuya, pero ya no es así y nunca lo será. Me perdiste, Dios inmundo, para toda la eternidad

—sentenció. Me sentí desesperado ante sus palabras, en su rostro no había ni un ápice de benevolencia, ¿dónde estaba aquella diosa que conocí? Sabía que debía quedar algún resquicio en su interior, ¡debía encontrarlo!

—¡¿Cuánto va a durar esto, Dana?! —Ella me miró lamiéndose los labios, recorriendo mi cuerpo con ardiente deseo—. ¡Podríamos ser felices! Nuestros hijos lo son, ¿por qué nos niegas la felicidad a nosotros? —le imploré. Su mirada cambió a una llena de odio y resquemor.

—Tú me arrancaste esa palabra, Bilé, te encargaste de pisotearla y meterla en un hoyo. Ya hice el funeral hace muchísimo tiempo, le guardé el luto

pertinente igual que me hiciste hacer con la muerte de nuestro hijo.

—Si me escucharas... —le supliqué.

—Me importa un carajo lo que tengas que decir, si quisiera una relación no te habría hecho mi esclavo, no pienso escucharte porque no me importa ni lo más mínimo, lo que tengas que decir, eres un puto, mi puto y nada más —sentenció. Se dio la vuelta y se largó, no sin antes chasquear los dedos para que el chupóptero volviera a su lugar.

Epílogo (Didi)



Dos años y unos meses después

Vamos, preciosa, están a punto de llegar —me instó Cédric. Intenté colgar la estrella en el árbol, pero me fue imposible, el burro de mi marido se había empeñado en comprar la sequoia de los abetos. Ese puñetero árbol tenía más de dos metros de altura.

—Solo me queda la maldita estrella —protesté balanceándome hacia delante y hacia atrás para coger impulso y ensartarla en la rama más alta.

«Un poquito más» me dije impulsándome por última vez, y digo última porque mi tobillo falló lanzándome de espaldas al vacío, me vi completamente escalabrada, con dos piernas rotas y celebrando la Navidad en el hospital. Suerte que mi marido estaba ahí para rescatarme y caí en sus fuertes brazos.

Marido, todavía me sonaba rara aquella palabra, apenas hacía siete meses que nos habíamos casado y no me acostumbraba a llamarle así. Principalmente acepté por dos motivos, el primero porque Cédric parecía un pájaro carpintero taladrándome día sí, día también, con la multitud de ventajas que supondría convertirme en la futura señora MacLeod. Mi suegro se unió a las campañas de las

presidenciales para que me convirtiera en la primera dama del castillo, los políticos se quedaban cortos con todo lo que ese par llegaron a tramar hasta que dije que sí.

El acoso y derribo al que fui sometida pudo conmigo y con mi inquebrantable terquedad, que quedó reducida a cenizas tras la perseverancia de los

MacLeod; si a ello, le sumamos que me quedé embarazada y que Cédric se negaba a que nacieran fuera del vínculo del santísimo matrimonio, tuve que terminar aceptando. ¡Ni que estuviéramos en la edad media para que fueran a llamarles bastardos! No hubo manera de convencerle, así que tuve que claudicar. Al fin y al cabo, solo se trataba de una minúscula firma en un papel y una boda con más de quinientos invitados.

Sí, quinientos invitados. Eso fue lo que llevé peor, yo quería algo íntimo, algo nuestro, pero mi suegro estaba emperrado en que menos de eso era una obscenidad. ¡Era la boda del laird! Estaba tan emocionado que no pude llevarle la contraria, así que me vi envuelta en unos preparativos que parecían no tener fin.

Cédric se dio cuenta de mi desasosiego y del esfuerzo descomunal que estaba haciendo por complacerles, así que planeó a mis espaldas una ceremonia íntima, previa a la fastuosa celebración. Fue un regalo muy emotivo y maravilloso, llevé el mismo vestido de la noche del baile del instituto, ese que perteneció a mi madre y que era mi único recuerdo junto a la carta.

Me llevó al *Fairy Glenn*, junto con su padre y mi abuela; quien ofició una hermosa ceremonia celta, muy similar a la de Sarah. Fue hermoso y mágico, pues aunque estuviéramos solos en el círculo de piedras yo me sentí acompañada por todos aquellos seres que hicieron posible que hoy estuviera con el amor de mi vida. De algún modo nuestras amigas las hadas estuvieron presentes, bañadas por el reflejo de la luna llena que era el mismo para ambos mundos. Las sentí conectadas a mí, gracias a la energía del colgante y supe que se sentían tan felices como yo.

Hoy era un día para celebrar. Estaba esperando la llegada de mi hermana y sus gemelas, que iban a pisar Dunvegan por primera vez.

Hasta en eso nos pusimos de acuerdo. Las dos parimos el mismo día y a la misma hora, solo que yo en Escocia, asistida por mi abuela y ella en Barcelona por su padre. La relación con ellos había mejorado mucho y ahora eran unos abnegados abuelos.

Traje al mundo dos niños robustos como Cédric, por suerte tan rubios como él, pues si hubieran nacido zanahorios no me lo hubiera perdonado jamás. Habían sacado el color de mis ojos, eran un par de querubines gorditos y de rizos dorados que te robaban el corazón a primera vista.

Mi hermana, por el contrario, alumbró dos hermosas pelirrojas de ojos tan negros como la noche. Tal vez fueran herencia de Kenan o de nuestro padre,

quién lo sabía, lo que estaba claro es que nunca más supe de él. Le seguía recordando con mucho cariño y no perdía la esperanza de que alguna vez volviera a ponerse en contacto conmigo.

La que no tenía ningún interés en que apareciera de nuevo era la Diosa zorra, quién parecía haberse esfumado de la faz de la Tierra, mucho mejor así, la vida se había vuelto muy tranquila sin su presencia. Esperaba que no estuviera haciendo de las suyas o urdiendo algún maquiavélico plan. Me gustaría pensar que simplemente había optado por quedarse encerrada en su maldito templo para toda la eternidad, aunque teniendo en cuenta su nivel de maldad, era difícil que así fuera.

—Te he dicho que te ayudaba, cielo, siempre te empeñas en querer hacerlo todo tú y no pedir ayuda —me regañó Cédric con dulzura, al tiempo que besaba mi frente dejándome en el suelo.

—Es que yo soy la del buen gusto en la decoración, si fuera por ti el árbol parecería una obra de Picasso —aseveré, mientras mi marido me robaba un beso.

—El arte está en los ojos de quién mira —aclaró frotando su nariz con la mía.

—Y helarte es congelarse el culo, que es lo que va a suceder si no avivas el fuego de la chimenea —afirmé. Mi marido estalló en una carcajada.

—Eres única para destrozar los momentos románticos, aunque en romance es en lo último que pienso cuando te veo así vestida —comentó y el ámbar de sus ojos refulgió—. No sabes las ganas que tengo de que podamos estar a solas en nuestra habitación y enseñarle a tu cuerpo desnudo que estando conmigo no va a helarse nunca —manifestó juguetón y frotó su erección contra mi vientre, prendiéndome por dentro. De que jamás íbamos a pasar frío estaba convencida, no había un solo día que ese hombre no avivara la llama de nuestra pasión. Le agarré por la nuca y le susurré al oído.

—Pues entonces, creo, que el regalo que tiene mi abuela para nosotros te va a encantar, es el último modelo que han sacado en la tienda y dice que hace maravillas tanto en hombres como en mujeres —declaré. Le lamí el cuello y él gruñó.

—Te juro que, o paras ahora o me importa bien poco que tu hermana nos pille follando encima de la mesa —gruñó. Solté una carcajada.

—¿Piensas rellenar el pavo? —pregunté juguetona.

—Lo que pienso rellenar es a ti como ahora mismo no salgas de esta estancia —expuso y yo apreté a correr riendo por su advertencia, llevándome un

picante cachete en las nalgas.

—Voy a ver a los niños —le dije contemplándole desde el marco de la puerta. Estaba tan guapo con el tartán, cada vez que se lo ponía pensaba en Iain. Aunque no me lo dijera sabía que estaba ahí, le sentía, incluso Cédric había adoptado ciertas expresiones del highlander. Tenía un dos por uno que si saliera al mercado en el mundo habría superpoblación.

—Está bien, mientras, colgaré tu estrella y avivaré el fuego —observó agitando las cejas provocando que me frotara los muslos. Ese hombre me hacía enloquecer.

Iba a ser una gran fiesta, Sarah, Kenan, las gemelas, los padres de Kenan y su hermana. También venían los de Sarah, el aquelarre de mi hermana y sus parejas; mi suegro, mi abuela. Keiti y sus padres, y para rematar la comitiva, Shaw con su progenitor.

La Navidad era época de perdón, así que aspiraba a que mi suegro pudiera reconciliarse con el padre de mi mejor amigo, al fin y al cabo, hacía mucho tiempo de todo aquello. Tuve unas cuantas conversaciones previas con él, para hablar de lo ocurrido años atrás. Me había prometido enterrar el hacha de guerra si con ello me hacía feliz. Además, llegamos a la conclusión que sin el señor Glenn tal vez no se hubiera producido la reconciliación entre su mujer y él; las cosas nunca ocurrían porque sí.

Shaw y Keiti, tal y como vaticinó mi abuela, resultaron estar hechos el uno para el otro. Al parecer, mi amiga siempre estuvo enamorada del zanahorio, aunque nunca se atrevió a contarlo. Algo había ocurrido entre ellos y estoy convencida que se comenzó a fraguar aquel día cuando buscábamos a Sarah. Por suerte, decidieron darse una oportunidad y de la amistad, y las riñas, surgió el amor. Ahora estaban la mar de felices juntos, aunque lo suyo les costó.

Cuando llegué a la habitación de los gemelos mi abuela estaba canturreándoles, mientras les agitaba algo ante los ojos y los condenados no dejaban de emitir carcajadas.

—Eso es, pequeños, cuando queráis complacer a una mujer un par de bolas chinas debéis tener.

—¡*Seanmhair!* —la reñí. Fijándome en el objeto de diversión de los pequeños.

—¿Qué? Están sin estrenar y a tus hijos les encanta mordisquearlas —protestó. ¡Cómo si pensara que les iba a dar a mis hijos un par de bolas chinas

usadas!—. Además, las puse en el congelador y están fresquitas, así les alivian las encías, estás son de silicona extra suave —apuntó. Mis dos angelotes sonreían divertidos intentando alcanzar las esferas para llevarlas a la boca.

—¡Pero no dejan de ser un par de bolas chinas! —exclamé, mientras ella se encogía.

—Cuanto antes aprendan, mejor, así sacaran los talentos del padre —expresó y me subieron los colores—. Solo hay que verte para saber lo mucho que te satisface, no te extrañe que pronto venga la niña... —¿Niña? Habría visto algo en la bola de cristal. Antes de que pudiera preguntar nada al respecto una voz nos interrumpió.

—¿Quién satisface a quién? —Emití un grito de alegría al reconocer a mi hermana gemela.

—¡Sarah! —grité corriendo para estamparme contra aquel generoso busto que casi me hace caer de culo al suelo—. ¡Por todos los dioses! Unas tanto y otras tan poco —señalé y miré hacia abajo. Desde que les daba el pecho a los niños tenía más, pero con mi hermana al lado y su palco perdía siempre en la comparativa.

—No te quejes que estás preciosa, mírate —afirmó dando una vuelta a mi alrededor. Llevaba un favorecedor vestido en verde oscuro, falda plisada con corte hasta la ingle y escote en V—. Estás espectacular.

—La que fue a hablar —apostillé. Sarah se había engalanado con un vestido de lentejuelas rojas y escote barco que resaltaba su curvilínea figura. Ella resopló.

—A mí no me mires, es el nuevo modelo de Ágata Ruiz de la Prada llamado bola de navidad —comentó frotándose la abultada barriga—, no hay manera de que me saque los kilos cogidos en el embarazo...

—¿Estás segura que se trata de eso? —inquirió la abuela sonriente al tiempo que Sarah la miraba entrecerrando los suyos.

—¿Y qué iba a ser si no? ¿Crees que mi panza es debida a que he arrasado con la cena antes de que la sirvan en la mesa?

—Pues si me preguntas te diré que yo diría que tu estado no se debe a la comida, sino más bien a un guapo moreno llamado Kenan Mackenzie, que ha hecho de las tuyas para volverte a hinchar ¿o me equivoco? —Mi hermana sonrió.

— A ti no hay nadie que te oculte nada ¿eh, abuela?

—¿Embarazada? —Sarah mostró todos sus dientes.

—Eso parece, no tengo bastante con mis dos fierecillas que viene la tercera en camino.

—¿Otra niña? —Ella asintió.

—¿Y qué dice Kenan?

—Kenan está encantado, cuñadita —explicó el susodicho entrando en la habitación. Nos saludó para agarrar a su mujer por detrás y acariciar con mimo la creciente barriga—. ¿Verdad que está preciosa? —dijo mordisqueando después el cuello de Sarah quién lanzó un suspiro. Me gustaba ver lo enamorados que estaban.

—Cuñado, ¿sabes que lo vas a tener muy complicado, verdad? Una casa llena de mujeres no es lo mejor para un hombre —apuntó Cédric apareciendo tras él.

—Eso será según tu punto de vista, MacLeod, yo espero tener por lo menos cinco pelirrojas, más la madre, revoloteando por la casa. Adoro a las mujeres —afirmó. Mi hermana le dio un codazo en el abdomen—. ¡Auch! —se quejó.

—¿Cómo que adoras a las mujeres?! —protestó indignada.

—A las de mi casa, cariño, solo a las de mi casa.

—Pues si esperas que me pase la vida pariendo, lo llevas claro, ¡haberte casado con una coneja!

—Ya lo hice, ¿o acaso no te gusta comerme la zanahoria? —Todos estallamos en risas y Sarah intentó revolverse para aporrearlo, aunque lo único que logró fue que Kenan la besara apasionadamente.

—¿Se puede? —Las chicas de mi hermana entraron en la habitación capitaneadas por Jud. La pelirroja sostenía a una de mis sobrinas y Mar a la otra.

—Creo que será mejor que vayamos al salón, esto empieza a parecerse al camarote de los Hermanos Marx —propuso mi abuela. Yo cogí a Cédric de su cuna y mi marido a Iain.

El salón comenzó a llenarse y con él la felicidad de nuestro hogar.

Contemplé todas aquellas maravillosas personas que ahora formaban parte de mi vida y que consideraba mi familia. Había llegado sola a Escocia con mi abuela y ahora tenía muchas personas a las que amar, que se preocupaban por mí y que me hacían sentir plena.

—¿En qué piensas? —me preguntó Cédric poniéndose a mi lado, mientras los bebés pasaban de brazos en brazos para recibir multitud de carantoñas.

—En lo feliz que soy —expresé. Mi marido me agarró de la cintura a la par que yo le tomaba de la suya—. No quiero que nunca deje de ser así, prométemelo.

—Te lo juro, mi vida, nunca dejaré de serlo, ¿y sabes por qué? —Negué con la cabeza—. Porque el amor es nuestra bandera, has logrado unirnos a todos y hacer de la magia del amor nuestra auténtica *Fairy Flag*. Te amo, Deirdre O’Shea.

—Y yo a ti, Cédric MacLeod.

Así fue como la magia del Karma sanó nuestras vidas y llenó nuestros corazones de felicidad.



Tu opinión me importa

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!

Rose Gate

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nacida en Barcelona en Noviembre de 1978, nació bajo el signo de escorpio el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. Ojos verdes, de Karen Robards y Shanna, de KathleenWoodiwiss fueron las dos primeras novelas que leyó, convirtiéndola en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero finalmente dejó aparcada su gran vocación.

Ahora a sus 38 años dirige un centro deportivo, casada, con dos hijos y muchos libros devorados, ha decidido poner de nuevo la escritura animada por su familia y amigos.

Su primera obra ha sido una tetralogía:

Trece fantasías vol. 1 (octubre 2017)

Trece fantasías vol. 2 (octubre 2017)

Trece maneras de conquistar (noviembre 2017)

La conquista de Laura (diciembre 2017)

Después esta biología:

Devórame (enero 2018)

Ran (febrero 2018)

Yo soy Libélula Azul (marzo 2018)

Breogán Amando una Libélula (abril 2018)

Ojos de Dragón (mayo 2018)

El Karma del Highlander (julio 2018)

Koi, entre el amor y el honor (septiembre 2018)

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

¡Feliz lectura y hasta la próxima!

LOS LIBROS DE LA AUTORA:

SERIE STEEL

TETRALOGÍA TRECE FANTASÍAS

SINOPSIS:

La serie que pondrá a prueba si eres capaz de abrir tu mente hacia el sexo.

Laura es una chica con muchas dudas e inseguridades, su físico y su pasado la condicionan en el momento de relacionarse con el sexo opuesto.

En un viaje a su Noruega natal, Laura se introduce en el mundo de la literatura erótica a través de una página de internet que le recomienda su abuela.

De regreso a España sus amigas de chat la incitan a liberarse y que realice todas sus fantasías con un hombre que ha conocido una noche, a través de la pantalla del ordenador y del cual no sabe nada.

¿Será Laura, alias "Gatita mimosa", capaz de acudir a la cita con "Devil69" para que haga realidad sus deseos más oscuros?

Marco nunca ha tenido problemas con el sexo opuesto, guapo, de buena familia y con un negocio que va viento en popa sólo tiene algo que se le resiste, el amor. Marcado por un pasado lleno de traiciones, Marco no confía en las mujeres y no busca una relación seria para que le partan de nuevo el corazón. Alentado por un amigo y compañero de trabajo, queda con una chica a través de un chat de novela erótica, según él, es muy sencillo tener un buen polvo de una noche con esas mujeres tan necesitadas.

Sin demasiado entusiasmo Marco acude a la cita, pero ¿está realmente preparado para encontrar a la única mujer capaz de poner su mundo patas arriba?

¿Aceptaré Marco ser el hombre que realice las fantasías sexuales de Laura?

¿Aceptaré Laura su nuevo yo y que sea Marco el que lo descubra?

¿Serán capaces de separar el amor del sexo? No puedes perderte la primera parte de la trepidante, romántica y erótica historia de Marco y Laura.



BILOGÍA DEVÓRAME Y RAN

SINOPSIS:

Su alma no estaba preparada para amar, el sexo y la oscuridad dominaban su vida llena de dinero, poder y desenfreno.

Giovanni Dante es gerente del Masquerade, un selecto club de sexo, además de poseer casi un imperio de la hostelería.

Huérfano al fallecer sus padres en su adolescencia, heredó la empresa de la familia y fue adoptado por la familia de su mejor amigo cuando más lo necesitaba.

Ilke es una joven llena de vitalidad, guapa y sexy a morir, disfruta de su libertad al máximo sin apenas preocupaciones, solo una: ganar el dinero suficiente para cumplir su sueño.

Ilke desea, sobre todas las cosas, convertirse en una gran diseñadora y estudiar en París, para ello aceptará un trabajo un tanto peculiar, donde le ofrecerán ganar mucho dinero para ahorrar la cantidad que necesita. Un trabajo en un lugar oculto ante el mundo y solo abierto para el goce de algunos.

Con lo que no contaba Ilke, era con conocer a Giovanni y la vorágine de sentimientos que este despertará en ella.

Su atractivo animal, su exotismo y la corriente sexual que hay entre los dos, les llevará a un tira y afloja de voluntades, avocándolos hacia un viaje sin retorno.

Si te gustó Trece Fantasías, prepárate para la historia más irreverente y excitante: la de Ilke y Giovanni.



BILOGÍA YO SOY LIBÉLULA AZUL Y BREOGÁN AMANDO A UNA LIBÉLULA

SINOPSIS:

A los que me juzgan les diré que no saben nada de mí, las personas siempre se rigen por lo que creen pero no se paran a analizar lo que realmente sucede.

A ti, que me estás juzgando, te pregunto,

¿Qué harías si el sexo en tu matrimonio no funcionara durante nueve años?

¿Qué harías si tu marido fuera un eyaculador precoz y se negara a reconocerlo?

¿Qué harías si jamás hubieras tenido un orgasmo?

¿Qué harías si tu marido te hiciera sentir que eres un cero a la izquierda?

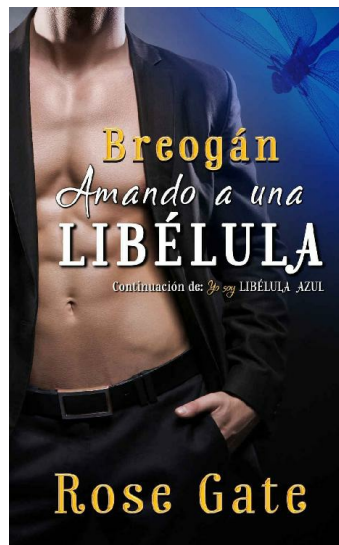
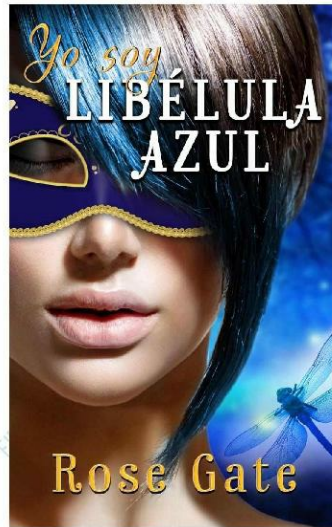
¿Qué harías si apareciera un hombre que hiciera sentirte viva?

¿Qué harías si encontraras un nuevo mundo que agitara tu corazón y te llena de deseo?

¿Qué harías si la pasión te envolviera llenando de luz la oscuridad?

No me juzgues todavía.

Yo soy Libélula azul, y esta es mi historia.



OJOS DE DRAGÓN

SINOPSIS:

Cuenta la leyenda que las almas humanas están conectadas por un hilo rojo que los dioses atan al dedo meñique.

Esas almas están predestinadas a encontrarse sin importar el lugar, el tiempo, o la circunstancia.

El hilo puede enredarse, liarse, o tensarse hasta tal punto, que puede parecer que quiera romperse. Pero eso jamás ocurre, el hilo rojo que une a dos almas humanas predestinadas a encontrarse es indestructible.

Hikaru es el heredero de una de las principales Yakuza de Japón y siente que su hilo se ha roto.

Su amada lleva cuatro años casada con otro y él fue obligado a casarse con una cría durante la celebración de su compromiso con Ilke, su prometida.

Una irresponsable que le mintió, le engañó intercambiando el disfraz con la que iba a ser su mujer, para terminar perdiendo la virginidad con él y que toda la familia les sorprendiera al día siguiente.

Akiko se ve envuelta en un matrimonio sin amor, su marido ama a otra, aunque se ha casado con ella por honor. La desprecia y la ignora como si se tratara de un fantasma en su propia casa.

Ella tiene un sueño, convertirse en modelo, así que pone tierra de por medio para luchar por lo único que le queda: sus metas.

Cuatro años más tarde Akiko está en la cima de su carrera y su corazón vuelve a latir gracias a Misha. Él le pide matrimonio

y Akiko acepta. Sólo hay un ligero inconveniente ella sigue casada con Hikaru y Misha no lo sabe.

¿Qué almas unirá ese misterioso hilo rojo?



KOI, ENTRE EL AMOR Y EL HONOR

SINOPSIS:

Cuando el honor pasa de ser una simple palabra, a regir tu vida, no porque tú lo decidas, sino porque naciste con el deber de que así fuera, el amor se relega a un segundo término, perdiendo su poder, volviendo su fuerza gris y opaca, como una piedra olvidada en medio del camino.

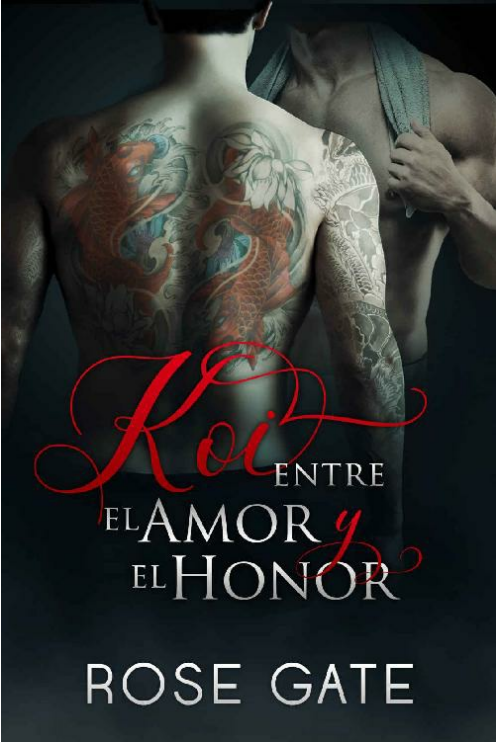
Sin embargo, solo hace falta una mirada para devolverle el color, que lata de nuevo e inunde tu vida, arrasando con todo lo que habías conocido hasta el momento.

Eso me sucedió a mí cuando le conocí, aquellos ojos café se convirtieron en la piedra angular que me hizo nadar a contracorriente, igual que una carpa Koi, soñando con alcanzarlo algún día.

Me llamo Kenji Watanabe, soy el futuro kumichō de la Yakuza más importante de todo Japón y me he enamorado de quién no debía.

Dos hermanos, dos parejas, dos amores imposibles que ponen en entredicho los valores de una cultura.

DÉJATE SORPRENDER POR KOI, ENTRE EL AMOR Y EL HONOR



EL KARMA DEL HIGHLANDER

SINOPSIS:

Sarah Alcántara es una arpía consumada. Dueña de una de las principales editoriales de Romántica del país tiene un lema:

“Si no tienes vagina, ni te pases por mi oficina”.

A sus treinta y dos años no tiene pareja. Los hombres en su vida nada más tienen un cometido, darle placer una sola vez, después los expulsa de su vida. No los quiere cerca y por ello, solo trabaja con mujeres, sus autoras son del sexo femenino exclusivamente.

El premio W Romantic Ediciones se acerca, quedan cinco días y no tiene manuscrito ganador. Sus chicas o su aquelarre de brujas, como ella las llama, le insisten en que lea un manuscrito que ha caído en su poder, fuera de plazo y del cual todas están enamoradas.

Sarah jamás ha leído una historia que le haya hecho sentir tantas emociones. Aquel libro que narra la historia de un Highlander atormentado, cala hondo en ella. A partir de ese momento Kenan Mackenzie aparece en sus sueños para llenar de lujuria sus noches y hacer flaquear los cimientos de su perfecta existencia.

En la entrega de premios ocurre un suceso inesperado, algo que cambiará el rumbo de los acontecimientos, que marcará un antes y un después en la calculada vida de la Sarah Alcántara.

Si te gustan las historias de escoceses, los saltos en el tiempo, crees en la magia y disfrutas con el erotismo, no puedes perderte el Karma del Highlander, una historia que te sorprenderá.



[1] Seanmhair: abuela en gaélico escocés

[2] Cullen skink: sopa tradicional escocesa elaborada con patatas, cebollas y eglefino ahumado.

[3] Fairy: hada en inglés

[4] Banshée: Son espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano.

[5] Nessie: nombre por el que se conoce al monstruo del lago Ness.

[6] Athair: padre en escocés

[7] Sassenach: término escocés despectivo que se utilizaba en Escocia para hablar de los ingleses.

[8] Kelpies: espíritu del agua capaz de cambiar de forma

[9] Buzios: caracolas.

[10] Sláinte: salud.

[11] Nighean: muchacha en gaélico.

[12] Piuthar: hermana en gaélico.

[13] Uaisín: nieta en gaélico.

[14] Brigantes: vírgenes que custodiaban el fuego eterno de la Diosa en su templo.

[15] Imbolc: Fiesta pagana celta asociada al ritual de la fertilidad y a la Diosa Brigid.